TRAS LA PISTA
JANET EVANOVICH



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO UNO

CUANDO ERA PEQUEÑA solía vestir a la Barbie sin bragas.

Desde fuera parecía la dama perfecta. Elegantes tacones de plástico, traje sastre entallado. Pero debajo iba desnuda. En la actualidad soy agente responsable del cumplimiento de la libertad bajo fianza, lo que también se conoce por encargada de la captura de fugitivos, lo que también se conoce por cazarrecompensas. Les traigo de vuelta vivos o muertos. Al menos lo intento. Y ser agente de fianzas se parece bastante a ser una Barbie con el trasero al aire. Es como tener un secreto. Y es como dárselas aparentemente de valiente cuando en realidad estás trabajando sin ropa interior. De acuerdo, quizá no sea así para todos los agentes de fianzas, pero con frecuencia me da la sensación de que mis partes pudendas están al fresco. Metafóricamente hablando, por supuesto.

En ese momento no me sentía para nada tan vulnerable. Lo que me sentía en ese momento era desesperada. Tenía que pagar el alquiler y Trenton se había quedado sin gente que quebrantara las leyes. Tenía las manos apoyadas con las palmas para abajo sobre el escritorio de Connie Rosolli, los pies bien separados y, por mucho que lo intentara, no conseguía que mi voz dejara de sonar como si procediera de Minnie Mouse.

-Qué quieres decir con que no hay ningún NCT! Siempre hay algún NCT.

-Lo siento -repuso Connie-. Tenemos un montón de fianzas tramitadas, pero nadie se está saltando las fechas de comparecencia. Tendrá algo que ver con la luna.

NCT es la abreviatura de «No Compareciente ante el Tribunal» en la fecha señalada. Convertirse en NCT está pero que muy mal visto en el sistema de justicia penal, pero eso no suele evitar que la gente continúe haciéndolo.

Connie me deslizó un sobre manila.

-Este es el único NCT que tengo, y no es que valga mucho.

Connie es la gerente de Fianzas Vincent Plum. Tiene un par de años más que yo, lo cual la pone en los treinta y pocos. No acepta lloriqueos de nadie. Y si los pechos fueran dinero, Connie sería Bill Gates.

-Vinnie está encantado -me comentó-. Está haciendo dinero a paletadas. No tiene ni cazarrecompensas a los que pagar ni fianzas quebrantadas. La úItima vez que le vi de un humor parecido fue cuando madame Zaretsky fue arrestada por proxenetísmo y sodomía y puso a su perro adiestrado como garantía para la fianza.

Me encogí ante la imagen mental que aquello me sugería porque Vincent Plum no es sólo mi jefe, también es mi primo.

Le hice chantaje para que me aceptara como agente de fianzas en un mal momento de mi vida y el trabajo ha llegado algo así como a gustarme... la mayor parte del tiempo. Eso no significa que me haga ilusiones con respecto a Vínnie. En general, Vinnie está bien como depositario de fianzas. Pero, en privado, Vinnie es un forúnculo en el trasero de mi árbol genealógico.

Como depositario de fianzas, Vinnie le hace entrega al tribunal de una cantidad en efectivo como garantía de que el acusado comparecerá ante el juez. Si ei acusado se las pira, Vinnie pierde su dinero. Como semejante posibilidad no le resulta muy atractiva a Vinnie, me manda a mí a encontrar al acusado y arrastrarle de vuelta al sistema. Mi comisión es el diez por ciento de la fianza, y sólo la cobro si tengo éxito.

Abrí el sobre y leí el contrato de fianza. "Randy Briggs. Arrestado por posesión ilegal de armas. No compareció ante el tribunal." El importe de la fianza era de setecientos dólares. Eso significaba que yo sacaba setenta. No era mucho dinero para arriesgar mi vida yendo detrás de alguien de quien se sabía que iba armado.

-No sé-le dije a Connie-; ese tipo lleva un cuchillo.

Connie echó un vistazo a su copia de la hoja de arresto de Briggs.

-Aquí dice que era un cuchillo pequeño,y que no estaba afilado.

-¿Cómo de pequeño?

-Veinte centímetros.

-¡Eso no es pequeño!

-Nadie más va a aceptar esto -dijo Connie-. Ranger no quiere nada por debajo de los diez mil.

Ranger es mi mentor y un rastreador de talla mundial. Además, Ranger nunca parece tener una necesidad acuciante de dinero para el alquiler. Ranger tiene otras fuentes de ingresos.

Observé la foto adherida al expediente de Briggs. No tenía tan mal aspecto;cuarentón, de rostro alargado y calvicie incipiente, de raza blanca. En la descripción del puesto de trabaio figuraba como programador informatico por cuenta propia. Exhalé un suspiro de resignación y me metí la carpeta en el bolso.

-Iré a hablar con él.

-Es probable que simplemente se olvidara -comentó Connie-. Seguramente será pan comido.

Le dirigí mi mirada de «sí, y qué más» y me marché. Era lunes por la manana y el tráfico era intenso ante la oficina de Vinnie. El cielo de octubre estaba tan azul como llega a estarlo el cielo de Nueva Jersey y soplaba un aire frío y vigorizante y libre de hidrocarburos. Como cambio resultaba agradable, pero digamos que le quitaba toda la gracia al acto de respirar.

Un flamante Firebird rojo se detuvo junto al bordillo detrás de mi Buick del 53. Lula salió del coche y se quedó plantada con los brazos en jarras y negando con la cabeza.

-Chica, ¿todavía conduces ese chulomóvil?

Lula trabajaba de adninistrativa para Vinnie y lo sabía todo de chulomóviles porque en una vida anterior había sido putón. Es lo que la gente llama amablemente una mujer grandota, pues pesa algo más de noventa kilos y mide uno setenta y ocho, de los cuales la mayor parte parece músculo. Esa semana llevaba el cabello teñido de naranja y le quedaba de lo más otoñal con su piel marrón oscuro.

-Es un coche clásico -le dije. Como ambas sabíamos en realidad me importaban un bledo los coches clásicos. Conducía La Bestia porque mi Honda había ardido hasta quedar reducido a cenizas y no tenía dínero para reemplazarlo. De modo que ahí estaba yo pidiéndole prestada a mi tío Sandor su bíblica bestia devoradora de gasolina... una vez más.

-El problema es que no vives de acuerdo con tus ingresos potenciales -comentó Lula-. Últimamente sólo tenemos casos de mierda. Lo que necesitas es que un asesino en serie o un violador homicida quebranten la libertad bajo fianza. Esos chicos sí que valen la pena.

-Sí, claro, me encantaría conseguirme un caso así

-Mentira podrida. Si Vinnie me encargara alguna vez capturar a un violador homicida dejaría este trabajo para ponerme a vender zapatos.

Lula entró resuelta en la oficina y yo me senté al volante para releer el expediente de Briggs. Randy Briggs había facilitado la misma dirección para su casa y el trabajo. Los apartamentos Cloverleaf en Grand Avenue. No quedaba lejos de la oficina. Quizá a un kilómetro o dos. Me sumergí en el tráfico, hice un cambio de sentido no permitido en el cruce y seguí por Hamilton en dirección a Grand.

Una vez en Grand el edificio de apartamentos Cloverleaf quedaba a sólo un par de manzanas. Era de ladrillo rojo y estrictamente funcional. Tenía tres plantas. Una entrada delantera y otra trasera. Pequeño aparcamiento en la parte de atrás.

Sin ornamentación. Carpintería de aluminio popular en los cincuenta pero que ahora se veía un poco cutre.

Dejé el coche en el aparcamiento y entré al pequeño vestibulo. Había un ascensor a un lado y escaleras al otro. El ascensor tenía un aspecto claustrofóbico y poco fiable, de forma que subí por las escaleras hasta la segunda planta. El de Briggs era el 2 B. Permanecí unos

instantes ante la puerta, escuchando. No se oía nada. Ni televisión. Ni charla. Llamé al timbre y me hice a un lado, de modo que no fuera visible a través de la mirilla.

Randy Briggs abrió la puerta y asomó la cabeza.

-¿Sí?

Era exactamente como en la foto, con cabello rubio rojizo pulcramente peinado y corto. Tenía una piel perfecta, sin rastro de barba. Iba vestido con pantalones caqui limpios y camisa.

Justo lo que esperaba después de leer su expediente... sólo que nada más medía un metro. Randy Briggs quedaba verticalmente en entredicho.

-Oh, mierda -solté al bajar la mirada hacia él.

-¿Qué pasa? -quiso saber-. ¿Es que nunca habías visto a alguien bajito?

-Sólo en la televisión.

-Supongo que es tu día de suerte.

Le tendí mi tarjeta de visita.

-Represento a Fianzas Vincent Plum. Se ha saltado usted la fecha de comparecencia y le agradeceríamos que fijara una nueva.

-No -repuso Briggs.

-¿Cómo ha dicho?

-No. No pienso fijar otra fecha. No. No voy a comparecer ante el tribunal. Fue un arresto amañado.

-Tal como funciona nuestro sistema se supone que eso debe usted decírselo al iuez.

-Bien. Pues tráete al juez.

-El juez no hace visitas a domicilio.

-Oye, tengo un montón de trabajo por hacer –concluyó Briggs empezando a cerrar la puerta-. Tengo que irme.

-¡Espere! -exclamé-. No puede ignorar simplemente una orden de comparecencia.

-Pues mira cómo lo hago.

-No lo comprende. El tribunal y Vincent Plum me han designado a mí para hacerle comparecer.

-Oh, ¿sí? ¿Cómo esperas hacerlo? ¿Vas a dispararme? No puedes dispararle a un hombre desarmado - Tendió las manos-. ¿Vas a esposarme? ¿Crees que puedes sacarme de mi apartamento y atravesar el vestíbulo conmigo a rastras sin parecer una idiota? Cazarrecompensas se ensaña con un hombrecito. Así es como nos llaman, tesoro. Ni diminutos, ni enanos, ni gnomos estrafalarios. Hombrecitos. ¿Te enteras?

El busca empezó a sonarme en la cintura. Bajé la mirada para comprobar la lectura y pum. Briggs cerró de un portazo y echó el cerrojo.

-Perdedora - me llamó desde dentro.

Bueno, la cosa no iba tan bien como había esperado. Ahora tenía dos opciones. Podía echar la puerta abajo y moler a golpes a aquel tipo o ir a ver qué quería mi madre. Ninguna era especialmente atractiva, pero me decidí por mi madre.

Mis padres viven en un barrio residencial aislado al que llaman el Burg. En realidad nadie se marcha nunca del todo del Burg. Uno puede mudarse a la Antártida, pero si ha nacido y se ha criado en el Burg seguirá siendo un burger de por vida. Las casas son pequeñas y obsesivamente limpias. Los televisores son grandes y ruidosos. Las parcelas son estrechas. Las familias son extensas. En el Burg no hay leyes para la recogida de excrementos caninos. Si tu perro hace sus cosas en el césped de otro, a la mañana siguiente te encontrarás las cacas en tu porche. La vida es simple en el Burg.

Puse en marcha el Buick, salí del aparcamiento del edificio de Briggs, me dirigí a la calle Hamilton y seguí por ella hasta el hospital Saint Francis. Mis padres viven un par de manzanas pasado el Saint Francis, en la calle Roosevelt. Su casa forma parte de dos viviendas

adosadas construidas en una época en que las familias sólo necesitaban un baño y los platos se lavaban a mano.

Mi madre estaba en la puerta cuando aparqué junto al bordillo. Mi abuela Mazur estaba a su lado, codo con codo. Eran mujeres menudas y flacas, con facciones que sugerían antepasados mongoles... probablemente en la forma de enloquecidos maleantes .

-Gracias a Dios que estás aquí -dijo mi madre mirándome mientras salía del coche y me dirigía hacia ellas-. ¿Qué son esos zapatos que llevas? Parecen botas de trabajo.

-Betty Szajak, Emma Getz y yo fuimos la semana pasada a ese sitio en que bailan hombres -intervino la abuela-, y había unos cuantos tipos pavoneándose por ahí, con pinta de obreros de la construcción, que llevaban botas iguales que ésas. Y entonces sin que una apenas una se diera cuenta se habían quitado la ropa y todo lo que llevaban eran esas botas y esa especie de taparrabos de seda negra bajo los que se les balanceaban los pelendengues.

Mi madre apretó los labios y se santiguó.

-No me lo habías contado -le dijo a mi abuela.

-Supongo que se me olvidó. Betty, Emma y yo íbamos al bingo de la iglesia, pero resultó que no iba a jugarse al bingo por culpa de los Caballeros de Colón que armaban no se qué jaleo allí. Así pues, decidimos echarles un vistazo a los hombres de ese club nuevo en el centro -la abuela me propinó un codazo- Metí un billete de cinco pavos dentro de uno de esos taparrabos.

-Virgen santa -exclamó mi padre desde detrás del periódico en la sala de estar.

La abuela Mazur se había ido a vivir con mis padres varios años atrás, cuando mi abuelo Mazur había conseguido varios boletos en esa gran tómbola que es el cielo. Mi madre lo acepta como un deber filial. Mi padre se ha aficionado a leer "Armas de fuego y munición".

-Bueno, ¿qué pasa? -quise saber-. ¿Por qué me habéis llamado al busca?

-Necesitamos un detective -respondió la abuela.

Mi madre puso los ojos en blanco y me llevó a la cocina.

-Coge una galleta -me dijo, dejando la lata en la pequeña mesa de formica-. ¿Te traigo un vaso de leche? ¿Algo de comer?

Levanté la tapa de la lata de galletas y miré dentro. De chocolate. Mis favoritas.

-Cuéntaselo -le diio la abuela a mi madre dándole un codazo, para luego dirigirse a mí-: Espera a oírlo. Esta sí que es buena.

Miré a mi madre enarcando las cejas.

-Tenemos un problema familiar -dijo mi madre-. Tu tío Fred ha desaparecido. Se fue a comprar y todavía no ha vuelto a casa.

-¿Cuándo se fue?

-El viernes.

Me detuve con una galleta a medio camino de la boca.

-¡Hoy es lunes!

-¿No te parece increible? -intervino la abuela-. Apuesto a que se lo llevaron unos alienígenas en su nave.

El tío Fred está casado con una prima hermana de la abuela Mazur, Mabel. De tener que adivinar su edad diría que cualquiera entre setenta e infinito. Una vez que las personas empiezan a encorvarse y arrugarse me parecen todas iguales. El tío Fred era alguien a quien veía en bodas y funerales y de tanto en cuando en la tienda de Giovichinni, pidiendo ciento cincuenta gramos de pastel de olivas. Eddie Such, el carnicero, le ponía el pedazo de pastel en la báscula y el tío Fred le decía: «Has puesto el pastel de olivas sobre un trozo de papel parafinado. ¿Cuánto pesa ese pedazo de papel? No irás a cobrarme por el papel parafinado, ¿verdad? Quiero que me descuentes algo del precio por el papel parafinado».

Me llevé la galleta a la boca.

-¿Habéis informado a la policía de su desaparición?

-Es lo primero que hizo Mabel -contestó mi madre.

-¿Y?

-Y no le han encontrado.

Me dirigí a la nevera y me serví un vaso de leche.

-¿Y el coche? ¿Encontraron el coche?

-El coche estaba en el aparcamiento del supermercado Grand Union. Tenía todas las puertas bien cerradas.

-Nunca estuvo bien después de ese ataque que le dio en él -comentó la abuela-. No creo que su ascensor llegara ya a la azotea, si sabes a qué me refiero. A lo mejor simplemente se ha largado como uno de esos tipos con Alzheimer. ¿Se le ha ocurrido a alguien ir a mirar al pasillo de los cereales del supermercado? Quizá siga allí de pie porque no consigue decidirse.

Mi padre murmuró algo desde el salón sobre el ascensor de la abuela, y mi madre le dirigió una mirada asesina a través de la pared.

A mí aquello me parecía muy extraño. El tío Fred había desaparecido. Esa clase de cosas simplemente no pasaban en nuestra familia.

-¿Salió alguien a buscarle?

-Ronald y Walter. Cubrieron todos los vecindarios alrededor del Grand Union, pero nadie le ha visto.

Ronald y Walter eran los hiios de Fred. Y probablemente habían reclutado también a sus hiios para la búsqueda.

-Nos pareció que tú eras la persona indicada para intentar resolverlo -intervino la abuela-, teniendo en cuenta que eso es lo que haces... encontrar gente.

-Yo encuentro criminales.

-Tu tía Mabel te lo agradecería si buscases a Fred –dijo mi madre-. Quizá podrías ir a hablar con ella y ver qué te parece.

-Lo que necesita es un detective -repuse-. Yo no soy detective.

-Mabel pidió que fueras tú. Dijo que no quería que el asunto saliera de la familia.

Mi disco de radar interno empezó a vibrar.

-¿Hay algo que no me estáis contando?

-¿Qué va a haber? -dijo mi madre. Un hombre se bajó de su coche y desapareció.

Me acabé la leche y lavé el vaso.

-De acuerdo, iré a hablar con la tía Mabel. Pero no os prometo nada.

EL TÍO FRED Y la tía Mabel vivían en la calle Baker, a las afueras del Burg y a tres manzanas de mis padres. Su Pontiac familiar de diez años estaba aparcado junto al bordillo y abarcaba más o menos la misma extensión que su casa pareada. Vivían en aquella casa desde que yo tenía uso de razón y en ella habían criado a dos hiios, recibido a cinco nietos, y se habían echado los trastos a la cabeza el uno al otro durante más de cincuenta años.

La tía Mabel respondió a mi llamada a la puerta. Era una versión más oronda y dulce de la abuela Mazur. Su cabello blanco lucía una permanente perfecta. Iba vestida con pantalones de poliéster amarillo y blusa floreada a conjunto. Llevaba grandes pendientes de pinza, pintalabios rojo brillante y las cejas delineadas con lápiz marrón.

-Vaya, qué agradable tenerte aquí -me dijo-. Ven a la cocina. Hoy tengo un pastel de Giovichinni para el café. Es del bueno, del que lleva almendras.

En el Burg se observaban ciertas convenciones. No importaba que al marido de una lo hubiesen secuestrado unos alienígenas; a las visitas se les ofrecía pastel y café.

Seguí a la tía Mabel y esperé mientras cortaba el pastel. Sirvió el café y se sentó frente a mí a la mesa de la cocina.

-Supongo que tu madre te ha contado lo del tío Fred -dijo-. Cincuenta y dos años de matrimonio y puf, se ha esfumado.

-¿Tenía algún problema médico el tío Fred?

-Estaba fuerte como un roble.

-¿Qué me dices del ataque?

-Bueno, sí, pero todo el mundo sufre un ataque de tanto en cuando. Y ese ataque no le hizo bajar el ritmo en absoluto.

La mayor parte del tiempo recordaba cosas de las que nadie más se acordaba. Como ese asunto de la basura. ¿Quién iba a acordarse de algo así? ¿Quién iba a preocuparse siquiera? Tanto jaleo por nada.

Supe que iba a arrepentirme de preguntarlo, pero me sentí obligada.

-¿Qué pasa con la basura?

Mabel se sirvió un pedazo de pastel.

-El mes pasado pusieron a un conductor nuevo en el camión de basura, y se saltó nuestra casa. Ocurrió una sola vez, pero ¿como iba a olvidar mi marido una cosa así? No. Fred nunca olvidaba nada. En especial si tenía que ver con el dinero. De manera que a final de mes Fred quiso que le devolvieran dos dólares de lo que pagamos trimestralmente; ya sabes, porque ya había pagado por el día que no se recogió la basura.

Asentí con la cabeza. Lo comprendia y no me sorprendía en absoluto. Hay hombres que juegan al golf. Otros hacen crucigramas. El pasatiempo del tío Fred era ser tacaño.

-Ésa era una de las cosas que se suponía que Fred debía hacer el viernes -prosiguió Mabel-. La compañía de recogida de basuras le estaba volviendo loco. Estuvo allí por la mañana, pero se negaron a devolverle el dinero sin pruebas de que hubiera pagado. Tenía algo que ver con no sé qué lío de que su cuenta no aparecía en el ordenador. De forma que Fred iba a volver por la tarde.

Por dos dólares. Me di mentalmente una palmada en la frente. De haber sido yo la oficinista de la compañía de recogida de basuras le habría dado los dos dólares de mi propio bolsillo con tal de librarme de él.

-¿De qué compañía se trata?

-RGC. La policía dijo que Fred nunca llegó allí. Tenía una lista completa de recados que hacer. Iba a ir a la tintorería, al banco, al supermercado y a RGC.

-Y no has sabido nada de é1.

-Ni una palabra. Nadie ha sabido nada.

Tuve la sensación de que aquella historia no iba a tener un final feliz.

-¿Tienes alguna idea de dónde puede estar Fred?

-Todo el mundo cree que simplemente se esfumó, como un gran fantasma.

-¿Qué crees tú?

Mabel encogió los hombros para volver a relajarlos. Como si no supiera qué pensar. Siempre que yo hago eso, significa que lo que no quiero es decir lo que pienso.

-Si te enseño una cosa, tendrás que prometerme no decírselo a nadie -dijo Mabel.

-Oh, vaya.

Abrió un cajón de la cocina y extrajo un montoncito de fotografías.

-Las he encontrado en el escritorio de Fred. Estaba buscando el talonario esta mañana, y esto es lo que he encontrado.

Miré fijamente la primera fotografía durante al menos treinta segundos antes de comprender lo que veía. La imagen se había captado a la sombra y parecía falta de luz. En el perímetro aparecía una bolsa de basura de plástico negro, y en el centro había una mano ensangrentada cercenada en la muñeca. Eché un vistazo al resto de fotografías. Más de lo mismo. En algunas la bolsa estaba más abierta y revelaba otras partes corporales.

Algo que parecía una tibia, lo que quizá fuera una sección de torso, algo que podría haber sido una nuca. Se hacía difícil decir si se trataba de un hombre o una mujer.

La impresión causada por las fotografías me había hecho contener el aliento y notaba una sensación de hormigueo en la cabeza. No quería arruinar mi imagen de cazarrecompensas cayéndome en redondo al suelo, de modo que me concentré en volver a respirar tranquilamente.

-Tienes que dárselas a la policía -dije.

Mabel negó con la cabeza.

-No sé qué hacía Fred con esas fotografías. ¿Por qué iba a tener nadie unas fotos como ésas?

No llevaban fecha ni por delante ni por detrás.

-¿Sabes cuándo se tomaron?

-No. Es la primera vez que las veo.

-¿Te importa si registro el escritorio de Fred?

-Está en el sótano -me indicó Mabel-. Fred se pasaba un montón de tiempo ahí abajo.

Era un maltrecho escritorio de dotación estatal. Probablemente comprado en una venta particular de objetos usados en Fort Dix. Estaba contra la pared frente a la lavadora y la secadora, y sobre un pedazo de moqueta manchada que supuse que habían aprovechado cuando en el piso de arriba se había puesto moqueta nueva.

Rebusqué en los cajones y encontré la basura habitual. Lápices y bolígrafos. Un cajón lleno de libretos de instrucciones. Y garantías de electrodomésticos. Otro destinado a los números atrasados de National Geographic. Las revistas tenían páginas dobladas y me imaginé a Fred escapándose allí de Mabel, leyendo sobre los bosques en extinción de Borneo.

Un recibo de RGC había sido cuidadosamente colocado baio un pisapapeles. Era probable que Fred se hubiera llevado consigo una copia y dejado el original en casa.

En ciertas partes del país la gente confía en los bancos para efectuar sus pagos, y éstos simplemente les facilitan extractos mensuales generados por ordenador. El Burg no es uno de esos lugares. Los residentes del Burg no confían hasta ese punto en ordenadores o bancos. A los residentes del Burg les gusta el papel. Mis parientes acumulan facturas y recibos como el Tío Gilito acumula monedas de cuarto de dólar.

No vi más fotos de cadáveres. Y no conseguí encontrar facturas o recibos que túvieran alguna posible conexión con las fotografías.

-No supondrás que Fred mató a esa persona, ¿verdad? -preguntó Mabel.

Yo no sabía qué suponer. Lo que sí sabía era que tenía los pelos de punta.

-Fred no parecía la clase de persona capaz de hacer algo así -le dije a Mabel-. ¿Quieres que le entregue estas fotos a la policía de tu parte?

-Si te parece que es lo que hay que hacer.

No me cabía la menor duda.

Tenía varias llamadas que hacer y la casa de mis padres estaba más cerca que mi apartamento y me saldría menos caro que utilizar el m6vil, de forma que regresé con paso decidido a la calle Roosevelt.

-¿Cómo ha ido? -preguntó la abuela precipitándose al vestíbulo para recibirme.

-Ha ido bien.

-¿Vas a aceptar el caso?

-No es un caso. Se trata de una persona desaparecida; o algo así.

-Te las vas a ver canutas para encontrarle si fueron alienígenas -comentó la abuela.

Marqué el número de la centralita del Departamento de Policía de Trenton y pregunté por Eddie Gazarra. Gazarra y yo crecimos juntos y actualmente estaba casado con mi prima Shirley la Quejica. Era un buen amigo, un buen poli y una buena fuente de información policial.

-Necesitas algo -dijo Gazarra.

-Buenos días, ¿no?

-¿Me equivoco?

-No. Necesito algunos detalles de una investigación reciente.

-No puedo facilitarte esa clase de información.

-Por supuesto que puedes -repuse-. Además, se trata del tío Fred.

-¡El desaparecido tío Fred!

-El mismo.

-Espera.

Volvió a coger el auricular un par de minutos más tarde y le oí hojear unos papeles.

-Aquí dice que se informó de la desaparición de Fred el viernes, con lo cual técnicamente es un poco pronto para declararle desaparecido, pero siempre mantenemos los

oios abiertos de todas formas. En especial con los viejos. A veces simplemente se han perdido por ahí mientras buscaban el camino a Oz.

-¿Crees que es eso lo que está haciendo Fred? ¿Buscando Oz?

-Es difícil decirlo. Encontraron su coche en el aparcamiento del supermercado Grand Union. Tenía las puertas cerradas. No había indicios de que las hubieran forzado; ni indicios de pelea o de robo. Había prendas traídas de la tintorería en el asiento trasero.

-¿Había algo más en el coche? ¿Comestibles?

-No. No había comestibles.

-De modo que fue a la tintorería pero no al supermercado.

-Aquí tengo una cronología de sucesos continuó Gazarra-. Fred salió de su casa a la una en punto, justo después del almuerzo. Su primera parada, que sepamos, fue el banco, el First Trenton Trust. Sus datos muestran que sacó doscientos dólares del cajero automático en el vestíbulo a las 2.45. Los de la tintorería, cerca del Grand Union, en el mismo centro comercial, nos dijeron que Fred recogió la ropa hacia las 2.45. Y eso es todo lo que tenemos.

-Sobra una hora. Sólo hacen falta diez minutos para llegar desde el Burg al Grand Union y al banco.

-No sé -repuso Gazarra-. Se supone que debía ir a la compañía de recogida de basuras RGC, pero dicen que no llegó a aparecer por allí.

-Gracias, Eddie.

-Si quieres devolverme el favor, me iría bien una canguro el sábado por la noche.

A Gazarra siempre le iba bien una canguro. Sus niños eran muy monos pero mortales para las canguros.

-Venga, Eddie. Me encantaría ayudarte, pero el sábado es mal día. Le prometí a alguien que haríamos algo el sábado.

-Sí, claro.

-Oye, Gazarra, la úItima vez que les hice de canguro a tus niños me cortaron el pelo varios dedos.

-No deberías haberte quedado dormida. Además, ¿qué hacías durmiendo en pleno trabajo?

-¡Era la una de la madrugada!

Mi siguiente llamada fue a Joe Morelli. Joe Morelli es un poli de paisano con aptitudes no descritas en el manual del policía. Un par de meses atrás le había dejado entrar en mi vida y en mi cama. Un par de semanas atrás le había hecho salir a patadas. Nos hemos visto varias veces desde entonces; encuentros casuales y cenas organizadas. Los encuentros casuales siempre eran cálidos. Las cenas hacían subir varios grados la temperatura y lo más frecuente era que incluyeran conversaciones en voz alta, algo que yo llamo discusiones y Morelli llama peleas.

Ninguno de esos encuentros había acabado en el dormitorio.

Cuando una se cría en el Burg hay varios mantras que las niñas aprenden a muy temprana edad. Uno de ellos es que los hombres no compran los bienes que pueden obtener gratis. Sabias palabras de sabiduría no me habían impedido entregarle mis bienes a Morelli, pero sí me habían refrenado a la hora de continuar ofreciéndoselos. Eso con el añadido de un susto por un falso embarazo. Aunque tengo que admitir que tuve sentimientos contradictorios por no haber quedado embarazada. Hubo una pizca de pesar mezclada con el alivio. Y fue probablemente el pesar más que el alivio lo que me hizo considerar con mayor seriedad mi vida y mi relación con Morelli. Eso y el darme cuenta de que Morelli y yo no estamos lo que se dice de acuerdo en un montón de cosas. No era que hubiéramos dado por totalmente concluida la relación. Se trataba más bien de una maniobra dilatoria en que cada uno de nosotros mantenía vigilado el territorio... algo no muy distinto del conflicto árabe-israelí.

Llamé a Morelli a su casa, a la oficina y al teléfono del coche. No tuve suerte. Le dejé mensaies en todas partes y mi número de móvil en el busca.

-Bueno, ¿qué has descubierto? -quiso saber la abuela cuando hube colgado.

-No mucho. Fred salió de casa a la una y poco más de una hora más tarde fue al banco y a la tintorería. Tuvo que hacer algo en ese tiempo, pero no sé qué.

Mi madre y mi abuela intercambiaron miradas.

-¿Qué? -pregunté-. ¿Qué?

-Es probable que se ocupara de algún asunto personal -respondió mi madre-. No hace falta que te molestes con eso.

-¿Cuál es ese gran secreto?

Otro intercambio de miradas entre mi madre y mi abuela.

-Hay dos clases de secretos -diio la abuela-. En una de ellas nadie conoce el secreto. Y en la otra todo el mundo conoce el secreto pero finge no conocer el secreto. Este es de la segunda clase.

-¿Y bien?

-Es sobre sus amiguitas -dijo la abuela.

-¿Sus amiguitas?

-Fred siempre tiene una amiguita por ahí -explicó la abuela-. Debería haber sido político.

-¿Te refieres a que tiene aventuras con mujeres? ¡Si tiene setenta años!

-Crisis de la mediana edad -diio la abuela.

-Los setenta no son la mediana edad -obieté-. La mediana edad son los cuarenta.

La abuela movió de un lado a otro la dentadura postiza.

-Supongo que depende de cuánto pretenda vivir uno.

Me volví hacia mi madre.

-¿Tú lo sabías?

Mi madre sacó un par de paquetes de fiambres de la nevera y los abrió para ponerlos en una bandeja.

-Ese hombre ha sido un mujeriego toda su vida. No sé cómo ha podido soportarlo Mabel.

-Dándole a la botella -intervino la abuela.

Me preparé un sándwich de embutido de paté de hígado y me lo llevé a la mesa.

-¿Creéis que el tío Fred se habrá largado con alguna de sus amiguitas?

-Es más probable que uno de los maridos pillara a Fred y le arrojara al vertedero -diio la abuela-. No me imagino al agarrado de Fred pagando la ropa de la tintorería si iba a largarse con una de sus fulanas.

-¿Tenéis alguna idea de a quién estaba viendo?

-Es dificil seguirles la pista -respondió la abuela. Se dirigió a mi madre-. ¿Qué opinas tú, Ellen? ¿Crees que aún veía a Loretta Walenowski?

-Oí decir que todo había acabado entre ellos –contestó mi madre.

Sonó el móvil que llevaba en el bolso.

-Hola, bomboncito -dijo Morelli-. ¿Cuál es el desastre?

-¿Cómo sabes que se trata de un desastre?

-Me has dejado mensaies en tres teléfonos y en el busca. O ha sucedido un desastre o me deseas con locura, y hoy no he tenido tanta suerte.

-Necesito hablar contigo.

-¿Ahora?

-Sólo será un momento.

SKILLET ES UNA SANDWICHERÍA que está cerca del hospital y haría bien en llamarse el Pozo de Grasa. Morelli llegó antes que yo. Estaba de pie con un refresco en la mano y con aspecto de que el día ya se le hacía demasiado largo.

Sonrió al verme... y fue una de esas sonrisas agradables que incluían los ojos. Me rodeó la nuca con un brazo para atraerme hacia sí y me besó.

-Sólo para que mi jornada no sea un completo desperdicio -dijo.
-Tenemos un problema familiar.
-¿El tío Fred?
-Chico, lo sabes todo. Deberías ser poli.
-Listilla -dijo-. ¿Qué necesitas?
Le tendí el fajo de fotografías.
-Mabel las ha encontrado esta mañana en el escritorio de Fred.
Morelli les echó un vistazo.
-Dios. ¿Qué mierda es ésta?
-Parecen partes de un cuerpo.
Me golpeó en la cabeza con el fajo de fotos.
-Qué graciosa eres.
-¿Tienes alguna idea al respecto?
-Hay que hacérselas llegar a Arnie Mott -dijo Morelli-. Está a cargo de la investigación.
-Arnie Mott tiene la iniciativa de una calabaza.
-Cierto. Pero sigue estando al mando. Puedo pasárselas de tu parte.
-¿Qué significan?
Joe negó con la cabeza, todavía estudiando la foto superior.
-No lo sé, pero parecen reales.

HICE UN CAMBIO de sentido no permitido en Hamilton y aparqué a pocos.metros de la oficina de Vinnie, atracando el Buick tras un Mercedes S600V negro que sospeché que pertenecía a Ranger. Ranger cambiaba de coche como otros hombres cambian de calcetines. El único denominador común de los coches de Ranger residía en que siempre eran caros y siempre eran negros.

Connie alzó la mirada hacia mí cuando entré por la puerta de vaivén.

-¿De verdad Briggs mide sólo un metro?

-Mide un metro y no está dispuesto a colaborar. Debí leer la descripción física en su solicitud de fianza antes de llamar a su puerta. Supongo que no habrá surgido nada más, ¿no?

-Lo siento -respondió Connie-. Nada.

-Este día está resultando un verdadero coñazo. Mi tío Fred ha desaparecido. Salió a hacer recados el viernes, y ésa fue la última vez que alguien le vío. Encontraron su coche en el aparcamiento del Grand Union -no había necesidad de mencionar el cuerpo descuartizado.

-Yo tenía un tío que hizo eso una vez intervino Lula-. Llegó andando hasta Perth Amboy antes de que alguien le encontrara. Fue uno de esos momentos seniles que tienen.

La puerta que daba al despacho estaba cerrada y a Ranger no se le veía por ninguna parte, de forma que supuse que estaba hablando con Vinnie. Volví la mirada en esa dirección.

-¿Es Ranger el que está ahí dentro?

-Ajá -respondió Connie-. Ha hecho un trabajo para Vinnie.

-¿Un trabajo?

-No preguntes -repuso Connie.

-No habrá sido de cazarrecompensas.

-Ni se le acerca.

Salí de la oficina y esperé fuera. Ranger apareció cinco minutos más tarde. Ranger es cubano-americano. Tiene facciones anglosaionas, ojos latinos, la piel de color moca y un cuerpo tan estupendo como pueda llegar a tener uno. Llevaba el cabello negro recogido en una cola de caballo. Iba vestido con una camiseta negra que se le adaptaba como un tatuaie y pantalones negros de comando especial embutidos en altas botas negras.

-Hola -dije.

Ranger me miró por encima de las gafas de sol.

-Hola.

Dirigí una mirada nostálgica a su coche.

-Bonito Mercedes.

-Una mera forma de transporte -dijo Ranger-. Nada del otro mundo.

-¿Comparado con qué? ¿Con el Batmóvil?

-Connie ha dicho que estabas hablando con Vinnie.

-Haciendo transacciones de negocios, nena. Yo no hablo con Vinnie.

-De eso es más o menos de lo que quería hablarte... de negocios. Ya sabes que has sido para mí una especie de mentor en esto de la caza de recompensas, ¿no?

-Eliza Doolittle y Henry Higgins recorren Srenton.

-Ajá. Bueno, pues la verdad es que la caza de recompensas no va lo que se dice del todo bien.

-Nadie quebranta la libertad bajo fianza.

-Eso también.

Ranger se apoyó contra el coche y cruzó los brazos sobre el pecho.

-¿Y?

-Y he estado pensando que quizá debería diversificar.

-¿Y?

-Y pensaba que tal vez podrías ayudarme.

-¿Estás hablando de hacerte una cartera? ¿De invertir dinero?

-No. Estoy hablando de hacer dinero.

Ranger echó la cabeza hacia atrás y rió con suavidad.

-Nena, no creo que te convenga diversificar de esa manera.

Agucé la mirada.

-De acuerdo -dijo él-. ¿Qué tenías pensado?

-Algo legal.

-Hay infinitas clases de legalidad.

-Quiero algo enteramente legal.

Ranger se inclinó hacia mí y bajó la voz.

-Déjame que te explique mi ética laboral. Yo no hago cosas que me dé la sensación de que son moralmente incorrectas. Pero a veces mi código moral se sale de la norma. A veces mi código moral no concuerda con la ley. Gran parte de lo que hago está en esa zona grisácea justo más allá de lo enteramente legal.

-Muy bien entonces, qué te parece si me dedicas a algo legal en su mayor pane y que desde luego sea moralmente correcto.

-¿Estás segura?

-Sí. No. En absoluto.

El rostro de Ranger no traslucía expresión alguna.

-Lo pensaré.

Se metió en el coche, el motor se encendió y Ranger desapareció de la vista.

Tenía un tío desaparecido que posiblemente había descuartizado a una mujer para luego embutir sus trozos en una bolsa de basura, pero también llevaba un mes de retraso con el alquiler. De alguna forma iba a tener que solucionar ambos problemas.

CAPÍTULO DOS

REGRESÉ A LOS APARTAMENTOS Cloverleaf y dejé el coche en el aparcamiento. Saqué un cinturón de nylon negro con trabillas del maletero del Buick y me lo ceñí para armarlo después con una pistola de descargas eléctricas, un espray de autodefensa y unas esposas. Fui entonces en busca del portero del edificio. Diez minutos más tarde tenía una llave del apartamento de Briggs y me hallaba ante su puerta. Llamé dos veces y exclamé:

-Agente de libertad bajo fianza -no hubo respuesta. Abrí la puerta con la llave y entré. Briggs no estaba.

La paciencia es una virtud que los cazarrecompensas necesitan y de la que yo carezco. Encontré una silla de cara a la puerta y me senté a esperar. Me dije que me quedaría allí el tiempo que hiciera falta, pero sabía que era mentira. Para empezar, que estuviera dentro de su apartamento era un poco ilegal. Y luego estaba el hecho de que en realidad tenía bastante miedo. De acuerdo, ese tío medía sólo un metro... pero eso no significaba que no pudiera disparar una pistola. Y no significaba que no tuviera amigos de dos metros y chinados.

Llevaba allí sentada algo más de una hora cuando alguien lamó a la puena y me percaté de que habían deslizado un pedazo de papel por debajo. «Querida Perdedora, sé que estás ahí -decía el mensaje en el papel-, y no voy a volver a casa hasta que te vayas.»

Genial.

Mr EDIFICIO GUARDA un sorprendente parecido con el de Cloverleaf. La misma estructura achaparrada de ladrillo, la misma atención minimalista a la calidad. La mayoría de inquilinos de mi edificio son personas de la tercera edad, con algún que otro hispano añadido para hacer las cosas interesantes. Me fui directamente a casa después de desalojar el apartamento de Briggs.

Recogí el correo al pasar por el vestíbulo y no tuve que abrir los sobres para saber qué contenían. Facturas, facturas y más facturas. Abrí la puerta, arrojé el correo sobre la encimera de la cocina y comprobé el contestador para ver si había mensajes. Ni uno. Mi hámster, Rex, estaba dormido en la lata de sopa dentro de su jaula.

-Hola, Rex -le diie-. Ya estoy en casa.

Hubo un leve susurrar de virutas de pino, pero eso fue todo. Rex no estaba para charlas. Fui a la nevera a buscarle una uva y me encontré una nota adhesiva en la puerta. «Traeré la cena. Nos vemos a las seis.» La nota no estaba firmada, pero supe que era de Morelli por la forma en que se me endurecieron los pezones.

Tiré la nota a la basura y dejé caer la uva en la jaula de Rex.

Hubo una tremenda agitación de virutas. Rex apareció con el trasero por delante, se embutió la uva en la bolsa del carrillo, parpadeó con sus ojillos negros y brillantes, me dedicó un movimiento de bigotes y volvió a meterse a toda prisa en la lata.

Me di una ducha, me apliqué espuma en el cabello y me lo sequé, me puse unos vaqueros y una camisa tejana y me dejé caer boca abajo en la cama para pensar. Mi postura habitual para pensar es boca arriba, pero no quería arruinar mi peinado para Morelli.

Lo primero en que pensé fue en Randy Briggs y en lo agradable que sería arrastrarle por los piececitos escaleras abajo, con su estúpida cabeza de melón haciendo pum, pum, pum en los peldaños.

Entonces pensé en el tío Fred y sentí un dolor agudo en el globo ocular izquierdo. «¿Por qué yo?», dije, pero no habia nadie allí para contestarme.

La verdad es que Fred no era exactamente Indiana Jones y no lograba imaginar que le sucediera nada que no fuera un ataque de Alzheimer, pese a las sangrientas fotografías. Me esforcé en encontrar en mi mente algún recuerdo de su persona, pero había bien pocos. Esbozaba sonrisas amplias y falsas y los dientes postizos le chasqueaban. Y al caminar lo hacía con andares patizambos, como un pato. Eso era todo. Ahí estaba todo lo que recordaba del tío Fred.

Me adormecí mientras recorría la senda de los recuerdos, para despertar de pronto con un respingo y todos los sentidos alerta. 0í abrirse la puena de entrada de mi casa y el corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho. Había cerrado con llave al llegar. Y ahora alguien había abierto la puerta. Y ese alguien estaba en mi casa. Contuve el aliento. Por favor, Dios, que sea Morelli. No me acababa de gustar la idea de que Morelli entrara a hurtadillas en mi apartamento, pero era mucho más agradable que encontrarse cara a cara con algún tipo feo y baboso que quisiera retorcerme el cuello hasta que la lengua se me pusiera violeta.

Me puse en pie como pude y busqué un arma; me decidí por un zapato de satén rosa y con tacón de aguia, resto de mi papel como dama de honor de Charlotte Nagy. Salí con sigilo del dormitorio, atravesé la sala de estar y me asomé a la cocina.

Era Ranger. Y estaba vertiendo el contenido de un gran envase de plástico en un bol.

-Jesús -diie-, me has dado un susto de muerte. ¿Por qué no pruebas a llamar la próxima vez?

-Te dejé una nota. Pensé que me estarías esperando.

-No firmaste la nota. ¿Cómo iba a saber que eras tú?

Ranger se volvió para mirarme.

-¿Había otra posibilidad?

-Morelli.

-¿Has vuelto con él?

Buena pregunta. Eché un vistazo a la comida. Ensalada.

-Morelli habría traído sándwiches de salchicha.

-Esas porquerías van a matarte, nena.

Éramos cazarrecompensas. La gente nos disparaba. Y Ranger se preocupaba por las grasas y los nitratos.

-De todas formas, no estoy segura de que nuestras esperanzas de vida sean tan buenas.

Mi cocina es pequeña y Ranger parecía ocupar un montón de espacio; estaba muy cerca. Tendió una mano por detrás de mí para coger dos cuencos para ensalada del armarito sobre la encimera.

-No es la duración de la vida lo que es importante -dijo-. Es la calidad. El objetivo es la pureza de mente y cuerpo.

-¿Tienes tú una mente y un cuerpo puros?

Ranger clavó su mirada en la mía.

-En este preciso momento, no.

-Vaya.

Llenó de ensalada un cuenco y me lo tendió.

-Necesitas dinero.

-Sí.

-Hay un montón de formas de hacer dinero.

Miré fijamente mi ensalada y empecé a revolver cosas verdes con el tenedor.

-Cierto.

Ranger esperó a que alzara la mirada antes de hablar.

-¿Estás segura de que quieres hacer esto?

-No, no estoy segura. Ni siquiera sé de qué estamos hablando. En realidad no sé a qué te dedicas exactamente. Sólo busco una segunda profesión que suplemente mis ingresos.

-¿Alguna restricción o preferencia?

-Ni drogas ni venta ilegal de armas.

-¿Crees que trafico con drogas?

-No. Lo he dicho sin pensar.

Ranger se sirvió ensalada.

-Lo que ahora tengo entre manos es un trabajo de renovación.

Sonaba atractivo.

-¿Te refieres a algo así como decoración de interiores?

-Ajá. Supongo que puede llamársele decoración de interiores .

Probé la ensalada. Estaba bastante buena, pero le faltaba algo. Picatostes fritos en mantequilla. Grandes trozos de queso del que engorda. Y cerveza. Busqué en vano alguna bolsa más. Miré en la nevera. Tampoco ahí había cerveza.

-Así es como funciona la cosa dijo Ranger-. Envío a un equipo a encargarse de la renovación, y entonces sitúo a una o dos personas en el edificio para ocuparse del mantenimiento a largo plazo -Ranger alzó la mirada de su comida-. Estás en forma, ¿no? ¿Corres?

-Claro. Corro constantemente -no corro jamás. Mi idea del ejercicio físico es patearme un centro comercial.

Ranger me dirigió una mirada sombría.

-Estás mintiendo.

-Bueno, tengo intención de correr.

Ranger acabó de comer y metió el cuenco en el lavavajillas.

-Te recogeré mañana a las cinco de la mañana.

-¿A las cinco de la mañana? ¿Para empezar un trabajo de decoración de interiores?

-Me gusta hacerlo así.

Un mensaje de advertencia parpadeó en mi cerebro.

-Quizá debería saber más...

-Es pura rutina. Nada especial -consultó su reloi-. He de irme. Tengo una reunión de negocios.

No quise especular sobre la naturaleza de su reunión de negocios.

ENCENDÍ EL TELEVISOR, pero no conseguí encontrar nada que ver. Ni hockey. Ni películas divertidas. Fui a coger mi bolso y saqué de él un sobre de la fotocopiadora. No estoy segura de por qué, pero había hecho copias en color de las fotografías antes de reunirme con Morelli. Habia pegado seis fotos en cada página hasta llenar cuatro páginas. Las desplegué sobre la mesa del comedor.

No era un espectáculo agradable.

Con las fotos dispuestas una junto a otra varias cosas resultaban evidentes. Estaba bastante segura de que sólo había un cuerpo y de que no era el cuerpo de una persona anciana. No había cabellos grises. Y la piel era firme. Se hacía difícil decir si era una mujer o un hombre joven. Unas fotos se habían sacado bastante de cerca; otras, desde más lejos. No parecía que se variara nunca la posición de las partes. Pero en ocasiones se había bajado la bolsa para revelar más.

Bueno, Stephanie, ponte en el lugar del fotógrafo. ¿Por qué estás tomando estas fotografías? ¿Eran acaso trofeos? No lo creía así, porque en ninguna aparecía el rostro. Y había veinticuatro copias, de forma que el carrete estaba intacto. Si yo quisiera un recuerdo de un acto tan truculento, querría una imagen de la cara. Idem como prueba de que se había llevado a cabo el trabajo. La niebla de un asesinato requería una imagen del rostro.

¿Qué nos quedaba entonces? Un testimonio visual de alguien que no quería alterar las pruebas. Así pues, quizá el tío Fred se encontrara por casualidad con una bolsa con partes de un cuerpo y saliera corriendo a comprarse una máquina de fotos desechable. Y entonces ¿qué? Pues metió las fotografías en el cajón de su escritorio y desapareció mientras hacía recados.

Ésa era mi mejor teoría, por pobre que fuera. Lo cierto era que las fotografías podían haberse hecho cinco años antes. Alguien podría habérselas dado a Fred para que las guardara o a modo de broma macabra.

Volví a meter las copias en el sobre y cogí el bolso. Me parecía que registrar el vecindario en tomo al Grand Union era desperdiciar esfuerzos, pero sentía de todos modos la necesidad de hacerlo.

Conduje hasta una zona residencial detrás del centro comercial y aparqué en la calle. Cogí una linterna y empecé a recorrer a pie calles y callejones, mirando detrás de arbustos y

de contenedores de basura y Uamando a Fred en voz alta. De niña tuve una gata llamada Katherine. Apareció en nuestro umbral cierta mañana y se negó a marcharse. Empezamos a darle de comer en el porche de atrás y de alguna manera logró acabar en la cocina. Salía por las noches a inspeccionar el vecindario y dormía hecha un ovillo en mi cama durante el día. Una noche Katherine salió y ya no regresó. Durante días recorrí calles y calleiones mirando detrás de arbustos y contenedores de basura y llamándola por su nombre, como estaba haciendo ahora con Fred. Mi madre dijo que los gatos a veces se marchan de esa forma cuando les ha llegado el momento de morir. Yo pensé que aquello no eran más que chorradas.

ME LEVANTÉ a trompicones de la cama a las cuatro y media, me tambaleé hasta el baño y permanecí bajo la ducha hasta que se me abrieron los ojos. Al cabo de un rato la piel empezó a apergaminárseme, de forma que me figuré que ya estaba lista. Me sequé y sacudí unas cuantas veces la cabeza como todo peinado. No sabía qué ropa se suponía que debía llevar para decorar interiores, de manera que me puse lo que siempre llevaba... tejanos y una camiseta. Y para darle un toque elegante, en caso de que aquello resultara en efecto decoración de interiores, añadí un cinturón y una americana.

Ranger me esperaba en el aparcamiento cuando salí por la puerta de vaivén. Conducía un Range Rover negro brillante con las ventanillas tintadas. Los coches de Ranger siempre eran nuevos y nunca resultaba fácil explicar su lugar de adquisición. Tres hombres ocupaban el asiento trasero. Dos eran negros y el otro de origen indeterminado. Los tres lucían el corte de pelo de moda a lo marine. Todos llevaban pantalones de comando y camiseta, ambos negros. Los tres eran muy musculosos. No había un solo gramo de grasa en ellos. Ninguno de los tres tenía aspecto de decorador de interiores.

Ocupé el asiento del pasajero junto a Ranger y me puse el cinturon.

-¿Ese del asiento de atrás es el equipo de decoración de interiores?

Ranger sonrió en la penumbra previa al amanecer y condujo hacia la salida del aparcamiento.

-Voy vestida de manera diferente a los demás -comenté.

Ranger se detuvo en el semáforo de Hamilton.

-Llevo una chaqueta y un chaleco para ti en el maletero.

-Esto no se trata de decoración de intenores, ¿verdad?

-Existen muchas clases de decoración de interiores, nena.

-En cuanto al chaleco...

-Un Kevlar.

Los Kevlar eran antibalas.

-Jolín -espeté-. Detesto que me disparen. Ya sabes cómo detesto que me disparen.

-Es sólo por precaución -repuso Ranger-. Lo más probable es que no le disparen a nadie.

¿Lo más probable?

Transitamos en silencio por el centro de la ciudad. Ranger estaba en su propio mundo, sumido en sus pensamientos. Los tipos de atrás tenían aspecto de no pensar en absoluto... jamás.

En cuanto a mí, me debatía entre si saltar o no del coche en el próximo semáforo y correr como el demonio de vuelta a casa.

Y al mismo tiempo, por ridículo que suene, estaba ojo avizor por si veía a Fred. Lo tenía clavado en el cerebro. Me había pasado igual con mi gata, Katherine. Ya llevaba quince años desaparecida, pero siempre miraba dos veces cuando veía un gato negro. Un asunto pendiente, supongo.

-¿Adónde vamos? -pregunté al fin.

-A un edificio de apartamentos en Sloane. Tenemos que hacer un poco de limpieza.

La calle Sloane corre paralela a Stark, dos manzanas más allá.

Stark es la peor calle de la ciudad, llena de drogas y desesperanza y viviendas que son cuchitriles. El gueto se va aburguesando a medida que las manzanas avanzan hacia el sur y gran parte de la calle Sloane constituye la línea de demarcación entre la anarquía y el respeto de la ley. Supone una lucha constante defender esa frontera y mantener a camellos y prostitutas al otro lado de Sloane. Y corre el rumor de que últimamente Sloane ha estado perdiendo la batalla.

Ranger recorrió tres manzanas de Sloane antes de aparcar.

Indicó con la cabeza un edificio de ladrillo que había enfrente, dos portales más abajo.

-Ese es nuestro edificio. Vamos al tercer piso.

El edificio tenía cuatro plantas y supuse que habría dos o tres pequeños apartamentos en cada piso. En la planta baja los ladrillos estaban cubiertos de graffiti. No había luz en las ventanas.

Tampoco había tráfico. La basura llevada por el viento se amontonaba contra los bordillos y se arremolinaba en los umbrales.

Aparté la mirada del edificio para posarla en Ranger.

-¿Estás seguro de que esto es legal?

-Nos ha contratado el propietario -respondió Ranger.

-¿Esa limpieza de la que hablas incluye personas o se trata tan sólo de... cosas?

Ranger me miró.

-Sacar a la gente y sus posesiones de una vivienda implica un proceso legal -continué-. Es preciso que presentes un apercibimiento de desahucio y...

-El proceso legal va algo despacío -me interrumpió Ranger-. Y, entretanto, los niños de este edificio reciben amenazas de la gente que se dedica a chutarse en el tercero C.

-Considéralo un trabajo comunitario -sugirió uno de los tipos del asiento de atrás.

Los otros dos asintieron.

-Sí -dijeron-. Trabajo comunitario.

Hice crujir los nudillos y me mordí el labio inferior.

Ranger bajó del coche, rodeó el Range Rover y abrió la puerta trasera. Nos dio a cada uno un chaleco antibalas y una cazadora negra con la palabra SEGURIDAD impresa en grandes letras blancas en la espalda.

Me ceñí el chaleco y observé a los demás abrocharse unos cinturones de teiido negro con pistoleras.

-Déjame adivinarlo -ironizó Ranger rodeándome los hombros con un brazo-. Has olvidado traerte la pistola.

-Los decoradores de interiores no utilizan pistola.

-En este barrio, sí.

Los hombres estaban alineados delante de mí.

-Caballeros -dijo Ranger-. Esta es la señorita Plum.

El tío de origen indeterminado tendió una mano.

-Lester Santos.

El siguiente de la fila hizo lo mismo.

-Bobby Brown.

El último hombre se llamaba Tank. Era fácil comprobar por qué le habían puesto ese nombre.

-Será mejor que no me meta en un lío haciendo esto –le dije a Ranger-. Me cabrearía muchísimo que me arrestaran. Detesto que me arresten.

Santos esbozó una amplia sonrisa.

-Vaya, no te gusta que te disparen. No te gusta que te arresten. Desde luego no sabes cómo divertirte.

Ranger se encogió de hombros, se puso en marcha y cruzó la calle con su banda de hombres valientes cerrando filas detrás de sí.

Entramos en el edifício y subimos dos pisos de escaleras.

Ranger se dirigió al tercero C y escuchó ante la puerta. Los demás nos pegamos a la pared. Nadie habló. Ranger y Santos empuñaban sendas pistolas. Brown y Tank sostenían linternas.

Me encogí, a la espera de que Ranger echara la puerta abajo, pero en lugar de ello sacó una llave del bolsillo y la insertó en la cerradura. La puerta empezó a abrirse pero topó con una cadena de seguridad. Ranger retrocedió dos pasos y cargó contra la puerta, arremetiendo con el hombro a la altura de la cadena.

La puerta se abrió de par en par y Ranger entró el primero. Todos le siguieron menos yo. Se encendieron las luces. Ranger exclamó: «¡Seguridad!» y todo fue caos. Gente semidesnuda se levantaba apresuradamente de colchones en el suelo.las mujeres chillaban. Los hombres maldecían.

El equipo de Ranger recorrió habitación por habitación, esposando a gente y alineándola contra la pared de la sala de estar.

Había seis personas en total.

Uno de los hombres estaba hecho un basilisco y hacía aspavientos para evitar que le esposaran.

-No podéis hacer esto, cabrones -hillaba-. Éste es mi apartamento. Es propiedad privada. Joder, que alguien llame a la policía -extrajo una navaja del bolsillo de los pantalones y la abrió con un chasquido.

Tank cogió al tipo por la espalda de la camisa, lo levantó del suelo y lo arrojó por la ventana.

Todos se quedaron inmóviles, mirando estupefactos los cristales rotos. Yo estaba boquiabierta y el corazón había dejado de latirme en el pecho.

Ranger no pareció muy afectado.

-Habrá que sustituir esa ventana -comentó.

Oí un gemido y una especie de chirridos. Crucé la habitación hasta la ventana y me asomé. El tipo de la navaja estaba despatarrado en la escalera de incendios y hacía débiles intentos por ponerse en pie.

Me llevé una mano al corazón, aliviada al descubrir que había vuelto a latir.

-¡Está en la escalera de incendios! Dios, por un instante he creído que le habías tirado desde un tercer piso.

Tank se asomó conmigo a la ventana.

-Tienes razón. Está en la escalera de incendios. El muy hijo de su madre.

Era un apartamento pequeño. Un dormitorio pequeño, un baño pequeño, cocina pequeña, sala de estar pequeña. Las encimeras de la cocina estaban alfombradas de envoltorios y bolsas de comida rápida, latas de refresco vacías, platos con comida incrustada y cazos baratos y abollados. La formica estaba cubierta de marcas de quemaduras de cigarrillos y de pipas de crack. Jeringuillas usadas, bollos a medio comer, mugrientos paños de cocina y basura inidentificable obstruían el fregadero. En la sala de estar habían colocado contra las paredes dos colchones manchados y desgarrados. No había lámparas, sillas ni mesas, ni indicio alguno de que el hombre civilizado ocupara el apartamento. Tan sólo mugre y desorden. Los mismos desechos que se acumulaban en las alcantarillas de fuera llenaban las habitaciones del tercero C. El aire estaba viciado por los olores a orina, hierba, cuerpos sin lavar y algo aún más desagradable.

Santos y Brown sacaron a los desaliñados ocupantes al rellano y les hicieron bajar las escaleras.

-¿Qué les va a pasar ahora? -le pregunté a Ranger.

-Bobby les llevará a la clínica de desintoxicación y les dejará allí. A partir de entonces es cosa suya.

-¿Sin arrestos?

-Nosotros no arrestamos a nadie. A menos que sean NCT.

Tank regresó del coche con una caja de cartón llena de material para la decoración de interiores, que en este caso consistía en guantes desechables, bolsas de basura y una lata de café para las jeringuillas.

-He aquí el trato -me dijo Ranger-. Despojamos el apartamento de todo lo que no esté sujeto con clavos. El propietario enviará mañana a alguien a limpiar y hacer reparaciones.

-¿Qué le impedirá regresar al inquilino?

Ranger sencillamente se me quedó mirando.

-Vale -repuse-. Ha sido una pregunta estúpida.

ERA MEDIA MAÑANA Para cuando acabamos con la escoba.Santos y Brown se habían aposentado en sillas plegables en el pequeño vestíbulo de abajo. Tenían que hacer el primer turno de vigilancia. Tank iba de camino al vertedero con los colchones y las bolsas de basura. Ranger y yo nos habíamos quedado a cerrar el apartamento.

Ranger se bajó la visera de la gorra azul de marine para protegerse los ojos.

-Bueno -dijo-¿qué te parece el trabajo de guarda de seguridad? ¿Quieres formar parte del equipo? Puedo dejarte hacer el turno de noche con Tank.

-No tirará a más gente por las ventanas, ¿verdad?

-Eso es difícil de decir, nena.

-No sé si estoy hecha para esto.

Ranger se quitó la gorra y me la encasquetó a mí, y al ponerme el cabello detrás de las orejas sus manos tardaron un poco más de lo necesario.

-Tienes que creer en lo que haces.

Eso podía suponer un problema. Y Ranger podía suponer un problema. Empezaba a sentirme demasiado atraída hacia él. Ranger no se incluía en el apartado de posibles novios en mi agenda, sino en el de mercenarios chiflados. Sentirse atraída por Ranger sería como andar en pos del orgasmo del día del juicio.

Inspiré para calmarme.

-Supongo que podría intentarlo un turno -dije- A ver qué tal va.

TODAVÍA LLEVABA la gorra de marine cuando Ranger me dejó en mi casa. Me la quité y se la tendí.

-No olvides tu gorra.

Ranger me miró desde detrás de las gafas de sol. Sus ojos estaban ocultos. Imposible adivinar sus pensamientos. Su voz fue dulce.

-Quédatela. Te sienta bien.

-Es una gorra decente.

Ranger sonrió.

-Pues trata de estar a su altura, nena.

Traspuse la doble puena de vidrio de entrada al vestibulo.

Estaba a punto de subir por las escaleras cuando se abrió la puerta del ascensor y se asomó la señora Bestler.

-Vamos a subir -indicó-. Pónganse al fondo de la cabina.

La señora Bestler tenía ochenta y tres años y vivía en un apartamento del tercer piso. Cuando las cosas se ponían aburridas jugaba a ser ascensorista.

-Buenos días, señora Bestler -la saludé-. Segundo piso.

Oprimió el botón del segundo y me miró de arriba abajo.

-Tienes aspecto de haber estado trabajando. ¿Has pillado hoy a algún malo?

-He ayudado a un amigo a limpiar su apartamento.

La señora Bestler esbozó una sonrisa.

-Qué buena chica eres -el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron-. Segundo piso -anunció la señora Bestler-. Los mejores vestidos. Trajes de chaqueta de diseño. Tocador de Señoras.

Entré en mi casa y fui derecha al contestador del teléfono y su parpadeante luz roja. Tenía dos mensajes. El primero era de Morelli, que quería quedar para cenar. Miss Popularidad, ésa soy yo.

-Te espero en Pino's a las seis -decía Morelli.

Las invitaciones de Morelli siempre me producían una mezcla de emociones. La reacción inicial era una oleada de excitación sexual ante el sonido de su voz; a la oleada sexual le seguía un estómago revuelto mientras consideraba sus motivos, y el estómago revuelto daba paso al fin a la curiosidad y la expectativa. Siempre tan optimista.

El segundo mensaie era de Mabel.

-Acaba de venir un hombre preguntando por Fred -decía-. Ha dicho algo sobre un asunto de negocios por el que necesitaba encontrar a Fred de inmediato. Le he explicado que no podía ayudarle, pero le he dicho que tú te ocupabas del tema, así que no debía preocuparse. Pensaba que te gustaría saberlo.

Llamé a Mabel y le pregunté quién era ese hombre y qué aspecto tenía.

-Era más o menos de mi altura -respondió-. Y de cabello castaño.

-¿De raza blanca?

-Sí. Y ahora que lo mencionas, no me ha dicho su nombre.

-¿A qué clase de negocio se refería?

-No lo sé. No me lo ha dicho.

-De acuerdo -concluí-. Házmelo saber si vuelve a molestarte.

Llame a la oficina para comprobar si había algún nuevo NCT y me dijeron que no había suerte. Telefoneé a mi mejor amiga, Mary Lou, pero no podía hablar porque tenía al niño pequeño enfermo y el perro se había comido un calcetín que acababa de dejar en forma de cagada sobre la alfombra del salón.

Estaba contemplando la lata de sopa de Rex con mayor aprecio que nunca cuando sonó el teléfono.

-Ya lo tengo -dijo la abuela-. Tengo un nombre para ti.

Esta mañana he ido a la peluquería para que me marcaran el pelo y Harriet Schnable había ido para una permanente, y dice que ha oído en el bingo que Fred ha estado llamando a Wininie Black. Harriet no es una de esas que se inventen algo porque sí.

-¿Conoces tú a Winnie Black?

-Sólo a través del club de la tercera edad. A veces va a las excursiones en autocar a Atlantic City. Ella y su marido, Axel.

-Supongo que es así como Fred conoce a la mayoría de sus amiguitas hoy en día, en los encuentros del club. Muchas de esas mujeres son bastante ligeras de cascos, ya sabes a qué me refiero. Incluso tengo la dirección de Winnie -añadio la abuela-. He llamado a Ida Lukach. Es la presidenta de los socios del club. Lo sabe todo.

Anoté la dirección y le di las gracias a la abuela.

-Personalmente, confiaba en que hubieran sido alienígenas -concluyo-. Pero lo cierto es que no sé para qué iban a querer a un viejo de mierda como Fred.

Dejé mi gorra nueva sobre la lata de galletas en forma de osito marrón y me cambié los tejanos por un traje de chaqueta beige y tacones altos. No conocía a Winnie Black, y pensé que no me haría daño tener aspecto profesional. A veces la gente respondía mejor a un traje de chaqueta que a unos tejanos. Cogí el bolso, cerré con llave el apartamento y me uní a la senora Bestler en el ascensor.

-¿Te ha encontrado? -quiso saber la señora Bestler.

-¿Quien?

-Había un hombre buscándote. Muy educado. Le he dejado en tu piso hará unos diez minutos.

-Pues no ha llegado a llamar a mi puerta. Le habría oído. He estado en la cocina casi todo el tiempo.

-Qué raro -la puerta del ascensor se abrió en el vestíbulo y la señora Bestler sonrió-. Planta baja. Bolsos de señora. Joyería selecta.

-¿Qué aspecto tenía ese hombre? -le pregunté.

-Oh, pues era grandote. Un grandullón. Y de piel oscura. Afroamericano.

No era el hombre sobre el que acababa de hablarme Mabel. Aquel tipo era bajo y de raza blanca.

-¿Tenía el cabello largo? ¿Recogido en una coleta quizá?

-No. Apenas si tenía pelo en realidad.

Eché un rápido vistazo al vestíbulo. No había ningún tipo grandote acechando en los rincones. Salí del edificio y miré alrededor en el aparcamiento. Tampoco allí había nadie. Mi visitante había desaparecido. Qué pena, me dije, me habría encantado tener una excusa para no visitar a Winnie Black. Hablaría con un agente del censo, un vendedor de aspiradores, un fanático religioso. Cualquiera era preferible a Winnie Black. Ya era bastante malo saber que el agarrado del tío Fred tenía una amiguita. De verdad que no me apetecía para nada verla. No quería enfrentarme a Winnie Black y tener que imaginármela en la cama con el patizambo de Fred.

WINNIE VIVÍA en un pequeño bungalow en la calle Low. Era de tablas de madera blanca con postigos azules y una puerta roja. Aparqué, avancé decidida hasta la puerta de entrada y llamé al timbre. No tenía ni idea de qué iba a decirle a esa muier. Probablemente algo parecido a «Perdone, ¿anda usted tonteando por ahí con mi tío Fred?».

Estaba a punto de llamar por segunda vez cuando la puerta se abrió y Winnie Black asomó por ella.

Tenía un rostro agradable y redondeado y un cuerpo agradable y redondeado, y no parecía de las que andan revolcándose con el tío de una.

Me presenté y le di mi tarjeta.

-Estoy buscando a Fred Shutz -expliqué-. Lleva desaparecido desde el viernes y confiaba en que fuera usted capaz de darme alguna información.

La expresión agradable se le heló en el rostro.

-Me enteré de que había desaparecido, pero no sé qué puedo decirle.

-¿Cuándo le vio por úItima vez?

-El día en que desapareció. Se detuvo aquí a tomar café y pastel. Lo hacía de vez en cuando. Era justo después de comer y se quedó alrededor de una hora. Axel, mi marido, había salido a que le rotaran los neumáticos al Chrysler.

Axel estaba haciendo que le rotaran los neumáticos. Vaya por donde.

-¿Le pareció Fred enfermo o preocupado? ¿Le dio alguna indicación de que pudiera marcharse a alguna parte?

-Estaba... trastornado. Dijo que tenía algo importante entre manos.

-¿Dijo algo más al respecto?

-No. Pero tuve la sensación de que tenía que ver con la compañía de recogida de basuras. Tenía ciertos problemas con su cuenta con ellos. Algo relacionado con que el ordenador había borrado su nombre de la lista de clientes. Y Fred dijo tener pruebas en su contra y que iba a sacarles dinero a punta pala. Ésas fueron sus palabras exactas... «a punta pala». Me temo que nunca llegó a la compañía de basuras.

-¿Cómo sabe que nunca llgó a la compañía de basuras? -le pregunté a Winnie.

Pareció sorprenderse ante la pregunta.

-Todo el mundo lo sabe.

No había secretos en el Burg.

-Una cosa más -le dije-. Encontré unas fotografías en el escritorio de Fred. ¿Le mencionó en alguna ocasión unas fotografías?

-No. No que yo recuerde. ¿Eran fotografías familiares?

-Eran fotos de una bolsa de basura. Y en algunas de ellas se veía el contenido de la bolsa.

-No. Habría recordado algo así.

Miré por encima del hombro de la mujer hacia el interior de la pulcra casita. No había marido alguno a la vista.

-¿Está Axel por aquí?

-Ha ido al parque con el perro.

Regresé al Buick y conduje dos manzanas hasta el parque.

Era una zona de césped bien cuidado de dos manzanas de largo por una de ancho. Había bancos y macizos de fiores y árboles grandes, y un área para que jugaran los niños en un extremo.

No fue difícil distinguir a Axel Black. Estaba sentado en un banco, sumido en sus pensamientos y con un perro a su lado.

El animal era un vulgar chucho de tamaño pequeño y allí sentado, con los oios vidriosos, se parecía mucho a Axel. La diferencia era que Axel llevaba gafas y el perro tenía pelo.

Aparqué el coche y me aproximé a ambos. Ninguno de los dos se movió, ni siquiera cuancto me planté justo delante de ellos.

-¿Axel Black? -pregunté.

El hombre alzó la mirada.

-Sí

Me presenté y le tendí mi tarjeta.

-Estoy buscando a Fred Shutz -expliqué-. Y he estado hablando con algunas de las personas de edad que pudieran haberle conocido.

-Apuesto a que le han estado dando la lata de lo lindo -comentó Axel-. El viejo Fred era todo un personaje. El hombre más tacaño que haya pisado la faz de la tierra. Discutía por cada centavo. Nunca contribuía a nada. Y se creía un Romeo, además. Siempre andaba adulando a alguna mujer.

-No parece que le tuviera usted mucho aprecio.

-No me caía muy bien ese hombre -repuso Axel-. No le deseo ningún daño, pero tampoco es que me gustase mucho. La verdad es que era un poco sospechoso.

-¿Tiene idea de qué le sucedió?

-Creo que debió de prestarle demasiada atención a la mujer equivocada No pude evitar pensar que quizá se refiriera a Wuinie. Y que a lo mejor había atropellado a Fred con su Chrysler, para luego recogerle, meterle en el maletero y arrojarle al río.

Eso no explicaba las fotografías, pero quizá éstas no tuvieran nada que ver con la desaparición de Fred.

-Bueno-dije-, si se le ocurre algo, hágamelo saber.

-Apueste a que lo haré -contestó Axel.

Los hijos de Fred, Ronald y Walter, eran ios siguientes en mi lista. Ronald era capataz de la cadena de producción en la fábrica de embutidos de cerdo. Walter y su esposa, Jean, eran propietarios de un colmado en la calle Howard. Pensé que no me haría daño hablar con Walter y Ronald. Sobre todo porque cuando mi madre me preguntara qué estaba haciendo por encontrar al tío Fred necesitaba tener algo que decirle.

Walter y Jean le habían puesto a su tienda el nombre de La Parada. Estaba al otro lado de la calle de un supermercado abierto las veinticuatro horas y habría cerrado sus puertas tiempo atrás de no ser por el hecho de que en La Parada los clientes podían comprar una barra de pan, jugar a la lotería y apostar veinte dólares en alguna carrera de jamelgos de Freehold.

Walter estaba tras la caja registradora leyendo el periódico cuando entré en la tienda. Era primera hora de la tarde y el establecimiento estaba vacío. Walter dejó el periódico y se puso en pie.

-¿Le has encontrado?

-No. Lo siento.

Inspiró profundamente.

-Jesús. Creí que venías a decirme que estaba muerto.

-¿Crees que ha muerto?

-Ya no sé qué creer. Al principio me figuré que simplemente se había largado; que había sufrido otro ataque o algo así. Pero ahora ya no me parece que sea eso. Nada tiene sentido.

-¿Sabías si Fred tenía problemas con la compañía de recogida de basuras?

-Papá tenía problemas con todo el mundo -repuso Walter.

Me despedí de Walter, puse en marcha el Buick y crucé la ciudad hacia la fábrica de embutidos. Aparqué en una plaza de visitante, entré al edificio y le pedí a la recepcíonista que le pasara una nota de mi parte a Ronald.

Ronald apareció unos minutos más tarde.

-Supongo que se trata de papá -dijo-. Es un detalle por tu parte que nos ayudes a encontrarle. No puedo creer que no haya aparecido todavía.

-¿Tienes alguna.teoría al respecto?

-Ninguna que quiera decir en voz alta.

-¿Las mujeres que hay en su vida?

Ronald negó con la cabeza.

-Era todo un elemento. Un tacaño donde los haya, y nunca logró mantener el pájaro en los pantalones. No sé si aún consigue encender el viejo motor, pero sigue tonteando por ahí. Jesús, si tiene setenta y dos años.

-¿Sabes algo sobre una discrepancia con la compañía de recogida de basuras?

-No, pero lleva un año batallando con la compañía de seguros.

CAPÍTULO TRES

SALÍ DEL APARCAMIENTO de la fábrica de embutidos y me dirigí de nuevo al centro. Eran casi las cinco y las carreteras estaban atestadas de funcionarios. Ésa era una de las muchas cosas buenas de Trenton. Si una necesitaba practicar ademanes a la italiana no escaseaban los burócratas que los merecieran.

Me detuve brevemente en casa para unos retoques de belleza de úl timo momento. Me apliqué una capa más de rímel, me ahuequé el cabello y volví a salir.

Morelli estaba en la barra cuando llegué a Pino's. Estaba de espaldas a mí y sumido en sus pensamientos, con los codos sobre la barra y la cabeza inclinada sobre su cerveza. Llevaba tejanos y zapatllas deportivas, y una camisa verde de franela a cuadros escoceses abierta sobre una camiseta con el anagrama de un gimnasio. Una mujer del extremo opuesto le observaba a través del espejo del fondo de la barra. Las mujeres hacían eso entonces. Cuando era más joven y sus facciones menos marcadas, las mujeres hacían algo más que observarle. Cuando era más ioven, las madres de todo el estado prevenían a sus hijas contra Joe Morelli. Y cuando era más ioven, a las hiias de todo el estado les importaba un cuerno lo que sus madres dijeran. Las facciones de Morelli eran más angulosas últimamente. Sus ojos resultaban menos invitadores para los extraños. Mujeres incluidas. De forma que las muieres le observaban y se preguntaban cómo sería estar con Morelli.

Yo sabía, por supuesto, como era estar con Morelli. Morelli era mágico.

Me senté en el taburete iunto al suyo y le indiqué con un ademán al camarero que me trajese una cerveza.

Morelli me dirigió una mirada apreciativa, con las pupilas muy dilatadas a la tenue luz del bar.

-Traje chaqueta y tacones -comentó-. Eso significa que has estado en un velatorio, en una entrevista de trabajo, o bien que has tratado de sonsacarle a una encantadora ancianita información que no debería habene dado.

-Casilla número tres.

-Dejame adivinarlo... tiene que ver con tu tío Fred.

-Bingo.

-¿Ha habido suerte?

-Es difícil decirlo. ¿Sabías que Fred tenía enredos por ahí?

-Tenía una amiguita.

Morelli esbozó una amplia sonrisa.

-¿Fred Shutz? Vaya, eso me anima.

Puse los ojos en blanco.

Morelli cogió nuestros vasos de cerveza de la barra y me indicó con un gesto la zona reservada para las mesas.

-Si yo fuera Mabel estaría encantada de que Fred se largara -comentó-. No creo que Fred sea lo que se dice muy divertido.

-En especial desde que colecciona fotografías de cuerpos descuartizados.

-Le di las fotos a Amie. No pareció muy contento. Creo que confiaba en que Fred apareciera haciendo autostop en Klockner Boulevard.

-¿Va a hacer algo Arnie al respecto?

-Probablemente volverá a hablar un poco más con Mabel y seguirá los procedimientos habituales con las fotos a ver qué consigue.

-¿Lo has hecho tú ya?

-Ajá. Y no he sacado nada en claro.

Pino's no tenía encanto alguno. A ciertas horas del día estaba lleno de polis que se relajaban un poco después de su turno.

Y a otras horas la zona de mesas estaba a tope de hambrientas familias del Burg. Entre unas y otras, Pino's albergaba a unos cuantos borrachos regulares, y la cocina estaba infestada

de cucarachas tan grandes como gatos. Yo comía en Pino's pese a los rumores sobre las cucarachas porque Anthony Pino hacía la mejor pizza de Trenton; Quizá de toda Jersey.

Morelli pidió la cena y se reclinó en la silla.

-¿En qué punto está nuestra relación?

-¿Que tienes en mente?

-Una cita.

-Pensaba que esto era una cita.

-No. Esto es una cena, para poder hablarte sobre la cita.

Le di un sorbo a mi cerveza.

-Debe de ser toda una cita.

-Es una boda.

Me senté más recta en la silla.

-No se trata de mi boda, ¿verdad?

-No, a menos que en tu vida esté pasando algo que yo no sepa.

Exhalé un suspiro de alivio.

-Guau. Por un instante me has tenido preocupada.

Morelli pareció molesto.

-¿Quieres decir que si te pidiera que te casaras conmigo ésa sería tu reacción?

-Bueno, pues sí.

-Pensaba que querías casarte. Pensaba que ése era el motivo de que dejáramos de acostarnos iuntos... porque no querías sexo sin matrimonio.

Me incliné sobre la mesa y enarqué una ceja.

-¿Tú quieres casarte?

-No, yo no quiero casarme, Ya hemos hablado de eso.

-Entonces mi reacción no tiene importancia, ¿no te parece?

-Jesus -dijo Morelli-. Necesito otra cerveza.

-Bueno, ¿qué pasa con esa boda?

-Mi prima Julie se casa el sábado, y necesito pareja.

-¿Me estás invitando a una boda con sólo cuatro días de antelación? No puedo estar lista para una boda en cuatro días. Necesito un vestido y unos zapatos nuevos. Necesito pedir hora en el salón de belleza. ¿Cómo voy a hacer todo eso con sólo cuatro días de antelación?

-De acuerdo, a la mierda; pues no vamos -repuso Morelli.

-Supongo que podría pasar sin el salón de belleza, pero desde luego necesito zapatos nuevos.

-De tacón -dijo Morelli-. Alto y de aguia.

Jugueteé con el vaso de cerveza.

-No seré tu última opción, ¿eh?

-Eres mi única opción. De no haberme llamado mi madre esta mañana ni siquiera me habría acordado de esa boda. Este caso que tengo entre manos está pudiendo conmigo.

-¿Quieres hablar de ello?

-Eso es lo úItimo que querría hacer.

-¿Qué me dices del tío Fred? ¿Quieres hablar más sobre él?

-Vaya playboy.

-Ajá. No comprendo cómo pudo desaparecer sin más.

-La gente desaparece constantemente -repuso Morelli-. Se suben a un autobús y empiezan una nueva vida en otra parte. O saltan desde un puente y se alejan notando con la corriente. A veces hay gente que les ayuda a desaparecer.

-Estamos hablando de un hombre de setenta y tantos demasiado tacaño para comprarse un billete de autobús y que habría tenido que recorrer kilómetros para encontrar un puente.

Dejó la ropa de la tintorería en el coche. Desapareció mientras hacía recados.

Ambos nos sumimos momentáneamente en el silencio mientras nos ponían las pizzas sobre la mesa.

-Acababa de salir del banco -prosiguió Morelli cuando nos dejaron solos-. Era un viejo. Un blanco fácil. Alguien pudo detener el coche junto a él y obligarle a subir.

-No había indicios de pelea.

-Eso no significa que no tuviera lugar una.

Traté de digerir eso mientras me comía la pizza. Se me había ocurrido la misma idea, y no me gustaba.

Le hablé a Morelli sobre mi conversación con Winnie Black.

-¿No sabe nada sobre las fotos?

-No.

-Una cosa más -añadió Morelli-. Quería hablarte sobre Benito Ramírez.

Alcé la mirada de mi pizza. Benito Ramírez era un boxeador profesional de Trenton, un peso pesado. Le gustaba castigar a la gente y no limitaba sus castigos al interior del ring. Le gustaba maltratar alas mujeres. Le gustaba oírlas suplicarle mientras les inflingía su particular forma de tortura morbosa.

Y, de hecho, yo sabía que algunas de esas torturas habían acabado en muertes, pero siempre había habido seguidores que habían hecho salir póstumamente airoso a Ramírez de sus peores crímenes. Había estado involucrado en mi primer caso como cazarrecompensas, y mi actuación había sido decisiva a la hora de meterle entre rejas. Su encarcelamiento no había llegado a tiempo para Lula. Ramírez casi la había matado. La había violado y golpeado y le había hecho cortes en sitios terribles. Y luego había dejado su cuerpo desnudo y sangrante en mi escalera de incendios para que yo lo encontrara.

-¿Qué pasa con Ramírez? -le pregunté a Morelli.

-Que está fuera.

-¿Fuera de dónde?

-Fuera de la cárcel.

-¿Qué? ¿Que quieres decir con que está fuera de la cárcel? Casi mató a Lula. Y estaba involucrado en toda una verdadera colección de asesinatos. Por no mencionar que me amenazó y me aterrorizó a mí.

-Le han soltado en libertad condicional; tiene que prestar servicios comunitarios y recibir consejo psiquiátrico –Morelli se detuvo para coger otro pedazo de pizza-. Tenía un abogado verdaderamente bueno.

Morelli había dicho aquello como si tal cosa, pero yo sabía que no se sentía como si tal cosa. Se había puesto la máscara de poli. Esa que impide que trasluzca emoción alguna. Esa de la mirada dura que no revela nada.

Seguí comiendo con ostentación. Como si a mí tampoco me preocupara mucho la noticia, cuando de hecho sentía oleadas de náuseas en el estómago.

-¿Cuándo sucedió? -le pregunté a Morelli.

-Ayer.

-¿Y está en la ciudad?

-Igual que siempre. Entrenándose en el gimnasio de la calle Stark.

Un hombre grandote, había dicho la señora Bestler. Afroamericano. Educado. Merodeando por la portería de mi casa. Jesús, podía haberse tratado de Ramírez.

-Si llegas a sospechar siquiera que anda cerca de ti, quiero saberlo -dijo Morelli.

Me había metido otro pedazo de pizza en la boca, pero tenía dificultades para tragármelo.

-Claro.

Nos acabamos la pizza y nos tomamos el café con parsimonia.

-Quizá deberías pasar la noche conmigo -sugirió Morelli- Sólo por si a Ramírez se le ocurre hacerte una visita.

Sabía que Morelli tenía otras cosas en mente aparte de mi seguridad. Y era una oferta tentadora. Pero ya había cogido ese autobús, y parecía un trayecto hacia ninguna parte.

-No puedo -respondí-. Esta noche trabajo.

-Pensaba que la cosa estaba medio parada.

-No es para Vinnie. Es un trabajo para Ranger.

Morelli esbozó una ligera mueca.

-Me da miedo preguntar.

-No es nada ilegal. Es un trabajo de vigilancia de seguridad.

-Siempre lo es -repuso Morelli-. Ranger hace toda clase de trabajos de seguridad. Ranger hace que los pequeños países del Tercer Mundo estén bien seguros.

-Esto no tiene nada que ver con el tráfico de armas. Esto es legal. Nos ocupamos de vigilar las entradas de un edificio de apartamentos en Sloane.

-¿En Sloane? ¿Estás loca o qué? Sloane está en el límite de la zona de guerra.

-Es por eso por lo que el edificio precisa supervisión.

-Vale. Pues deja que Ranger se la encargue a otro. Créeme, no te conviene andar buscando una plaza de aparcamiento en Sloane en plena noche.

-No tendré que buscar plaza de aparcamiento. Va a recogerme Tank.

-¿Trabajas con un tipo llamado Tank?

-Bueno, es que es grande.

-Madre mía -se lamentó Morelli-. Tenía que enamorarme de una mujer que trabaja con un tipo llamado Tank.

-¿Estás enamorado de mí?

-Por supuesto que estoy enamorado de ti. Solo que no quiero casarme contigo.

SALÍ DEL ASCENSOR y le vi sentado en el suelo del pasillo, junto a mi puerta. Y supe que era el visitante de Mabel. Metí la mano en el bolso en busca del espray, sólo por si acaso. Encontré lápices de labios y rulos y mi pistola de descargas eléctricas, pero no el espray.

-O estás buscando las llaves o el espray -comentó el tipo poniéndose en pie-. Así que déjame ayudarte; toma -se metió la mano en el bolsillo, sacó un bote de espray y me lo tiró-. Sírvete tú misma -añadió. Y abrió mi puerta de un empujón.

-¿Cómo has hecho eso? La puerta estaba cerrada con llave.

-Es un don divino -contestó-. Pensé que nos ahorraría tiempo que registrase tu apartamento antes de que llegaras.

Agité el espray para asegurarme de que estaba lleno.

-Eh, no seas rencorosa. No he estropeado nada. Aunque tengo que decirte que he pasado un buen rato con tu cajón de bragas.

El instinto me decía que jugaba conmigo. No abrigaba duda alguna de que había registrado mi apartamento, pero sí dudaba de que se hubiera entretenido con mi lencería. La verdad es que tampoco tenía mucha y la que tenía no era especialmente exótica. Sentí igualmente que había violado mi intimidad y le habría rociado de espray allí mismo, pero no me fiaba de aquel bote de espray. Después de todo era suyo.

El tipo se meció sobre los talones.

-Bueno, ¿no vas a pedirme que entre? ¿No quieres saber mi nombre? ¿No quieres saber qué hago aquí?

-Desembucha.

-Aquí no -repuso-. Quiero entrar y sentarme. He tenido un día muy largo.

-Olvídalo. Hablemos aquí.

-No, creo que no. Quiero entrar. Es más civilizado. Será como si fuésemos amigos.

-No somos amigos. Y si no empiezas a hablar ahora mismo voy a gasearte.

Era más o menos de mi estatura, un metro sesenta y cinco, y con un cuerpo como de boca de incendios. Se hacía difícil establecer su edad. Quizá cerca de los cuarenta. El cabello castaño empezaba a escasearle. Las cejas parecían alimentadas con esteroides. Llevaba raídas zapatillas de deporte, Levi's negros y sudadera gris oscuro.

Exhaló un profundo suspiro y extrajo un 38 de debajo de la sudadera.

-Utilizar el espray no sería buena idea -me dijo-, porque entonces tendría que dispararte.

Sentí un nudo en el estómago y que el corazón me palpitaba con fuerza. Pensé en las fotografías y en cómo alguien había conseguido que le mataran y descuartizaran. Fred estaba implicado de alguna manera. Y ahora yo también lo estaba.

Y existía la razonable posibilidad de que me estuviera apuntando con la pistola un tío que trataba de tú a la fotografiada bolsa de basura.

-Si me disparas en el pasillo te caerán encima todos mis vecinos -dije.

-Bueno. Entonces les dispararé a ellos también.

No me gustaba la idea de que le disparara a alguien, especialmente a mí, de forma que ambos entramos en mi apartamento.

-Así está mucho mejor -comentó dirigiéndose a la cocina para abrir la nevera y coger una cerveza.

-¿De dónde ha salido esa cerveza?

-La he traído yo. ¿Quién crees si no, el hada de la cerveza? Señora mía, tienes que ir a comprar comida. No es saludable vivir de esta manera.

-Pero ¿quién eres tú?

Se embutió la pistola baio el cinturón y me tendió una mano.

-Soy Bunchy.

-¿Qué clase de nombre es Bunchy?

-Bueno, los hay peores, ¿no?

No se me ocurría ninguno.

-¿Tienes un nombre real?

-Ajá, pero no necesitas saber cuál es. Todo el mundo me llama Bunchy.

Me sentía mejor ahora que no me apuntaba con la pistola.

Lo bastante bien como para mostrarme curiosa.

-Bueno, ¿cuál es ese asunto de negocios con Fred?

-Verás, la verdad es que Fred me debe algo de dinero.

-Vaya, vaya.

-Y quiero ese dinero.

-Buena suerte.

Se bebió con sonoros tragos medio botellín de cerveza.

-Oye, a ver, me temo que esa actitud tuya no es muy buena.

-¿Cómo llegó Fred a deberte dinero?

-A Fred le gusta jugarse la pasta de tanto en cuando.

-¿Me estás díciendo que eres el corredor de apuestas de Fred?

-Ajá, eso es lo que te estoy diciendo.

-No te creo. Fred no apostaba.

-¿Cómo lo sabes?

-Además, no tienes aspecto de corredor de apuestas.

-¿Qué aspecto tienen los corredores de apuestas?

-Diferente, más respetable.

-Me figuro que tú estás buscando a Fred, y yo estoy buscando a Fred; quizá podamos buscar juntos a Fred.

-Claro.

-¿Lo ves? No era tan difícil.

-¿Vas a irte ahora?

-A menos que quieras que me quede a ver la tele.

-No.

-De todas formas, tengo un televisor mejor -repuso.

A LAS DOCE Y MEDIA en punto estaba ante la puerta de mi edificio esperando a Tank. Me había echado una siestecita y me sentía más o menos alerta. Llevaba vaqueros negros, camiseta negra, la gorra de marine de Ranger y la chaqueta negra de seguridad. A petición de Ranger me había sujetado la pistola al cinturón y mi bolso contenía otro material esencial: pistola de descargas eléctricas, espray antiasaltantes, linterna y esposas.

El aparcamiento parecía fantasmal a aquellas horas de la noche. Los coches de los ancianos inquilinos estaban sumidos en un sueño profundo y en sus techos y capós se renejaba la luz de los focos halógenos. El macadán tenía aspecto mercurial. El barrio de pequeñas casas unifamiliares de detrás de mi edificio estaba a oscuras y silencioso. Ocasionalmente se oía el ronroneo del tráfico en Saint James. Unos faros refulgieron en la esquina y un coche entró en el aparcamiento. Se me encogió el estómago en un instante de pánico al pensar que podía tratarse no de Tank sino de Benito Ramírez. Recobré la compostura, pensando en la pistola que llevaba en la cintura y diciéndome que era una tía dura y mala, una mujer peligrosa con la que más valía no meterse. Alégrame la vida, tipejo, pensé. Sí, bueno. Lo cierto es que si resultaba ser Ramírez mojaría las bragas y saldría corriendo de vuelta a mi casa.

El coche era negro y brillante. Un 4x4. Rodo hasta detenerse ante mí y la ventanilla del conductor descendió con suavidad.

Tank se asomó por ella.

-¿Lista para el rock and roll?

Me senté junto a él y me puse el cinturón.

-¿Esperas que haya mucho rock and roll esta noche?

-No espero que haya ninguno. Trabajar en este turno es como observar crecer la hierba.

Eso supuso un alivio. Tenía mucho en qué pensar, y no me apetecía especialmente ver a Tank en acción. Más aún, no me apetecía verme a mí misma en accion.

-Supongo que no conocerás a un corredor de apuestas llamado Bunchy, ¿no?

-¿Bunchy? No. Nunca he oído hablar de él. ¿Es de aquí?

-En realidad no estoy segura.

El trayecto a través de la ciudad fue tranquilo. Junto al bordillo delante del edificio de apartamentos de la calle Sloane había aparcado otro vehículo. Era otro 4x4 de color negro. Tank aparcó tras él. Más allá del edificio, a ambos lados y en la acera de enfrente, los coches se alineaban junto al bordillo.

-Una de las cosas que nos gusta hacer respetar es que no se aparque en la zona que hay justo delante del edificio -explicó Tank-. Mantener las cosas despeiadas. Los inquilinos disponen de un aparcamiento detrás del edificio. Sólo se les permite aparcar aquí en la puerta a los vehículos de seguridad.

-¿Y si alguien quiere aparcar aquí?

-Le desanimamos a hacerlo.

Era un maestro del eufemismo.

Había dos hombres en el vestibulo. Iban vestidos de negro y llevaban las cazadoras de seguridad. Uno se adelantó cuando nos aproximamos y nos abrió la puerta.

Tank entró y miró alrededor.

-¿Ha pasado algo?

-Nada. Ha estado tranquilo toda la noche.

-¿Cuándo habéis hecho la última ronda?

-A las doce.

Tank asintió con la cabeza.

Los hombres recogieron sus pertenencias (un gran termo, un libro y una bolsa de gimnasio) y salieron por la puerta del edificio. Permanecieron unos instantesde pie en la calle, como asimilándola, antes de entrar en el 4x4 y alejarse.

Se había dispuesto una pequeña mesa y dos sillas plegables contra la pared más alejada del vestíbulo para permitir al equipo de seguridad la vigilancia tanto de la puerta como de las escaleras. Sobre la mesa había dos transmisores-receptores portátiles.

Tank cerró con llave la puerta principal, cogió uno de los transmisores y se lo ciñó al cinturón.

-Voy a hacer una ronda. Tú quédate aquí y mantén los ojos abiertos. Llámame si alguien se aproxima a la puerta.

Le hice un ademán de saludo.

-Alegre y vivaz -dijo-. Eso me gusta.

Me senté en la silla plegable y observé la puerta. Nadie se acercaba. Observé las escaleras. Allí tampoco pasaba nada. Comprobé mi manicura. Nada del otro mundo. Consulté mi reloj.

Habían pasado dos minutos; 478 minutos más y podría marcharme a casa.

Tank bajó sin prisas las escaleras y se sentó.

-Todo está tranquilo.

-Y ahora ¿qué?

-Ahora esperamos.

-¿A qué?

-A nada.

Dos horas más tarde, Tank estaba cómodamente repantigado en su asiento con los brazos cruzados; sus ojos, meras ranuras pero vigilantes, observaban la puerta. Su metabolismo había descendido hasta el nivel de un reptil. Sin que su pecho subiera y bajara. Sin cambio alguno de posición; más de cien kilos de seguridad en animación suspendida.

Yo, por mi parte, había desistido en mis intentos de no caerme de la silla y estaba tendida en el suelo, donde podía dormitar sin matarme.

Oí crujir la silla de Tank. Le oí inclinarse hacia adelante.

Abrí un ojo.

-¿Es la hora de otra ronda?

Tank se había puesto en pie.

-Hay alguien en la puerta.

Me senté para mirar y ¡BANG! Se oyó el sonoro disparo de una pistola y el ruido del cristal al hacerse añicos. Tank salió despedido hacia atrás, se golpeó contra la mesa y se derrumbó en el suelo.

El pistolero se precipitó al interior del vestíbulo con la pistola todavía en la mano. Era el hombre al que Tank había tirado por la ventana, el ocupante del apartamento tercero C. Tenía ojos de loco y el rostro muy pálido.

-Tira la pistola -me gritó-. Tira la puta pistola.

Bajé la mirada y, en efecto, empuñaba mi pistola.

-No vas a dispararme, ¿verdad? -pregunté, y la voz me sonó hueca en la cabeza.

El tipo llevaba una larga gabardina. La desabrochó y la sostuvo bien abierta para mostrar un montón de paquetes sujetos a su cuerpo con cinta adhesiva.

-¿Ves esto? Son explosivos. Si no haces lo que te diga, los dos volaremos por los aires.

Oí un chasquido y comprendí que la pistola se me había escurrido de entre los dedos y había caído al suelo.

-Necesito entrar en mi apartamento -dijo el tipo-. Necesito entrar ahora mismo.

-Está cerrado.

-Pues consigue la llave.

-No tengo ninguna llave.

-Jesús -dijo-. Pues echa abajo la puerta a patadas.

-¿Yo?

-¿Ves a alguien más por aquí?

Bajé la mirada hacia Tank. No se movía.

El tipo de la gabardina hizo un ademán con la pistola indicando las escaleras.

-Muévete,

Pasé con cautela ante él y subí por las escaleras hasta el tercer piso. Me detuve ante la puerta del apartamento C y probé a accionar el picaporte. Estaba cerrada, desde luego.

-Dale una patada -ordenó el de la gabardina.

Le di una patada.

-¡Dios! Eso no es una patada. ¿Es que no sabes nada?

-¿No ves la tele?

Retrocedí un par de pasos y arremetí contra la puerta. La golpeé de costado y reboté. A la puerta no le pasó nada.

-Cuando Ranger lo hizo funcionó -dije.

El tipo de la gabardina estaba sudando y la pistola le temblaba en la mano. Se volvió hacia la puerta, apuntó con las dos manos y oprimió dos veces el gatillo. La madera se astilló y se oyó el sonido de metal contra metal. Le propinó una patada a la puerta a la altura de la cerradura y ésta se abrió de par en par. Entró de un salta, encendió de un golpe el interruptor de la luz y miró a todas partes a la vez.

-¿Qué les ha pasado a mis cosas?

-Limpiamos el apartamento.

Corrió hacia el dormitorio y el baño y de vuelta a la sala de estar. Abrió todos los armarios de la cocina.

-No teníais derecho -me gritó-. No teníais derecho a llevaros mis cosas.

-No había mucho.

-¡Había un montón! ¿Sabes que tenía aquí? Tenía mercancía de la buena. Pura de verdad. Dios, ¿es que no entiendes lo desesperado que estoy por un pico?

-Oye, qué te parece si te llevo a la clínica. Si te consigo algo de ayuda.

-No quiero ir a la clínica. Quiero mi alijo.

La ocupante del apartamento tercero A abrió la puerta.

-¿Qué pasa aquí?

-Vuelva a entrar en su apartamento y cierre la puerta –le dije- Tenemos un pequeño problema.

La puerta se cerró de golpe y se oyó el chasquido del cerrojo.

El de la gabardina estaba otra vez correteando por la casa.

-Dios -decía-. Dios, Dios.

Otra mujer apareció en el pasillo. Se la veía débil y encorvada. Debía de haber pasado de los cien años. El cabello corto y blanco se le levantaba en copetes. Llevaba una gastada bata rosa de franela y grandes zapatillas peludas.

-No puedo dormir con todo este jaleo -se quejó-. Llevo viviendo en este edificio cuarenta y tres años y nunca había visto tantas idas y venidas. Éste solía ser un barrio agradable.

El tío de la gabardina se volvió en redondo, apuntó con su arma a la muier y disparó. La bala se incrustó en la pared detrás de ella.

-Chúpate ésa -dijo la anciana sacando una 9 milímetros niquelada de algún lugar entre los pliegues de la bata, y apuntó asiendo la pistola con ambas manos.

-¡No! -exclamé-. No dispare. Va forrado de...

Demasiado tarde. La vieja acribilló al tipo y el sonido de mi voz se perdió en la explosión.

DESPERTÉ SUJETA a una camilla. Estaba en el vestibulo del edificio de apartamentos y éste estaba lleno de gente, en su mayoría polis. El rostro de Morelli dio vueltas ante mí hasta que logré verlo con nitidez. Movía los labios, pero no decía nada.

-¿Qué? -exclamé-. Suéltalo ya.

Negó con la cabeza, hizo un ademán despreciativo y le vi vocalizar: «Lleváosla». Un enfermero sacó rodando la camilla al aire nocturno. Traqueteamos por la acera y luego sentí que me izaban para meterme en la ambulancia, cuyas luces estroboscópicas resultaban cegadoras contra la negrura del cielo.

-Eh, un momento -dije. Estoy bien. Dejad que me levante. Soltad estas correas.

ERA MEDIA MAÑANA cuando me deiaron abandonar el hospital. Ya estaba vestida y paseaba por la habitación cuando entró Morelli con los papeles del alta.

-Dejan que te marches -diio-. Si dependiera de mí, te trasladaría al piso de arriba, a psiquiatría.

Le saqué la lengua porque me sentía excepcionalmente madura. Cogí mi bolso y salimos corriendo de la habitación antes de que apareciera la enfemiera con la silla de ruedas obligatoria.

-Tengo un montón de preguntas que hacerte -le dije a Morelli.

Él me guió hacia el ascensor.

-Yo también tengo unas cuantas. Por ejemplo, ¿qué demonios sucedió?

-Yo primero. Necesito saber algo sobre Tank. Nadie quiere decirme nada. ¿Está...? Esto... bueno, ya sabes...

-¿Muerto? No. Por desgracia. Llevaba un chaleco antibalas. El impacto le arrojó hacia atrás y le dejó sin sentido. Se golpeó la cabeza al caer y quedó fuera de combate durante un rato, pero esta bien. Y por cierto, ¿dónde estabas tú cuando le dispararon?

-Estaba tendida en el suelo. Hacía mucho que había pasado mi hora de acostarme.

Morelli esbozó una amplia sonrisa.

-A ver si lo entiendo. ¿No te dispararon porque te quedaste dormida en pleno trabajo?

-Algo parecido. Sonaba mejor de la forma en que lo he expresado yo. ¿Qué pasó con el tipo de la bomba?

-Por el momento han encontrado un zapato y una hebilla de cinturón en las proximidades de lo que queda del apartamento, que por cierto no es gran cosa, y unos cuantos dientes en la calle Stark.

La puerta del ascensor se abrió y ambos entramos.

-Lo de los dientes es broma, ¿verdad?

Morelli esbozó una mueca y oprimió el botón.

-¿Nadie más resultó herido?

-No. La anciana se cayó de culo justo igual que tú. ¿Puedes corroborar su declaración de que fue en defensa propia?

-Ajá. El tipo de la droga le pegó un tiro antes de que ella le acribillara. La bala tiene que estar incnistada en la pared... si la pared sigue ahí.

Salimos del vestibulo y cruzamos la calle hacia la furgoneta de Morelli.

-Y ahora ¿qué? -preguntó Morelli-. ¿A tu casa? ¿A la de tu madre? ¿A la mía! Puedes quedarte conmigo si te sientes debilucha.

-Gracias, pero necesito irme a casa. Quiero darme una ducha y cambiarme de ropa -después quería ir en busca de Fred.

Estaba ansiosa por volver sobre los pasos de Fred. Quería permanecer de pie en el aparcamiento del que había desaparecido y experimentar vibraciones psíquicas. No era que hubiera experimentado jamás vibración psíquica alguna, pero bueno, siempre hay una primera vez-. Por cierto, ¿conoces a un corredor de apuestas llamado Bunchy?

-No ¿Qué aspecto tiene?

-El típico italiano más bien bajito. De unos cuarenta, quizá.

-No me dice nada. ¿De qué le conoces?

-Le hizo una visita a Mabel, y luego me vino a ver a mí. Asegura que Fred le debe dinero.

-¡Fred!

-Si Fred hubiese querido apostar en las carreras, ¿por qué no iba a hacerlo a través de su hijo?

-¿Porque no quería que nadie supiera que jugaba?

-Oh, claro. No se me había ocurrido eso -qué burra.

-He hablado con tu médico -dijo Morelli-. Me ha dicho que se supone que debes hacer reposo durante un par de días. Y que el zumbido en los oídos disminuiría con el tiempo.

-El zumbido ya ha mejorado un montón.

Morelli me miró de soslayo.

-No vas a hacer ningún reposo, ¿verdad?

-Define «reposo».

-Quedarse en casa, leer, ver la tele.

-Puede que haga algo de eso.

Morelli entró en mi aparcamiento y detuvo el coche.

-Cuando estés en condiciones, tienes que pasar por comisaría y hacer una declaración formal.

Salí del coche.

-Vale.

-Espera -dijo Morelli-. Subiré contigo.

-No es necesario. Gracias de todas formas. Estoy bien.

Morelli volvía a esbozar una amplia sonrisa.

-¿Temes perder el control en el pasillo y rogarme que entre a hacerte el amor?

-Eso será en tus sueños, Morelli.

Cuando entré en mi casa la luz roja del contestador parpadeaba y parpadeaba. Y Bunchy estaba dormido en el sofá.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le grité,-¡levántate! ¡Fuera de aquí! Esto no es el Hotel Ritz. ¿No comprendes que eso que haces es allanamiento de morada?

-Eh, eh, no hace falta que te pongas de los nervios -dijo, y se levantó-. ¿Dónde has estado? Estaba preocupado por ti. Anoche no volviste a casa.

-¿Que eres tú, mi madre?

-Eh, me preocupas, eso es todo. Deberías alegrarte de tener un amigo como yo -miró alrededor-. ¿Has visto mis zapatos?

-Tú no eres amigo mío. Y tus zapatos están debajo de la mesa de café.

Recuperó los zapatos y se los puso.

-Bueno, ¿dónde estabas?

-Tenía un trabajo. Lo mío es el pluriempleo.

-Debe de haber sido todo un trabajo. Tu madre ha llamado para decir que había oído que hiciste volar a alguien por los aires.

-¿Has hablado con mi madre?

-Ha dejado un mensaje en tu contestador -volvió a mirar en torno a sí-. ¿Has visto mi pistola?

Me volví en redondo y me dirigí a la cocina a escuchar los mensajes.

«Stephanie, soy tu madre. ¿Qué es eso de una explosión? Edna Gluck se ha enterado por su hijo, Ritchie, de que hiciste volar a alguíen por los aires. ¿Es cierto eso? ¿Hola? ¿Hola?»

Bunchy tenía razón. Maldito fuera ese deslenguado de Rit-hie.

Escuché el segundo mensaje. Una respiración. El mensaje número tres era lo mismo.

-¿Qué es esa respiración? -quiso saber Bunchy, de pie en medio de mi cocina, con las manos en los bolsillos y la camisa de franela a cuadros colgándole por fuera.

-Se han equivocado de número.

-Me lo dirías si tuvieras algún problema, ¿verdad? Porque, ya sabes, tengo mi propia forma de resolver problemas como ése.

No lo dudaba ni por un instante. No parecía un corredor de apuestas, pero no me costaba nada creer que pudiera resolver esa clase precisa de problemas.

-¿Por qué estás aquí?

Fue abriendo los armarios, en busca de comida, pero no encontró nada de su interés. Sospecho que no le volvían loco las bolitas para hámster.

-Quería saber si habías encontrado algo -respondió-¿Tienes pistas o algo parecido?

-No. Ni una sola pista. Nada.

-Pensaba que se suponía que eras un hacha como detective.

-Yo no soy detective. Soy agente encargada del cumplimiento de fianzas.

-Cazarrecompensas.

-Ajá. Cazarrecompensas.

-Bueno, eso está bien. Vas por ahí encontrando gente. Es precisamente lo que queremos que pase en este caso.

-¿Cuánto dinero te debía Fred?

-El suficiente para que lo quiera. No lo bastante para hacer sentir a un hombre que debía desaparecer. Soy un tipo bastante agradable, ¿sabes? No es que vaya por ahí rompiéndole las rodillas a la gente porque no me paga. Bueno, vale, es posible que rompa una que otra rodilla de vez en cuando, pero no es que lo haga todos los días.

Puse los ojos en blanco.

-¿Sabes qué creo que deberías hacer? -continuó Bunchy-. Creo que deberías ir a su banco. A comprobar si ha sacado algo de dinero. Yo no puedo hacer cosas como ésa teniendo en cuenta que tengo aspecto de romperle las rodillas a la gente. Pero tú eres una chica guapa. Es probable que tengas un amigo que trabaje en ese banco. A ti la gente querría hacerte un favor.

-Lo pensaré. Ahora, lárgate.

Bunchy se dirigió con paso tranquilo hacia la puerta. Cogió una gastada chaqueta de cuero marrón de uno delos colgadores en la pared y se volvió para mirarme. Su expresión era seria.

-Encuéntrale.

Lo que pendió en el aire sin que lo expresara fue... o te vas a enterar.

Cerré con llave tras él. A la primera oportunidad iba a tener que conseguir una cerradura nueva. Seguro que alguien fabricaría una cerradura que impidiera que la gente entrara.

Llamé a mi madre y le expliqué que no había hecho volar a nadie por los aires. Que más o menos el tipo se había volado a sí mismo con la ayuda de una anciana dama con una bata rosa.

-Podrías tener un buen trabajo -me dijo mi madre-. Podrías hacer un curso en ese sitio que anuncian en televisión y en que te enseñan a manejar un ordenador.

-Tengo que irme.

-Qué te parece venir a cenar. Estoy haciendo un estofado delicioso, con patatas y salsa.

-No creo que pueda.

-Y de postre pastel de hojaldre con piña.

-De acuerdo. Estaré ahí a las seis.

Borré los mensajes en que respiraban y me dije que habían llamado al número equivocado. Pero, en lo más hondo, sabía quién era el que respiraba.

Volví a comprobar las cerraduras de la puerta y me aseguré de que las ventanas estuvieran bien cerradas y de que nadie se ocultara en un armario o debajo de la cama. Me di una ducha larga y caliente, me envolví en una toalla, salí del lavabo... y me topé cara a cara con Ranger.

CAPÍTULO CUATRO

-¡HOSTIA! -retrocedi deun salto y me llevé las manos al pecho para sujetarme la toalla-. ¿Qué haces aqul? -le pregunté a Ranger a voz en grito.

Su mirada bajó hasta la toalla para luego posarse de nuevo en mi cara.

-Devolverte la gorra, nena -me puso la gorra de marine en la cabeza y me la ajustó sobre el cabello húmedo-. Te la dejaste en el vestibulo.

-Oh. Gracias.

Ranger sonrió.

-¿Qué pasa? -quise saber.

-Qué mona estás -respondió Ranger.

Agucé la mirada.

-¿Algo más?

-¿Vas a hacer el turno con Tank esta noche?

-¿Todavía te ocupas de ese edificio?

-Ahora tiene un gran agujero, nena. Hay que impedir que entren los malos.

-Por esta vez paso.

-No hay problema. Tengo otros trabajos que puedes probar.

-Oh, ¿sí? ¿Como cuál?

Ranger se encogió de hombros.

-Van saliendo cosas -rebuscó algo detrás de sí y extrajouna pistola. Mi pistola-. También encontré esto en el vestíbulo.

Me metió la pistola bajo el borde superior de la toalla, encajándomela entre los pechos, y al hacerlo me rozó con los nudillos.

Me quedé sin aliento y por un instante me pareció que la toalla iba a salir ardiendo.

Ranger volvió a sonreír. Y yo agucé aún más la mirada.

-Estaremos en contacto -dijo.

Y luego se marchó.

Glups. Extraje con cautela la pistola de la toalla y la metí en la caja de galletas de la cocina. Me dirigí entonces a la puerta de entrada a comprobar las cerraduras. Vaya basura, no valían para nada. Las cerré de todas formas, incluido el cerrojo. No se me ocurría otra cosa que hacer.

Me fui al dormitorio, dejé caer la toalla y me embutí en un sujetador de deporte y bragas tipo short. No iba a ser uno de esos días de seda y blonda. Ése iba a ser un día sin disparates de esa clase de principio a fin.

Media hora más tarde salía por la puerta ataviada con camisa y tejanos. Una vez en el Buick me abroché el cinturón y salí del aparcamiento. Dos manzanas más allá giré para coger Hamilton y advertí que un coche me pisaba los talones. Me volví en el asiento para ver al conductor. Bunchy. Apreté los labios y él me dirigió una sonrisa y un saludo. Ese tipo era irreal. Me había amenazado con una pistola y era probable que tuviera algo que ver con el cadáver de la bolsa de basura, pero se me hacía de lo más difícil abrigar algún temor real ante su persona.

Para ser honestos, era algo así como agradable... de una manera irritante a la vez.

Me arrimé al bordillo, puse el freno de mano, me bajé y me dirigí airada hacia é1.

-¿Qué estás haciendo? -exclamé ante su ventanilla.

-Seguirte.

-¿Por qué?

-No quiero perderme nada. En caso de que tengas suerte y encuentres a Fred, quiero estar ahí.

-No sé cómo revelarte esto, pero, entre tú y yo, me parece, improbable que Fred vaya a estar en condiciones de devolverte el dinero cuando lo encuentre, si es que lo encuentro.

-¿Crees que está fiambre?

-Es una posibilidad.

Se encogió de hombros.

-Táchame de loco, pero soy un optimista.

-Bien. Pues lárgate a ser optimista a otra parte. No me gusta que me sigas. Es angustioso.

-No seré ninguna molestia. Ni siquiera notarás que estoy ahí.

-Conduces a menos de un palmo de mi parachoques. ¿Cómo no voy a notar que estás ahí?

-No mires por el retrovisor.

-Y no creo que seas un corredor de apuestas, además -continué-. Nadie te conoce. He estado indagando por ahí.

Sonrió como si aquello fuese muy divertido.

-Oh, ¡sí! y ¿Quién crees que soy?

-No lo sé.

-Házmelo saber cuando lo averigües.

-Gilipollas.

-Los insultos me resbalan -diio Bunchy-. Y apuesto a que a tu madre no le gusta que utilices ese lenguaje.

Regresé furiosa al Buick, me deslice tras el volante y conduje hasta la oficina.

-¿Ves a ese tío que ha aparcado detrás de mí? -le pregunté a Lula.

-¿El de esa mierda de Dodge marrón?

-Se llama Bunchy y dice ser corredor de apuestas.

-A mí no me parece corredor de apuestas -repuso Lula- Y nunca he oído hablar de nadie que se llame Bunchy.

Connie echó a su vez un vistazo por la ventana.

-Tampoco yo le reconozco -dijo-. Y si es un corredor de apuestas no parece que le vaya muy bien.

-Dice que Fred le debe dinero y me está siguiendo por si le encuentro.

-¿Te conviene que lo haga?

-No, Necesito librarme de él.

-¿De forma permanente? Porque tengo un amigo que...

-¡No! Sólo durante el resto del día.

Lula le echó otra ojeada a Bunchy.

-Si le disparo a los neumáticos, ¿me disparará él?

-Probablemente.

-No me gusta que me devuelvan los disparos –comentó Lula.

-Se me ha ocurrido que quizá podríamos intercambiarnos los coches.

-¿Cambiar mi Firebird por esa ballena que conduces? Me parece que no. La amistad no llega tan lejos.

-¡Vale! ¡Genial! Olvida que te lo he pedido.

-Espera -dijo Lula-. No hace falta que te pongas insolente. Hablaré con él. Puedo llegar a ser muy persuasiva.

-No irás a amenazarle, ¿verdad?

-Yo no amenazo a la gente. ¿Qué clase de mujer crees que soy?

Connie y yo la observamos salir contoneándose de la oficina para dirigirse al coche. Ambas sabíamos qué clase de mujer era.

Lula llevaba una minifalda de licra amarillo canario y un top elástico al menos dos tallas más pequeño de lo necesario,

El cabello era naranja. Se había pintado los labios de un rosa brillante. Y los párpados eran de un reluciente dorado. La oímos decirle a Bunchy:

-Hola, guapo -pero entonces bajó la voz y ya no oímos más.

-Quizá deberías escurrir el bulto mientras Lula le tiene distraído -me dijo Connie-. Podrías retroceder suavemente con el Buick y é1 no se percataría.

Pense que las posibilidades de que Bunchy no lo advirtiera eran más bien pocas, pero estaba dispuesta a intentarlo. Me dirigí con rapidez al coche, aparcado junto al bordillo, y me senté tras el volante. Quité el freno de mano, contuve el aliento y giré la llave en el contacto. Brrrrum. Un ocho válvulas no escurre precisamente el bulto.

Tanto Bunchy como Lula se volvieron para mirarme. Vi a Bunchy decirle algo a Lula. Y Lula aferró a Bunchy de la pechera de la camisa y me gritó:

-¡Vete! ¡Le tengo! ¡Puedes contar conmigo!

Bunchy se deshizo de la mano que lo agarraba, y Lula se introdujo a través de la ventanilla del coche con su gran trasero amarillo pendiendo de ella; desde fuera tenía todo el aspecto del osito Pooh atascado en la madriguera del conejo. Tenía a Bunchy cogido del cuello y cuando pasé junto a ellos la vi plantarle un beso en plena boca.

MABEL ESTABA en la cocina preparando el té cuando llegué.

-¿Alguna novedad en la investigación? -preguntó.

-Hablé con el hombre que andaba en busca de Fred. Dice ser su corredor de apuestas. ¿Sabías que Fred era jugador?

-No -se detuvo con la bolsita de té en la mano-. Jugador -dijo, como si analizara el término-. No tenía ni idea.

-Podría estar mintiendo -comenté.

-¿Por qué iba a hacerlo?

Buena pregunta. Si Bunchy no era corredor de apuestas, ¿Qué era entonces? ¿De qué forma estaba involucrado?

-En cuanto a las fotografías -le dije a Mabel-, ¿tienes idea de cuándo fueron tomadas?

Mabel llenó de agua la tetera.

-Creo que debió de ser recientemente, porque no las había visto antes. Tampoco es que esté siempre registrando el escritorio de Fred, pero de tanto en cuanto necesito coger algo. Y nunca vi fotografía alguna. Fred no saca fotos. Hace años, cuando los chicos eran pequeños, sí solíamos hacerlo. Ahora Ronald y Walter nos traen fotos de los nietos. Ya ni siquiera tenemos cámara. El año pasado tuvimos que hacer fotos del tejado para la compañía de seguros y nos compramos una de esas cámaras de usar y tirar.

Dejé a Mabel con su té y volví a sentarme al volante. Recorrí la calle con la mirada. De momento todo iba bien. Ni rastro de Bunchy.

Mi siguiente parada fue en el grupo de comercios en que Fred había hecho sus recados. Aparqué en la misma zona en que se había encontrado el coche de Fred. Era más o menos la misma hora del día. Hacía un tiempo similar. Veinte grados y soleado. Había gente suficiente moviéndose de un lado para otro como para que una refriega pasara inadvertida. Era probable que también se hubieran fijado en un hombre caminando aturdido y sin rumbo, pero no creía que fuera eso lo que yo andaba buscando.

El banco First Trenton estaba situado al final del pequeño centro comercial. Era una sucursal con ventanilla a la calle para operar desde el coche y toda clase de servicios bancarios el intenor. Leona Freeman era una de las cajeras del First Trentton. Era prima segunda mía por parte de madre, tenía un par de años más que yo y me llevaba ventaja en el tema familiar, con cuatro niños, dos perros y un estupendo marido.

Había muy pocos clientes cuando entré y Leona me saludó desde detrás del mostrador.

-¡Stephanie!

-Hola, Leona, ¿qué tal te va?

-Bastante bien. ¿Y a ti? ¿Quieres dinero? Tengo un montón.

Esbocé una amplia sonrisa.

-Chiste bancario -comentó Leona.

-¿Te has enterado de la desaparición de Fred?

-Me he enterado. Estuvo aquí justo antes de que ocurriera,

-¿Le viste?

-Sí, claro. Sacó dinero del caiero y luego entró a ver a Shempsky.

Leona y yo fuimos al colegio con Allen Shempsky. Era un tipo correcto que había ido ascendiendo en el escalafón y ahora era vicepresidente. Y aquello suponía una novedad. Nadie había mencionado que Fred hubiera ido a ver a Shempsky.

-¿Para qué iba a querer Fred hablar con Allen?

Leona se encogió de hombros.

-No lo sé. Estuvo ahí dentro hablando con é1 unos diez minutos. No se detuvo a saludarme cuando salió. Fred era así.

No era el más sociable de los hombres.

Shempsky tenía un pequeño despacho privado, embutido entre otros dos pequeños despachos privados. Tenía la puerta abierta, de modo que asomé la cabeza.

-Toc, toc -dije.

Allen Shempsky me miró sin expresión alguna durante un instante y luego vi en sus facciones que me reconocía.

-Perdona -me dijo-. Tenía la cabeza en otra parte. ¿Qué puedo hacer por ti?

-Estoy buscando a mi tío Fred. Tengo entendido que habló contigo justo antes de desaparecer.

-Ajá- Estaba pensando en pedir un crédito.

-¿Un crédito? ¿Qué clase de crédito?

-Personal.

-¿Dijo para qué necesitaba el dinero?

-No. Quería informarse de los intereses y de cuánto tiempo tardarían en concedérselo. Esa clase de cosas. Tramites preliminares. No hubo papeleo ni nada. Creo que sólo estuvo aquí cinco minutos. Diez como mucho.

-¿Parecía trastornado?

-No que yo recuerde. Bueno, no más de lo habitual. Fred era un tipo algo gruñón. ¿Te ha pedido la familia que lo busques?

-Ajá -me levanté y le tendí mi tarjeta a Shempsky-. Házmelo saber si se te ocurre algo significativo.

Un crédito. No pude evitar preguntarme si sería para pagar a Bunchy. No creía que Bunchy fuese corredor de apuestas, pero no me sorprendería descubrir que fuese un chantajista.

La tintorería estaba en el centro de la hilera de edificios que había iunto al supermercado Grand Union. Conocía de vista a la mujer de detrás del mostrador, pero no de nombre. A veces yo también llevaba allí la ropa.

Se acordaba de Fred, pero no de mucho más. Había recogido su ropa y eso era todo. No habían conversado. En aquel momento estaban muy ocupados. No le había prestado mucha atención a Fred.

Regresé al coche y me quedé ahí de pie, mirando alrededor, tratando de imaginar qué habria sucedido. Fred había aparcado delante del Grand Union, previendo que saldría cargado de comida. Había dejado la ropa limpia sobre el asiento trasero para luego cerrar el coche. ¿Y después? Después había desaparecido. El centro comercial se abría a una autovía de cuatro carriles a cada costado. Detrás había un complejo de apartamentos y el barrio de casas unifamiliares en que había buscado a Fred.

Las oficinas de la compañía RGC estaban más allá, iunto al río, al otro lado del Broad. Era una zona industrial de almacenes y fábricas familiares. No era especialmente pintoresca. Perfecta para un transportista de basuras.

Me sumergí en el tráfico y dirigí el morro de Big Blue hacia el oeste. Diez minutos y siete semáforos más tarde transitaba por la calle Water y bizqueaba al tratar de distinguir los

números en los sombríos edificios de ladrillo. El asfalto estaba resquebrajado y lleno de baches. Las plazas de aparcamiento asociadas a las empresas estaban rodeadas por cadenas. Las aceras estaban vacías. Las ventanas se veían oscuras y sin vida. No tuve necesidad de seguir mirando los números, pues era fácil distinguir RGC. Un letrero enorme. Un montón de camiones de basura en el aparcamiento. Había cinco plazas para visitantes junto al edificio. Todas estaban vacías. No era de sorprender.

Ahí fuera no olía precisamente a rosas.

Aparqué en una de las plazas y correteé hacia el interior. Eran unas oficinas pequeñas. Suelo de linóleo, paredes de un verde pálido como de moribundo; un mostrador dividía en dos el espacio. En la mitad de detrás había dos escritorios y varios archivadores.

Una mujer se levantó de uno de los escritorios y acudió al mostrador. Una placa sobre el mismo rezaba MARTHA DEETER, RECEPCIONISTA, Y asumí que se trataba de Martha.

-¿En qué puedo ayudarle? -preguntó Martha.

Me presenté como la sobrina de Fred y le diie que estaba buscando a mi tío.

-Recuerdo haber hablado con él -dijo-. Se marcho a casa en busca del recibo y nunca volvió. No se me ocurrió que pudiera haberle sucedido algo. Simplemente supuse que lo había dado por perdído. Aquí nos llega un montón de gente que trata de sacar algo de donde no se puede sacar nada.

-Que pretenden llamar la atención.

-Exacto. Por eso le envié a casa en busca del recibo. Los viejos son los peores. Todos ellos tienen ingresos fijos. Dirían lo que fuera con tal de no soltar un dólar.

Había un hombre sentado al segundo escritorio. Se levantó para situarse junto a Martha.

-Quiza pueda serle de ayuda. Soy el contable y me temo que eso me incumbe a mí. La verdad es que ya ha ocurrido antes. Es el ordenador. Simplemente no conseguimos que reconozca las cuentas de ciertos clientes.

Martha tamborileó con un dedo sobre el mostrador.

-No es culpa del ordenador. Hay gente por ahí que trata de aprovecharse. La gente cree que es lícito estafar a las grandes empresas.

El hombre me brindó una sonrisa tensa y tendió una mano.

-Soy Larry Lipinski. Me aseguraré de que esa cuenta aparezca.

Martha no pareció satisfecha.

-De verdad que sería necesario que viésemos ese recibo.

-Por el amor de Dios -le dijo Lipinski a Martha-, ese hombre desapareció mientras hacía recados. Probablemente llevaba el recibo encima. ¿Cómo quiere que le enseñen el recibo?

-Se supone que los Shutz han sido clientes durante años. Deben de tener recibos de trimestres anteriores -insistió Martha.

-Esto es increible -repuso Lipinski-. Déjelo ya. Es culpa del ordenador. ¿Se acuerda del mes pasado? Tuvimos el mismo problema.

-No es culpa del ordenador.

-Sí que lo es.

-No.

-Sí.

Retrocedí hasta la puerta y me escapé de la oficina. No quería estar presente cuando empezaran a tirarse de los pelos. Si Fred iba a hacer dinero «a punta pala», parecía improbable que fuera a forrarse gracias a aquellos dos.

Media hora más tarde estaba de vuelta en la oficina de Vinnie. Su puerta estaba cerrada y no había solicitantes de fianzas ante el escritorio de Connie. Lula y Connie discutían acerca de un pastel de carne.

-Es asqueroso -dijo Lula mirando con desprecio la comida de Connie-. ¿Desde cuándo se le pone mayonesa al pastel de carne? Todo el mundo sabe que lo que hay que ponerle es ketchup. Joder, no puedes ponerle mayonesa al pastel de carne.

-¿Qué es, algún invento italiano?

Connie le hizo un vulgar y explícito gesto con el dedo corazón

-Esto sí que es un invento italiano.

Mangué una patata frita de la bolsa sobre el escritorio de Connie.

-Bueno, ¿qué ha pasado? -le pregunté a Lula-. ¿Tú y Bunchy vais en serio o qué?

-Pues no besa nada mal -comentó Lula-. Al principio se le hizo difícil estar atento del todo, pero al cabo de un rato creo que se concentró en la faena.

-Voy a por Briggs -dije-. ¿Quieres venir de guardia armada?

-Claro -respondió Lula poniéndose una sudadera-. Será mejor que quedarse aquí sentada. Hoy esto está aburridísimo -tenía un manojo de llaves en la mano-. Y conduzco yo. Tienes una porquería de equipo en ese Buick y yo necesito sonido Dolby. Necesito música para entonarme. Tengo que ponerme a tono antes de liarme a patadas con un culo.

-No vamos a liarnos a patadas con ningún culo. Vamos a actuar con ingenio.

-Eso también lo sé hacer -repuso Lula.

Salimos por la puerta y la seguí hasta su coche. Nos abrochamos el cinturón, el reproductor de compact disc se puso en marcha y los batios casi nos levantaron del suelo.

-Bueno, ¿cuál es el plan? -preguntó Lula mientras entraba en el aparcamiento de Briggs-. Necesitamos un plan.

-El plan es que llamamos a su puerta y mentimos.

-Podría acostumbrarme a eso -dijo Lula-. Me gusta mentir. Puedo mentir hasta hacerte caer de culo.

Cruzamos el aparcamiento y subimos por las escaleras. El pasillo estaba desierto y no nos llegaba ruido alguno del apartamento de Briggs.

Me pegué bien a la pared, para que no me viesen, y Lula llamó dos veces a la puerta de Briggs.

-¿Qué tal me veo? -me preguntó Lula-. Esta es mi mirada no amenazadora. Una mirada que dice: «Venga, cabrón, abre la puerta».

Si yo viera a Lula al otro lado de mi puerta, con su mirada no amenazadora, me escondería bajo la cama. Pero bueno, así soy yo.

La puerta se abrió con la cadena de seguridad puesta y Briggs le echó un vistazo a Lula.

-Qué tal -saludó Lula-. Soy del piso de abajo y traigo una solicitud para que firme, teniendo en cuenta que van a subirnos el alquiler.

-No he oído nada sobre una subida del alquiler –repuso Briggs- No me ha llegado ningún aviso.

-Bueno, pues van a hacerlo de todas formas -dijo ella.

-Hijos de puta -dijo Briggs-. En este edificio siempre están haciendo algo. No sé por qué sigo aquí.

-¿Porque el alquiler es barato? -sugirió Lula.

La puerta se cerró, oimos deslizarse la cadena, y la puerta se abrió de par en par.

-¡Eh! -exclamó Briggs cuando Lula y yo pasamos ante él para entrar en el apartamento-. No podéis colaros así de cualquier manera. Me habéis engañado.

-Pues míranos bien -repuso Lula-. Somos cazarrecopensas. Podemos colamos si nos da la gana. Tenemos derecho.

-No tenéis ningún derecho -se quejó Briggs-. Fue acusación amañada. Llevaba un cuchillo ceremonial. Esta grabado.

-Un cuchillo ceremonial -repitio Lula-. Da la sensación de que a un tipo pequeñajo como tú debería permitírsele llevar un cuchillo ceremonial.

-Exacto -dijo Randy-. Se me ha acusado injustamente.

-Da igual, por supuesto -repuso Lula-. De todas formas tendrás que venirte a chirona con nosotras.

-Estoy en medio de un gran proyecto. No tengo tiempo.

-Hmmm -murmuró Lula-. Deja que te explique cómo funciona esto. En resumidas cuentas, nos importa una mierda.

Briggs apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho

-No podéis obligarme a ir.

-Claro que podemos -contestó Lula-. No eres más que un diminuto mequetrefe. Podríamos hacerte cantar Yankee Doodle si quisiéramos. Por supuesto que no vamos a hacer eso porque somos profesionales.

Extraje un par de esposas del bolsillo trasero y le ceñí uno de los brazaletes a Briggs.

Briggs miró las esposas como si se tratara de un virus devorador de carne.

-¿Qué es esto?

-No hay por qué alarmarse -dije-. Es un procedimiento de rutina.

Briggs empezó a proferir chillidos.

-¡Para ya! -exclamó Lula-. Pareces una niña. Me estás haciendo enfadar.

Briggs corría ahora en círculos por la habitación, agitando los brazos y sin dejar de chillar.

-¡Cógele! -exclamó Lula.

Traté de agarrarle de las esposas, pero fallé.

-Quédate quieto -le ordené.

Briggs pasó disparado por delante de Lula, que estaba estupefacta y como clavada al suelo, y salió corriendo por la puerta.

-Cógele -le urgí a Lula-. ¡Que no escape! -la empujé hacia el pasillo y las dos nos precipitamos escaleras abajo en persecución de Briggs.

Briggs atravesó a todo correr el pequeño vestibulo, traspuso la puerta principal y salió al aparcamiento.

-Maldita sea -espetó Lula-. Oigo las pisadas de sus piececitos, pero no consigo verle. Se ha perdido entre todos esos coches.

Nos separamos para recorrer el aparcamiento, Lula por un lado y yo por el otro. Cuando llegamos al perímetro exterior nos detuvimos a escuchar por si oíamos pisadas.

-Ya no le oigo -~dijo Lula-. Debe de ir de puntillas.

Empezábamos a retroceder cuando vimos a Briggs rodear la esquina del edificio de apartamentos y precipitarse al interior.

-¡Me cago en la leche! -exclamó Lula-. Pretende volver a su casa.

Cruzamos corriendo el aparcamiento, traspasamos como bólidos la puerta y subimos los escalones de dos en dos. Cuando llegamos ante el apartamento de Briggs la puerta estaba cerrada a cal y canto.

-Sabemos que estás ahí -le gritó Lula-. Será mejor que abras la puerta.

-Podéis enfurruñaros y desgañitaros todo lo que querais pero nunca traspondréis esa puerta -contestó Briggs.

-Ya verás si no -dijo Lula-. Podemos saltar a tiros la cerradura. Y luego vamos a entrar ahí y sacarte a rastras como a una rata.

No hubo respuesta.

-¿Hola? -dijo Lula.

Escuchamos tras la puerta y oímos encenderse el ordenador. Briggs volvía al trabajo.

-No hay nada que deteste más que un enano que se pase de listo -repuso Lula, y extrajo del bolso un revólver del 45 -Aparta. Voy a volar la cerradura para abrir esa puerta.

Acribillar la puerta de Briggs era una perspectiva atractiva, pero probablemente no sería práctico organizar un tiroteo en un edificio de apartamentos por un tío que sólo valía setecientos dólares.

-Nada de disparos -ordené-. Iré a pedirle la llave

-Eso no va a servirte de nada si no estas dispuesta a disparar -dijo Lula-. Aún tendrá puesta la cadena.

-Vi a Ranger abrir una puerta con el hombro.

Lula contempló la puerta.

-Yo también podría hacerlo. Sólo que acabo de comprarme un vestido con unos tirantitos de esos tan finos y no me gustaría acabar con magulladuras.

Consulté el reloj.

-Son casi las cinco, y hoy voy a cenar a casa de mis padres.

-Quizá deberíamos dejar esto para otra ocasión.

-Nos vamos -grité ante la puerta de Briggs-. Pero volveremos. Y más te vale tener cuidado con esas esposas. Me costaron cuarenta dólares.

-Habría estado justificado que entráramos a tiros, teniendo en cuenta que está en posesión de mercancía robada -indicó Lula.

-¿Siempre llevas pistola? -le pregunté.

-¿No la lleva todo el mundo?

-Anteayer soltaron a Benito Ramírez.

Lula tropezó en el segundo peldaño.

-No es posible.

-Me lo dijo Joe.

-Vaya mierda de sistema legal.

-Ten cuidado.

-Y un cuerno -respondió Lula-. A mí ya me agredió. Eres tú quien debe tener cuidado.

Salimos a través dela puena de vaivén y nos paramos en seco.

-Oh, oh -dijo Lula-. Tenemos compañía.

Era Bunchy. Había aparcado detrás de nuestro coche. Y no tenía cara de buenos amigos.

-¿Cómo supones que nos ha encontrado? -preguntó Lula-. Ni siquiera vamos en tu coche.

-Debe de habernos seguido desde la oficina.

-Yo no le he visto. Y estaba mirando.

-Yo tampoco le he visto.

-Es bueno -opinó Lula-. Quizá acabe siendo motivo de preocupación.

-¿QUÉ TAL EL ESTOFADO? -quiso saber mi madre-. ¿Está demasiado seco?

-Está bueno -contesté- Como siempre.

-Fue Rose Molinowski quien me dio esta receta de estofado con judías verdes. Se hace con caldo de setas y miga de pan.

-Cuando hay un velatorio o un bautizo, Rose siempre lleva su estofado -comentó la abuela-. Es su plato de firma.

Mi padre alzó la mirada de su comida.

-¿Plato de firma?

-He sacado la expresión del canal de televentas. Todos los grandes diseñadores tienen esto o lo otro de firma.

Mi padre negó con la cabeza y se inclinó aún más sobre su estofado.

La abuela se sirvió de la fuente.

-¿Qué tal va la caza del hombre? ¿Ya tienes alguna buena pista sobre Fred?

-Fred es un callejón sin salida. He hablado con sus hijos y su amiguita. He vuelto sobre sus últimos pasos. He hablado con Mabel. No hay nada. Ha desaparecido sin dejar rastro.

Mi padre murmuró algo que sonó muy parecido a «vaya cabrón con suerte» y continuó comiendo.

Mi madre puso los oios en blanco.

Y la abuela se sirvió judías.

-Necesitamos a uno de esos videntes -diio-. Vi en la televisión adónde puede llamarles uno, y lo saben todo. No paran de encontrar a gente muerta. Vi a un par de ellos en una tertulia televisada en que explicaban cómo ayudan a la policía en esos casos de asesinatos en serie. Mientras veía el programa pensaba que de ser yo una asesina en serie descuartizaría los

cuerpos en pedazos pequeñitos para que a esos videntes no les resultara tan fácil el asunto. O quizá le sacaría toda la sangre al cadáver y la recogería en un cubo grande. Entonces enterraría un pollo y cogería la sangre de la víctima para dejar un rastro que llevara hasta el pollo. El vidente no sabría qué pensar cuando la policía descubriera un pollo al cavar -la abuela cogió la salsera y vertió una buena cucharada sobre su estofado-. ¿Os parece que funcionaría?

Todo el mundo a excepción de la abuela se había quedado parado con el tenedor en el aire.

-Bueno, al pollo no lo enterraría vivo -añadió la abuela.

Después de aquello nadie tuvo gran cosa que decír, y yo empecé a cabecear cuando iba por la mitad de mi segunda ración de pastel.

-Se te ve agotada -comentó la abuela-. Supongo que eso de que te vuelen por los aires la deja hecha polvo a una.

-Anoche no dormí mucho.

-Tal vez quieras echarte un rato mientras la abuela y yo recogemos -sugirió mi madre-. Puedes hacerlo en la habitación de invitados.

Habitualmente habría dado alguna excusa para marcharme temprano a casa, pero esa noche Bunchy estaba sentado al otro lado de la calle, dos casas más abajo, en su Dodge. De manera que no me apetecía marcharme temprano. Lo que me apetecía era hacerle la noche tan larga a Bunchy como fuera posible.

Mis padres tienen tres dormitorios. La abuela Mazur duerme en la habitación de mi hermana y la mía se utiliza de dormitorio de invitados. Por supuesto, yo soy la única invitada que utiliza la habitación de invitados. Todos los amigos y familiares de mis padres viven en un radio de ocho kilómetros y no tienen motivos para quedarse a pasar la noche. Yo también vivo en ese radio, pero tengo fama de sufrir desastres ocasionales que me obligan a buscar residencia temporal. De forma que en el armario de la habitación de invitados está colgado mi albornoz.

-Quizá me eche sólo una siestecita -dije-. Estoy cansadísima.

EL SOL ENTRABA a través del hueco entre las cortinas cuando desperté. Sufrí un instante de desorientación, preguntándome si llegaba tarde a la escuela, y entonces comprendí que hacía un montón de años que no iba a la escuela, y que me había arrastrado hasta la cama para echarme una siestecita y había acabado durmiendo allí toda la noche.

Me levanté de la cama completamente vestida y bajé arrastrando los pies hasta la cocina. Mi madre estaba preparando caldo vegetal y la abuela estaba sentada a la mesa de la cocina leyendo el periódico, inspeccionando las esquelas.

La abuela alzó la mirada cuando entré.

-¿No estuviste ayer en la compañía de recogida de basuras, preguntando por Fred?

Me serví una taza de café y me senté frente a ella.

-Ajá.

-Aquí dice que una mujer, una tal Martha Deeter, que era recepcionista allí, murió anoche víctima de un disparo. Dice que la encontraron en el aparcamiento de su edificio -la abuela deslizó el periódico en mi dirección-. Viene una foto suya y todo.

Contemplé la fotografía con los ojos abiertos como platos.

Era Martha, desde luego. Tal como le iban las cosas con su compañero de oficina, habría esperado que acabara con huellas de dedos en el cuello. Una bala en el cerebro nunca se me habría ocurrido.

-Dice que el velatorio será en Stiva mañana por la noche -comentó la abuela-. Debenamos ir, teniendo en cuenta que era nuestra compañía de basuras.

La iglesia católica sólo organizaba partidas de bingo dos veces por semana, de forma que la abuela y sus amigas ampliaban su vida social mediante la asistencia a velatorios.

Librodot

-No hay sospechosos -dije, leyendo el artículo-. La policía cree que se trató de un robo. El bolso de la víctima había desaparecido.

EL DODGE MARRÓN todavía estaba aparcado en la calle cuando salí de casa de mis padres. Bunchy estaba dormido tras el volante, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Di unos golpecitos en la ventanilla y se despertó sobresaltado.

-Mierda -dijo-. ¿Qué hora es?

-¿Has estado aquí toda la noche?

-Desde luego es lo que parece.

A mí también me lo parecía. Su aspecto era aún peor que el habitual. Tenía semicírculos oscuros bajo los ojos, necesitaba un afeitado y parecía que le hubiesen peinado con una pistola de descargas eléctricas.

-Bueno, ¿no mataste a nadie anoche, entonces?

Bunchy parpadeó.

-No que yo recuerde. ¿Quién se llevó el pato?

-Martha Deeter. Trabajaba en la compañía de recogida de basuras RGC.

-¿Por qué iba a querer matarla?

-No lo sé. Lo he leído en el periódico esta mañana y se me ha ocurrido preguntártelo.

-Nunca está de más preguntar -repuso Bunchy.

AL ENTRAR en mi casa vi parpadear la luz del contestador automático.

-Hola, nena -dijo Ranger-, tengo un trabajo para ti.

El segundo mensaje era de Benito Ramírez. «Hola Stephanie -decía. Con voz tranquila y articulada, como siempre-. He estado fuera una temporadita... como bien sabes.» Hubo una pausa y pude imaginarme sus ojos. Pequeños para su rostro y terroríficamente dementes. «Pasé a visitarte, pero no estabas en casa. Está bien. Lo intentaré en otro momento.» Profería una risilla aniñada antes de colgar.

Borré el mensaje de Ranger y conservé el de Ramírez. Probablemente debería hacer que se dictara una orden de búsqueda.

No solía concederles mucho crédito a esa clase de órdenes, pero en ese caso, si Ramírez contínuaba acosándome, quizá consiguiera que le fuera revocada la libertad condicional.

Llamé a Ranger a su teléfono del coche.

-¿De qué es ese trabajo? -le pregunté

-De chófer.Tengo a un joven jeque que llega al aeropuerto de Newark a las cinco.

-¿Lleva drogas? ¿Va a entregar armas?

-Negativo. Viene a visitar a unos parientes en Bucks County. A pasar allí un fin de semana largo. Es probable que ni siquiera se vuele a sí mismo por los aires.

-¿Dónde está la trampa?

-No hay trampa ni cartón. Tienes que llevar traje de chaqueta negro y camisa blanca. Le recoges en la puerta y le escoltas para que llegue sano y salvo a su destino.

-Supongo que suena bien.

-Conducirás una berlina. Puedes recogerla en el garaje de la Tercera con Marshall. Ve allí a las tres en punto y pregunta por Eddie.

-¿Algo más?

-Asegúrate de ir bien equipada.

-¿Te refieres al traje...?

-Me refiero a la pistola.

-Oh.

Colgué y volví a examinar las fotografías de Fred. Esparcí las copias en color sobre la mesa justo como había hecho la primera vez. Dos de las fotos eran de la bolsa cerrada.

Sospechaba que era así como Fred la había encontrado. Sacó un par de fotografías y luego abrió la bolsa. La pregunta crucial era si sabía lo que había dentro antes de abrirla o había supuesto una sorpresa.

Subí a casa de la señora Bestler, que sufría de vista cansada, y le pedí prestada una lupa. Volví a mi apartamento, me llevé las copias más cerca de la ventana y las examiné con la lupa.

No me fue de gran ayuda, pero sí tuve la casi completa seguridad de que se trataba de una mujer. Cabello corto y oscuro. No llevaba joya alguna en la mano derecha. Parecían haber metido periódicos arrugados en la bolsa junto a ella. Quizá un laboratorio criminológico fuera capaz de captar algo que contribuyera a fechar la fotografía. La bolsa con la mujer descansaba entre otras bolsas. Logré contar cuatro. Estaban sobre asfalto. Tal vez fuera la basura dejada en el exterior de un negocio. Un negocio demasiado pequeño como para necesitar un contenedor.

Los había a montones por allí. O podía tratarse del camino de entrada de una familia que produjera toneladas de basura.

Al fondo era visible parte de un edificio. Se hacia difícil decir qué era. Estaba desenfocado y en sombras. Lo máximo que logré suponer fue que era una pared estucada.

Eso era todo lo que las fotografías iban a ofrecerme.

Me di una ducha, me agencié algo de comer y me dirigí a hablar con Mabel.

CAPÍTULO CINCO

SALÍ DE MI EDIFICIO con mayor cautela de la habitual, con los ojos bien abiertos por si aparecía Ramírez. Al llegar al Buick casi me sentí decepcionada de que nadie me hubiera abordado. Por un lado, habría estado bien que la confrontación tuviera lugar de una vez. Por el otro... No quería ni pensar en ese otro lado.

Bunchy tampoco estaba allí. Sobre él también abrigaba sentimientos contradictorios. Era un verdadero plomo y no tenía ni idea de quién era en realidad, pero pensaba que podía estar bien que anduviera por ahí si Ramírez me atacaba. Mejor Bunchy que Ramírez. No sé por qué me daba esa sensación. Por lo que sabía, Bunchy era el asesino.

Salí del aparcamiento entre resoplidos del Buick y conduje en piloto automático hasta casa de Mabel, tratando de establecer prioridades en mis proyectos. Senía que neutralizar a Ramírez, llegar al fondo del asunto de Fred, actuar de chófer para un jeque... Y me sentía incómoda respecto a la dama de la basura muerta. Por no mencionar que necesitaba unos zapatos para el sábado por la noche. Ordené todo eso en mi mente. Los zapatos eran, sin dudarlo, absolutamente prioritarios. Bueno, de acuerdo que a veces no era la mejor cazarrecompensas del mundo. No era una cocinera fabulosa. No tenía novio, y mucho menos marido. Y no era lo que se dice un éxito financiero.

Podía vivir con todos esos defectos siempre y cuando supiera que de tanto en cuanto tendría un aspecto realmente sexy. Y el sábado por la noche iba a estar sexy. De forma que necesitaba unos zapatos y un vestido nuevos.

Mabel estaba de pie en el umbral cuando llegué. Supongo que aún estaba ojo avizor por si aparecía Fred.

-Estoy tan contenta de que hayas venido -me dijo, haciéndome entrar en la casa-. No sé qué pensar.

Como si yo pudiera ayudarle en ese aspecto.

-A veces espero que Fred entre por la puerta, igual que siempre. Y otras veces sé que nunca volverá. Y lo cierto es que... que de veras necesito una lavadora y una secadora nuevas. De hecho, hace años que las necesito, pero Fred era tan cauteloso a la hora de gastar dinero... Quizá simplemente vaya a Sears a echar un vistazo. No pasa nada por mirar un poco, ¿verdad?

-A mí lo de mirar me parece bien.

-Sabía que podía contar contigo -dijo Mabel-. ¿Te apetece un poco de té?

-No, gracias, pero sí tengo más preguntas que hacerte. Quiero que pienses en sitios a los que Fred pudiera ir y que tuvieran cuatro o cinco bolsas de basura dispuestas el día de recogida. Las bolsas estarían sobre asfalto. Y podría haber una pared estucada de color claro tras ellas.

-Tiene que ver con esas fotografías, ¿verdad? Déjame pensar. Fred seguía una rutina, ya lo sabes. Cuando se retiró hace dos años se encargó de los recados. Al principio íbamos a la compra juntos, pero era de lo más estresante. De forma que empecé a quedarme en casa y a ver los programas de la tele por las tardes, y Fred se hacía cargo de los recados. Iba al Grand Union todos los días. Y a veces también a la tienda de Giovichinni. Aunque no iba demasiado a menudo porque creía que Giovichinni le estafaba con la balanza. Sólo iba allí cuando quería salchichas polacas ahumadas. De vez en cuando derrochaba en el pastel de olivas de Giovichinni.

-¿Fue a Giovichinni la semana pasada?

-No que yo sepa. Lo único distinto la semana pasada fue a que salió por la mañana a la compañía de recogida de basuras. No solía salir por las mañanas, pero estaba verdaderamente nervioso por ese día en que no pasó el camión.

-¿Salía alguna vez por las noches?

-Los jueves íbamos al club de la tercera edad a jugar a las cartas. Y a veces salíamos en ocasiones especiales. Como a la fiesta de Navidad.

Estábamos de pie ante la ventana de la salita, charlando, cuando el camión de basuras de RGC ascendió traqueteante por la calle, pasó de largo la casa de Mabel y se detuvo en la porteria siguiente.

Mabel parpadeó presa de la incredulidad.

-No se ha llevado mi basura dijo- Está ahí mismo, en el bordillo, y no la ha recogido- abrió la puerta de par en par y salió con un trotecillo a la acera, pero el camión ya se había ido -¿Cómo pueden hacerme esto? ¿Qué voy a hacer con mi basura?

Fui en busca de las páginas amarillas, encontré el teléfono de RGC y marqué el número.

-Larry -dije-, soy Stephaníe Plum, ¿se acuerda de mí?

-Claro -contestó Larry- pero ahora estoy algo ocupado.

-He leído lo de Martha...

-Sí, Martha. ¿Qué le preocupa?

-La basura de mi tía. Verá, Larry, el camión acaba de pasar ante su casa y no ha recogido su basura.

Se oyó un profundo suspiro.

-Eso es porque no pagó la factura. En nuestros archivos no consta pago alguno.

-Ya hablamos de eso ayer. Usted dijo que se ocuparía del asunto.

-Mire, señora, lo he intentado, ¿vale? Pero no consta que haya pagado y, francamente, empiezo a pensar que Martha tenía razón y usted y su tía están tratando de estafamos.

-¡Oiga, Larry!

Larry colgó.

-¡Maldito imbécil! -le chillé al auricular.

La tía Mabel pareció escandalizada.

-Perdona -me disculpé-. Me he dejado llevar.

Bajé al sótano, cogí el recibo de RGC del escritorio de Fred y me lo metí en el bolso.

-Me ocuparé de esto mañana -dije-. Lo haría hoy, pero es que no tengo tiempo.

Mabel se retorcía las manos.

-Esa basura va a oler si la dejo ahí fuera al sol -dijo-¿Qué van a pensar los vecinos?

Me aporreé mentalmente la cabeza en busca de una solución.

-Para mí no es problema, no te preocupes.

Esbozó una sonrisa trémula.

Le dije adiós, me dirigí a grandes zancadas al bordillo, extraje la bolsa de basura pulcramente atada de Mabel de su contenedor y la metí en el maletero de mi coche. Conduje entonces hasta RGC, arrojé la bolsa en la acera justo delante de sus oficinas y me largué pitando.

-¿Qué? ¿Soy o no una mujer de armas tomar?

Me alejé de allí pensando en Fred. Supongamos que Fred había visto a alguien hacer eso mismo. Bueno, no exactamente lo que yo acababa de hacer. Supongamos que vio a alguien sacar una bolsa de basura del maletero de un coche y dejarla sobre el bordillo junto a la basura de alguien. Y supongamos que, por una u otra razón, se preguntó qué habría en esa bolsa de basura.

Esa posibilidad se me antojaba razonable. Me parecía que podía haber sucedido. Lo que no entendía, si de hecho había ocurrido lo que imaginaba, era por qué Fred no había informado de ello a la policía. Quizá conociera a la persona que dejó bolsa. Pero entonces, ¿por qué iba a tomar fotografías?

Espera, pongámoslo del revés. Supongamos que alguien vió a Fred dejar la bolsa. Fue a investigar, encontró el cuerpo y tomó fotografías como prueba; luego trató de chantajear a Fred.

¿Quién haría una cosa así? Bunchy. Y tal vez Fred se asustara de pronto y se largara hacia el sur. ¿Qué era lo que no encajaba en esa posibilidad? Pues que no imaginaba a Fred cortando con una sierra a una mujer. Y uno tenía que ser bastante tontaina para chantajear a Fred, porque no tenía dinero.

Librodot

LA FALDA DEL TRAJE de chaqueta negro me quedaba cinco centímetros por encima de la rodilla. La chaqueta no me llegaba a la cadera. Llevaba el jersey elástico blanco metido por dentro de la falda. Me había puesto medias negras finísimas y zapatos de tacón negros. Llevaba el revólver del 38 en el bolso negro de piel. Y, para aquella ocasión especial, me había tomado la molestia de meter unas cuantas balas en aquel estúpido trasto... sólo por si aparecía Ranger y me ponía a prueba.

Bunchy estaba en el aparcamiento, con su coche detrás de mi Buick.

-¿Vas a un funeral?

-Tengo que hacer de chófer para un jeque desde Newark.

Voy a estar fuera de la ciudad el resto de la tarde, y estoy preocupada por Mabel. Ya que te gusta estar sentado sin hacer nada pensé que podrías sentarte sin hacer nada enfrente de la casa de Mabel, dale algo que hacer, me dije. Que el chico esté ocupado.

-¿Quieres que proteja a la gente que estoy exprimiendo?

-Ajá.

-Las cosas no funcionan así. ¿Y que demonios haces aceptando un trabajo de chófer? Se supone que tienes que estar buscando a tu tío.

-Necesito dinero.

-Lo que necesitas es encontrar a Fred.

-Vale, he aquí la cruda verdad... No sé cómo encontrar a Fred. Sigo una pista tras otra y no me llevan a ninguna parte. Quizá me ayudaría que me dijeras qué buscas en realidad.

-Busco a Fred.

-¿Por qué?

-Sera mejor que te vayas -diio Bunchy-. Vas a llegar tarde.

EL GARAJE DE LA TERCERA con Marshall no tenía nombre. Probablemente aparecía como algo en el lisún de teléfonos, pero en el exterior del edificio no había nada. No era más que un edificio de ladrillo rojo con un aparcamiento pavimentado y rodeado por una valla de tela metálica. Había tres salientes en un costado del edificio que daban al aparcamiento. Las puertas de esos salientes estaban abiertas y en cada uno de ellos había hombres reparando coches. En el aparcamiento había una limusina blanca y dos berlinas negras. Aparqué el Buick en una plaza junto a una de las berlinas, lo cerré y dejé caer las llaves en mi bolso.

Un tipo con pinta de Antonio Banderas en su día libre se acercó a mí.

-Bonito coche -dijo mirando el Buick-. Jo, ya no hacen coches como éste -acarició el guardabarros trasero-. Una verdadera monada.

-Ajá -esa monada de coche se tragaba cinco litros cada diez kilómetros y giraba menos que una nevera. Por no mencionar que era del todo inadecuado para mí imagen personal. Mi imagen requería algo rápido, elegante y negro, no protuberante y azul pastel. Un coche rojo también estaría bien. Y necesitaba un techo corredizo. Y un buen equipo de sonido. Y asientos de piel...

-La Tierra llamando a Nena -dijo Banderas.

Volví con esfuerzo al presente.

-¿Sabes dónde puedo encontrar a Eddie?

-Le estás viendo, ricura. Yo soy Eddie.

Tendí una mano.

-Soy Stephanie Plum. Me envía Ranger.

-Sengo un coche listo y esperándote -rodeó la berlina más cercana, abrió la puerta del conductor y sacó un gran sobre blanco de detrás de la visera-. Aquí está todo lo que necesitas. Las llaves están en el contacto. El depósito está a tope.

-No necesito una licencia de chófer para hacer esto, ¿verdad?

Eddie se me quedó mirando con el rostro inexpresivo.

-Ajá, ya veo -dije.

De todas formas probablemente no hubiera de qué preocuparse. No era fácil obtener un permiso para llevar armas en el condado de Mercer. Y yo no era una de las elegidas. Si me paraba un poli estaría tan encantado de detenerme por llevar un arma ilegal que sin duda olvidaría acusarme por lo de la licencia de chófer.

Cogí el sobre y me senté al volante. Ajusté el asiento y hojeé los papeles. Información del vuelo, instrucciones sobre el aparcamiento y otros trámites, nombre y breve descripción de Ahmed Fahed y una foto carnet. No se mencionaba la edad, pero parecía joven en la foto.

Saqué el Lincoln del aparcamiento y me dirigí a la Nacional I. Cogí la autopista en East Bninswick y me deslicé por ella en aquel coche grande, negro y con aire acondicionado sintiéndome muy profesional. Me dije que hacer de chófer no estaba tan mal. Hoy un jeque, mañana... quién sabía, quizá Tom Cruise. Desde luego era meior que sacar de su apartamento a un fanático de los ordenadores. Y de no ser por el hecho de que no conseguía dejar de pensar en aquella mano cercenada y aquella cabeza decapitada, estaría disfrutando de verdad.

Cogí la salida del aeropuerto y me abrí paso hasta la terminal de llegadas. Mi pasajero llegaba en un vuelo procedente de San Francisco. Aparqué en la zona reservada a las limusinas, crucé la avenida, entré en la terminal y busqué información sobre las puertas de desembarque en los monitores.

Media hora después, Fahed salió por la puerta en cuestión ataviado con zapatillas deportivas de doscientos dólares y unos vaqueros muy holgados. Llevaba estampado en la camiseta un anuncio de una fábrica de cerveza en miniatura. La camisa de franela a cuadros rojos estaba arrugada y sin abrochar y se la había arremangado hasta los codos. Había esperado ropa de jeque, con toga y esa cosa de la cabeza. Por suerte para mí, fue el único árabe arrogante que salió de primera clase, de forma que no me fue difícil reconocerle.

-¿Ahmed Fahed? -pregunté.

Enarcó las ceias de forma casi inadvertida como reconocimiento.

-Soy su chófer.

Me miró de arriba abajo.

-¿Dónde está tu pistola?

-La llevo en el bolso.

-Mi padre siempre me pone un guardaespaldas. Teme que alguien me secuestre.

Fue mi turno de arquear una ceja.

Él se encogió de hombros.

-Somos ricos. A la gente rica la secuestran.

-En Jersey prácticamente nunca -repuse-. Supone demasiados gastos de infraestructura. Facturas de hotel y de comidas. Se obtienen mejores beneficios con la extorsión.

Posó la mirada en mis pechos.

-¿Te lo has hecho alguna vez con un jeque?

-¿Perdona?

-Hoy podría ser tu día de suerte.

-Sí. Y a ti podrían pegarte un tiro. Además, ¿cuántos años tienes ?

Alzó el mentón unos milímetros.

-Diecinueve.

Yo habría dicho que estaba más cerca de los quince, pero bueno,¿qué sé yo sobre árabes?

-¿Tienes equipaje?

-Dos maletas.

Le guié hacia la cinta de equipajes, cogí sus dos maletas y las saqué del aeropuerto en un carrito para cruzar la zona de recogida hasta el aparcamiento. Cuando tuve al Jeque instalado en el asiento trasero, conduje a velocidad de crucero hasta sumergirme en el atasco de tráfico.

Tras un par de minutos de avanzar a trompicones, Fahed se puso nervioso.

-¿Qué problema hay?

-Demasiados coches -contesté-, y poco asfalto para todos.

-Bueno, pues haz algo.

Le eché una oieada por el retrovisor.

-¿Qué quieres que haga?

-No lo sé. Simplemente haz algo. Avanza.

-Esto no es un helicóptero. No puedo avanzar simplemente.

-Vale -dijo-. Tengo una idea. ¿Qué tal si hacemos esto?

-¿El qué?

-Esto.

Me volví en el asiento para mirarle.

-¿Qué haces?

Se meneó la polla con una mano y me sonrió.

Genial. Un jeque maníaco sexual y exhibicionista de quince años.

-Puedo hacer trucos con ella- añadió.

-No, en mi coche, no. Métetela otra vez en los pantalones o se lo contaré a tu padre.

-Mi padre estaría orgulloso de mí. Mírame... la tengo tan grande como un caballo.

Saqué una navaja del bolso y la abrí con un chasquido.

-Puedo dejártela como la de un hámster.

-Puta americana.

Puse los ojos en blanco.

-Esto es intolerable -dijo-. Odio este tráfico. Y odio este coche. Y odio estar aquí sentado sin hacer nada.

Fahed no era el único que experimentaba un ataque de furia.

Otros conductores se estaban poniendo como motos. Soltaban tacos y se tironeaban de las corbatas. Hacían tamborilear los dedos con impaciencia sobre los volantes. Alguien detrás de mí se apoyó sobre la bocina.

-Te doy cien dólares si me dejas conducir -propuso Fahed.

-No.

-Mil

-No.

-Cinco mil.

Le eché una ojeada a través del retrovisor.

-No.

-Te he tentado -dijo, y sonrió, aparentemente satisfecho.

-Buf.

Una hora y media más tarde nos las apañamos para llegar al enlace con New Brunswick.

-Necesito beber algo -dijo Fahed-. En este coche no hay nada de beber. Estoy acostumbrado a que me lleven en una limo con bar. Quiero que pares en algún sitio y me consígas un refresco.

Yo no estaba segura de si se seguía ese protocolo en una limusina, pero qué diantre, al fin y al cabo la pasta era suya. Cogí la Nacional I y busqué algún sitio de comida rápida. No supuso lo que se dice un gran desafío. Lo primero que apareció fue un McDonalds. Era hora de cenar y el carril para llegar a la ventanilla en que le servían a uno en el coche parecía la autopista de Jersey, de forma que me dirigí al aparcamiento.

-Quiero una Coca-Cola -dijo Fahed, sentado muy tieso; estaba claro que no le interesaba estar de pie en una cola con el resto de Nueva Jersey.

No pierdas los estribos, me dije. Está acostumbrado a que le sirvan.

-¿Algo más?

-Patatas fritas.

Estupendo. Cogí el bolso y crucé el aparcamiento. Entré por la puerta de vaivén y elegí una cola. Había dos personas delante de mí. Estudié el menú sobre el mostrador. Sólo quedaba una persona delante de mí. Me subí un poco el bolso en el hombro y miré por la ventana. No vi el coche. Sentí una pequeña punzada de alarma justo bajo el corazón. Recorrí el aparcamiento con la mirada. El coche no estaba. Dejé la cola y empujé la puerta hasta salir al aire fresco. El coche había desaparecido.

-¡Mierda!

Mi primer temor fue que le hubieran secuestrado. Me habían contratado de chófer y guardaespaldas para el jeque, y al jeque lo habían secuestrado. El temor duró poco. Nadie iba a querer a un chaval malcriado como él. Afróntalo, Stephanie, ese mocoso se ha llevado el coche.

Tenía dos opciones. Podía llamar a la policía. o podía llamar a Ranger.

Probé primero con Ranger.

-Malas noticias -dije-. Digamos que he perdido al jeque.

-¿Dónde le has perdido?

-En North Brunswick. Me ha hecho ir a un McDonald's en busca de un refresco y antes de darme cuenta el coche ha desaparecido.

-¿Dónde estás ahora?

-Todavía en el McDonald's. ¿Dónde iba a estar?

No te muevas. Vuelvo a llamarte.

La comunicación se cortó.

-¿Cuándo? -le pregunté al auricular-. ¿Cuándo?

Diez minutos después sonó el teléfono.

-Problema resuelto -dijo Ranger-. He encontrado al jeque.

-¿Cómo le has encontrado?

-Le llamado al teléfono del coche.

-¿Le han secuestrado?

-Estaba impaciente. Dice que se cansó de esperarte.

-¡Claro, y de hacerse pajas!

Varias personas se pararon en seco y se me quedaron mirando.

Bajé la voz y me volví de cara al teléfono.

-Lo siento. Me he dejado llevar -le dije a Ranger.

-Es comprensible, nena.

-Se ha llevado mi chaqueta.

-Bones la recuperará cuando tenga el coche. ¿Necesitas que te lleven a casa?

-Llamaré a Lula.

-TENDRÍAS QUE HABERME llevado contigo -dijo Lula-. Esto no habría pasado si no hubieras movido tu culo flacucho por tu cuenta.

-Parecía un trabajo de lo más fácil. Recoger a un chaval y llevarlo a alguna parte.

-Mira eso -dijo Lula-, vamos a pasar por el centro comercial. Apuesto a que comprar un poco te mejoraría de golpe el humor.

-La verdad es que necesito unos zapatos.

-¿Lo ves? -repuso Lula-, hay una razón para todo. Dios tenía previsto que hoy fueras de compras.

Entramos al centro comercial a través de Macy's y nos lanzamos de cabeza a la sección de zapatos.

-¡Espera! -exclamó Lula-. ¡Mira qué zapatos! Había cogido un par de zapatos de satén negro del expositor. Eran puntiagudos, con tacones de diez centímetros y una tira fina en el tobillo-. Estos zapatos sí que son sexys.

Tuve que admitir que asi era. Eran sexys de verdad. Híce que el vendedor me trajera mi número y me los probé.

-Esos zapatos están hechos para ti -opinó Lula-. Tíenes que llevártelos. Nos los quedamos -le dijo al vendedor-. Envuélvalos.

Diez minutos más tarde Lula cogía vestidos de un colgador.

-¡Guau! -exclamó-. Agárrate. Mira qué vestido.

El vestido que sostenía apenas si estaba ahí. Era un pedacito negro brillante de tejido milagroso, con el cuello escotado y la falda muy corta.

-Desde luego es un vestido para ponerlas bien duras -comentó Lula.

Sospeché que tenía razón. Miré la etiqueta y me quedé sin aliento.

-¡No puedo permitírmelo!

-Al menos tienes que probártelo -dijo Lula--. A lo mejor no te queda del todo bien y entonces te sentirás mejor por no poder comprártelo.

Parecía un razonamiento sensato, de forma que me precipité al probador. Hice un cálculo rápido del dinero que me quedaba en la tarieta de crédito y me estremecí. Si apresaba a Randy Briggs y durante todo el mes siguiente comía en casa de mis padres y me hacía yo misma la manicura para la boda, casi podría permitirme el vestido.

-Anda la hostia -soltó Lula cuando salí tambaleante del probador con los zapatos y el vestido-. Me cago en la leche.

Me contemplé en el espejo. Desde luego era un atuendo de «anda la hostia, me cago en la leche». Y si lograba perder un par de kilos en los dos días siguientes, el vestido me quedaba clavado.

-Necesitamos unas patatas fritas para celebrarlo -dijo Lula después de que hubiera comprado el vestido-. Invito yo.

-No puedo tomar patatas fritas. Un gramo más y no podré embutirme en el vestido.

-Las patatas fritas son vegetales -dijo Lula-. No cuentan en lo que respecra a la grasa. Además, tendremos que recorrer todo el centro comercial para llegar a la zona de bares, así que haremos ejercicio. De hecho, es probable que para cuando lleguemos estemos tan débiles de tanto caminar que tengamos que tomarnos una ración de pollo frito junto con las patatas.

Ya estaba oscuro para cuando salimos del centro comercial.

Me había desabrochado el botón de la falda para dar cabida al pollo frito con patatas y era presa de un ataque de pánico por mis compras.

-Mira eso -dijo Lula acercándose con sigilo al Firebird-. Alguien nos ha dejado una nota. Será mejor que no signifique que me han abollado el coche. Odio que hagan eso.

Miré por encima del hombro de Lula para leer la nota.

«Te he visto en la tienda -decía-. No deberías tentar a los hombres poniéndote vestidos como ése.»

-Supongo que es para ti -dijo Lula-. Teniendo en cuenta que yo no me he puesto ningún vestido.

Eché un rápido vistazo al aparcamiento.

-Abre el coche y salgamos de aquí -le dije a Lula.

-No es más que la nota de un pervertido.

-Ajá, pero la ha escrito alguien que sabía dónde habíamos aparcado.

-Puede haber sido alguien que nos haya visto llegar. Algún mequetrefe que esperaba que su mujer saliera de Macys.

-O puede haberla escrito alguien que me ha seguido desde Trenton -y no creía que ese alguien fuera Bunchy. Había estado alerta por si aparecía su coche. Además, estaba bastante segura de que Bunchy vigilaría a Mabel, como le había pedido.

Lula y yo nos miramos y compartimos ei mismo pensamiento... Ramírez. Nos metimos a toda prisa en el Firebird y cerramos bien las puertas.

-Lo más probable es que no haya sido él -concluyó Lula-. Le habrías visto, ¿no crees?

MI BARRIO ES tranquilo después del anochecer. Todos los viejos están para entonces a buen recaudo en sus casas, instalados para pasar la noche viendo reposiciones de Seinfeld y Academia de policía.

Lula me dejó ante la puerta trasera de mi edificio un poco después de las nueve y, como era de esperar, no se veía criatura viviente alguna. Miramos por si veíamos faros y escuchamos por si oíamos pisadas y motores de coche, pero no vimos ni oímos nada.

-Esperaré a que entres en el edificio -dijo Lula.

-Estaré bien.

-Claro. Ya lo sé.

Subí por las escaleras, con la esperanza de que compensaran un poco el pollo con patatas. Cuando tengo miedo, siempre me debato entre las escaleras y el ascensor. Me siento más segura en las escaleras, pero el hueco da sensación de aislamiento y sé que cuando las puertas de salida de incendios están cerradas el sonido no se transmite. Experimenté una sensación de alivio al llegar a mi piso y comprobar que Ramírez no estaba.

Entré en mi casa y le dije hola a Rex. Dejé las bolsas sobre la encimera de la cocina, me quité los zapatos y me liberé de las medias. Hice una rápida comprobación habitación por habitación y tampoco en ellas aparecio hombretón alguno. Fiiiu. Volví a la cocina a escuchar los mensajes del contestador y solté un chillido cuando alguien llamó a la puerta. Espié por la mirilla llevándome una mano al pecho.

Era Ranger.

-Nunca llamas -dije al abrirle la puerta.

-Siempre llamo. Es que tú nunca contestas -me tendió mi chaqueta-. El pequeño jeque ha dicho que no lo pasó muy bien contigo.

-Borra el trabajo de chófer de la lista.

Ranger me estudió unos instantes.

-¿Quieres que le pegue un tiro?

-¡No! -aunque la idea era tentadora.

Echó un vistazo a los zapatos y las medias en el suelo.

-¿Interrumpo algo?

-No. Acabo de llegar a casa. Lula y yo hemos ido de compras.

-¿Terapia recreativa?

-Ajá, pero también necesitaba un vestido nuevo –sostuve en alto el vestido para que lo viera-. Digamos que Lula me ha convencido de que me lo comprara. ¿Qué te parece?

Los ojos de Ranger se ensombrecieron y su boca esbozó una sonrisa leve y tensa. Me ardieron las mejillas y el vestido se me escurrió de los dedos para caer al suelo.

Ranger lo recogió y me lo tendió.

-Vale -dije, quitándome un mechón de cabello de la frente-. Me parece saber qué opinas del vestido.

-Si lo supieras, no estarías ahí de pie -repuso Ranger -Si lo supieras, estarías atrincherada en tu habitación con la pistola en la mano.

Glups.

La atención de Ranger se concentró en la nota sobre la encimera.

-Algún otro comparte mi opinión sobre el vestido.

-Dejaron esa nota en el parabrisas del Firebird de Lula. La hemos encontrado al salir del centro comercial.

-¿Sabes quién la ha escrito?

-Tengo un par de ideas al respecto.

-¿Quieres compartirlas conmigo?

-Podría tratarse simplemente de algún tipo que me vio en el centro comercial.

-¿O?

-O podría tratarse de Ramirez.

-¿Tienes algún motivo para pensar que ha sido Ramírez?
-Que sólo tocarla se me pone la piel de gallina.

Librodot

CAPÍTULO SEIS

-CORRE EL RUMOR de que Ramírez se ha vuelto un fanático religioso -comentó Ranger, cómodamente apoyado contra mi encimera y con los brazos cruzados sobre el pecho.

-Entonces tal vez no quiera violarme y mutilarme. A lo mejor sólo quiere salvarme.

-Sea como fuere, deberías llevar una pistola.

Cuando Ranger se marchó escuché el único mensaje de mi contestador. «¿Stephanie? Soy tu madre. Recuerda que prometiste llevar a la abuela mañana por la noche a la funeraria. Y puedes venir antes y cenar algo con nosotros. Voy a preparar una estupenda pata de cordero.»

Lo de la pata sonaba bien, pero habría preferido que el mensaje hubiera sido sobre Fred. Algo así como: a que no lo adivinas, ha ocurrido algo de lo más gracioso... Fred ha aparecido.

Hubo otra llamada a la puerta y eché un vistazo por la mirilla para ver a Bunchy.

-Sé que me estás mirando -dijo-. Y sé que estás pensando que deberías ir a por la pistola y el espray y ese aparato tuyo de tortura electrónica, así que ve de una vez y tráetelos todos porque estoy harto de estar aquí de pie.

Abrí un poquito la puerta con la cadena puesta.

-Venga ya -repuso Bunchy.

-¿Qué quieres?

-¿Cómo es que al Rambo ese le dejas entrar y a mí no?

-Trabajo con é1.

-También trabajas conmigo. Acabo de hacer un turno de vigilancia por ti.

-¿Ha ocurrido algo?

-No voy a decírtelo hasta que me dejes entrar.

-No estoy tan desesperada por saberlo.

-Sí, sí lo estás. Te mata la curiosidad.

Tenía razón. Sentía curiosidad. Quité la cadena y abrí la puerta del todo.

-Bueno, ¿qué ha pasado? -pregunté.

-No ha pasado nada. La hierba ha crecido medio milímetro -sacó una cerveza de la nevera-. ¿Sabés qué tu tía es una verdadera borrachina? Deberías meterla en Alcohólicos Anónimos o algo así -advirtió el vestído sobre la encimera y exclamó: ¡Guau! ¿Es tuyo ese vestido?

-Lo he comprado para ponérmelo en una boda.

-¿Necesitas pareja? No tengo tan mal aspecto cuando me arreglo un poco.

-Ya tengo pareja. He estado más o menos saliendo con un tío...

-¡Sí! ¿Qué tío?

-Se llama Morelli. Joe Morelli.

-Oh, vaya. Le conozco. No puedo creer que salgas con Morelli. Ese tipo es un perdedor. Perdona que te lo diga, pero la caga con todo el mundo que conoce. No deberías tener nada que ver con él. Mereces a alguien mejor.

-¿De qué conoces a Morelli?

-Mantenemos una relación profesional, teniendo en cuenta que él es poli y yo soy corredor de apuestas.

-Le pregunté si te conocía y dijo que nunca había oído hablar de ti.

Bunchy echó la cabeza hacia atrás y rió. Era la primera vez que le oía reír, y no estuvo mal.

-Quizá me conozca por uno de mis otros nombres -explicó-. O tal vez no quiera confesarlo porque sabe que puedo descubrirle el pastel.

-¿Cuáles son esos otros nombres?

-Son nombres secretos -dijo-. Si te los diiera, dejarían de serlo.

-¡Largo! -exclamé señalando la puerta con un brazo bien tieso.

MORELLI ME LLAMÓ a las nueve de la mañana siguiente.

-Sólo quería recordarte que la boda es mañana -dijo-. Te recogeré a las cuatro. Y no olvides que tienes que venir a hacer una declaración sobre el tiroteo de la calle Sloane.

-Claro.

-¿Tienes alguna pista sobre Fred?

-No. Nada que valga la pena mencionar. Menos mal que no me gano la vida con esto.

-Menos mal -corroboró Morelli, y me pareció que sonreía.

Colgué y llamé a mi amigo Larry de RGC.

-¿Sabe qué, Larry? -le dije-. Encontré el recibo. Estaba sobre el escritorio de mi tío. Acredita el pago de un importe por tres meses de recogida de basuras. Y el recibo tiene el sello y todo lo demás.

-Vale -dijo Larry-. Pues traiga ese recibo y pondré al día la cuenta.

-¿Hasta qué hora abren?

-Hasta las cinco.

-Estaré ahí antes de que cierren.

Metí todos mis bártulos en el bolso, cerré con llave al salir y bajé por las escaleras hasta el vestíbulo. Salí del edificio y cruce el aparcamiento hasta el coche. Tenía la llave en la mano y estaba a punto de abrir la puerta cuando sentí una presencia detrás de mí. Me volví y me encontré cara a cara con Benito Ramírez.

-Hola, Stephanie. Qué alegría volver a verte. El campeón te echó de menos durante su ausencia. Pensó mucho en ti.

El campeón. Más conocido por Benito Ramírez, quien estaba demasiado chinado como para hablar de sí mismo en primera persona.

-¿Qué quieres?

Esbozó su morbosa sonrisa.

-Ya sabes qué quiere el campeón.

-Y qué tal si me lo dices.

-Quiere ser tu amigo, ayudarte a encontrar a Jesús.

-Si continúas acosándome, conseguiré una orden de detención.

La sonrisa continuaba en sus labios, pero los ojos eran fríos y calculadores. Esferas de acero que flotaban en el espacio vacío.

-No pueden detener a un hombre de Dios, Stephanie.

-Apártate de mi coche.

-¿Adónde vas? -preguntó Ramírez-. ¿Por qué no vienes con el campeón? El campeón te llevará a dar un paseo –me acarició la mejilla con el dorso de la mano-. Te llevará a ver a Jesús.

Hundí una mano en el bolso y extraje la pistola.

-Apártate de mí.

Ramírez rió con suavidad y retrocedió un paso.

-Cuando te llegue la hora de ver a Dios, no habrá escapatoria.

Abrí la puerta del conductor, me deslicé tras el volante y me alejé de allí con Ramírez aún de pie en el aparcamiento. Me detuve en un semáforo a dos manzanas de la calle Hamilton y me percaté de que tenía lágrimas en las mejillas. Me las enjugué y exclamé para mí: «¡No le tienes miedo a Benito Ramírez!». Era una afirmación estúpida y vacía, por supuesto. Ramírez era un monstruo. Cualquiera con una pizca de sentido común le tendría miedo. Y yo estaba más allá del miedo. Estaba tan aterrorizada como para verter lágrimas.

PARA CUANDO LLEGUÉ a la oficina estaba en un estado bastante decente. Las manos habían dejado de temblarme y ya no me goteaba la nariz. Aún sentía náuseas, pero no creía que fuera a vomitar. Me parecía una flaqueza estar tan asustada, y era un sentimiento

que no me volvía precisamente loca. En especial puesto que había elegido un trabajo que entrañaba hacer respetar la ley. Difícilmente podía una ser eficaz cuando lloriqueaba de miedo. Mi único motivo de orgullo era no haberle mostrado mi miedo a Ramírez.

Connie se aplicaba esmalte de color bermellón en la uña del dedo gordo.

-¿Has llamado a la morgue y los hospitales preguntando por Fred?

Coloqué el recibo boca abajo en la fotocopiadora, cerré la tapa y oprimí el botón.

-Cada mañana.

-¿Qué más vas a hacer? -quiso saber Lula.

-Le pedí una foto de Fred a Mabel. Pensaba enseñarla por el centro comercial y tal vez ir de puerta en puerta por las calles de detrás del Grand Union -se hacía difícil creer que alguien de allí hubiese visto a Fred salir del aparcamiento.

-No suena muy divertido -comentó Lula.

Cogí la copia del recibo y me la metí en el bolso. Escribí entonces el nombre de Fred en una carpeta, metí en ella el recibo original y la clasifiqué en el archivadorde la oficina bajo el nombre de Shutz. Habría sido más fácil dejarla en mi escritorio, pero yo no tenía escritorio.

-¿Qué pasa con Randy Briggs? -preguntó Lula-. ¿No vamos a hacerle hoy una visita?

Como no fuera quemando el edificio hasta los cimientos no sabía cómo sacar de su apartamento a Randy Briggs.

Vinnie asomó la cabeza desde su despacho.

-¿Alguien ha dicho algo sobre Briggs?

-Yo no. Yo no he dicho nada -contestó Lula.

-Vaya mierdecilla de caso tienes -me dijo Vinnie-. ¿Por qué no has traído aún a ese tío?

-Estoy en ello.

-Sí, y no es culpa suya -intervino Lula-, teniendo en cuenta lo zorro que es.

-Tienes hasta las ocho de la mañana del lunes –declaró Vinnie-. Si Briggs no ha acabado de culo en chirona para el lunes por la mañana, voy a darle el caso a otra persona.

-Vinnie, ¿conoces a un corredor de apuestas llamado Bunchy?

-No. Y créeme, conozco a cada corredor de la Costa Este.

Volvió a meter la cabeza en su despacho y cerró de un portazo.

-Gas lacrimógeno -sugirió Lula-. Así es como vamos a sacarle. No tenemos más que arrojar una lata de gas lacrimógeno a través de la ventana de ese gilipollas y esperar a que salga corriendo, haciendo arcadas y asfixiándose. Además, sé dónde podemos conseguirlo. Apuesto a que Ranger podría darnos un poco.

-¡No! Nada de gas lacrimógeno -me opuse.

-Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a dejar que Vinnie le dé el caso a Joyce Barnhardt?

¡Joyce Barnhardt! Joder. Comería mierda antes de dejar que Joyce Barnhardt capturara a Randy Briggs. Joyce Barnhardt es un ser humano mutante y mi mayor enemiga. Vinnie la contrató de cazarrecompensas a media jornada hará un par de meses a cambio de unos servicios en los que no quiero ni pensar. Ya entonces había tratado de robarme uno de mis casos, y no tenía intención de permitir que sucediera de nuevo.

Joyce y yo fuimos juntas al colegio y durante todos esos años había sido una mentirosa y una chivata y ligera de cascos con los novios de las demás. Por no mencionar que yo llevaba casada menos de un año cuando había pescado a Joyce la superwoman sobre la mesa de mi comedor con mi sudoroso e infiel marido.

-Voy a hacer entrar en razón a Briggs -anuncié.

-Ah, vaya -dijo Lula-. Ésa si que va a ser buena. Tengo que verlo.

-No. Voy a ir sola. Puedo hacerlo por mí misma.

-Claro -repuso Lula-. Ya lo sé. Sólo que sería mucho más divertido si yo estuviera allí.

-¡No! No, no y no.

-Hay que ver de qué mala uva estás últimamente –dijo Lula-. Estabas mejor cuando te echaban uno de vez en cuando, ya sabes a qué me refiero. Por cierto, que no sé por qué le

diste la patada a Morelli. Normalmente no me gustan los polis, pero ese tío tiene un culo estupendo.

Sabía a qué se refería con lo de mi mala uva. Me sentía de un humor de perros. Me eché el bolso al hombro.

-Llamaré si necesito ayuda.

-Vaya -dijo Lula.

TODO ESTABA TRANQUILO en los apartamentos Cloverleaf. No había tráfico en el aparcamiento. No había tráfico en el lúgubre vestíbulo. Subí por las escaleras y llamé a la puerta de Briggs.

No hubo respuesta. Me aparté de la vista y marqué su número en mi teléfono móvil.

-Hola -respondió Briggs.

-Soy Stephanie. ¡No cuelgues! Tengo que hablar contigo.

-No hay nada de qué hablar. Y estoy ocupado. Tengo trabajo por hacer.

-Mira, sé que este asunto del tribunal es una molestia para ti. Y sé que es injusto porque fuiste acusado de forma injustificada. Pero es algo que tienes que hacer.

-No.

-Entonces hazlo por mí.

-¿Por qué debería hacerlo por ti?

-Soy buena persona. Y sólo trato de hacer mi trabajo. Y necesito el dinero para pagar unos zapatos que acabo de comprarme. Y lo peor es que si no te llevo conmigo, Vinnie va a darle tu caso a Joyce Barnhardt. Y odio a Joyce Barnhardt.

-¿Por qué odias a Joyce Barnhardt?

-La pillé follándose a mi marido, que ahora es mi ex marido, sobre la mesa de mi comedor. ¿Te imaginas? En la mesa de mi comedor.

-Vaya -repuso Briggs-. Y ¿ella también es cazarrecompensas?

-Bueno, solía hacer de maquilladora en Macy's, pero ahora trabaja para Vinnie.

-Qué coñazo.

-Ajá. Bueno, ¿qué me dices? ¿Vas a dejar que te lleve conmigo? No será tan malo, de verdad.

-¿Estás de broma? No pienso dejar que una perdedora como tú me lleve a ninguna parte. ¿Qué iba a pensar la gente?

Clic. Colgó.

-¿Perdedora? ¿Qué has dicho? ¿Perdedora yo? Vale, se acabó. Basta de hacerme la señorita amable. Basta de hacerle entrar en razón. Ese gilipollas se va a rendir de una vez.

-¡Abre la puerta! -chillé-. ¡Abre la maldita puerta!

Una mujer asomó la cabeza en el apartamento del otro lado del pasillo.

-Si no para de armar jaleo voy a llamar a la policía. Aquí no toleramos esa clase de tejemanejes.

Me volví para mirarla.

-Oh, Dios mío -dijo, y cerró de un portazo.

Le propiné un par de patadas a la puerta de Briggs y la aporreé con los puños.

-¿Vas a salir o qué?

-Perdedora -me dijo a través de la puerta-. No eres más que una estúpida perdedora y no puedes obligarme a hacer nada que no quiera hacer.

Saqué la pistola del bolso y le pegué un tiro a la cerradura.

La bala rebotó para incrustarse en el marco de la puerta. Jesús. Briggs tenía razón. Era una perdedora de mierda. Ni siquiera sabía cómo reventar a tiros una cerradura.

Corrí escaleras abajo hacia el Buick y saqué una palanca para neumáticos del maletero. Volví arriba a toda prisa y empecé a aporrear la puerta con la palanca. Hice un par de muescas

pero eso fue todo. El sudor me perlaba la frente y me manchaba la pechera de la camiseta. Una pequeña multitud se había congregado en el otro extremo del pasillo.

-Tiene que meter la palanca entre la puerta y la jamba -me dijo un viejo desde el fondo del pasillo-. Tiene que hacer cuña con ella.

-Cállate, Harry -espetó una mujer-. Cualquiera puede ver que está loca. No la incites aún más.

-Sólo trataba de ayudar -dijo Harry.

Seguí su consejo e hice cuña con la palanca entre la puerta y la jamba apoyándome sobre ella. Un cacho de madera se desprendió de la jamba y el recubrimiento metálico se levantó un poco.

-¿Lo ve? -dijo Harry-. Ya se lo decía yo.

Arranqué unos pedazos más de la jamba junto a la cerradura. Trataba de volver a hacer palanca cuando Briggs abrió la puerta unos centímetros y me miró.

-¿Estás chalada o qué? No puedes destrozar por las buenas la puerta de alguien

-Mírame bien -dije. Empujé con la palanca hacia Briggs y apoyé todo mi peso en ella. La sujeción de la cadena de seguridad saltó y la puerta se abrió de par en par.

-¡Apártate de mí! -chilló Briggs-. Voy armado.

-¿Me tomas el pelo? Lo que sostienes es un tenedor.

-Sí, pero es de trinchar carne, y está afilado. Podría sacarte un ojo con este tenedor.

-Ni en tu mejor momento, enano.

-Te odio -dijo Briggs-. Me estás arruinando la vida.

Oí sirenas en la distancia. Genial. Justo lo que necesitaba... la policía. Quizá podríamos llamar también a los bomberos.

Y a los de la perrera. Qué caray, y por qué no a un par de periodistas.

-No vas a llevarme contigo -dijo Briggs-. No estoy dispuesto -arremetió contra mí con el tenedor. Me aparté de un salto y el tenedor me hizo un desgarrón en los Levi's.

-Eh -me quejé-, estos pantalones eran casi nuevos.

Volvió a abalanzarse sobre mí, gritando:

-Te odio. Te odio.

Esta vez le arranqué el tenedor de la mano y tropezó con una mesilla; la derribó y destrozó una lámpara en el proceso.

-Mi lámpara -gimoteó-. Mira lo que le has hecho a mi lámpara -agachó la cabeza y cargó contra mí como un toro.

Me hice a un lado y se estampó contra una estantería. Cayeron montones de libros y unos cuantos adornitos se espachurraron contra el suelo de parquet barnizado.

-Basta ya -le dije-. Estás destrozando tu apartamento. A ver si te contienes.

-A ti sí que te voy a contener -gruñó, y se abalanzó contra mí para hacerme un placaje a la altura de la rodilla.

Ambos caímos con fuerza al suelo. Yo le sacaba unos treinta kilos, pero él estaba frenético y no pude sujetarle. Se me escurrió y se precipitó hacia la puerta. Salí tras é1 a gatas y le agarré de un tobillo cuando estaba en lo alto de las escaleras. Dio un grito y cayó hacia adelante, y ambos rodamos escaleras abajo hasta el rellano, donde volvimos a enzarzarnos en la pelea. Hubo arañazos, tirones de pelo e intentos de sacarnos los ojos. Le tenía cogido de la pechera de la camisa cuando perdimos el equilibrio y rodamos por el segundo tramo de escaleras.

Caí con un golpetazo en pleno vestíbulo, boca arriba y sin aliento. Briggs estaba espachurrado debajo de mí y sumido en la inercia. Parpadeé para ver con claridad y las figuras emborronadas de dos polis se fueron enfocando. Me miraban fijamente y sonreían.

Uno de los polis era Carl Costanza. Carl y yo habíamos ido juntos al colegio y seguíamos siendo amigos... de manera algo remota.

-Tenía entendido que te gustaba estar en la cúspide -bromeó-, pero ¿no te parece que esto es llevar las cosas un poco lejos?

Briggs se retorció bajo mi peso.

-Quítateme de encima. No puedo respirar.

-No merece respirar -dije-. Me ha roto los Levi's.

-Vaya -repuso Carl levantándome de encima de Briggs- eso es una ofensa capital.

Reconocí al otro poli como el compañero de Costanza. Se llamaba Eddie no sé qué. Todo el mundo le llamaba Perrazo.

-Jolín -exclamó Perrazo, apenas capaz de controlar la risa-, ¿qué le has hecho a este pobre hombrecito? Parece que le hayas molido a palos.

Briggs se había puesto en pie y le temblaban las piernas. Tenía la camisa por fuera y había perdido un zapato. El ojo izquierdo se le estaba amoratando e hinchando y le sangraba la nariz.

-¡Yo no le he hecho nada! -exclamé-. Trataba de detenerle y se ha puesto como una moto.

-Es verdad -intervino Harry desde lo alto del rellano-. Yo lo he visto todo. Ese tío pequeñajo se lo ha hecho todo él solito. La señorita apenas si le ha puesto la mano encima. Aparte, por supuesto, de cuando luchaban cuerpo a cuerpo.

Carl echó un vistazo a las esposas que Briggs aún llevaba sujetas a la muñeca.

-¿Son tuyas? -me preguntó.

Asentí con la cabeza.

-Se supone que debes esposarle ambas manos.

-Muy gracioso.

-¿Tienes los papeles?

-Arriba en mi bolso.

Subimos por las escaleras mientras Perrazo le hacía de canguro a Briggs.

-Me cago en la leche -soltó Costanza al ver la puerta de Briggs-. ¿Esto lo has hecho tú?

-No me dejaba entrar.

-Eh, Perrazo -llamó Costanza-. Mete al pequeñajo en el coche y ven a echar un vistazo. Tienes que ver esto.

Le di a Costanza los documentos de la fianza.

-Quizá podamos hacer que todo esto quede entre nosotros...

-Me cago en la leche -soltó Perrazo al ver la puerta.

-Lo ha hecho Steph -le dijo Costanza con orgullo.

Perrazo me dio una palmada en el hombro.

-Supongo que no te llaman la cazarrecompensas del infierno porque si.

-Todo parece en orden -me dijo Costanza-. Felicidades. Te has conseguido un gnomo.

Perrazo examinó el marco de la puerta.

-¿Sabes que hay una bala aquí dentro?

Costanza me miró.

-Bueno, es que no tenía llave...

Costanza se tapó las orejas.

-No quiero oírlo.

Entré cojeando al apartamento de Briggs, encontré un juego de llaves en un gancho en la cocina y utilicé una de ellas para cerrar la puerta. Recuperé entonces el zapato perdido, que había quedado en el rellano, le di el zapato y las llaves a Briggs y le dije a Carl que le seguiría.

Cuando volví a donde estaba el Buick, Bunchy me estaba esperando.

-Jolín -exclamó-. Has dejado hecho polvo a ese pequeñajo. ¿Quién diablos era, el hijo de Satán?

-Es un informático al que pescaron en posesión de un arma blanca. En realidad no es mal tío.

-Vaya, pues no me gustaría ver qué le haces a alguien que no te guste.

-¿Cómo has sabido dónde encontrarme? ¿Y por qué no estabas en mi aparcamiento cuando te necesitaba?

-Te pillé saliendo de la oficina. Esta mañana me he dormido, así que he probado en los sitios a los que sueles acudir y he tenido suerte. ¿Hay algo nuevo sobre Fred?

-Que no le he encontrado.

-No vas a darte por vencida, ¿verdad?

-No, no voy a darme por vencida. Oye, tengo que irme; Tengo que recoger el recibo por mi entrega.

-No conduzcas muy rápido. Algo le pasa a mi transmisión. Hace un ruido espantoso cuando paso de sesenta.

Le observé dirigirse a su coche. Estaba casi segura de saber qué era, y no era corredor de apuestas. Lo que no sabía era por qué me pisaba los talones.

COSTANZA Y PERRAZO sentaron a Briggs por la puerta trasera para llevarle ante el oficial de guardia.

El oficial contempló a Briggs desde detrás de su escritorio.

-Caray, Stephanie -dijo con una sonrisa-. ¿Qué le has hecho a este pobre hombrecito? ¿Tienes la regla o qué?

Juniak pasaba por allí.

-Tienes suerte -le dijo a Briggs-. Normalmente hace volar a la gente por los aires.

No pareció que Briggs lo encontrara divertido.

-Me han tendido una trampa -dijo.

Conseguí mi recibo por la entrega de Briggs y me dirigí al piso de arriba, a Delitos Contra Personas, para hacer mi declaración sobre el tiroteo de la calle Sloane. Llamé a Vinnie y le dije que había capturado a Randy Briggs, de forma que Norteamérica podía descansar tranquila esa noche. Luego conduje hasta RGC con Bunchy casi pegado a mi guardabarros.

Eran poco más de las tres cuando llegué a la calle Water. El cielo se había ido cubriendo a lo largo del día de nubes densas y bajas, con el color y la consistencia de la manteca. Sentía la presión que ejercían sobre el techo del Buick, disminuyendo mi progreso, entorpeciendo la conexión entre las neuronas.

Transitaba en piloto automático y mis pensamientos iban del tío Fred a Joe Morelli y a Charlie Chan. La vida le sonreía a Charlie Chan. El muy repelente lo sabía todo, joder.

A dos manzanas de RGC salí de pronto de mi estupor al percatarme de que pasaba algo en la calle frente a mí. Había policias en RCTC. Montones de polis. La furgoneta del médico forense también estaba ahí, lo cual no era buena señal. Aparqué a media manzana de RGC y anduve el resto del camino, con Bunchy pegado a mis talones como un perro fiel. Busqué una cara familiar entre la multitud. No hubo suerte. Un puñado de empleados uniformados de RGC se apiñaban junto a la zona acordonada. Probablemente acababan de llegar con sus camiones.

-¿Qué pasa aquí? -le pregunté a uno de ellos.

-Alguien ha muerto de un tiro.

-¿Sabe de quién se trata?

-De Lipinski.

El asombro debió de notárseme en la cara, porque el hombre preguntó:

-¿Le conocía?

Negué con la cabeza.

-No. Sólo venía a saldar una cuenta de mi tía. ¿Cómo ha pasado!

-Suicidio. Yo he sido quien le ha encontrado -dijo otro de los hombres-. He llegado temprano con mi camión, y he entrado para cobrar mi paga. Y ahí estaba é1 con los sesos desparramados. Debe de haberse metido la pistola en la boca. Dios, había sangre y sesos por todas partes. Nunca habría creído que Lipinski tuviera tanto cerebro.

Librodot

-¿Está seguro de que ha sido un suicidio?

-Había una nota y la he leído. Lipinski decía que era él quien se había cargado a Martha Deeter. Decía que se habían peleado sobre una cuenta y que él le había disparado. Y luego trató de que pareciera un robo. Decía que no podía vivir con lo que había hecho, así que iba a acabar de una vez.

-Oh, vaya.

-Eso es una gilipollez -opinó Bunchy-. Huele a verdadera gilipollez.

Me quedé por ahí un rato más. El fotógrafo forense se marchó. Y la mayoría de los policías se marcharon. Los hombres de RGC se fueron yendo uno por uno. Y yo también me fui, con Bunchy pegado a mí. Se había quedado callado tras su declaración sobre gilipolleces. Y estaba muy serio.

-Dos empleados de RGC han mueno -le diie-. ¿Por qué?

Nos miramos fijamente durante unos instantes; luego él negó con la cabeza y se alejó.

ME DI UNA DUCHA RAPIDA, me sequé el cabello y me vestí con una minifalda tejana y una camiseta roja. Le eché un vistazo a mi cabello y decidí que necesitaba algún retoque, de forma que me puse los rulos calientes. Tampoco quedó precisamente de maravilla después de los rulos, así que me pinté los ojos y me apliqué un poco más de rimel. Stephanie Plum, maestra de la distracción estratégica. Si el pelo te queda mal, acórtate la falda y ponte un poco más de rímel.

Antes de salir de casa me tomé el tiempo necesario para hojear las páginas amarillas y encontrarle una nueva compañía de recogida de basuras a Mabel.

Bunchy estaba en el vestíbulo cuando bajé. Estaba apoyado contra la pared y aún se le veía serio. O quizá simplemente estuviera cansado.

-Estás guapa -me dijo-. Muy guapa, pero vas demasiado maquillada.

LA ABUELA ESTABA en la puerta cuando Ilegué.

-¿Te has enterado de lo del tipo de las basuras? Se ha volado los sesos. Lavern Stankowski ha llamado para decir que su hijo, Joey, era quien conducía el vehículo de urgencias médicas. Y dijo no haber visto nunca nada parecido. Dijo que había sesos por todas partes y que toda la mitad posterior de la cabeza de ese tipo había quedado pegada en la pared de su despacho.

La abuela se movió un poco la dentadura postiza con la lengua.

-Lavern dice que al fallecido lo van a amortajar en la funeraria Stiva. Imagínate el trabajo que va a tener Stiva con ése. Probablemente utilizará un kilo de masilla para llenar todos los huecos. ¿Te acuerdas de Rita Gunt?

Rita Gunt tenía noventa y dos años cuando murió. Había perdido mucho peso en los últimos años de su vida y la familia le había pedido a Stiva que le diera una apariencia más robusta para su última aparición en público. Supongo que Stiva había hecho cuanto estaba en su mano, pero la Rita que habían enterrado se parecía mucho al muñeco de Michelin.

-Si alguien fuera a matarme no me gustaría que lo hiciera de un tiro en la cabeza comentó la abuela.

Mi padre estaba en la sala de estar en su butaca favorita. Y por el rabillo del ojo le vi asomarse desde detrás del periódico.

-Quiero que me envenenen -continuó la abuela-. De esa forma no quedaré toda despeinada.

-Hmmm -murmuró mi padre en tono pensativo.

Mi madre salió de la cocina. Olía a cordero asado y col lombarda y tenía la cara arrebolada por el vapor de la cocina.

-¿Se sabe algo de Fred?

-Nada nuevo -contesté.

-Creo que está pasando algo raro con los de la basura dijo la abuela-. Alguien se está cargando a esa gente, y apuesto a que a Fred también lo mataron.

-Larry Lipinski dejó una nota de suicidio le recordé.

-Pueden haberla falsificado -opinó la abuela-. Puede haberse tratado de una treta para despistar a todo el mundo.

-Creía que a Fred se lo habían llevado unos alienígenas -intervino mi padre desde detrás del periódico.

-Eso explicaría un montón de cosas -repuso la abuela-. Nadie dice que los alienígenas no se cargaran también a la gente de las basuras.

Mi madre dirigió a mi padre una mirada de advertencia y volvió a la cocina.

-Todo el mundo a la mesa antes de que se enfríe el cordero -dijo-. Y no quiero oír hablar más de alienígenas y asesinatos.

-Es la menopausia -me susurró la abuela-. Tu madre está hecha una gruñona desde que entró en la menopausia.

-Te he oído -dijo mi madre-. Y yo no estoy gruñona.

-No dejo de decirle que debería tomar esas pastillas de hormonas -prosiguió la abuela-. Yo misma he estado pensando en tomarlas. Mary Jo Klick empezó con ellas y dijo que había partes de su cuerpo que se le habían quedado apergaminadas y que después de una semana de tomarlas se le pusieron rellenitas otra vez -bajó la mirada para contemplarse-. No me importaría que a mí se me rellenaran un poco algunas partes.

Todos fuimos hacia la mesa y nos sentamos donde nos correspondía. La mesa se bendecía en Navidad y en Semana Santa. Como no era ni una cosa ni la otra, mi padre se sirvió una buena ración de comida y se lanzó al ataque, con la cabeza gacha y concentrándose en la tarea que tenía entre manos.

-¿Qué crees tú que le ocurrió a Fred? -le pregunté, captando su atención entre bocado y bocado de cordero con patatas.

Alzó la mirada, sorprendido. Nadie pedía nunca su opinión.

-La mafia -dijo-. Cuando alguien desaparece sin dejar huella, es cosa de la mafia. Disponen de los medios necesarios.

-¿Por qué iba a querer la mafia matar al tío Fred?

-No lo sé -respondió mi padre-. Lo único que sé es que tiene pinta de que haya sido la mafia.

-Sera mejor que nos demos prisa -intervino la abuela-. No quiero llegar tarde al velatorio. Quiero conseguir un buen asiento delante de todo y es probable que haya un montón de gente con eso de que a la fallecida le pegaron un tiro. Ya sabes que hay gente a la que le gusta entrometerse en esa clase de cosas.

Se hizo el silencio en la mesa, pues nadie se atrevía a hacer comentario alguno.

-Bueno, supongo que yo también peco un poquito de entrometida -admitió por fin la abuela.

Cuando hubimos acabado puse un poco de cordero con patatas y verduras en un envase desechable de aluminio.

-¿Para quién es eso? -quiso saber la abuela.

Añadí un tenedor y un cuchillo de plástico.

-Para un perro callejero que merodea por ahí.

-¿Come con tenedor y cuchillo?

-Mejor no preguntes -le dije.

CAPÍTULO SIETE

La FUNERARIA STIVA tenía su sede oi una gran casa blanca en la calle Hamilton. Había habido un incendio en el sótano y gran parte de la casa se había reconstruido y redecorado

La moqueta verde especial para exteriores del porche era nueva. El empapelado con medallones en marfil de todas las paredes era nuevo. Como también lo era la moqueta verde azulado ultra resistente del vestíbulo y las cámaras mortuorias.

Aparqué mi Bomba Azul y ayudé a la abuela a entrar tambaleándose sobre los zapatos de charol de tacón que siempre se ponía para los velatorios nocturnos.

Constantine Stiva estaba en el centro del vestíbulo, dirigiendo el tráfico. La señora Balog en la capilla ardiente número tres. Stanley Krienski en la capilla ardiente número dos.

Y Martha Deeter, quien estaba claro que iba a llevarse el premio gordo, en la número uno.

No hacía mucho que yo había tenido un pequeño roce con el hijo de Constantine, Spiro. El resultado había sido el mencionado incendio y la misteriosa desaparición de Spiro. Por suerte, Con era un director de funeraria consumado y siempre esgrimía una conducta controlada, una sonrisa comprensiva y un tono de voz tan dulce como las natillas. Jamás hizo la más mínima mención desagradable sobre el desgraciado incidente.

Después de todo, yo era una clienta en potencia. Y con mi tipo de trabajo era probable que no lo fuera tarde sino más bien temprano.- Por no mencionar a la abuela Mazur.

-¿A quién van a visitar esta noche? -nos preguntó-. Ah, sí, la señorita Deeter descansa en la capilla número uno.

Conque descansa. Vaya.

-Venga, vamos -me instó la abuela cogiéndome de la mano y tirando de mí-. Por lo visto ya se está reuniendo toda una multitud.

Examiné los rostros. Había algunos asiduos como Myra Smulinski y Harriet Farver. Otras personas que seguramente trabajaban para RGC y lo más probable era que quisieran asegurarse de que Martha estaba muerta de verdad. Un grupo de gente ataviada de negro permanecía cerca del ataúd; miembros de la familia. No vi a ningún representante de peces gordos mafiosos. Estaba bastante segura de que mi padre se equivocaba en lo de que la mafia se hubiera largado al tío Fred y a los de las basuras. Pero no me haría ningún daño tener los ojos bien abiertos. Tampoco vi a ningún alienígena.

-¿Has visto eso? -se quejó la abuela-. Un ataúd cerrado.

La verdad es que me da rabia. Me pongo elegante para venir aquí a ofrecer mis respetos y ni siquiera me permiten ver nada.

A Martha Deeter le habían disparado y practicado una autopsia. Le habían sacado el cerebro para pesarlo. Después de que la ensamblaran de nuevo probablemente se parecía a Frankenstein. Personalmente, me alivió ver un ataúd cerrado.

-Voy a echarles un vistazo a las flores -dijo la abuela-. A ver quién ha mandado qué.

Volví a inspeccionar la multitud y distinguí a Terry Gilman.

«¡Hola!» Tal vez mi padre estuviera en lo cierto. Se rumoreaba que Terry trabajaba para su tío Vito Grizolli. Vito era un hombre de familia que dirigía un negocio de lavanderías que lavaba mucho más que ropa sucia. Por lo que sabía por Connie, quien tenía con ellos una especie de conexión no participativa, Terry había empezado de cobradora y estaba ascendiendo en el escalafón empresarial.

-¿Terry Gilman? -le dije más a modo de afirmación que de pregunta, y tendí una mano.

Terry era delgada y rubia y había salido con Morelli durante todos sus años en la universidad. Ninguna de esas cosas le granjeaba mi cariño. Llevaba un caro traje de chaqueta de seda gris y zapatos de tacón a iuego. La manicura era para morirse, y la pistola que llevaba en una funda sujeta al hombro quedaba discretamente oculta por la forma de la chaqueta. Sólo alguien que hubiera llevado un atuendo similar la habría advertido.

Librodot

-Slephanie Plum -me saludó-, me alegro de volver a verte. ¿Eras amiga de Martha?

-No. Estoy aquí con mi abuela. Le gusta venir a echarles un vistazo a los ataúdes. ¿Y tú? ¿Eras amiga de Martha?

-Teníamos negocios en común -respondió Terry.

Su respuesta pendió en el aire unos instantes.

-He oído que trabajas para tu tío Vito.

-Relaciones con la clientela -puntualizó Terry.

Volvió a hacerse el silencio.

Me mecí sobre los tacones.

-Qué curioso que Martha y Larry murieran víctimas de un disparo con un día de diferencia.

-Qué trágico.

Bajé la voz y me incliné más hacia ella.

-No fue obra tuya, ¿verdad? Quiero decir, no fuiste tú quien... esto...

-¿Quien se los cargó? -preguntó Terry-. No. Siento decepcionarte. No fui yo. ¿Hay algo más que quieras saber?

-Bueno, sí, de hecho mi tío Fred ha desaparecido.

-Tampoco me lo cargué a é1 -dijo Terry.

-No pensaba que lo hubieras hecho -dije-, pero nunca está de más preguntar.

Terry consultó el reloj.

-Tengo que presentar mis respetos y luego largarme de aquí. Esta noche he de ir a dos velatorios más. Uno en Moser y el otro en la otra punta de la ciudad.

-Vaya, parece que a Vito los negocios le van viento en popa.

Terry se encogió de hombros.

-La gente se muere.

-Sí, claro.

Su mirada se centró en algo por encima de mi hombro que fue objeto de su interés.

-Vaya, vaya -comentó-, mira a quién tenemos aquí.

Me volví para ver quién había hecho ronronear a Terry y la verdad es que no supuso una gran sorpresa. Era Morelli.

Me rodeó los hombros con un brazo como si fuera mi amo y señor y le sonrió a Terry.

-¿Cómo te va?

-No puedo quejarme -respondió Sers

Morelli indicó con la mirada el ataúd en el otro extremo de la estancia.

-¿Conocías a Martha?

-Claro -contestó Terry-. Desde hace mucho.

Morelli volvió a sonreír.

-Creo que voy a buscar a la abuela -dije.

Morelli me sujetó con más fuerza.

-Aún no. Tengo que hablar contigo -asintió en dirección a Terry-. ¿Nos disculpas?

-De todas formas ya tengo que irme -dijo Terry. Le sopló a Joe un romántico beso y se alejó en busca de la familia Deeter.

Joe tiró de mí hasta sacarme al vestíbulo.

-Sí que sois amiguitos vosotros dos -comenté, haciendo un esfuerzo por no aguzar la mirada y rechinar los dientes.

-Tenemos mucho en común -explicó Morelli-. El trabajo de ambos tiene que ver con el vicio.

-Vaya.

-¿Sabes qué?, estás bastante mona cuando te pones celosa.

-Yo no me he puesto celosa.

-Mentirosa.

Ahora sí que había aguzado la mirada, pero pensaba en secreto que sería agradable que me besara.

-¿Querías hablar de algo?

-Ajá. Quiero saber qué demonios ha pasado hoy. ¿De verdad has molido a palos a ese pobre pequeñajo de Briggs?

-¡No! Se ha caído por las escaleras.

-Oh, venga ya -repuso Morelli.

-¡Es verdad!

-Cariño, me paso el día diciendo eso, y nunca es verdad.

-Había testigos.

Morelli trataba de parecer serio, pero vi en las comisuras de su boca que contenía una sonrisa.

-Costanza dice que trataste de volar a tiros la cerradura y cuando eso no funcionó te ensañaste con la puerta con un hacha.

-Eso es del todo incorrecto... era una palanca para neumáticos.

-Jesús -exclamó Morelli-. ¿Estás en esos días del mes?

Apreté los labios.

Morelli me puso un mechón de cabello detrás de la oreja y me acarició la meiilla con un dedo.

-Supongo que lo averiguaré mañana.

-¡Oh!

-Una mujer siempre es blanco fácil en una boda -explicó.

Pensé en la palanca para neumáticos. Sería verdaderamente satisfactorio golpear a Morelli en la cabeza con ella.

-¿Por eso me invitaste?

Morelli esbozó una amplia sonrisa.

-Ajá.

Definitivamente merecía que le machacaran con la palanca para neumáticos. Entonces, después de machacarle, le besaría. Deslizaría una mano por su pecho hasta su vientre plano y hasta su dura y estupenda...

La abuela se materializó iunto a mi codo.

-Me alegro de verte -le dijo a Morelli-. Confío en que esto signifique que volverás a prestarle atención a mi nieta. Las cosas están bastante aburridas desde que desapareciste de escena.

-Me rompió el corazón -dijo Morelli.

La abuela negó con la cabeza.

-No sabe lo que se hace.

Morelli pareció complacido.

-Bueno, estoy lista para marcharme -repuso la abuela-. Aquí no hay nada que ver. Han asegurado la tapa con clavos. Además, a las nueve dan una película de Jackie Chan, y no quiero perdérmela. ¡iiiiiya! -exclamó haciendo un movimiento de kung-fu, y añadió dirigiéndose a Morelli-. Podrías venir a verla con nosotros. Nos queda un poco de pastel del postre.

-Me gustaría -resposndió Morelli-, pero voy a tener que dejarlo para otra ocasión. Esta noche trabajo. Tengo que relevar a alguien en una operación de vigilancia.

NO HABLA NI RASTRO de Bunchy cuando salimos de la funeraria. Quizá la manera de librarse de él fuera alimentándole. Dejé a la abuela y continué hacia mi casa. Di una vuelta por el aparcamiento, mirando entre los coches para asegurarme de que Ramírez no me estuviera esperando.

Rex corría en su rueda cuando entré. Se detuvo y retorció los bigotes cuando encendí la luz.

-¡Comida! -le dije mostrándole la bolsa marrón de la compra que siempre me acompañaba a casa al volver de una cena en la de mis padres-. Restos de cordero, puré de patatas, verduras, un frasco de remolacha en vinagre, dos plátanos, cien gramos de jamón en lonchas, media barra de pan y pastel de manzana. Cogí un pedazo de pastel y lo dejé caer en el plato de comida de Rex, y éste casi se cayó de la rueda, tal fue su excitación.

A mí también me habría apetecido un pedazo de pastel, pero pensé en el mini vestido negro y me tomé en cambio un plátano. Todavía tenía hambre después del plátano, así que me hice un bocadillo pequeno de jamón. Después del bocadillo picoteé un poco de cordero. Y finalmente cedí y me comí el pastel.

A la mañana siguiente, a primera hora iría a correr. Talvez. ¡No! ¡Seguro! Vale, ya sé qué haré. llamaré a Ranger y veré si quiere correr ronmigo. Así estará aquí a primera hora de la mañana y me hará salir a hacer un poco de eiercicio.

-Hola -dio Ranger al responder al teléfono. Tenía la voz ronca y me percaté de que era tarde y probablemente le había despertado.

-Soy Stephanie. Perdona por llamarte tan tarde.

Inspiró lentamente.

-No pasa nada. La última vez que me llamaste por la noche tarde estabas desnuda y encadenada a la barra de la cortina de la ducha. Confío en que esta vez no me decepciones.

Eso había pasado cuando habíamos empezado a trabajar juntos y apenas le conocía. Había entrado a la fuerza en mi casa para liberarme con fría eficacia. Sospeché que ahora actuaría de forma distinta. Sólo pensar en que me encontrara desnuda y encadenada en aquel momento preciso me produjo una oleada de calor intenso.

-Lo siento -le dije-. Uno sólo recibe llamadas como ésa una vez en la vida. Ésta va de hacer ejercicio. Verás, no me iría mal hacer un poco.

-¿Ahora?

-¡No! Por la mañana. Quiero ir a correr y busco acompañante.

-Tu no buscas acompañante -repuso Ranger-. Lo que tú buscas es alguien que te obligue. Detestas correr. Debe de preocuparte embutirte en ese vestido negro. ¿Qué te acabas de comer? ¿Un pedazo de pastel? ¿Una barrita de chocolate?

-Todo -respondí-. Acabo de comérmelo todo.

-Necesitas un poco de autocontrol, nena.

Pues sí, era la pura verdad.

-¿Vas a correr conmigo o qué?

-Sólo si va en serio que quieres ponerte en forma.

-Es en serio.

-Mientes fatal -dijo Ranger-. Pero como no quiero tener a una chavala gorda trabajando para mí, estaré ahí a las seis.

-Yo no soy una chavala -exclamé, pero ya había colgado.

Mierda.

PUSE EL DESPERTADOR a las cinco y media, pero a las cinco estaba despierta y a las cinco y cuarto vestida. Ya no me sentía muy entusiasta que digamos con lo de correr. Y no me preocupaba de forma especial la puntualidad como cortesía hacia Ranger. Mi temor era quedarme dormida y que, cuando Ranger entrara en mi apartamento para despertarme, le arrastrara a la cama conmigo.

Y entonces, ¿qué iba a decirle a Joe? Teníamos una especie de acuerdo. Sólo que ninguno de los dos sabía con exactitud qué significaba ese acuerdo. De hecho, ahora que lo pensaba, quizá ni siquiera tuviéramos acuerdo alguno. En realidad parecía más bien que estuviéramos en negociaciones para un acuerdo.

Además, no iba a hacer nada con Ranger porque liarse con Ranger sería el equivalente a lanzarse en caída libre sin paracaídas. Mi libído estaría temporalmente por las nubes, pero no era más estúpida de lo habitual.

Me tomé un bocadillo de jamón y el resto del pastel como desayuno. Hice unos cuantos estiramientos. Me depilé las cejas. Me cambié los shorts por unos pantalones de chándal. Y a las seis en punto estaba en el vestíbulo observando a Ranger entrar en el aparcamiento.

-Caray -comentó-; lo de correr debe de ir en serio. A estas horas en realidad ni siquiera esperaba que te hubieras levantado. La última vez que corrimos juntos tuve que sacarte de la cama.

Yo llevaba un chándal y se me estaba congelando el trasero; me preguntaba dónde demonios estaría el sol. Ranger llevaba una camiseta con las mangas cortadas y no parecía tener frío en absoluto. Hizo un par de estiramientos de corvas y un par de rotaciones de cabeza y empezó a corretear sin moverse del sitio.

-¿Lista? -preguntó.

Un kilómetro y medio más tarde me paré para doblarme por la cintura, tratando de recobrar el aliento. Tenía la camisa empapada en sudor y el pelo pegado a la cabeza.

-Espera un momento -dije-. Tengo que vomitar. Vaya, pues sí que estoy en baja forma -y quizá no debería haberme comido el bocadillo de jamón y el pastel.

-No vas a vomitar -dijo Ranger-. No te pares.

-No puedo seguir.

-Venga, medio kilómetro más.

Me arrastré en pos de él.

-Vaya, pues sí que estoy en baja forma -repetí. Supuse que correr una vez cada tres meses no bastaba para una forma física excelente.

-Dos minutos más -dijo Ranger-. Puedes hacerlo.

-De verdad que me parece que voy a vomitar.

-Que no vas a vomitar -insistió Ranger-. Un minuto más.

El sudor me goteaba del mentón y me entraba en los ojos, haciéndome ver borroso. Quise eniugármelo, pero no podía levantar tanto el brazo.

-¿Ya llegamos?

-Sí. Dos kilómetros -anunció Ranger-. ¿Lo ves? Sabía que podías hacerlo.

Era incapaz de hablar, de modo que asentí con la cabeza.

Ranger correteaba sin moverse del sitio.

-No deberías parar de moverte -diio-. ¿Preparada?

Me incliné y vomité.

-Eso no va a salvarte.

Le hice un gesto grosero con el dedo medio.

-Mierda -exclamó Ranger contemplando el desastre que había dejado en el suelo-. ¿Qué es eso de color rosa?

-Bocadillo de jamón.

-Y por qué no te pegas directamente un tiro en la cabeza.

-Me gusta el jamón.

Correteó un poquito delante de mí.

-Venga. Vamos a correr otro kilómetro.

-¡Acabo de vomitar!

-Sí, ¿y?

-Pues que no pienso correr más.

-El que algo quiere algo le cuesta, nena.

-No me gustan las cosas que cuestan -dije-. Me voy a casa. Y me voy andando.

Él continuó.

-Te cogeré a la vuelta.

Mírale el lado bueno, me dije. Al menos no tenía que preocuparme por que el desayuno hubiera ido a parar derecho a mis muslos. Y lo de vomitar es tan atractivo que tenía muchas probabilidades de no tener que preocuparme en el futuro próximo de que Ranger sufriera un ataque libidinoso al verme .

Caminaba a una manzana de la calle Hamilton, por un barrio de pequeñas casas unifamiliares. El tráfico empezaba a recorrer Hamilton, pero a sólo una manzana, por donde yo pasaba, la actividad se centraba en las cocinas. Las luces estaban encendidas, el café se estaba filtrando y se disponían los cuencos de cereales. Era sábado, pero Trenton no dormía hasta tarde.

Había que llevar en coche a los niños al rugby y al fútbol. Y había ropa que llevar a la tintorería. Había que lavar los coches.

Y el mercado abría sus puertas: verduras y frutas frescas, huevos, bollería y salchichas. Lucía un sol débil en un cielo seminublado, y sentía el aire frío contra la ropa empapada de sudor. Estaba a tres manzanas de mi casa y planeaba la jornada. Iba a sondear la zona alrededor del centro comercial, enseñando la foto del tío Fred. Volvería a casa a tiempo para embutirme en el minivestido negro.

Y todo el tiempo me mantendría alerta por si aparecía Bunchy.

Oí a un corredor llegar a mi altura. Ranger, me dije, y me armé de valor para que no me convenciera de echarle una carrera hasta casa.

-Hola Stephanie -dijo el corredor.

Me tambaleé. El corredor era Ramírez. Iba vestido con un chándal y zapatillas deportivas, pero no sudaba. Y tampoco jadeaba. Sonreía y bailoteaba a mi alrededor sobre la parte anterior de las plantas de los pies, alternando los lances de boxeo con el jogging sin moverse del sitio.

-¿Qué quieres? -le pregunté.

-El campeón quiere ser tu amigo. El campeón puede enseñarte cosas. Llevarte a lugares que nunca has visto.

Me debatía entre el deseo de que apareciera Ranger para salvarme y el no desear en absoluto que Ranger viera a Ramírez. Sospechaba que la solución de Ranger para mi problema de acoso sería la muerte. Había una buena posibilidad de que Ranger matara a la gente de manera regular. Sólo a los malos, por supuesto, de modo que ¿quién era yo para criticarle? Aun así, no quería que matara a alguien por defenderme a mí. Ni siquiera aunque se tratara de Ramírez.

Aunque no me preocuparía en exceso que Ramírez muriera mientras dormía o que lo atropellase accidentalmente un camión .

-No voy a ir contigo a ninguna parte, nunca -le dije-. Y si continúas acosándome tomaré medidas para asegurarme de que dejes de hacerlo.

-Irte con el campeón es tu destino -anunció Ramírez-. No puedes eludirlo. Tu amiga Lula vino conmigo. Pregúntale cuánto le gustó, Stephanie. Pregúntale a Lula cómo se está con el campeón.

Me forjé una imagen mental de Lula desnuda y ensangrentada en mi escalera de incendios. Menos mal que ya había vomitado porque de quedarme algo en el estómago lo habría sacado allí mismo.

Me alejé de él a grandes zancadas. Una no discute con un chiflado. Correteó en pos de mí durante media manzana, de pronto rió con suavidad, me dijo adiós y se largó haciendo jogging hacia Hamilton.

Ranger no me alcanzó hasta que llegué a mi aparcamiento.

Tenía la piel brillante de sudor y respiraba con dificultad. Había corrido a buen ritmo y parecía haberlo disfrutado.

-¿Te encuentras bien? -me preguntó-. Estás muy blanca. Pensaba que ya te habrías recobrado.

-Me parece que tienes razón con lo del jamón -repuse.

-¿Quieres volver a intentarlo mañana?

-Creo que no estoy hecha para una vida tan saludable.

-¿Todavía buscas trabajo?

Hice crujir mentalmente los nudillos. Necesitaba dinero, pero los trabajos de Ranger no estaban saliendo lo que se dice muy bien.

-¿De qué se trata esta vez?

Ranger abrió el coche, buscó en el interior y extrajo un gran sobre amarillo.

-Tengo un NCT con una fianza considerable rondando por Trenton. He puesto a alguien a vigilar la casa de su novia y a alguien a vigilar su apartamento. La madre del tipo vive en el Burg. No creo que merezca la pena poner a alguien en casa de la madre las veinticuatro horas, pero tú conoces a un montón de gente en el Burg, y pensaba que quizá pudieras encontrar un informante -le tendió el sobre-. El nombre de ese tío es Alphonse Ruzick.

Yo conocia a los Ruzick. Vivían en el otro extremo del Burg, a dos puertas de la panadería de Carmine, frente a la escuela católica. Sandy Polan vivía en el mismo edificio. Y Sandy iba al mismo colegio que yo. Ahora estaba casada con Robert Scarfo, así que suponía que se había convertido en Sandy Scarfo, pero yo aún pensaba en ella como Sandy Polan. Tenía tres niños, y el más pequeño se parecía mucho más al veci- no de al lado que a Robert Scarfo. Eché un vistazo al interior del sobre. Foto de Alphonse Ruzick, autorización para su detención, contrato de la fianza y una hoja con información personal.

-Vale -dije-. Veré si puedo encontrar a alguien que me haga de soplón con Alphonse.

Empujé la puerta de vidrio que daba al vestíbulo e hice un rápido rastreo de la zona con la mirada para asegurarme de que Ramírez no estaba al acecho. Subí por las escaleras y me sentí a salvo al llegar a mi piso. Me llegaba el aroma a bacon desde detrás de la puerta de la señora Karwatt. Y la televisión estaba a todo volumen en el apartamento del señor Wolesky. Una mañana corriente. Normalidad absoluta. Aparte del hecho de que hubiera vomitado y de que un maníaco psicópata me hubiera dado un susto de muerte.

Abrí la puerta y me encontré a Bunchy en el sofá, leyendo el periódico.

-Tienes que dejar de entrar así en mi casa -le dije-. Es una grosería.

-Me da la sensación de que llamo la atención ahí sentado en el pasillo. Supongo que no dice mucho en tu favor tener hombres merodeando. ¿Qué iba a pensar la gente?

-Entonces merodea en tu coche, en el aparcamiento.

-Tenía frío.

Alguien llamó a la puerta. Fui a echar un vistazo por la mirilla. Era mi vecino del otro lado del pasillo, el señor Wolesky.

-¿Ha vuelto a coger mi periódico? -me preguntó.

Le quité el periódico a Bunchy y se lo devolví al señor Wolesky.

-Fuera -le diie a Bunchy-. Adiós.

-¿Qué vas a hacer hoy? Sólo por saber.

-Voy a ir a la oficina y luego a pegar unos cuantos carteles en el Grand Union.

-Conque la oficina, ¿eh? Me parece que paso de la oficina. Pero puedes decirle a Lula que me vengaré por hacer que te perdiera el otro día.

-Deberías estar contento de que no utilizara la pistola de descargas eléctricas.

Pernaneció en pie ante el sofá con las manos en los bolsillos.

-¿Quieres hablarme de las fotos en color que hay sobre la mesa?

Maldición. No las había guardado.

-No tienen nada de especial.

-¿Partes de un cuerpo en una bolsa de basura?

-¿A ti te parecen interesantes?

-No sé de quién se trata, si es a eso a lo que quieres llegar -se dirigió hacia la mesa-. Veinticuatro fotografías. El carrete entero. Dos con la bolsa cerrada; eso me ha dado que pensar. Además, son recientes.

-¿Cómo cabes que lo son?

-Hay periódicos embutidos en la bolsa iunto al cuerpo. Los he inspeccionado con tu lupa y ¿ves ese de ahí en colores? Pues estoy casi seguro de que es un suplemento de Kmart en que anuncia el Mega Monster. Lo sé porque mi hijo me hizo que le consiguiera uno en cuanto vio el anuncio.

-¿Tienes un hijo?

-¿Por qué te impresiona tanto que lo tenga? Vive con mi ex mujer.

-¿Cuándo fue la primera vez que se publicó el anuncio?

-He hecho una llamada para comprobarlo. Fue el jueves de la semana pasada.

El día antes de que Fred desapareciera.

-¿De dónde has sacado estas fotos? -preguntó Bunchy.

-Del escritorio de Fred.

Bunchy sacudió la cabeza.

-Fred estaba involucrado en algo que apesta de verdad.

Cerré con llave y pasé el pestillo después de que Bunchy se fuera. Me di una ducha y me puse unos Levi's y un cuello alto negro. Me metí por dentro el cuello alto y completé el conjunto con un cinturón. Me llevé la foto del tío Fred en el bolso y salí, dispuesta a hacer de investigadora pseudo privada.

Mi primera parada fue en la oficina para recoger la miseria que me correspondía por Briggs.

Lula alzó la mirada del archivador cuando entré.

-Chica, te estábamos esperando. Nos enteramos de que moliste a palos a ese Briggs. No es que no se lo mereciera, pero pienso que si ibas a moler a palos a alguien podías haber contado conmigo. Ya sabes cómo me apetecía darle una buena tunda a ese pequeñajo.

-Sí -añadió Connie-, vaya morro tienes con eso de acaparar toda la brutalidad.

-Yo no hice nada -me defendí-; se cayó por las escaleras.

Vinnie abrió la puerta de su despacho y asomó la cabeza.

-Jesús -dijo--. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no le pegues a la gente en la cara? Pégales en cualquier parte del cuerpo en que no se no te. Dales patadas en los huevos o puñetazos en los riñones.

-¡Se cayó por las escaleras! -insistí.

-Claro, pero tú le empujaste, ¿no?

-¡No!

-¡Lo veis! Eso está bien -dijo Vinnie-. Lo de mentir está bien. Sigue ciñéndote a esa historia; a mí me gusta -volvió a meterse en el despacho y cerró de un portazo.

Le di a Connie el recibo por la entrega de Briggs y ella me extendió un cheque.

-Salgo a encontrar un testigo -le dije.

Lula tenía el bolso en la mano.

-Voy contigo. Sólo por si ese Bunchy decide volverte a seguir. Yo me ocuparé de él.

Sonreí. La cosa podía ponerse interesante.

EMPEZAMOS POR LA TIENDA de fotografía en la carretera 33. Amplié la foto de Fred y la reproduje en una solicitud de información sobre su desaparición escrita a mano.

Al salir de la tienda entré en el aparcamiento del Grand Union y me decepcionó no ver a Bunchy esperándonos. Aparqué cerca del supermercado y Lula y yo llevamos los carteles al interior.

-Espera un momento -dijo Lula-. Tienen de oferta la Coca-Cola; está a un precio verdaderamente bueno. Y tienen fiambres con bastante buen aspecto en la sección de charcutería. ¿Qué hora es? ¿Ya es hora de comer? ¿Te importa si compro un poco de comida?

-Eh -ironicé-, no dejes que interrumpa tus quehaceres.

Clavé con chinchetas un cartel en el tablón de anuncios en la entrada de la tienda. Cogí entonces la foto original y empecé a interrogar a los tenderos mientras Lula hurgaba en el pasillo de pan y repostería.

-¿Ha visto usted a este hombre? -preguntaba.

La respuesta solía ser no. O a veces «Sí, ése es Fred Shutz. Vaya tontaina».

Nadie recordaba haberle visto el día de la desaparición.

Y nadie le había visto desde entonces. Y a nadie le importaba especialmente que se hubiera esfumado.

-¿Qué tal va? -me preguntó Lula al pasar ante mí con un carrito de la compra de camino hacia el coche.

-No parece haber muchos interesados.

-Voy a dejar estas bolsas. Luego echaré un vistazo a esa pequeña tienda de vídeos que hay al fondo.

-Claro, sigue hasta que no puedas más -bromeé. Le enseñé la foto de Fred a unas cuantas personas más y a mediodía me tomé un descanso para almorzar. Rebusqué en los bolsillos y en el fondo del bolso y encontré el dinero suficiente para comprar una bolsita de nutritivas zanahorias baby ya lavadas y listas para comer. Por el mismo precio podía comprar una barra snickers gigante. Vaya, era una decisión bien difícil.

Lula volvió de la tienda de vídeos justo cuando me lamía de los dedos los restos de chocolate.

-Mira esto -me dijo--. Tenían de oferta Boogie Nights. No es que me interese mucho la película; es sólo que me gusta ver el final de vez en cuando.

-Voy a ir de puerta en puerta con la foto de Fred -le dije-. ¿Quieres ayudarme?

-Claro. Sólo dame uno de esos carteles y verás cómo me pongo las botas de ir de puerta en puerta.

Dividimos el barrio en dos y decidimos trabajar hasta las dos en punto. Yo acabé antes y mi puntuación fue un enorme cero. Una mujer dijo haber visto a Fred marcharse con Harrison Ford, pero me pareció improbable. Y otra dijo haber tenido una visión de Fred flotando en la pantalla de su televisor.

Tampoco a eso le di mucho crédito.

Como me sobraba tiempo volví al Grand Union a comprarme unas medias para la boda. Al entrar en el vestíbulo de cristal me percaté de que una anciana miraba fijamente el cartel de Fred que había colgado en el tablón de anuncios. Estupendo, me dije; la gente lee esas cosas.

Compré las medias y, cuando estaba a punto de marcharme, vi que la mujer seguía de pie ante el cartel.

-¿Le ha visto? -le pregunté.

-¿Eres Stephanie Plum?

-Sí.

-Me pareció reconocerte. Recuerdo tu foto de cuando hiciste volar por los aires aquella funeraria.

-¿Conoce usted a Fred?

-Claro que le conozco. Va al mismo club de la tercera edad que yo,Fred y Mabel. No sabía que hubiera desaparecido.

-¿Cuándo le vio por úItima vez?

-De eso trataba de acordarme. Yo estaba sentada en ese banco que hay ahí afuera del Grand Union, esperando a que mi sobrino me recogiera, porque yo ya no conduzco. Y vi a Fred salir de la tintorería.

-Eso debe de haber sido el viernes.

-Sí, yo también lo pienso. Creo que fue el viernes.

-¿Qué hizo Fred cuando salió de la tintorería?

-Fue hasta su coche con la ropa. Y me pareció que la extendía con verdadero cuidado en el asiento trasero, aunque era difícil distinguirlo desde aqui.

-¿Qué pasó entonces?

-Un coche se detuvo junto a Fred y se bajó un hombre, y él y Fred charlaron un poco. Entonces Fred subió al coche con ese hombre y se marcharon. Estoy casi segura de que ésa fue la última vez que vi a Fred; sólo que no estoy segura de qué día era. Mi sobrino lo sabrá.

Anda la hostia.

-¿Conocía al hombre con el que hablaba Fred?

-No. No me resultaba familiar. Pero me dio la sensación de que Fred le conocía. Parecían tener cierta amistad.

-¿Que aspecto tenía?

-Dios santo, no lo sé. No era más que un hombre, normal y corriente.

-¿De raza blanca?

-Sí. Y más o menos de la altura de Fred. Y llevaba traje.

-¿De qué color tenía el cabello? ¿Lo llevaba largo o corto?

-La verdad es que no prestaba la atención suficiente como para recordar algo -dijo-. Sólo mataba el tiempo hasta que Carl llegase. Supongo que tenía el pelo corto y quizá castaño. Lo cierto es que no me acuerdo, pero si no fuera corriente me habría quedado grabado.

-¿Le conocería si lo volviese a ver? ¿Le reconocería en una fotografía?

-No creo que pudiera estar segura. Estaba bastante lejos, ya sabes, y no le vi mucho la cara.

-¿Qué me dice del coche que conducía? -Recuerda de qué color era?

Permaneció en silencio unos instantes, con la mirada perdida mientras trataba de evocar una imagen mental del coche.

-Sencillamente no prestaba atención -diio-. Lo siento. No me acuerdo del coche. Sólo sé que no era una furgoneta o algo así; era un coche.

-¿Le dio la sensación de que discutían?

-No. Simplemente hablaban. Luego el hombre rodeó el coche y se sentó al volante. Fred ocupó el asiento del pasajero y se marcharon.

Le di mi tarieta a cambio de su nombre, dirección y número de teléfono. Dijo que no le importaría que la llamara para hacerle más preguntas. Y dijo que tendría los ojos bien abiertos y me llamaría si veía a Fred.

Estaba tan alucinada que apenas si me percaté de que Lula estaba a menos de un palmo de mí.

-¡Guau! -exclamé al chocar con ella.

-La Tierra llamando a Stephanie -bromeó.

-¿Qué tal te ha ido? -le pregunté yo.

-Fatal. Aquí no vive más que un puñado de bobos. Nadie sabe nada.

-Tampoco yo he tenido suerte ahí. Pero he encontrado a alguien en la tienda que vio a Fred meterse en el coche de otro hombre.

-¿Me tomas el pelo?

-Te lo juro por Dios. La mujer se llama Irene Sully.

-Bueno, ¿quién es ese hombre? ¿Y dónde está el viejo Fred? -quiso saber Lula.

No tenía respuestas a esas preguntas. Me desinflé un poco al darme cuenta de que las cosas no habían cambiado mucho. Tenía una nueva pieza del rompecabezas, pero seguía sin saber si Fred estaba en Fort Lauderdale o en el vertedero de Camden.

Caminábamos de vuelta al Firebird de Lula y yo estaba sumida en mis pensamientos. Al mirar el coche me dije que había algo extraño en él. Me percaté de qué se trataba en el preciso momento en que Lula empezó a chillar.

-Mi niño -gimió-. Mi niño.

El Firebird estaba sobre ladrillos. Alguien había robado las cuatro ruedas.

-Es como lo de Fred -dijo Lula-. ¿Qué es esto, el triángulo de las Bermudas?

Nos acercamos y miramos por la ventanilla. Las compras de Lula estaban apiladas sobre el asiento delantero y en el trasero había dos de las ruedas. Lula abrió el maletero y encontró en él las otras dos,

-¿Qué coño es esto?

Un viejo Dodge marrón se detuvo junto a nosotras. Bunchy.

-Veamos, ¿a quién conocemos que abra puertas sin necesidad de Ilaves? ¿Quién tenía una cuenta pendiente con Lula? ¿Y quién ha vuelto a la escena del crimen?

-No está mal -le diie a Bunchy-. Un sentido del humor un tanto sádico... pero no está mal.

Sonrió ante mi comentario y echó un vistazo al coche.

-¿Tienen algún problema, señoras?

-Alguien le ha quitado las ruedas a mi Firebird -dijo Lula con todo el aspecto de haberse figurado quién-. Supongo que no sabrás quién ha podido hacer algo semejante.

-¿Unos gamberros?

-Y una mierda unos gamberros.

-Tengo que irme ya -dijo Bunchy con una sonrisa de oreja a oreja-. ¡Hasta luego!

Lula extrajo un pequeño cañón del bolso y apuntó con él a Bunchy.

-Tú, especie de baboso montón de mierda.

La sonrisa desapareció como el rayo y Bunchy casi se dejó los neumáticos al salir chirriando del aparcamiento.

-Menos mal que soy de un club del automovilista -comentó Lula.

Una hora más tarde yo volvía a conducir mi Buick. Iba justa de tiempo, pero quería hablar con Mabel.

Casi me paso de largo cu casa porque el Pontiac familiar del 87 ya no estaba aparcado junto al bordillo. En su lugar había un Nissan Sentra gris plateado nuevo.

-¿Dónde está la camioneta? -le pregunté a Mabel cuando me abrió la puerta.

-La di como parte del pago del nuevo -respondió-. En realidad nunca me gustó conducir esa vieja barca -miró su coche nuevo y esbozó una sonrisa-. ¿Qué te parece? ¿A que tiene pinta de brioso?

-Sí -contesté-. Muy brioso. Hoy he hablado con alguien que dice creer haber visto a Fred.

-Oh, Dios mío -exclamó Mabel-. No me digas que le has encontrado.

Parpadeé dos veces porque no me pareció que lo considerara una buena noticia.

-No.

Mabel se Ilevó una mano al corazón.

-Gracias a Dios. No pretendo parecer índiferente, pero ya sabes, es que acabo de comprar el coche y Fred no lo entendería.

Vale, ahora sabemos que Fred lleva las de perder si se le compara con un Nissan Sentra.

-Sea como fuere, esa mujer dice que quizá viera a Fred el día en que desapareció. Dice que le pareció verle hablar con un hombre que llevaba traje. ¿Tienes idea de quién se trataba?

-No. ¿La tienes tú?

Ésa era la cuestión número dos.

-Es muy importante que sepa todo lo que hizo Fred el día anterior a su desaparición.

-Fue como cualquier otro día -explicó Mabel-. Por la mañana no hizo nada. Anduvo de aquí para allá por la casa. Luego comimos, y salió a comprar.

-¿Al Grand Union?

-Sí. Y sólo estuvo fuera alrededor de una hora. No necesitábamos gran cosa. Y después trabajó en el patio, recogiendo las hojas que quedaban. Eso fue todo lo que hizo.

-¿Salió por la noche?

-No... espera, sí, salió con las hojas. Si uno tiene demasiadas bolsas de hojas tiene que pagarle extra a la compañía de basuras. De forma que siempre que Fred tenía más bolsas del número estipulado esperaba a que se hiciera oscuro para llevarse un par y dejarlas en la tienda

de Giovichinni. Decía que era lo mínimo que Giovichinni podía hacer por é1 teniendo en cuenta que siempre le cobraba de más por la carne.

-¿A qué hora salió de casa el viernes por la mañana?

-Temprano. Me parece que alrededor de las ocho. Volvió quejándose de que había tenido que esperar a que abrieran RGC.

-¿Y a qué hora volvió?

-No me acuerdo con exactitud. Quizá en torno a las once. Estaba en casa para la hora de comer.

-Eso es mucho tiempo sólo para ir a RGC a quejarse de una factura.

Mabel pareció pensativa.

-No le presté demasiada atención entonces, pero me figuro que tienes razon.

A casa de Winnie no había ido, porque había estado allí por la tarde.

Ya que estaba en el barrio me dirigí hacia la casa de los Ruzick. La panadería estaba en una esquina y el resto de casas de la calle eran de dos plantas. La de los Ruzick era de ladrillo amarillo con un porche de ladrillo amarillo y un patio frontal de un metro de ancho. La señora Ruzick tenía las ventanas limpias y el porche barrido. No había coches delante de la casa. El patio trasero era largo y estrecho y daba a una calleja de un solo carril.

Las casas de dos plantas quedaban divididas por caminos de dos direcciones, al final de los cuales se hallaban los garaies para un solo coche.

Consideré la idea de hablar con la señora Ruzick, pero lo dejé correr. Tenía fama de franca y siempre se había mostrado ferozmente protectora con suc dos despreciables hijos. En lugar de ello me dirigí a hablar con Sandy Polan.

-¡Caramba, Stephanie! -exclamó al abrirme la puerta. -Hacía muchísimo tiempo que no te veía. ¿Qué tal?

-Necesito un chivato.

-Déjame adivinarlo. Estás buscando a Alphonse Ruzick.

-¿Le has visto?

-No, pero se dejará caer por aquí. Los sábados siempre viene a cenar con su mamá; imagínate si está hecho un perdedor.

-¿Te importaría estar ojo avizor por mí? Lo haría yo misma, pero esta tarde tengo que ir a una boda.

-Oh, Dios mío. ¿Vas a la boda de Julie Morelli? Entonces es cierto lo de tú y Joe.

-¿Qué pasa con Joe y conmigo?

-Oí decir que estabas viviendo con él.

-Hubo un uicendio en mi casa, y le alquilé una habitación en la suya durante un breve período.

El rostro de Sandy se contrajo a causa de la decepción.

-¿Quieres decir que no te acostabas con él?

-Bueno, sí, supongo que sí me acostaba con él.

-Oh, Dios. ¡Lo sabía! ¡Sencillamente lo sabía! ¿Qué tal es?

-Es fabuloso

-¿La tiene... ya sabes, la tiene grande? No la tendrá pequeña, ¿verdad? Oh, Dios, si la tiene pequeña no me lo digas.

Consulté mi reloj.

-Vaya, mira qué hora es ya. Tengo que irme...

-¡Oh, tienes que decírmelo o me muero! -exclamó Sandy-. Estaba tan colada por él en el instituto. Todas lo estábamos. Si me lo dices, te juro que no lo sabrá nadie más.

-Vale, pues no, no la tiene pequeña.

Sandy me miró con expresión expectante.

-Eso es todo -concluí.

-¿Te ataba? Siempre me pareció de esos tíos a los que les gusta atar a las mujeres.

-¡No! ¡No me ataba! -le di mi tarjeta-. Oye, si ves a Alphonse, llámame. Prueba primero el número de móvil; si no funciona, lámame al busca.

Librodot

CAPÍTULO OCHO

ERA SÚPER TARDE cuando entré como una bala por la puerta trasera de mi edificio. Me dirigí a toda prisa a las hileras de buzones del otro extremo del vestíbulo y abrí el mío para sacar el correo. Una factura de teléfono, un montón de propaganda y un sobre de RangeMan Enterprises. Mi curiosidad fue mayor que mi deseo de ser puntual, de forma que desgarré el sobre de RangeMan ahí mismo. RangeMan Enterprises es Ricardo Carlos Manoso. Más conocido por Ranger. Constituido en sociedad como RangeMan.

Era un cheque a mi nombre extendido por el contable de Ranger como pago por los dos trabajos en que la había cagado. Sentí una punzada de culpa, pero hice caso omiso. En ese momento no tenía tiempo de sentirme culpable.

Me precipité escaleras arriba y fui derecha a la ducha; estuve lista en un tiempo récord. Me dediqué entonces a peinarme con suaves y grandes bucles, a aplicarme esmalte nacarado en las uñas y una capa extra de rímel en las pestañas. Me embutí en el vestidito negro, me eché una ojeada en el espejo y decidí que tenía una pinta estupenda.

Metí unas cuantas cosas en un bolsito negro de lentejuelas, me puse un par de largos pendientes de circonita en las orejas y me deslicé en el dedo anular mi sortija de brillantes falsos.

Mi apartamento está en la parte del edificio que queda sobre el aparcamiento y la ventana de mi dormitorio da a una anticuada escalera de incendios. Los edificios más modernos tienen balcones en lugar de escaleras de incendios. Como en esos edificios un mes de alquiler cuesta veinticinco dólares más que en el mío, ya me conformo con la escalera de incendios.

El único problema de las escaleras de incendios es que la gente puede subir por ellas además de bajar. Ahora que Ramírez volvía a estar en la calle, comprobaba la ventana de mi dormitorio catorce veces al día para asegurarme de que estuviera cerrada. Y cuando salía de casa no sólo estaba cerrada la ventana sino que la cortina estaba descorrida, de forma que pudiera ver de inmediato al entrar en la habitación si habían roto el cristal.

Fui a la cocina a decirle adiós a Rex. Le di una judía verde de mi alijo de restos y le dije que no se preocupara si volvía tarde a casa. Me observó unos instantes antes de llevarse la judía a su lata de sopa.

-No me mires así -le dije-. No voy a acostarme con él.

Bajé la mirada hacia el vestido negro de amplio escote y falda corta y ceñida. ¿A quién pretendía engañar? Morelli no iba a perder el tiempo en quitarme aquel vestido. Tendríamos suerte si llegábamos siquiera a la boda. ¿Era eso lo que quería yo?

Mierda. No sabía qué quería.

Corrí de vuelta al dormitorio, me quité los zapatos y me deshice del vestido negro. Me probé un traje de chaqueta caldera, un vestido de punto rojo, un vestido de cóctel de color albaricoque y un traje sastre de seda gris. Rebusqué un poco más en el armario hasta extraer un vestido de rayón a media pierna.

Era de un suave color pardo con pequeñas rosas estampadas y falda con vuelo. No era provocativo como el vestido negro pero resultaba discretamente sexy en su estilo romántico. Me cambié las medias, me quité los pendientes, me puse el vestido y me calcé unos zapatos de tacón bajo, y luego volque el contenido del bolsito negro en otro de color caldera.

Acababa de abrocharme el úItimo botón cuando sonó el timbre de la puerta. Cogí una rebeca y corrí hacia la puerta. La abri de par en par y no vi a nadie.

-Aquí abajo.

Era Randy Briggs.

-¿Por qué no estás en la cárcel?

-He salido bajo fianza -contestó-. Otra vez. Y gracias a ti no tengo donde vivir.

-¿Quieres que vuelva a ocuparme de ti?

-Destrozaste mi puerta, y mientras estaba en la cárcel entraron ladrones y saquearon mi apartamento. Lo robaron todo y le prendieron fuego al sofá. Ahora no tengo donde vivir mientras reparan mi casa. Y cuando tu primo rellenó los papeles de la fianza dijo que tenía que poner una dirección. Así que aquí estoy.

-¿Vinnie te ha enviado aquí?

-Ajá. ¿No te parece una putada? ¿Quieres ayudarme con mis cosas?

Asomé la cabeza. Briggs tenía un par de grandes maletas apoyadas contra la pared.

-No vas a vivir aquí -le dije-. Debes de estar loco si has pensado por un solo instante que iba a permitirte vivir aquí.

-Oye, tesoro, a mí la idea no me gusta más que a ti. Y créeme, me largaré de aquí en cuanto me sea posible -me empujó para pasar haciendo rodar una de las maletas-. ¿Dónde está mi habitación?

-Tú no tienes habitación -respondí-. Éste es un apartamento de una habitación. Y esa única habitación es la mía.

-Jesús -comentó él-. ¿Cuándo fue la última vez que te echaron un polvo? Necesitas relajarte un poco -había cogido del asa la segunda maleta.

-¡Alto! -exclamé bloqueando el umbral-. No vas a vivir aquí. Ni siquiera vas a venir de visita.

-Eso es lo que dice en mi contrato de fianza. Llama a tu primo el cara de rata y pregúntale. ¿Quieres violar mi contrato de fianza? ¿Quieres venir a por mí otra vez?

Me mantuve firme.

-Es sólo por un par de días. Tienen que ponerme moqueta nueva y colocarme otra puerta. Y entretanto tengo trabajo por hacer.

-No tengo tiempo de quedarme aquí discutiendo. Voy a salir y por nada del mundo voy a dejarte solo en mi casa.

Agachó la cabeza y me empujó para pasar.

-No te preocupes. No me interesa empeñar tus objetos de plata. Sólo quiero un sitio en el que trabajar -puso plana la maleta, la abrió, sacó un ordenador portátil y lo dejó sobre mi mesa de centro.

Hostia.

Marqué el número de casa de Vinnie.

-¿Qué trato es ése con Briggs? -le pregunté.

-Necesitaba un sitio en que quedarse y he pensado que si iba a tu casa podrías tenerle vigilado.

-¡Estás chalado!

-Es sólo por un par de días hasta que le pongan la puerta de su casa. Una puerta que, para tu información, me las ha hecho pasar canutas; prácticamente la destrozaste.

-Yo no les hago de canguro a los NCT.

-Es inofensivo. No es más que un hombrecito. Además, me ha amenazado con interponer una demanda por violación de libertades civiles. Y si lo hace tú no vas a salir lo que se dice bien parada. Le moliste a palos, joder.

-¡No es verdad!

-Oye, tengo que irme. Tan sólo síguele la corriente, ¿vale?

Vinnie colgó.

Briggs estaba en el sofá, encendiendo su ordenador. La verdad es que estaba bastante mono con las piernecitas sobresaliéndole del asiento. Parecía una muñeca grandota y malhumorada con la cara como un mapa. Llevaba una tirita en la nariz rota y tenía un ojo morado que era una preciosidad. Yo no creía que pudiera ganar un juicio civil, pero no quería ponerlo a prueba.

-No has venido en un buen momento -le diie-. Tengo una cita.

-Ajá, apuesto a que es una ocasión importante en tu vida. Y, entre tú y yo, ese vestido es un desastre.

-A mí me gusta este vestido. Es romántico.

-A los hombres no les gusta lo romántico, amiguita. A los hombres les gusta lo sexy. Lo corto y ceñido. Algo bajo lo que puedan meter mano con facilidad. Y no estoy diciendo que yo sea así... sólo te hablo de los hombres en general.

Oí abrirse las puertas del ascensor al fondo del pasillo. Morelli había Ilegado. Cogí la rebeca y el bolso y corrí hacia la puerta.

-No toques nada -dije-. Cuando vuelva pienso inspeccionar el apartamento y será mejor que esté exactamente como lo he dejado.

-Me voy a dormir temprano, así que no hagas niido si vuelves tarde. Como llevas ese vestido, no me parece que tenga que preocuparme por que pases la noche con ese tío.

Me encontré con Morelli en el pasillo.

-Hmmm -murmuró al verme-. Estás guapa, pero no es lo que esperaba.

Yo no podía decir lo mismo de él. Iba exactamente como esperaba. Estaba para comérselo. Traje chaqueta de gabardina de seda gris marengo de corte californiano, camisa azul azafata, corbata muy enrollada. Mocasines italianos negros.

-¿Qué esperabas? -le pregunté.

-Tacones altos, falda corta, más delantera.

Maldita fuera la estampa de Briggs.

-Tenía otro conjunto -le expliqué-, pero iba con un bolsito negro de lenteiuelas demasiado pequeño para meter en él el móvil y el busca.

-Vamos a una boda -repuso Morelli-. No necesitas un móvil y un busca.

-Tú llevas un busca sujeto al cinturón.

-Es por este caso en el que trabajo. Estamos a punto de resolverlo del todo y no quiero perderme la detención final. Trabajo con un par de tíos del Tesoro que me hacen parecer un boy scout.

-¿Juegan sucio?

-Están locos.

-Hoy he averiguado algo sobre el tío Fred. He encontrado a una mujer que le vio hablar con un hombre de traje. Y luego se marcharon los dos en el coche del hombre.

-Deberías llamar a Arnie Mott y hacerle saber lo que has averiguado -dijo Morelli-. No te conviene ocultar información sobre un posible caso de secuestro y asesinato.

LA IGLESIA DE LA SAGRADA ASCENSIÓN contaba con un pequeño aparcamiento que ya estaba lleno. Morelli aparcó a manzana y media de la iglesia y exhaló un suspiro.

-No sé por qué accedí a venir. Debí alegar que tenía trabajo.

-Las bodas son divertidas.

-Las bodas son una mierda.

-¿Qué es lo que no te gusta de las bodas?

-Que tengo que hablar con mis parientes.

-Vale, ésa te la concedo. ¿Qué más?

-Hace un año que no voy a la iglesia. El monseñor va a nombrarme candidato al infierno.

-Quizá te encuentres a Fred allí. Tampoco creo que fuera mucho a la iglesia.

-Y tengo que llevar traje y corbata. Me siento como mi tío Manny.

Su tío Manny trabajaba en la construcción y se encargaba de acelerar el papeleo para facilitar la conclusión de los proyectos. Manny podía acelerar la construcción de un edificio mediante el proceso de asegurarse de que no tuvieran lugar incendios inexplicables durante la misma.

-No pareces tu tío Manny -dije-. Estás muy sexy -palpé la tela de su pantalón-. Es un traje precioso.

Su mirada se hizo más dulce.

-¿Tú crees? -bajó el tono de voz-. ¿Por qué no nos saltamos la ceremonia? Aún podríamos llegar al banquete.

-El banquete no empezará hasta dentro de una hora. ¿Qué haríamos entretanto?

Morelli deslizó un brazo por el respaldo de mi asiento y se enroscó un bucle en el dedo.

-¡No! -exclamé, tratando de sonar convincente.

-Podríamos hacerlo en la camioneta. Nunca lo hemos hecho en la camioneta.

Morelli conducía una Toyota descubierta con tracción en las cuatro ruedas. Era bastante bonita, pero no iba a reemplazar una cama de matrimonio. Además, yo acabaría toda despeinada. Por no mencionar que temía que Bunchy nos viera.

-Me parece que no -dije.

Me rozó la oreja con los labios y me dijo algunas de las cosas que deseaba hacerme. Sentí una ardiente oleada en el estómago. Me dije que quizá debería reconsiderarlo. Me gustaban todas esas cosas. Un montón.

Un coche kilométrico se detuvo junto al bordillo detrás de nosotros.

-Hostia -espetó Morelli-. Son el tío Dominic y la tía Rosa.

-No sabía que tuvieras un tío Dominic.

-Es del estado de Nueva York. Se dedica a la venta al por menor -repuso Morelli abriendo la puerta-. No le hagas muchas preguntas sobre su negocio.

La tía Rosa se había bajado del coche y corría hacia nosotros.

-Joey -exclamó-. Déjame que te vea. Ha pasado tanto tiempo. Mira, Dominic, es el pequeño Joey.

Dominic se acercó sin prisas y le hizo una inclinación de cabeza a Joe.

-Cuánto tiempo.

Joe me presentó.

-Había oído que tenías novia -comentó Rosa, dirigiéndose a Joe y sonriéndome a mí-. Ya es hora de que sientes cabeza, y de que le des más nietos a tu madre.

-Un día de éstos -respondió Joe.

-Los años no pasan en balde, y antes de lo que te esperas será demasiado tarde.

-Nunca es demasiado tarde para un Morelli -repuso Joe.

Dominic hizo un movimiento, como si fuera a darle un manotazo a Joe en la cabeza.

-Un chico listo -dijo. Y sonrió

EN EL BURG sólo hay unos cuantos sitios lo bastante grandes como para dar cabida a una recepción nupcial italiana. Julie Morelli celebraba la suya en la sala trasera de Angio's. La sala podía albergar a doscientas personas y estaba llegando al máximo de su capacidad para cuando entramos Joe y yo.

-¿Y cuándo vas a casarte tú? -quiso saber Loretta, tía de Joe; esbozó una amplia sonrisa y miró a Joe con los ojos entrecerrados-. ¿Cuándo vas a hacer una mujer honesta de esta pobrecilla? Myra, ven -lamó-. Joe está aquí con su chica.

-Qué vestido tan bonito llevas -diio Myra, inspeccionando mi estampado de rosas-. Siempre es agradable encontrarse con una jovencita modesta.

Oh, genial. Siempre he querido ser una iovencita modesta.

-Necesito una copa -le dije a Joe-. Algo con cianuro.

Vi a Terry Gilman en el otro extremo de la sala, y no me pareció modesta en absoluto. Llevaba un vestido corto y ceñido, y de un dorado brillante. Me hizo preguntarme dónde llevaba oculta la pistola. Se volvió para mirar directamente a Joe durante un instante, y luego le sopló un beso.

Joe reconoció su presencia con una sonrisa evasiva y una inclinación de cabeza. De haber hecho algo más le habría apuñalado con uno de los cuchillos de mantequilla.

-¿Qué hace Terry aquí? -le pregunté.

-Es prima del novio.

Todas las voces callaron de pronto entre la multitud. Por un instante el silencio fue total, y entonces las conversaciones se reanudaron, primero en bajos murmullos para ir subiendo luego de tono hasta el clamor.

-¿A qué ha venido ese silencio? -le pregunté a Joe.

-La abuela Bella ha llegado. Ése ha sido el sonido del terror al propagarse por la sala.

Miré hacia la entrada y, en efecto, ahí estaba la abuela de Joe, Bella. Era una mujer menuda de cabello blanco y ojos penetrantes como de halcón. Iba vestida de negro y parecía encajar más bien en Sicilia, cuidando rebaños y convirtiendo la vida de sus nueras en un verdadero suplicio. Algunos creían que Bella tenía poderes especiales; otros, que estaba como una cabra. Incluso los no creyentes se mostraban reacios a provocar su ira.

Bella recorrió la sala con la mirada y eligió posarla en mí.

-Tú -espetó señalándome con un dedo huesudo-. Tú, ven aqui.

-¡Oh, mierda! -le susurré a Joe-. Y ahora ¿qué?

-Simplemente no le dejes olfatear tu miedo, y todo saldrá bien -me dijo Joe al tiempo que me guiaba a través de la multitud con una mano en la parte posterior de mi cintura.

-A ésta la recuerdo -le diio Bella a Joe refiriéndose a mí-. Es con la que te acuestas ahora.

-Bueno, en realidad... -empecé.

Joe me plantó un beso en la nuca.

-Eso intento.

-Veo criaturas- anunció Bella-. Vas a darme más bisnietos. Yo sé de esas cosas. Soy psíquica -me dio unas palmaditas en el estómago. Esta noche estás a punto. Esta noche será propicia.

Volví la mirada hacia Joe.

-No te preocupes -dijo él-. Lo tengo todo controlado. Además, no creo en los poderes psíquicos.

-iJa! -exclamó Bella-. A Ray Barkolowski le hice mal de ojo y se le cayeron todos los dientes.

Joe contempló a su abuela con una amplia sonrisa.

-Ray Barkolowski tenía una enfermedad periodontal.

Bella sacudió la cabeza.

-Estos jóvenes -comentó- no creen en nada -me cogió de la mano y me arrastró tras ella-. Ven. Tienes que conocer a la familia.

Volví la mirada hacia Joe y vocalicé: «Socorro».

-Ahora apáñatelas tú solita -repuso Joe-. Necesito una copa; una bien grande.

-Este es el primo de Joe, Louis -dijo la abuela Bella-. Louis anda por ahí engañando a su mujer.

Louis tenia el aspecto de un pan blanco de treinta años recién amasado. Blando y regordete. No paraba de embutirse canapés. Estaba junto a una mujer menuda y de piel olivácea, y por la forma en que ella le miró supuse que estaban casados.

-Abuela Bella saludó él con voz ronca, las mejillas arreboladas y la boca llena de bolitas de cangrejo-. Yo jamás...

-Silencio -ordenó la abuela -.Yo sé esas cosas. A mí no puedes mentirme, o te echaré mal de ojo.

Louis succionó un poco de cangrejo y se llevó las manos a la garganta. La cara se le puso roja, y luego morada. Agitó los brazos.

-¡Se está ahogando! -exclamé.

La abuela Bella se llevó un dedo al párpado inferior y sonrió como la bruja malvada de El mago de Oz.

Le propiné a Louis un buen manotazo entre los omóplatos y el cangrejo le salió volando de la boca.

La abuela Bella se acercó más a Louis.

-Vuelve a engañarla, y la próxima vez te mato -le amenazó.

Se dirigió hacia un grupo de mujeres.

-Es algo que tienes que aprender sobre los hombres Morelli -me dijo-; nunca les dejes salirse con la suya.

Joe me dio un suave codazo desde atrás y me puso una copa en la mano.

-¿Qué tal te va?

-Bastante bien. La abuela Bella acaba de echarle mal de ojo a Louis -bebí un sorbo-. ¿Champán?

-De puro cianuro -dijo Joe.

A LAS OCHO en punto las camareras retiraban las bandejas de las mesas, la banda tocaba y todas las damas italianas se hallaban en la pista de baile, danzando unas con otras. Los niños corrían entre las mesas, entre chillidos y alaridos. Los contrayentes estaban en el bar. Y los hombres Morelli habían salido al patio trasero a fumar puros y eliminar flatulencias.

Morelli había renunciado al ritual de los puros y estaba repantigado de nuevo en su silla, estudiando los botones de mi vestido.

-Podríamos largarnos ahora -sugirió-. Nadie se daría cuenta.

-Tu abuela Bella se daría cuenta. No para de mirar hacia aquí. Creo que se está preparando para volver a hacer eso del ojo.

-Yo soy su nieto favorito -diio Morelli-, y estoy a salvo del mal de ojo.

-Así pues, ¿tu abuela no te da miedo?

-Tú eres la única que me da miedo -respondió-. ¿Quieres bailar?

-¿Tú bailas?

-Cuando tengo que hacerlo.

Estábamos sentados muy juntos y nuestras rodillas se tocaban. Morelli se inclinó para cogerme la mano y besarme la palma, y yo sentí que los huesos se me calentaban y empezaban a fundírseme.

Oí el repiquetear de unos tacones de aguia que se acercaban y capté un destello de dorado por el rabillo del ojo.

-¿Interrumpo algo? -preguntó Terty Gilman, toda pintalabios brillante y dientes carnívoros y perfectamente blancos.

-Hola, Terry -saludó Joe-. ¿Qué pasa?

-Frankie Russo está destrozando el lavabo de caballeros. Dice algo así como que su mujer ha comido ensalada de patata del tenedor de Hector Santiago.

-¿Y quieres que yo hable con él?

-O eso o que le pegues un tiro. Eres el único aquí con un arma legal. Está armando un cristo de aquí te espero ahí dentro.

Morelli me dio otro beso en la mano.

-No te vayas a ninguna parte.

Se alejaron juntos, y por un instante dudé que fuera cierto que iban al lavabo de hombres. No seas tonta, me dije. Joe ya no es asi.

Cinco minutos más tarde aún no había vuelto y yo tenía dificultades para controlar mi presión arterial. Me distrajo el sonido de un timbre en la distancia. Me percaté con un respingo de que no procedía en absoluto de la distancia: era mi móvil y sonaba amortiguado porque lo llevaba en el bolso.

Era Sandy.

-¡Está aquí! -exclamó-. Acabo de pasear al perro y he mirado por la ventana de los Ruzick, y ahí estaba él, viendo la tele. Me ha sido fácil verle porque tenían las luces encendidas y la señora Ruzick nunca echa las cortinas.

Le di las gracias a Sandy y llamé a Ranger. No me contestó, así que le deié un mensaie en el contestador. Probé a llamarle al teléfono del coche y al móvil. Tampoco hubo respuesta. Le llamé al busca y dejé el número de mi móvil. Tamborileé con los dedos sobre la mesa durante cinco minutos mientras esperaba su llamada. No hubo tal llamada. Joe no volvía. Del nacimiento del pelo empezaban a salirme pequeñas volutas de humo.

La casa de los Ruzick estaba a tres manzanas. Quería ir a echar un vistazo, pero no quería darle plantón a Joe. No pasa nada, me diie. Sencillamente ve a buscarle al lavabo de hombres. Sólo que no estaba en el lavabo de hombres. En el lavabo de hombres no había nadie. Les pregunté a unas cuantas personas si sabían dónde podía encontrar a Joe. Nadie sabía dónde podía encontrar a Joe. Ranger seguía sin llamar.

El vapor me salía ahora por las orejas. Si la cosa seguía asi empezaría a silbar como una tetera. Eso sería de lo más violento, ¿no?

Vale, le deíaré una nota a Joe, decidí. Tenía bolígrafo pero no papel, así que le escribí en una servilleta: «Enseguida vuelvo; tengo que echarle un vistazo a un NCT para Ranger». Apoyé la servilleta contra la copa de Joe y me marché.

Recorrí a grandes zancadas las tres manzanas y me detuve frente a la casa de los Ruzick. En efecto, ahí estaba Alphonse, en carne y hueso, delante de la tele. Le veía con absoluta nitidez a través de la ventana de la sala de estar. Nadie había acusado jamás a Alphonse de ser listo. Por cierto que podía decirse lo mismo de mí, porque me había acordado de coger el bolso pero me había dejado la rebeca y el móvil en Angio's. Y ahora, ahí de pie, me estaba congelando. No pasa nada, me dije. Vete a Angio's a coger tus cosas y vuelve.

Habría supuesto un buen plan de no ser porque en ese momento Alphonse se levantó, se rascó la barriga, se subió los pantalones y salió de la habitación. Hostia. ¿Y ahora qué?

Me hallaba enfrente de la casa de los Ruzick, agachada entre dos coches aparcados. Tenía un buen ángulo de visión de la sala de estar y la fachada de la casa, pero todo lo demás me lo perdía. Estaba considerando semeiante problema cuando oí abrirse y cerrarse la puerta trasera. Mierda. Se largaba. Probablemente había aparcado el coche en el callejón de detrás de la casa.

Crucé la calle corriendo y me pegué al costado de la casa, oculta en las sombras. En efecto, vi la enorme silueta de Alphonse Ruzick salir hacia el calleión llevando una bolsa. Se le había acusado de robo y asalto a mano armada. Tenía cuarenta y seis años y pesaba más de cien kilos, la mayor parte de los cuales los llevaba en la tripa. Tenía una cabecita de alfiler y un cerebro en consecuencia. Y se estaba escapando. Maldito Ranger, ¿Donde coño estaba?

Alphonse había recorrido la mitad del patio trasero cuando le grité. Yo no tenía arma. No llevaba esposas. No tenía nada, pero le grité de todas formas. Fue lo único que se me ocurrió.

-iAlto! -exclamé-. ¡Agente de libertad bajo fianza! Échate al suelo.

Alphonse ni siquiera se volvió para mirarme. Simplemente salió corriendo cruzando los patios traseros en lugar de dirigirse al callejón. Corría con todas sus fuerzas, con el impedimento del grasiento trasero y la tripa de cerveza, sin dejar de aferrar la bolsa en la mano derecha. Ladraron perros, se encendieron luces en los porches y se abrieron puertas traseras en toda la rnanzana.

-¡Llamen a la policía! -exclamé lanzándome en pos de Alphonse con la falda del vestido de bufanda-. ¡Fuego, fuego, socorro!

Llegamos al final de la manzana, y estaba a medio metro de él cuando se volvió en redondo y me golpeó con la bolsa. El impacto reventó la bolsa y me tumbó a mí. Quedé espatarrada boca arriba, cubierta de basura. Alphonse no había tenido intenciones de marcharse. Le estaba sacando la basura a su madre.

Me puse en pie a toda prisa y me abalancé en persecución de Alphonse. Había vuelto la esquina y se dirigía de nuevo a casa de su madre. Me llevaba media casa de ventaja cuando se sacó un manojo de llaves del bolsillo y señaló con ellas un Ford Explorer aparcado junto al bordillo, y oí desconectarse el sistema de alarma con un chirrido.

-¡Alto! -exclamé-. ¡Estás bajo arresto! ¡Alto o disparo!

Fue una estupidez decir aquello porque no llevaba pistola. E incluso aunque la hubiera llevado seguro que no le habría disparado. Alphonse miró por encima del hombro para ver dónde estaba yo, y eso bastó para descoordinar el impulso que llevaban sus michelines. El resultado fue que empezó a dar traspiés y yo me estrellé de forma inadvertida contra su cuerpo gelatinoso.

Ambos caímos sobre la acera, y me agarré a él como si me fuera la vida en ello. Alphonse trataba de ponerse en pie y yo trataba de que siguiera en el suelo. Oía sirenas en la distancia y gente que gritaba y corría hacia nosotroc. Y pensé que sólo tendría que luchar con él el tiempo suficiente para que llegara la ayuda. Alphonse estaba de rodillas y yo le tenía cogido de la camisa, pero se me sacudió de encima como si fuera un bicho.

-Serás cabrona -espetó poniéndose en pie-. Si no llevas pistola.

Me llaman muchas cosas. Y ésa no es una de mis favoritas.

Le agarré de los dobladillos de los pantalones y de un tirón le levanté los pies. Pareció suspendido en el aire por una fracción de segundo y luego aterrizó con un sonido sordo que estremeció el suelo y llegó a unos 6,7 en la escala de Richter.

-Voy a matarte -dijo, sudoroso y iadeante; rodó hasta ponérseme encima y tendió las manos hacia mi cuello-. Voy a matarte, joder.

Me retorcí debajo de él y le hundí los dientes en el hombro.

-¡Ahh! -chilló-. Hija de puta. ¿Pero qué eres tú, una condenada vampiresa?

Rodamos durante lo que parecieron horas, agarrados el uno al otro. Él trataba de matarme y yo simplemente me aferraba a él como una pulga al lomo de un perro, ajena a cuanto me rodeaba y al estado de mi vestido, temiendo que si le soltaba me golpeara hasta matarme. Estaba agotada, y empezaba a pensar que estaba llegando al límite cuando me cayó encima un chorro de agua helada.

Ambos nos soltamos de inmediato y quedamos boca arriba, escupiendo.

-¿Qué pasa? -exclamé. Parpadeé y vi a un montón de gente alrededor de nosotros: Morelli y Ranger, un par de polis de uniforme y varias personas del barrio. La señora Ruzick también estaba allí, sosteniendo una gran cacerola vacía.

-Siempre funciona -explicó-. Sólo que normalmente lo que separo son gatos. Hay demasiados gatos en este barrio.

Ranger me miró con una amplia sonrisa.

-Buena redada, leona.

Me puse en pie y comprobé mi estado. No tenía huesos rotos. Ni orificios de bala. Ni navajazos. Mi manicura había quedado para el arrastre. Tenía el vestido y el pelo empapados. La falda estaba llena de lo que parecía sopa de verduras.

Morelli y Ranger me miraban fijamente los pechos y sonreían ante el vestido húmedo que se me pegaba a la piel.

-Pues sí, tengo pezones -espeté-. Tendréis que superarlo.

Morelli me tendió su chaqueta.

-¿Por qué llevas toda esa sopa de verduras en la falda?

-Me ha golpeado con una bolsa de basura.

Morelli y Ranger sonreían de nuevo.

-No digáis nada -les amenacé-. Y si valoráis en algo vuestras vidas dejaréis de sonreír.

-Eh, tranqui -repuso Ranger con una sonrisa más amplia que nunca-. Yo me largo. Tengo que llevarme a Bruto a dar un paseito.

-Se acabó el espectáculo -les dijo Morelli a los vecinos.

Sandy Polan estaba allí. Recorrió de arriba abajo a Morelli con mirada apreciativa, emitió una risilla y se marchó.

-¿A qué ha venido eso? -me preguntó Joe.

Hice un gesto de impotencia.

-Vete tú a saber.

Al llegar a su camioneta me cambié su chaqueta por mi rebeca.

-Sólo por morbosa curiosidad, ¿cuánto tiempo llevabas ahí mirándome luchar con Ruzick?

-No mucho. Un par de minutos.

-¿Y Ranger?

-Lo mismo.

-Podríais haber intervenido para ayudarme.

-Lo hemos intentado. No podíamos cogerte porque no parabais de rodar. En cualquier caso parecías tener la cosa por la mano.

-¿Cómo has sabido dónde estaba?

-Hablé con Ranger. Llamó a tu teléfono móvil.

Bajé la mirada hacia mi vestido. Probablemente no tenía remedio. Menos mal que no me había puesto el negro.

-¿Dónde estabas? Fui al lavabo de hombres y no había nadie.

-Frankie necesitaba un poco de aire Morelli se detuvo en un semáforo en rojo y me miró-. ¿Qué te ha poseído para que arremetieras contra Alphonse de esa manera? Ibas desarmada.

Que me hubiera abalanzado sobre Alphonse no era lo que me preocupaba. De acuerdo, seguro que no había sido muy inteligente por mi parte. Pero no había sido tan estúpido como andar por las calles, sola y desarmada, cuando Ramírez podía haber estado acechándome.

Morelli dejó la furgoneta en el aparcamiento y me acompañó hasta mi apartamento. Me apoyó contra la puerta y me besó suavemente en los labios.

-¿Vas a dejarme entrar?

-Tengo pocos de café en el pelo -y a Randy Briggs en mi casa.

-Sí -dijo Morelli-. Te hace oler de manera algo así como hogareña.

-No sé si esta noche estoy en condiciones de ponerme romántica.

-No hace falta que seamos románticos -repuso Morelli-. Nos bastará con un poco de sexo sucio de verdad.

Puse los ojos en blanco.

Morelli volvió a besarme, y en esa ocasión fue un beso de buenas noches.

-Llámame cuando quieras un poco -dijo.

-¿Un poco de qué? -como si no lo supiera.

-Un poco de lo que sea.

Entré en mi casa y pasé de puntillas delante de Briggs, que estaba dormido en el sofá.

LLOVÍA CUANDO DESPERTÉ el domingo por la mañana. El agua caía con rítmica cantinela en la escalera de incendios y salpicaba los cristales. Abrí las cortinas y me dije: que asco. El mundo era gris. Más allá del aparcamiento, el mundo sencillamente no existía. Miré la cama. Qué tentación. Podía arrastrarme de vuelta a la cama y quedarme allí hasta que dejara de llover, o hasta el fin del mundo, o hasta que apareciera alguien con una bolsa de donuts.

Por desgracia, si volvía a meterme en la cama era posible que permaneciera ahí tumbada haciendo balance de mi vida.

Y mi vida tenía ciertos problemas. El trabajo que estaba consumiendo la mayor parte de mi tiempo y mi energía mental no iba a darme de comer. Lo cierto era que no me importaba; estaba decidida a encontrar a Fred, vivo o muerto. Los trabajos que Ranger me proporcionaba no estaban funcionando. Y los trabajos como cazarrecompensas eran enormes ceros a la izquierda. Si reflexionaba lo suficiente acerca de mi vida podía acaba llegando a la conclusión de que necesitaba salir a la calle y encontrar un empleo de verdad. Algo que requiriese medias todos los días y una buena actitud.

Peor aún, podía llegar a pensar en Morelli, y en que era una idiota por no haberle invitado a pasar la noche. O peor incluso, podía ponerme a pensar en Ranger, y no quería bajo ningún concepto llegar a ese extremo.

Y entonces me acordé de por qué no había invitado a Morelli a mi casa. Briggs. Cerré los ojos. Dejemos que todo sea un mal sueño.

Alguien aporreó mi puerta.

-¡Eh! -gritó Briggs-. No tienes café. ¿Cómo se supone que voy a trabajar sin café? ¿Sabes qué hora es, Bella Durmiente? Qué, ¿es que duermes todo el día? No me extraña que no puedas permitirte tener algo de comida en este cuchitril.

Me levanté, me vestí e irrumpí hecha una furia en la sala de estar.

-Oye, enano, ¿quién coño te has creído que eres, eh?

-Soy el tío que te va a poner una demanda que te vas a caer de culo, ése soy.

-Dame un poco de tiempo y conseguirás que aprenda a odiarte.

-Vaya, justo cuando empezaba a creer que eras mi media naranja.

Le dirigí mi mejor mirada de come mierda y muérete, me puse el impermeable y cogí mi bolso.

-¿Cómo te gusta el café?

-Negro. Y a litros.

Corrí baio la lluvia hasta el Buick y conduje hasta la tienda de Giovichinni. La fachada era de ladrillo rojo y estaba embutida entre otros comercios. A cada lado de Giovichinni los edificios eran de una sola planta. Giovichinni tenía dos, pero la planta de arriba no se usaba para mucho, sólo como almacén y oficina. Conduje hasta el final de la manzana y cogí el callejón de servicio que había detrás de la tienda. La parte trasera de Giovichinni era de ladrillo rojo al igual que la delantera. Y la puerta trasera daba a un pequeño patio. En el extremo del patio había una sucia zona de aparcamiento para furgonetas de reparto. Dos puertas más allá había una inmobiliaria. La pared trasera era de estuco y estaba pintada de beige. Y la puerta trasera daba a un pequeño aparcamiento de asfalto.

Así pues, supongamos que el tacaño de Fred lleva sus hojas a Giovichinni en plena noche. Aparca el coche y apaga las luces. No quiere que le pillen. Descarga las hojas y oye aproximarse un coche. ¿Qué haría? Esconderse. Entonces quizá está ahí escondido y ve llegar a alguien y depositar una bolsa de basura detrás de la inmobiliaria.

Después de eso me perdía. Tenía que pensar un poco más sobre lo que había pasado después de eso.

La siguiente parada fue el 7-Eleven y luego me fui a casa con un café grande para mí y un supertazón de café para Briggs y una caja de donuts cubiertos···de chocolate... porque si tenía que soportar a Briggs necesitaba donuts.

Escurrí el impermeable empapado y me instalé en la mesa del comedor con el café y los donuts y un bloc de notas, haciendo lo posible por ignorar el hecho de que tenía a un hombre tecleando en mi mesa de centro. Hice una lista de todo lo que sabía sobre la desaparición de Fred. Ahora no me cabía duda de que las fotografías desempeñaban un papel decisivo. Cuando me quedé sin cosas que escribir en el bloc, me encerré en mi habitación a ver dibujos en la televisión. Eso me ocupó hasta la hora de comer. No me apetecía comerme los restos del cordero, de forma que me acabé la caja de donuts.

-Jolín -comentó Briggs-, ¿siempre comes así? ¿No has oído hablar de los grandes grupos de comidas? No me extraña que tengas que llevar esos vestidos «románticos».

Me batí en retirada a mi dormitono, y durante la retirada me eché una siesta. Desperté sobresaltada cuando sonó el teléfono.

-Sólo quería asegurarme de que vas a llevarme esta noche al velatorio de Lipinski -me dijo la abuela.

El velatorio de Lipinski. Puaj. Una excursión bajo la lluvia para ver a un tío muerto no estaba muy arriba en mi lista de cosas apetecibles que hacer.

-¿Qué me dices de Harriet Schnable? -sugerí-. Quizá Harriet pueda llevarte.

-El coche de Harriet está caput.

-¿Y Effie Reeder?

-Effie murió.

-¡Oh! No lo sabía.

-Casi todo el mundo que conozco se ha muerto -dijo la abuela-. Vaya pandilla de peleles.

-De acuerdo, te llevaré.

-Bien. Y dice tu madre que deberías venir a cenar.

CRUCÉ ZUMBANDO la sala de estar, pero antes de que consiguiera llegar a la puerta Briggs se había puesto en pie.

-Eh, ¿adónde vas? -quiso saber.

-Salgo.

-¿Sales adónde?

-A casa de mis padres.

-Apuesto a que vas allí a cenar. Chica, esto es un desastre. Me dejas aquí sin nada que comer y te largas a cenar a casa de tus padres.

-Hay un poco de cordero frío en la nevera.

-Me lo he comido para almorzar. Espera, voy contigo.

-¡No! No vas a venir conmigo.

-¿Qué pasa, es que te avergüenzas de mí?

-¡Sí!

-PERO BUENO, ¿quién es este hombrecito? -preguntó la abuela cuando entré con Briggs.

-Este es mi... amigo Randy.

-Qué genial -comentó la abuela-. Nunca había visto de cerca a un enano.

-Hombrecito -corrigió Briggs-. Y yo nunca había visto de cerca a alguien tan viejo como usted.

Le di un manotazo en la coronilla.

-Compórtate -le dije.

-¿Qué te ha pasado en la cara? -quiso saber la abuela.

-Su nieta me dio una paliza.

-¿De verdad? Pues ha hecho un buen trabajo.

Mi padre estaba delante de la tele. Se volvió en el asiento para mirarnos.

-Oh, Virgen santa, ¿qué pasa ahora?

-Este es Randy -le dije.

-Es algo bajo, ¿no?

-No es mi novio.

Mi padre se volvió de nuevo hacia el televisor.

-Gracias a Dios -comentó.

Había cinco sitios dispuestos en la mesa.

-¿Quién es el quinto? -pregunté.

-Mabel -respondió mi madre-. Tu abuela la ha invitado.

-Pensé que nos daría la oportunidad de interrogarla. Para ver si nos oculta algo -explicó la abuela.

-No va a haber ningún interrogatorio -le advirtió mi madre a la abuela-. Has invitado a Mabel a cenar, y eso es lo que vamos a tener... una cena agradable.

-Claro -repuso la abuela-, pero no estará de más hacerle unas cuantas preguntas.

Se oyó cerrarse la puerta de un coche ante la entrada de la casa y todo el mundo emigró al vestíbulo.

-¿Qué coche es ese que conduce Mabel? -preguntó la abuela-. Ése no es el familiar.

-Mabel se ha comprado un coche nuevo –expliqué -Opinaba que el viejo era demasiado grande.

-Pues bien hecho -intervino mi madre-. Tiene que ser capaz de tomar esas decisiones.

-Sí -dijo la abuela-, pero más le vale que Fred este muerto.

-¿Quiénes son Mabel y Fred? -quiso saber Briggs.

Le ofrecí una explicación condensada.

-Genial -dijo-. Esta familia empieza a gustarme.

-He comprado un pastel para el café -diio Mabel tendiéndole una caja a mi madre al tiempo que cerraba la puerta con la otra mano-. Es de pasas. Sé que a Frank le gustan las pasas -estiró el cuello hacia la salita-. Hola, Frank.

-Mabel -respondió mi padre.

-Bonito coche -le diio la abuela a Mabel-. ¿No te da miedo que Fred vuelva y tenga un berrinche?

-No debió largarse -respondió Mabel-. Además, ¿cómo sé que volverá? También he encargado un nuevo dormitorio. Van a entregármelo mañana. Con colchón nuevo y todo lo demás.

-A lo mejor fuiste tú quien se cargó a Fred -dijo la abuela-. Quizá lo hiciste por el dinero.

Mi madre dejó con estrépito un cuenco de guisantes a la crema sobre la mesa.

-¡Mamá! -la increpó.

-Ha sido sólo una ocurrencia -le dijo la abuela a Mabel.

Todos nos sentamos y mi madre le puso un whisky con soda a Mabel y una cerveza a mi padre, y trajo un cojín para que Briggs se sentara en él.

-Mis nietos lo utilizan -dijo.

Briggs me miró.

-Los hijos de mi hermana Valerie -expliqué.

-Ah. De modo que también eres una perdedora en la carrera de los nietos.

-Tengo un hámster -le dije.

Mi padre se sirvió pollo rustido en el plato y cogió la fuente de puré de patatas.

Mabel apuró la mitad de su whisky.

-¿Qué más vas a comprarte? -le preguntó la abuela.

-A lo meior me voy de vacaciones -respondió Mabel-.Tal vez vaya a Hawai, o es posible que haga un crucero. Siempre he deseado hacer un crucero. Por supuesto, esperaré un tiempo para hacerlo. A menos que Stephanie encuentre a ese hombre; eso podría acelerar las cosas.

-¿Qué hombre? -quiso saber la abuela.

Le expliqué lo de la anciana en el supermercado Grand Union.

-Ahora sí que estamos llegando a alguna parte -opinó la abuela-. Esto ya pinta distinto. Lo único que tenemos que hacer es encontrar a ese hombre -se volvió hacia mí-. ¿Tienes algún sospechoso?

-No.

-¿Ninguno en absoluto?

-Os diré de quién sospecho yo -intervino Mabel-. Sospecho de esa compañía de basuras. No les gustaba Fred.

La abuela blandió en el aire una pata de pollo.

-Eso es justo lo que yo decía el otro día. En esa compañía de basuras pasa algo raro. Esta noche vamos al velatorio para indagar sobre eso -comió un poco de pollo mientras reflexionaba; luego me preguntó- Tú conociste al fallecido cuando fuiste a sus oficinas, ¿verdad? ¿Qué aspecto tenía? ¿Se parecía al tipo que se llevó a Fred a dar un paseo?

-Supongo que podría encajar en la descripción.

-Lástima que vayamos a encontrar un ataúd cerrado. Si estuviera abierto podríamos llevar con nosotras a la mujer de Grand Union a ver si reconocía a Lipinski.

-Jolín -intervino mi padre-, ¿y por qué no os lleváis simplemente a Lipinski y le ponéis en una rueda de identificación de sospechosos?

La abuela miró a mi padre.

-¿Tú crees que podríamos hacerlo? Supongo que estará lo bastante tieso.

Mi madre inspiró profundamente.

-No sé si uno permanece tieso -opinó Mabel-. Más bien me parece que se pone flojo otra vez.

-¿Qué tal si me pasáis la salsa? -pidió mi padre-. A ver si me llega un poco de salsa aquí abajo.

La inspiración iluminó el rostro de la abuela.

-Esta noche habrá un montón de parientes de Lipinsky. ¡A lo mejor uno de ellos nos da una foto! Entonces podemos enseñarle la foto a la señora del Grand Union.

A mí todo aquello me parecía un poco macabro, considerando que Mabel estaba en la mesa, pero a Mabel se la veía impertérrita.

-¿Qué opinas tú, Stephanie? -me preguntó-. ¿Crees que debería ir a Hawai, o que debería hacer un crucero?

-Jesús -me dijo Briggs-, has salido bastante bien considerando tu caldo genético.

Librodot

CAPÍTULO NUEVE

-GUAU, MIRA ESO -dijo la abuela echándole una ojeada al aparcamiento-. Este sitio está a tope esta noche. Es porque Stiva lo tiene todo ocupado; tiene a alguien en cada capilla ardiente. He hablado con Jean Moon y me ha dicho que su prima Dorothy murió ayer por la mañana, y que no pudieron traerla a Stiva. Tuvieron que llevarla a Mosel.

-¿Qué tiene de malo Mosel? -preguntó Briggs.

-No saben nada de maquillaje -explicó la abuela-. Usan demasiado colorete. A mí me gusta que el fallecido tenga buen aspecto y se le vea natural.

-Sí, a mí también -comentó Briggs-. No hay nada peor que un cadáver poco natural.

El chaparrón había quedado en una mera llovizna, pero aun así no era una noche maravillosa para andar por ahí, de forma que dejé a la abuela y a Briggs en la puerta y me dediqué a buscar una plaza de aparcamiento en la calle. Encontré una a una manzana de distancia, y para cuando llegué a la entrada principal de Stiva tenía el cabello más crespo que ondulado y mi jersey de punto de algodón había crecido tres dedos.

Larry Lipinski estaba en la capilla número uno como correspondía a un asesino suicida. Familiares y amigos se apiñaban en torno al ataúd. El resto de la estancia estaba llena de la misma multitud que había visto en el velatorio de Deeter. Había dolientes profesionales como la abuela Mazur y Sue Ann Schmatz. Y estaba la gente de la empresa de basuras.

La abuela Mazur se dirigió a paso vivo hacia mí con Briggs correteando tras ella.

-Ya he ofrecído mis condolencias -dijo-. Y tengo que decirte que son un grupo de lo más estirado. Es una vergüenza que gente de su calaña deie sin capilla ardiente a personas como Dorothy Moon.

-Supongo que eso significa que no han querido darte una foto.

-Lo que han hecho ha sido mandarme a tomar por el culo -dijo la abuela.

-Y no veas de qué manera -añadió Briggs con una sonrisa-. Deberías haberlo visto.

-De todos modos no creo que sea el hombre en cuestión -repuse.

-Yo no estoy tan segura -dijo la abuela-. A mí me parece que esa gente tiene algo que ocultar. Creo que son un grupito sospechoso.

-Si yo estuviera emparentada con alguien que se hubiera confesado autor de un asesinato probablemente también me sentiría algo incómoda.

-No te preocupes -dijo la abuela-. Pensé que esto podría suceder y tengo un plan.

-Sí, el plan es que nos olvidamos del asunto -repuse.

La abuela se movió con la lengua la dentadura postiza mientras inspeccionaba la multitud.

-Emma Getz me dijo que a la fallecida de la capilla número cuatro la han dejado de lo más bien. Me gustaría echarle un vistazo.

-A mí también -dijo Briggs-. No quiero perderme nada.

A mí no me interesaba cómo habían dejado a la de la capilla número cuatro, de manera que me ofrecí voluntaria para esperar en el vestíbulo. Al cabo de un par de minutos me aburrí de esperar, asi que me dirigí a la mesa del té y di cuenta de unas cuantas galletitas. Entonces me aburrí de las galletitas, así que fui al lavabo de señoras para echarle una ojeada a mi pelo. Craso error. Era mejor no ver el estado de mi pelo. Regresé a las galletitas y me metí una en el bolsillo para Rex.

Estaba contando las losas del techo, preguntándome qué hacer, cuando se disparó la alarma de incendios. Como no hacía mucho que Stiva había ardido casi hasta los cimientos, nadie perdió el tiempo a la hora de evacuar el local. La gente salió en tropel de las capillas al vestíbulo y corrió hacia la puerta.

No vi a la abuela Mazur, de forma que me abrí paso entre la multitud hasta la capilla número cuatro. La capilla estaba vacía cuando llegué, con la excepción de la señora Kunkle, que yacía serena en su lecho de caoba y latón macizo de doce mil dólares. Corrí de vuelta al

vestíbulo y estaba a punto de salir al exterior en busca de la abuela cuando advertí que la puerta de la cámara número uno estaba cerrada. Todas las demás puertas estaban abiertas, pero la de Lipinski estaba cerrada.

Se oyó el ulular de sirenas en la distancia, y tuve un mal presentimiento acerca de la capilla número uno. Stiva estaba en el otro extremo del vestíbulo, gritándole a su ayudante que comprobara las habitaciones traseras. Se volvió y me miró, y su rostro palideció.

-¡Yo no he sido! -exclamé-. ¡Lo juro!

Se fue detrás de su ayudante y, en el instante en que desapareció de la vista, me precipité hacia la cámara uno y traté de abrir la puerta. El pomo giraba pero la puerta no se abría, asi que arremetí contra ella con todo mi peso. La puerta se abrió de par en par y Briggs cayó hacia atrás.

-Mierda -espeté-. Cierra la puerta, so zopenca.

-¿Qué estás haciendo?

-Hago de vigía para tu abuela. ¿Qué crees tú que hago?

En el otro extremo de la estancia, la abuela había abierto la tapa del ataúd de Larry Lipinski. Tenía un pie sobre una silla plegable y el otro sobre el borde del ataúd y tomaba fotografías con una cámara de usar y tirar.

- ¡Abuela!

-Jo -repuso-, este chico no tiene muy buen aspecto.

-¡Baja de ahi!

-Tengo que acabar el carrete. Odio que me queden fotos por hacer.

Corrí por el pasillo entre sillas plegables.

-¡No puedes hacer eso!

-Ahora que tengo la silla, sí. Antes sólo le cogía de perfil y la cosa no funcionaba muy bien, teniendo en cuenta que le falta buena parte de la cabeza.

-¡Deja ahora mismo de sacar fotografías y baia de ahí!

-¡La úItima foto! -exclamó la abuela bajándose de la silla, y dejó caer la cámara en su bolso-. Le he hecho algunas sensacionales.

-¡Cierra la tapa! ¡Cierra la tapa!

¡Patapum!

-No me había dado cuenta de que era tan pesada -dijo la abuela.

Volví a poner la silla contra la pared. Inspeccioné el ataúd para asegurarme de que todo estuviese como era debido, y cogí a la abuela de la mano.

-Salgamos de aquí.

La puerta se abrió de par en par antes de que llegásemos a ella, y Stiva me miró sobresaltado.

-¿Qué haces aquí dentro? Pensaba que estabas abandonando el edificio.

-No conseguía encontrar a la abuela -repuse-. Y yo...

-Ha entrado aquí a rescatarme -intervino la abuela asiéndose a mí y avanzando hacia la puerta-. Estaba presentando mis respetos cuando ha sonado la alarma y todo el mundo ha salido de aquí en estampida. Y alguien me ha hecho caer y no podía levantarme. El enano estaba aquí conmigo, pero habrían hecho falta dos como él para conseguirlo. De no ser porque mi nieta ha venido a por mí me habría carbonizado.

-¡Hombrecito! -exclamó Randy Briggs-. ¿Cuántas veces tengo que decírselo? No soy un enano.

-Bueno, la verdad es que sí pareces un enano -dijo la abuela. Olisqueó el aire-. ¿Eso que huelo es humo?

-No -respondió Stiva-. Al parecer se trata de una falsa alarma. ¿Se encuentra bien?

-Me parece que sí -contestó la abuela-, y es una suerte, porque tengo los huesos muy frágiles... como soy tan vieja –la abuela me miro-. ¿Te imaginas? Una falsa alarma.

Conque te imaginas. Oh. Me propiné mentalmente una palmada en la frente.

Cuando salimos había dos camiones de bomberos en la calle. Los dolientes estaban fuera, tiritando bajo la Ilovizna, pero seguían allí llevados por la curiosidad y por el hecho de que sus abrigos estaban dentro. Un coche de policía había aparcado en ángulo respecto al bordillo.

-No has sido tú quien ha disparado esa alarma, ¿verdad? -le pregunté a la abuela Mazur.

-¿Quién, yo?

MI MADRE NOS ESPERABA en la puerta cuando volvimos a la casa.

-He oído las sirenas -diio-. ¿Estáis bien?

-Claro que estamos bien -repuso la abuela-. ¿Es que no ves que estamos bien?

-La señora Ciak ha recibido una llamada de su hija, que le ha dicho que había un incendio en Stiva.

-Nada de incendios -explicó la abuela-. Era una de esas falsas alarmas.

La expresión de mi madre se había vuelto adusta.

La abuela sacudió las gotas de lluvia del abrigo y lo colgó en el armario. -Supongo que normalmente me sabría mal que los bomberos hubieran tenido que salir para nada, pero he visto que Bucky Moyer conducía y ya sabes cómo le gusta a Bucky conducir ese gran camión.

En realidad lo de Bucky era verdad. De hecho, se había sospechado en más de una ocasión que él mismo hacía saltar las alarmas sólo para poder sacar el camión de bomberos.

-He de irme -dije-. Mañana tengo un montón de cosas que hacer.

-Espera -dijo mi madre-, déjame darte un poco de pollo.

LA ABUELA me llamó a las ocho.

-Esta mañana tengo hora en la peluquería -dijo-. Pensaba que podrías llevarme y de camino podríamos dejar tú ya sabes qué.

-¿El carrete?

-Ajá.

-¿Cuándo tienes hora?

-A las nueve.

NOS DETUVIMOS primero en la tienda de fotografía.

-Pide el revelado ese de una hora -me dijo la abuela tendiéndome el carrete.

-Eso cuesta una fortuna.

-Tengo un vale de descuento -explicó la abuela-. A los ancianos nos los dan, teniendo en cuenta que no nos sobra el tiempo; si tenemos que esperar mucho para que nos den las fotos, para entonces podemos haber muerto.

Después de dejar a la abuela en la peluquería conduje hasta la oficina. Lula estaba en el sofá de piel sintética tomando café y leyendo el horóscopo. Connie estaba en su escritorio comiéndose una pasta. Y no había ni rastro de Vinnie.

Lula bajó el periódico en cuanto me vio entrar por la puerta.

-Quiero saberlo todo. Absolutamente todo. Y con detalles.

-No hay mucho que contar -dije-. Al final me rajé y no me puse el vestido.

-¿Qué? Repite eso.

-Bueno, es algo complicado.

-O sea, que me estás diciendo que este fin de semana no ha habido un solo polvo.

-Ajá.

-Chica, pues la cosa está jodida de verdad.

-Y que lo digas.

-¿Tienes algún NCT? -le pregunté a Connie.

-El sábado no llegó nada. Y es demasiado pronto para hoy.

-¿Dónde está Vinnie?

-En el cuartelillo, gestionando la fianza de un ladrón.

Salí de la oficina y permanecí en pie ahí afuera, mirando el Buick.

-Te odio -dije.

0í reír con suavidad a alguien detrás de mí. Me volví y me encontré con Ranger.

-¿Siempre le hablas así a tu coche? Necesitas cambiar de vida, nena.

-Mi vida está bien. Lo que necesito es un coche nuevo.

Me miró fijamente un instante y temí especular sobre qué estaba pensando. Sus ojos castaños esgrimían una expresión calculadora y parecía ligeramente divertido.

-¿Qué estarías dispuesta a hacer por un coche nuevo?

-¿Qué tienes en mente?

Volvió a emitir una suave risa.

-¿Tendría que seguir siendo algo moralmente correcto?

-¿De qué clase de coche estamos hablando?

-De uno potente, sexy.

Tuve la sensación de que esos calificativos también podían incluirse en la descripción del trabajo.

Empezó a caer una leve llovizna. Ranger me subió la capucha del impermeable y me metió debajo el cabello. Trazó una línea con un dedo en mi sien, nuestras miradas se encontraron y, por un aterrador instante, pensé que iba a besarme. El momento pasó, y Ranger retrocedió.

-Házmelo saber cuando tomes una decisión -dijo.

-¿Una decisión?

Sonrió.

-Respecto al coche.

-Vale, colega.

¡Uf! Me metí en el Buick y me interné con estruendo en la niebla. Me detuve en un semáforo y me di de cabezazos contra el volante mientras esperaba que se pusiera verde. Estúpida, estúpida, estúpida, me dije una y otra vez. ¿Por qué había dicho "vale, colega"? ¡Vaya chorrada! Me di un último cabezazo y el semáforo cambió.

A la abuela la estaban rociando de laca cuando llegué a la peluquería. Tenía el cabello de un gris acerado y se lo habían peinado en hileras paralelas de bucles que le recorrían el cráneo rosáceo.

-Ya casi estoy -me dijo-. ¿Has recogido las fotos?

-Aún no.

Pagó por el lavado y marcado, se embutió en el abrigo y se sujetó cuidadosamente a la cabeza el gorrito de plástico para la lluvia.

-Vaya velatorio el de anoche -comentó mientras recorría con cautela la acera moiada-. Cuánta excitación. Tú ni siquiera estabas allí cuando Margaret Burger hizo una escena ante el cadáver de la capilla tres. ¿Te acuerdas de que el marido de Margaret, Sol, murió de un infarto el año pasado? Bueno, pues Margaret dijo que todo fue culpa de un problema que Sol tenía entonces con la compañía de instalación del cable. Margaret dijo que habían hecho subir por las nubes la presión arterial de Sol. Y que el tipo responsable era el muerto de la cámara número tres, John Curly. Margaret dijo que había ido a escupir en su cadáver.

-¿Que Margaret Burger fue a Stiva a escupirle a alguien?

-Margaret Burger era una dulce dama de cabello cano.

-Eso me dijo, pero en realidad no la vi escupir. Supongo que llegó demasiado tarde. O quizá después de ver a ese tal John Curly decidiera no hacerlo. Tenía peor aspecto aún que Lipinski.

-¿Cómo murió?

-Le atropellaron y se dieron a la fuga. Y por el aspecto que tenía debió de atropellarle un camión. Jo, te digo yo que esas compañías son el colmo. Margaret dijo que Sol estaba discutiendo por una factura, justo igual que Fred, y que ese listillo de la empresa, John Curly, no quiso oír hablar del tema.

Aparqué frente a la tienda de revelado y recogí las fotos de la abuela.

-No están mal -comentó revolviendo en el sobre.

Les eché un vistazo. Qué horror.

-¿Tú crees que es totalmente obvio que está muerto?

-Está en un ataúd.

-Bueno, sigo creyendo que son bastante buenas. Creo que deberíamos ver si esa señora del Grand Union le reconoce.

-Abuela, no podemos llamar al timbre de alguien y enseñarle fotografías de un muerto.

La abuela hurgó en su gran bolso negro de charol.

-Lo único que conseguí además fue el folleto recordatorio de Stiva, aunque la foto está un poco borrosa.

Cogí el folleto de manos de la abuela para verlo. Llevaba una fotografía de Lipinski y su espoca. Y debajo estaba el salmo 23. Lipinski aparecía de pie rodeando con el brazo a una mujer delgada y de corto cabello castaño. Era una instantánea tomada en exteriores en un día de verano, y se sonreían mutuamente,

-Es curioso que utilizaran esa fotografía -dijo la abuela-. Oí hablar a la gente de que la esposa de Lipinski le dejó la semana pasada. Se marchó así, por las buenas. Y ni siquiera se presentó en el velatorio. Nadie logró encontrarla para contarle lo sucedido. Fue como si simplemente hubiera desaparecido de la faz de la Tierra. Igual que Fred. Sólo que, por lo que he oído, Laura Lipinski se marchó a propósito. Hizo las maletas y dijo que quería el divorcio. ¿No te parece una vergüenza?

Sabía que había millones de mujeres delgadas y con el cabeIlo corto y castaño por ahí. Pero mis pensamientos se volvieron igualmente a la cabeza cercenada de corto cabello castaño Larry Lipinski era el segundo empleado de RGC que sufría una muerte violenta en el término de una semana. Y, aunque la conexión pareciera remota, Fred había estado en contacto con Lipinski. La esposa de Lipinski había desaparecido. Y la esposa de Lipinski podía, aunque de forma muy vaga, encajar en el cadáver de la bolsa.

-De acuerdo -diie-, vayamos a enseñarle las fotos a Irene Sully -qué demonios; tal como me iban las cosas si le daba un ataque tampoco sería nada raro. Hurgué en el bolso hasta encontrar su dirección. Brookside Gardens, apartamento número 117. Brookside Gardens era un complejo de apartamentos a unos cuatrocientos metros del centro comercial.

-Irene Tully -diio la abuela-. Ese nombre me suena, pero no sé de qué.

-Diio que conocía a Fred del club de la tercera edad.

-Supongo que es ahí donde he oído su nombre. Hay un montón de gente en ese club y yo no voy a todas las reuniones. Sólo aguanto a los viejos hasta cierto punto. Si quiero ver pellejos no tengo más que mirarme al espejo.

Giré para entrar en Brookside Gardens y empecé a buscar el número en cuestión. Había seis edificios dispuestos en torno a una gran zona de aparcamiento. Los edificios, de ladrillo y de dos plantas, se habían construido en el estilo moderno colonial, lo cual significa que las molduras eran blancas y las ventanas estaban enmarcadas por postigos. Cada apartamento tenía su propia entrada desde el exterior.

-Aquí es -dijo la abuela quitándose el cinturón-. Es el que tiene la decoración de Halloween en la puerta.

Recorrimos la estrecha acera y llamamos al timbre.

Irene se asomó y nos miró.

-¿Sí?

-Necesitamos hacerle unas preguntas sobre la desaparición de Fred Shutz -dijo la abuela-. Y tenemos una foto que enseñarle.

-Oh -repuso Irene-. ¿Se trata de una foto de Fred?

-No -contestó la abuela-; es una foto del secuestrador.

-Bueno, en realidad no tenemos la seguridad de que fuera secuestrado -intervine-. Lo que la abuela ha quendo decir es...

-Échele un vistazo a ésta -interrumpió la abuela, y le tendió a Irene una de las fotografías-. Por supuesto, quizá Ilevara un traje distinto.

Irene estudió la foto.

-¿Por qué está en un ataúd?

-Digamos que ahora está más bien muerto -respondió la abuela.

Irene negó con la cabeza.

-Éste no es el hombre que vi.

-Quizá lo crea así porque tiene los oios cerrados y su apariencia no es tan sospechosa -sugirió la abuela-. Y tiene la nariz un poco aplastada. A mí me parece que debió de caer de cara después de volarse los sesos.

Irene volvió a estudiar la foto.

-No. Definitivamente no es él.

-Qué rollazo -soltó la abuela-. Estaba segura de que era este hombre.

-Lo siento -dijo Irene.

-Bueno, siguen siendo unas fotos bastante buenas –dijo la abuela cuando volvimos al coche-. Habrían salido meior si hubiera conseguido abrirle los ojos.

Deié a la abuela en casa y le gorroneé el almuerzo a mi madre.

Estuve todo el tiempo pendiente por si veía a Bunchy. Le había visto por última vez el sábado, y empezaba a preocuparme. Imagínense. Yo preocupándome por Bunchy. Stephanie Plum, la madraza.

Salí de casa de mis padres y cogí la calle Chambers hasta Hamilton. Bunchy me alcanzó en Hamilton. Le vi por el espejo retrovisor, me arrimé al bordillo y me apeé para hablar con él.

-¿Dónde has estado? -le pregunté-. ¿Te has tomado el domingo libre?

-Tenía trabajo atrasado. Los corredores de apuestas tenemos que trabajar de vez en cuando, ¿sabes?

-Ya, sólo que tú no eres un corredor.

-¿Vamos a empezar otra vez con eso?

-¿Cómo me has encontrado?

-Estaba dando vueltas por ahí, y he tenido suerte. ¿Qué me dices de ti? ¿Ha habido suerte?

- ¡Eso no es asunto tuyo!

Los ojos le chispearon de risa.

-Me refería a Fred.

-Oh. Cada paso adelante son dos para atrás -expliqué-. Descubro cosas que parecen pistas pero luego no llevan a ninguna parte.

-¿Como qué?

-Encontré a una mujer que vio a Fred subirse en el coche de otro hombre el día de su desaparición. El problema es que no puede darme una descripción del hombre o del coche. Y luego pasó algo extraño en la funeraria, y me da la sensación de que puede tener alguna relación, pero no consigo encontrar una razón lógica para que así sea.

-¿Qué fue eso extraño que pasó?

-Había una muier en uno de los velatorios que parecía tener un problema similar al que Fred tenía con la compañía de basuras. Sólo que en el caso de la mujer era con la compañía de instalación del cable.

Bunchy pareció interesado.

-¿Qué clase de problema tenía?

-No lo sé con exactitud. Me lo ha contado la abuela. Simplemente ha dicho que era similar al de Fred.

-Creo que deberíamos hablar nosotros con esa mujer.

-¿Nosotros? No existe ese «nosotros».

-Creía que trabajábamos juntos. Me trajiste cordero y todo eso.

-Me diste lástima. Estabas patético, ahí sentado en el coche.

Me hizo un gesto admonitorio con el dedo.

-No creo que fuera por eso. Creo que empiezo a gustarte.

Sí, como me gusta un perro callejero. Quizá no tanto. Pero tenía razón en lo de hablar con Margaret Burger. ¿Qué había de malo en ello? No tenía ni idea de dónde vivía Margaret Burger, así que volví a casa de mis padres a preguntárselo a la abuela.

-Puedo enseñarte el camino -me dijo.

-No es necesario. Sólo dime dónde vive.

-¿Y perderme toda la acción? ¡Ni en broma!

¿Por qué no? Llevaba a Bunchy pegado al guardabarros. Tal vez debía pedirles que vinieran a la señora Clak y a Mary Lou y a mi hermana Valerie. Inspiré profundamente. El sarcasmo siempre me hacía sentir mejor.

-Sube al coche -le dije a la abuela.

Cogí Chambers hasta Liberty y giré por la calle Rusling.

-Es una de esas casas -me indicó la abuela-. Sabré cual cuando la vea. Una vez fui a una reunión allí -miró por encima del hombro-. Creo que alguien nos sigue. Apuesto a que es uno de esos tipos de la compañía de basuras.

-Es Bunchy -expliqué-. Digamos que trabajamos iuntos.

-¿Lo dices en serio? No me había dado cuenta de que se había convertido en una investigación tan importante. Jo, ya contamos con todo un equipo.

Me detuve ante la casa que la abuela me había descrito y todos nos apeamos de los coches para reunirnos en la acera. Había dejado de llover y la temperatura había ascendido hasta volverse agradable.

-Mi nieta me dice que trabajan juntos -le dijo la abuela a Bunchy recorriéndole con la mirada-. ¿Es usted también cazarrecompensas?

-No, señora -contestó-. Soy corredor de apuestas.

-¡Un corredor de apuestas! -exclamó la abuela-. Qué genial. Siempre he querido conocer a un corredor.

Llamé a la puerta de Margaret Burger y, antes de que pudiera presentarme, la abuela se me adelantó.

-Espero que no te molestemos -dijo-, pero llevamos a cabo una investigación importante; Stephanie, yo y el señor Bunchy.

Bunchy me propinó un codazo.

-¿Has oído? Señor Bunchy.

-No es ninguna molestia --dijo Margaret Burger-. Supongo que se trata del pobre Fred.

-No hay manera de encontrarle -explicó la abuela-. Y a mi nieta le parece que el problema que tuviste con esa compañía de instalación de cable suena de lo más parecido. Sólo que, por supuesto, a Sol le hicieron sufrir un infarto en lugar de hacerle desaparecer.

-Esa gente era muy desagradable -comentó Margaret-. Pagábamos nuestras facturas cuando era debido. Jamás nos saltamos un pago. Y entonces, cuando tuvimos un problema con el aparato de cable, dijeron no haber oído hablar nunca de nosotros. ¿Se imaginan?

-Justo igual que Fred -repuso la abuela-. ¿No es así, Stephanie?

-Bueno, sí, suena como si,..

-¿Qué pasó entonces? -intervino Bunchy-. ¿Sol se quejó?

-Se presentó allí en persona y armó un buen follón. Y fue entonces cuando sufrió el ataque al corazón.

-Qué lástima -comentó la abuela-. Y Sol no tenía más que setenta y tantos.

-¿Tiene algún recibo sellado de la compañía de instalación de cable? -le preguntó Bunchy a Margaret-. ¿Algo de antes de que tuvieran problemas con ellos?

-Puedo mirar en mi archivador -respondió Margaret-. Conservo todos los recibos de un par de años atrás. Pero creo que no tengo ninguno de la compañía instaladora del cable. Después de que Sol muriera, vino ese hombre tan espantoso, John Curly, y fingió ofrecer su ayuda para resolver el lío. No me lo tragué ni por un instante. No hacía más que tratar de cubrir sus huellas porque había echado a perder los archivos del ordenador. Incluso dijo haberlo hecho, pero era demasiado tarde para Sol. Ya le había dado el ataque al corazón.

Bunchy pareció resignado ante lo que oía.

-Así que John Curly se llevó los recibos sellados -dijo, más a modo de afirmación que de pregunta.

-Dijo que los necesitaba para sus archivos.

-¿Y nunca los devolvió?

-Nunca. Y después de eso, la siguiente noticia que tuve de ellos fue un comunicado en que me daban la bienvenida como si fuera una clienta nueva. Créanme, esa compañía de instalación de cable es un verdadero desastre.

-¿Hay algo más que quieras saber? -le pregunté a Bunchy.

-No. Más o menos eso es todo.

-¿Y tú, abuela?

-No se me ocurre nada más.

-Pues bueno -le diie a Margaret-, creo que eso es todo. Gracias por hablar con nosotros,

-Espero que Fred aparezca -dijo Margaret-. Mabel debe de estar fuera de sí.

-Lo está llevando bastante bien -repuso la abuela-. Supongo que Fred no era uno de esos maridos que una lamenta de veras perder.

Margaret asintió con la cabeza, como si comprendiera perfectamente de qué estaba hablando la abuela.

Dejé a la abuela en casa y continué hacia la mía. Bunchy me siguió todo el camino y aparcó detrás de mí.

-Ahora ¿qué? -me preguntó-. ¿Qué vas a hacer ahora?

-No lo sé. ¿Se te ocurre algo?

-Estoy pensando que algo pasa con esa compañía de basuras.

Consideré contarle lo de Laura Lipinski, pero decidí no hacerlo.

-¿Por qué querías ver los recibos de Margaret? –quise saber.

-Por ninguna razón especial. Sólo pensé que podrían resultar interesantes.

-No me digas.

Bunchy se meció sobre los talones con las manos en los bolsillos.

-¿Qué me dices de los recibos de la compañía de basuras?

-¿Conseguiste alguno?

-¿Por qué? ¿También crees que puedan ser interesantes?

-Tal vez. Uno nunca sabe con esa clase de cosas -.su mirada se centró en algo detrás de mí y la expresión de su rostro cambió y se tornó recelosa, quizá.

Sentí la proximidad de un cuerpo hasta casi rozar el mío, y una mano cálida y protectora me asió de la nuca. Sin volverme supe que se trataba de Ranger.

-Éste es Bunchy -le dije a Ranger a modo de presentación-. Bunchy el corredor de apuestas.

Ranger no se movió. Bunchy no se movió. Y yo no me movía, sumida en una especie de animación suspendida por el campo de fuerza de Ranger.

Finalmente Bunchy retrocedió un par de pasos. Era la clase de maniobra que debía de hacer un hombre cuando se veía enfrentado a un oso pardo.

-Estaremos en contacto -dijo, y se volvió sobre los talones para dirigirse a su coche.

Observamos a Bunchy salir del aparcamiento.

-No es un corredor de apuestas -dijo Ranger, aún reteniéndome cautiva con la mano.

Me aparté y me volví para mirarle a la cara, poniendo espacio entre los dos.

-¿A qué ha venido esa maniobra intimidatoria que acabas de hacer?

Ranger sonrió.

-¿Crees que le he íntimidado?

-No del todo.

-Yo tampoco lo creo. Lleva unas cuantas confrontaciones a sus espaldas.

-¿Tengo razón al suponer que no te gusta?

-Sólo me he mostrado cauteloso. Iba armado y estaba mintiendo. Y es un poli.

Yo ya sabía todas esas cosas.

-Lleva días siguiéndome. Hasta el momento ha resultado inofensivo.

-¿Qué anda buscando?

-No lo sé. Tiene algo que ver con Fred. En este momento sabe más de lo que sé yo. Así pues, me figuro que vale la pena seguirle el iuego. Es probable que sea del FBI. Creo que ha puesto un transmisor en mi coche para localizarme. Los polis de Jersey no suelen poder permitirse esa clase de dispositivos. Y creo que debe de trabajar con un socio para ser capaz de seguir mis pasos, pero aún no he logrado ver al socio.

-¿Sabe que le has descubierto?

-Sí, pero no quiere hablar de ello.

-Puedo ayudarte con el problema del transmisor -me dijo Ranger tendiéndome un juego de llaves.

-¿Qué es esto?

CAPÍTULO DIEZ

-ESTO ES UNA TENTACIÓN -respondió Ranger apoyándose contra un flamante Porsche Boxster negro como la noche.

-¿Podrías ser más específico acerca de la tentación? Como por ejemplo, ¿en qué clase de tentación estás pensando?

-Tentación para ampliar tus horizontes.

Sentí una tremenda desazón acerca de la definición de Ranger de «ampliar horizontes». Sospechaba que sus horizontes estaban un poquito más cerca del infierno de lo que yo quería llegar. Para empezar, ahí estaba el coche y la leve posibilidad de que no fuera por entero legítimo.

-¿De dónde sacas estos coches? -le pregunté-. Pareces tener una fuente inagotable de coches negros nuevos y caros.

-Tengo un proveedor.

-Este Porsche no es robado, ¿verdad?

-¿Te importa que lo sea?

-¡Por supuesto que me importa!

-Entonces no es robado -dijo Ranger.

Sacudí la cabeza.

-Es un coche que mola un montón. Y aprecio tu oferta, pero no puedo permitirme un coche así.

-Todavía no sabes el precio -me recordó Ranger.

-¿Vale más de cinco dólares?

-Este coche no está en venta. Es un coche de empresa. Puedes conducirlo si continúas trabajando para mí. Estás arruinando mi imagen con ese Buick. Todo el mundo que trabaja conmigo lleva un coche negro.

-Bueno, qué diablos -dije-. No quiero arruinar tu imagen.

Ranger simplemente siguió mirándome.

-¿Lo haces por caridad? -quise saber.

-Prueba otra vez.

-No estaré vendiendo mi alma, ¿verdad?

-No estoy en el negocio de compraventa de almas -repuso Ranger-. El coche supone una inversión; una parte de la relación laboral.

-Así pues, ¿qué tengo que hacer en esta relación laboral nuestra?

Ranger descruzó los brazos y se apartó del coche.

-Los trabajos van saliendo. No aceptes nada que te haga sentir incómoda.

-No harás esto sólo para divertirte, ¿verdad? Para ver qué estaría dispuesta a hacer por un coche nuevo, ¿eh?

-Digamos que eso estaría más o menos a medio camino de la lista -respondió. Consultó el reloj-. Tengo una reunión. Prueba el coche. Piénsatelo.

Tenía su Mercedes aparcado junto al Porsche. Se deslizó tras el volante y se alejó sin mirar atrás.

Casi me desplomé donde estaba. Apoyé una mano en el Porsche para recuperar el equilibrio, y la retiré de inmediato, temiendo dejar huellas.

Subí corriendo a casa y miré a ver si veía a Randy Briggs. Su portátil seguía sobre la mesa de centro, pero su chaqueta no estaba. Consideré la idea de meter todas sus cosas en las dos maletas y dejarlas en el pasillo, pero la deseché como inútil.

Abrí una cerveza y llamé a Mary Lou.

-¡Socorro! -exclamé.

-¿Por qué pides socorro?

-Me ha dado un coche. ¡Y me ha tocado dos veces! –me miré el cuello en el espejo de la entrada para ver si tenía marcas donde él había posado la mano.

-¿Quién? ¿De qué estás hablando?

-¡Ranger!

-Oh, Dios mío. ¿Te ha dado un coche?

-Ha dicho que era una inversión en nuestra relación laboral. ¿Qué significa eso?

-¿Qué clase de coche es?

-Un Porsche nuevo.

-Eso significa al menos sexo oral.

-¡Haz el favor de hablar en serio!

-Vale, la verdad es que... va más allá del sexo oral. Podría significar... ya sabes, que te lo hagan por detrás.

-Devolveré el coche.

-¡Stephanie, pero si es un Porsche!

-Y creo que está flirteando conmigo, pero no estoy segura.

-¿Qué es lo que ha hecho?

-Digamos que ha llegado al terreno físico.

-¿Cómo de físico?

-Me ha acariciado.

-Oh, santo Dios, ¿qué te ha acariciado?

-El cuello.

-¿Eso es todo?

-El pelo.

-Hnmm -murmuró Mary Lou-. ¿Han sido caricias de tipo sexy?

-A mí me han parecido sexys.

-Y te ha dado un Porsche -dijo Mary Lou-. ¡Un Porsche!

-No es un regalo o algo parecido. Es un coche de empresa.

-Sí, claro. ¿Cuándo vas a llevarme en él? ¿Quieres ir al centro comercial esta tarde?

-No estoy segura de si debo conducirlo para asuntos personales -de hecho, no sabía si debía conducirlo siquiera hasta aclarar lo de que me lo hicieran por detrás.

-¿De verdad crees que se trata de un coche de empresa? -preguntó Mary Lou.

-Por lo que he podido ver, todo el mundo que trabaja para Ranger conduce un coche nuevo y negro.

-¡Un Porsche!

-Normalmente es un 4x4, pero a lo mejor dio la casualidad de que ayer se cayó un Porsche de la parte trasera del camión de transporte -oí gritos de fondo-. ¿Qué ocurre?

-Los niños tienen un conflicto de opiniones. Supongo que debería actuar de mediadora.

Mary Lou había empezado un curso de crianza de los hijos porque no conseguía que su niño de dos años dejara de zamparse la comida del perro. Ahora decía cosas como «los niños tienen un conflicto de opiniones» en lugar de «los niños tratan de matarse el uno al otro». Opino que suena mucho más civilizado, pero cuando uno lo analiza detenidamente... los niños trataban en efecto de matarse el uno al otro.

Colgué el teléfono y saqué del bolso el recibo que RGC le había dado a Fred para estudiarlo. No vi nada ínusual en él; no era más que un viejo y simple recibo.

Sonó el teléfono, y volví a meter el recibo en el bolso.

-¿Estás sola? -me preguntó Bunchy.

-Sí, estoy sola.

-¿Hay algo entre tú y ese Ranger?

-Sí -sólo que no sabía qué.

-No hemos tenido oportunidad de hablar demasiado –dijo Bunchy-, y me preguntaba qué vas a hacer ahora.

-Mira, ¿por qué no me dices simplemente qué quieres tú que haga?

-Eh, soy yo quien te sigue a todas partes, ¿te acuerdas?

-Vale, te seguiré el juego. Pensaba volver mañana al banco para hablar con un amigo mío. ¿Qué te parece eso?

-Buena idea.

Eran cerca de las cinco. Probablemente Joe ya estaría en casa viendo las noticias en la tele, preparándose algo de comer y disponiéndose a ver el especial de fútbol americano de los lunes por la noche. Si me autoinvitaba a su casa para ver el programa, podría enseñarle el recibo y ver qué opinaba. Y podría pedirle que se informara sobre Laura Lipinski. Si las cosas salían bien, incluso podia compensar la oportunidad perdida la noche del sábado.

Marqué su número.

-Hola -dije-. Pensaba que quizá querrías compañía para ver el especial de fútbol.

-A ti no te gusta el fútbol.

-Un poco sí; me gusta cuando todos se echan unos encima de otros. Eso es bastante interesante. Así pues, ¿quieres que vaya a tu casa?

-Lo siento. Esta noche trabajo.

-¿Toda la noche?

Hubo un instante de silencio mientras Morelli procesaba el mensaje oculto.

-Me deseas desesperadamente.

-Sólo estaba siendo cordial.

-¿Seguirás sintiéndote cordial mañana? No creo que mañana tenga que trabajar.

-Encarga una pizza.

Después de colgar volví una mirada de culpabilidad hacia la jaula del hámster.

-Eh, sólo trataba de ser cordial -le dije a Rex-. No voy a acostarme con él.

Rex siguió sin salir de su lata, pero vi moverse las virutas de pino. Creo que se estaba riendo.

El teléfono sonó alrededor de las nueve.

-Tengo un trabajo para ti mañana -dijo Ranger-. ¿Te interesa?

-Tal vez.

-Es de gran calidad moral.

-¿Y la calidad legal?

-Podría ser peor. Necesito un señuelo. Tengo a un tío gorrón que precisa que le separen de su Jaguar.

-¿Se trata de robarlo o de recuperar su posesión?

-De recuperar su posesión. Lo único que tienes que haces es sentarte en un bar y hablar con el tío mientras cargamos su coche en un camión de plataforma.

-Suena bien.

-Te recogeré a las seis. Ponte algo que reclame toda su atención.

-¿De qué bar se trata?

-Del Mike's Place en Center.

Treinta minutos más tarde Briggs volvió a casa.

-Bueno, ¿qué sueles hacer los lunes por la noche? -preguntó-. ¿Ves el fútbol?

Me fui a la cama a las once, y dos horas más tarde todavía daba vueltas, incapaz de dormir. Tenía metida en la cabeza a la desaparecida esposa de Larry Lipinski, Laura. La parte posterior de su cabeza, cercenada a la altura del cuello y embutida en una bolsa de basura. Su marido muerto de un tiro que él mismo se había disparado. Había descuartizado a su mujer y disparado a su compañera de trabaio. En realidad no sabía si se trataba de Laura Lipinski. Pero entonces ¿quién había en esa bolsa? Cuanto más pensaba en ello más convencida estaba de que era Laura Lipinski.

Consulté el reloj por enésima vez.

Laura Lipinski no era lo único que me mantenía despierta. Estaba sufriendo un ataque hormonal. Maldito Morelli. Susurrándome todas esas cosas al oído. Con ese aspecto tan sexy en su traje italiano. Seguro que debía de haber llegado a casa para entonces. Podía llamarle,

pensé, y decirle que iba a hacerle una visita. Después de todo, era culpa suya que estuviera en aquel estado infernal.

Pero ¿y si le llamo y no está en casa y mi número queda grabado en su identificador de llamadas? Supondría un tremendo bochorno. Meior no Ilamar. Piensa en otra cosa, me ordené.

Ranger parpadeó en mi mente. ¡No! ¡En Ranger no!

-Jolín -aparté a patadas las mantas y me dirigí a la cocina en busca de un poco de zumo de naranja. Sólo que no había zumo de naranja. No había zumo de ninguna clase, porque nunca voy a comprar comida. Quedaban algunos restos de mi madre, pero nada de zumo.

Necesitaba de verdad un zumo. Y una barrita de chocolate Snickers. Si me hacía con un zumo y una barrita de Snickers probablemente podría olvidarme del sexo. De hecho, ni siquiera necesitaba ya el zumo. Sólo la barrita de Snickers.

Me embutí en un par de vieios pantalones de chándal grises, metí los pies en unas botas sin abrochar y me puse una chaqueta sobre la camisa de franela a cuadros del pijama. Cogí el bolso y las llaves y, como trataba de no ser una estúpida, también me llevé la pistola.

-No sé qué demonios vas a buscar -dijo Briggs desde el sofá-, pero tráeme uno a mí también.

Salí pisando fuerte del apartamento, crucé el pasillo y me metí en el ascensor.

Cuando llegué al aparcamiento, el destino quiso que me percatara de que había cogido las llaves del Porsche. ¡Ja! ¿Quién era yo para resistirme al destino? Supuse que sencillamente tendría que conducir el Porsche.

Me dirigí en principio al 7-Eleven, pero llegué allí en menos de un suspiro y me pareció una lástima no tratar al menos de encontrarle los defectos al coche. En especial porque hasta el momento no había advertido en él un solo defecto. Continué por Hamilton, giré para internarme en el Burg, di unas vueltas por ahí, salí del Burg y, vaya por donde, antes de darme cuenta siquiera, me encontré ante la vivienda unifamiliar de Morelli. Su camioneta estaba aparcada iunto al bordillo, y la casa estaba a oscuras. Holgazaneé delante de la casa durante un minuto, pensando en Morelli, deseando estar calentita en la cama con él. Bueno, qué demonios, me dije, quizá debiera llamar al timbre y decirle que pasaba casualmente por el barrio y había decidido pararme. No había nada de malo en eso. Sólo estaba siendo cordial. Me vislumbré a mí misma en el espejo retrovisor. Qué horror. Debería haber hecho algo con mi pelo. Y ahora que lo pensaba era posible que necesitara depilarme un poco las piernas. Jolines.

Vale, quizá no fuera tan buena idea hacerle una visita a Morelli en aquel momento. Quizá debiera irme primero a casa y depilarme y ponerme algo de lencería sexy. O quizá debía esperar simplemente al día siguiente. Veinticuatro horas, hora más o menos. No estaba segura de poder aguantar veinticuatro horas. Morelli tenía razón. Le deseaba desesperadamente.

¡Contrólate!, me dije. Estamos hablando de un simple acto sexual. No se trata de una urgencia médica como sufrir un ataque al corazón. Esto puede esperar veinticuatro horas.

Inspiré profundamente. Veinticuatro horas. Me sentía mejor. Estaba bajo control. Era una mujer racional. Puse la primera en el Porsche y empecé a recorrer lentamente la calle.

Esto es pan comido. Puedo resistirlo.

Llegué hasta la esquina y advertí unos faros en el espejo retrovisor.

A esas horas no había mucha gente por ahí en el barrio, en una noche laborable. Volví la esquina, aparqué, apague las luces y vi detenerse el coche ante la casa de Morelli. Al cabo de un par de minutos Morelli se apeó de él y anduvo hasta su puerta, y el coche empezó a recorrer la calle hacia mí.

Aferré con fuerza el volante, no fuera que el Porsche tuviera la tentación de poner la marcha atrás y retroceder zumbando hasta casa de Morelli. Menos de veinticuatro horas, me repeti, y mis piernas estarían suaves como la seda y mi cabello limpio.

¡Pero espera un segundo! Morelli tiene ducha y maquinillas de afeitar. Todo esto no son más que chorradas. No hay necesidad de esperar.

Puse la marcha atrás iusto cuando el otro coche llegaba a la intersección. Vislumbré al conductor y el corazón dejó de latirme en el pecho. Era Terry Gilman.

¿Qué has dicho? ¡Terry Gilman!

Hubo una explosión de rojo detrás de mis globos oculares.

Mierda. Vaya ingenua estaba hecha. No había sospechado nada. Creía que Morelli habría cambiado. Le creía diferente a los demás Morelli. Ahí estaba yo, preocupándome por los pelos de mis piemas, cuando Morelli andaba por ahí haciendo Dios sabía qué con Terry Gilman. ¡Puf! Me di un buen coscorrón mental.

Miré el coche con oios entrecerrados cuando salió del cruce y continuó su camino. Terry fue totalmente ajena a mi presencia. Probablemente planeaba el resto de la noche. Probablamente iba a descuartizar a la abuela de alguien.

Bueno, de todas formas a quién le importa Morelli. A mí no.

No podría importarme menos. Sólo había una cosa que me importaba: el chocolate.

Oprimí el acelerador con el pie y me alejé a toda velocidad del bordillo. Despejad las calles; Stephanie conduce un Porsche y necesita una barrita de Snickers.

Llegué al 7-Eleven en un tiempo récord, irrumpí en la tienda y salí con una bolsa llena. Eh, Morelli, córrete con esto.

Entré en mi aparcamiento a velocidad vertiginosa, derrapé hasta detenerme, subí las escaleras con estrépito, recorrí el pasillo y abrí mi puerta de una patada.

- ¡Mierda!

Rex dejó de correr en su rueda y me miró.

-Ya me has oído. Mierda, mierda y mierda.

Briggs se incorporó hasta sentarse.

-¿Qué diablos pasa aquí? Trato de dormir un poco.

-No tientes a la suerte. No me hables.

Me miró entrecerrando los ojos.

-¿Qué es eso que llevas puesto? ¿Se trata de alguna nueva forma de control de natalidad?

Cogí la jaula del hámster y la bolsa de golosinas y me lo llevé todo a mi habitación para cerrar luego de un portazo. Me comí primero la barra de 100 Grand, y luego las Kit Kat, y luego la Snickers. Empezaba a sentir ligeras náuseas, pero me comí los chocolates Baby Ruth y Almond Joy y la mantequilla de cacahuete.

-Bueno, ahora me siento mucho mejor -le dije a Rex.

Y entonces me eché a llorar.

Cuando acabé, le dije a Rex que no se trataba más que de hormonas que reaccionaban con una subida prediabética de insulina por haberme comido todos esos dulces... así que no debía preocuparse. Me fui a la cama y me quedé dormida de inmediato. Lo de llorar es agotador, joder.

Desperté a la mañana siguiente con los ojos legañosos e hinchados de llorar y con un estado anímico más bajo que el de una babosa. Permanecí ahí tendida durante unos diez minutos regodeándome en mi desgracia, pensands en maneras de suicidarme, decidiendo qué iba a fumar. Pero lo cierto es que no tenía cigarrillos y no estaba de humor para otra excursión al 7-Eleven. De todas formas ahora trabajaba para Ranger, así que podía dejar tan sólo que la naturaleza siguiera su curso.

Me arrastré de la cama hasta el baño, donde me contemplé en el espejo.

-Contrólate, Stephanie -me dije-. Tienes un Porsche y una gorra de marine, y estás ampliando tus horizontes.

Temía que después de todas esas barritas de chocolate también estuviera ampliando mi trasero; tenía que hacer algo de ejercicio. Todavía llevaba los pantalones de chándal, así que me puse un sujetador deportivo y me calcé las zapatillas de correr.

Briggs ya estaba trabajando en su ordenador cuando salí de la habitación.

-Mira quién está aquí... Jane Fonda -ironizó-. Jesús, estás horrorosa.

-Esto no es nada -le dije-. Espera a ver qué aspecto tengo cuando haya acabado de correr.

Volví empapada en sudor y sintiéndome muy satisfecha de mí misma. Stephanie Plum, mujer al mando. A la mierda Morelli. A la mierda Terry Gilman. A la mierda el mundo entero.

Me comí un sándwich de pollo para desayunar y me di una ducha. Sólo por pura maldad puse las cervezas en el estante de arriba de todo de la nevera y le dije a Bnggs que pasara un día asqueroso, y salí zumbando en mi Porsche rumbo al Grand Union. El viaje tenía doble propósito: hablar con Leona y Allen y comprar comida de verdad. Aparqué a más de medio kilómetro de la tíenda, no fuera que alguien aparcara a mi lado y me abollara la puerta. Me apeé y contemplé el Porsche. Era perfecto. Era un coche de absoluta gilipollas. Cuando una tenía un coche como ése no le importaba tanto que su novio se estuviese tirando a una borde.

Fui primero a comprar, y para cuando hube acabado y tuve la compra en el maletero el banco ya había abierto. La cosa no andaba muy ajetreada a primera hora de un martes. En el vestíbulo no había un solo cliente. Dos cajeros contaban dinero; probablemente hacían prácticas. No vi a Leona.

Allen Shempsky estaba en el vestíbulo tomando café y hablando con un guarda. Me vio e hizo un ademán de saludo.

-¿Qué tal va la caza del tío Fred? -me preguntó.

-No muy bien. Estaba buscando a Leona.

-Es su día libre. Quizá yo pueda serte de ayuda.

Hurgué en el fondo del bolso, saqué el recibo y se lo tendi a Allen.

-¿Puedes decirme algo acerca de este recibo?

Lo examinó por delante y por detrás.

-No es más que un recibo.

-¿Tiene algo raro?

-No que yo consiga ver. ¿Qué tiene de especial este recibo?

-No lo sé. Fred tenía problemas de facturación con RGC. Se suponía que debía llevar este recibo a las oficinas de la compañía el día en que desapareció. Supongo que no quería llevar el original, de modo que lo dejó en casa sobre su escritorio.

-Siento no poder ayudarte -me dijo Shempsky-. Si quieres dejármelo, puedo preguntar por ahí. A veces gente distinta advierte cosas distintas.

Volví a dejar caer el recibo en mi bolso.

-Me parece que me quedaré con él. Tengo la sensación de que ha muerto gente por culpa de este recibo.

-Eso sí que es serio -repuso Shempsky.

Anduve de vuelta al coche sintiéndome algo asustada y sin saber por qué. En el banco no había pasado nada alarmante.

Y no había nadie aparcado o de pie junto al Porsche. Eché un vistazo al aparcamiento. Ni rastro de Bunchy. Y por lo visto tampoco de Ramírez. Pero seguía experimentando esa extraña sensación. Quizá había olvidado algo. O alguien me observaba.

Abrí el coche y miré de nuevo hacia el banco. Era la presencia de Shempsky lo que había intuido. Estaba de pie a un lado del edificio del banco fumando un cigarrillo y observándome.

Oh, vaya, se me habían puesto los pelos de punta por culpa de Shempsky. Dejé de contener el aliento y respiré tranquila. Mi imaginación se había desbocado. Por el amor de Dios, el hombre sólo estaba fumando un cigarrillo a escondidas.

Lo único extraño de aquel acto era que Allen Shempsky tuviera en efecto un mal hábito. Un mal hábito se me antojaba un exceso de personalidad para Allen Shempsky. Shempsky era

un tío agradable que nunca ofendía a nadie y era bien poco memorable. Siempre había sido así desde que yo lo recordaba.

Cuando estábamos en el colegio era el niño del fondo de la clase al que nunca llamaban la atención. De sonrisa tranquila, nunca esgrimía una opinión conflictiva y siempre iba pulcro y aseado. Era como un camaleón cuya ropa se fundiera en total mimetismo con la pared detrás de sí. Aunque conocía a Allen de toda la vida, me habría visto en un aprieto de tener que especificar el color de su cabello. Quizá fuera marrón rata. Aunque no tenía aspecto alguno de roedor. Era un hombre razonablemente atractivo con una nariz normal y dientes normales y ojos normales. Era de un altura normal, de complexión normal, y suponía que de inteligencia normal, aunque no había forma de saberlo con seguridad.

Se había casado con Maureen Blum un mes después de que ambos se graduaran en la Universidad de Rider. Tenía dos niños pequeños y una casa en Hamilton Township. Nunca había pasado frente a su casa, pero estaba dispuesta a apostar a que no tenía nada de memorable. Quizá eso no fuera tan malo. Quizá fuera algo bueno no tener nada de memorable. Apuesto a que Maureen Blum Shempsky no tenía que preocuparse por que la acechara Benito Ramírez.

Bunchy me estaba esperando cuando volví a mi edificio. Estaba en el aparcamiento, sentado en el coche, y parecía de mal humor.

-¿Y ese Porsche? -quiso saber al acercarse a mí.

-Es un préstamo de Ranger. Y si le pones un transmisor para seguirme no va a estar muy contento.

-¿Sabes cuánto cuesta un coche como éste?

-¿Un montón?

-Quizá más de lo que estás dispuesta a pagar –respondió Bunchy.

-Espero que no sea ése el caso.

Cogió una de las bolsas de la compra y me siguió hasta mi puerta.

-¿Has ido al banco como dijiste que harías?

-Ajá. He hablado con Allen Shempsky, pero no he averiguado nada nuevo.

-¿De qué has hablado con él?

-Sobre el tiempo, sobre política, sobre asistencia sanitaria -me apoyé la bolsa sobre la cadera mientras abría la puerta.

-Jo, eres sensacional; no te fías de nadie, ¿verdad?·

-Es de ti de quien no me fío.

-Yo tampoco me fiaría de él -dijo Briggs desde la salita-. Tiene pinta de padecer una enfermedad venérea.

-¿Quién es ése? -quiso saber Bunchy.

-Ése es Randy -respondí.

-¿Quieres que le haga desaparecer?

Miré a Briggs. Era una oferta tentadora.

-En otra ocasión -le dije a Bunchy.

Bunchy sacó el contenido de su bolsa y lo dejó sobre la encimera de la cocina.

-Tienes amigos bien extraños.

Y apenas si contaban comparados con mis parientes.

-Te haré la comida si me dices para quién trabajas y por qué estás interesado en Fred -dije.

-No puedo. Además, creo que de todas formas vas a hacerme la comida.

Preparé una sopa de tomate de lata y bocadillos calientes de queso. Los bocadillos los hice porque era lo que me apetecía comer, y la sopa porque necesitaba una lata vacía de reserva para Rex.

A media comida miré a Bunchy y las palabras de Morelli resonaron en mis oídos. “Trabajo con un par de tíos del Tesoro que me hacen parecer un boy scout”, había dicho. El coro del Aleluya se desató en mi cabeza y tuve una epifanía.

-Hostia -exclamé-. Estás trabajando con Morelli.

-Yo no trabajo con nadie -repuso Bunchy-. Trabajo solo.

-Eso es una mentira de mierda.

Esa no era la primera vez que Morelli había estado involucrado en uno de mis casos y me lo había ocultado, pero sí era la primera vez que había enviado a alguien a espiarme. Desde luego aquello era caer muy bajo por su parte.

Bunchy exhaló un suspiro y apartó el plato.

-¿Significa eso que me quedo sin postre?

Le di una de las barritas de chocolate que me quedaban.

-Estoy deprimida.

-¿Qué pasa ahora?

-Morelli es un cerdo.

Bunchy bajó la mirada hacia la barrita.

-Ya te he dicho que trabajo solo.

-Sí, y me dijiste que eras un corredor de apuestas.

Alzó la mirada.

-Aún no sabes con seguridad que no lo soy.

Sonó el teléfono y arranqué el auricular antes de que el contestador asumiera el control.

-Hola, monada -diio Morelli-. ¿De qué quieres tu pizza de esta noche?

-De nada. No hay pizza. No hay tú, no hay yo, no hay nosotros, no hay pizza. Y no vuelvas a llamarme nunca, especie de sucio y viscoso zurullo de perro plagado de hongos, pedazo de mierda de mosca -y colgué con fuerza el auricular.

Bunchy se estaba riendo.

-Déjame adivinarlo -diio-. Ése era Morelli.

-¡Y tú! -chillé señalándole con un dedo y con los dientes apretados-. Tú no eres mejor que él.

-Tengo que irme -dijo Bunchy todavía riendo por lo bajo.

-Oye, ¿siempre has tenido un problema con los hombres? -preguntó Briggs-. ¿O se trata de algo reciente?

ESTABA EN EL VESTíBULO, esperando a Ranger, a las seis en punto. Me había duchado y perfumado de pies a cabeza y acababa de darle a mi cabello un toque desmelenado de lo más sexy. Mike`s Place es un bar de deportes frecuentado por hombres de negocios. A las seis en punto estaría lleno de trajeados viendo partidos en las pantallas y tomándose una copa para relajarse un poco antes de volver a casa, de forma que yo también opté por ir de traje. Llevaba mi Wonderbra, que en efecto obraba maravillas, una camisa de seda blanca desabrochada hasta el cierre frontal del sujetador mágico y un traje chaqueta de seda negra con la falda enrollada en la cintura para enseñar mucha pierna.

Me puse un cinturón de piel de leopardo falsa para tapar el bulto y metí los pies enfundados en medias en unos zapatos de putón con un tacón de doce centímetros.

El señor Morganthal salió arrastrando los pies del ascensor y me hizo un guiño al verme.

-Eh, vaya hembra estás hecha -dijo-. ¿Necesitas una pareja ardiente?

Tenía noventa y dos años y vivía en el tercer piso, al lado de la señora Delgado.

-Llega tarde -le respondí-. Ya tengo plan.

-Bueno, mejor así. Probablemente me matarías -concluyó el señor Morganthal.

Ranger Ilegó con el Mercedes y esperó ante la puerta. Le di al señor Morganthal un pellizco en la mejilla y salí pavoneándome, contoneando las caderas y humedeciéndome los labios.

Entré cual avalancha en el Mercedes y crucé las piernas.

Ranger me miró y sonrió.

-Te dije que reclamaras su atención, no que organizaras un desmadre. Quizá deberías abrocharte un botón más.

Le hice ojitos en un falso flirteo que en realidad no era del todo falso.

-¿No te gusta? -pregunté. ¡Ja! Chúpate ésa, Morelli. ¿Quién te necesita?

Ranger tendió una mano y me desabrochó los dos botones siguientes, exponiéndome hasta medio vientre.

-Así es como me gusta a mí -repuso con la sonrisa inalterable.

¡Hostia! Volví a abrocharme a toda prisa los botones.

-No seas insolente -dije.

Vale, conque me ha pescado el farol. No hay razón para alarmarse. Simplemente tenlo en cuenta para futuras referencias: ¡no estás preparada para Ranger!

El señor Morganthal salió del edificio y blandió un dedo hacia nosotros.

-Me parece que acabo de arruinar tu reputación -comentó Ranger poniendo la primera.

-Es probable que más bien me hayas ayudado a estar a la altura de las expectativas.

Cruzamos la ciudad y aparcamos a media manzana del bar y en la acera opuesta.

Ranger sacó una fotografía de detrás de la visera.

-Éste es Ryan Perin. Es un cliente habitual. Viene todos los días después del trabajo. Se toma dos copas. Se marcha a casa. Nunca aparca el coche a más de media manzana. Sabe que el concesionario trata de recuperarlo y está nervioso. Sale a echarle un vistazo cada pocos minutos. Tu tarea es asegurarte de que mantenga la mirada fija en ti, no en el coche; hacer que no salga del local.

-¿Por qué vas a llevártelo de aquí?

-Cuando está en su casa el coche está en un garaje cerrado y la gente del pacto de readquisición no tiene acceso a él. Cuando está en la oficina lo aparca en un garaje con un vigilante que se toma muy en serio su aguinaldo de Navidad –Ranger extendió el índice y el pulgar de una mano para indicar la forma de una pistola-. En realidad, el propio Perin va armado y no es precisamente lento a la hora de desenfundar. Por eso necesitamos recurrir al ingenio para recuperar el coche; nadie quiere un derramamiento de sangre.

-¿Cómo se gana la vida ese tío?

-Es abogado. Últimamente se esnifa toda la pasta que tiene.

Un Jaguar verde oscuro pasó junto a nosotros. No había huecos libres en la calle. Justo cuando llegaba al final de la manzana salió un coche y el Jaguar aparcó en su lugar.

-Guau -exclamé-, vaya suerte.

-No ha sido suerte -dijo Ranger-. Ese era Tank. Tenemos coches aparcados por toda la calle para que Perin tuviera que aparcar ahí.

Perin se apeó del coche, conectó la alarma y se dirigió hacia Mike 's.

Miré a Ranger.

-¿Va a suponer un problema la alarma?

-En absoluto.

Perin desapareció dentro del local.

-Venga -dijo Ranger-. A por él. Se daré cinco minutos de ventaja y luego daré orden al camión de entrar en acción –me dio un busca-. Si algo sale mal, aprieta el botón del pánico. Vendré a buscarte en cuanto el coche haya desaparecido de la calle.

Perin iba vestido con un traje azul oscuro de raya diplomática. Tenía poco más de cuarenta años, cabello rubio ceniza que empezaba a escasear y una complexión atlética venida a menos.

Una vez dentro me hice a un lado y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la luz. En el bar la mayoría eran hombres, pero también había algunas mujeres que formaban grupos. Los hombres tendian a estar solos, con la mirada vuelta hacia la televisión. Fue fácil distinguir a Perin. Estaba en el extremo más alejado de la barra de caoba pulida. El barman dejó una copa delante de él. Algo claro y con hielo.

Había taburetes libres a cada lado de Perin, pero no quería sentarme e iniciar una conversación. No quería que se sintiera elegido. Si estaba nervioso, abordarle directamente podía resultar demasiado obvio. De forma que me dirigí hacia él hurgando en el bolso, supuestamente absorta en encontrar lo que fuese. Y justo al llegar a su taburete fingí que tropezaba. No lo suficiente como para caerme al suelo, pero sí como para chocar con él y aferrarme a su manga para recuperar el equilibrio.

-Oh, Dios mío -exclamé-, lo siento muchísimo. Qué vergüenza. No miraba por dónde iba y... -bajé la mirada- ¡La culpa es de estos zapatos! Sencillamente no soy una chica de tacones altos.

-¿Qué clase de chica eres? -preguntó Perin.

Le ofrecí mi sonrisa de un millón de dólares.

-Me parece que debo de ser una chica de andar descalza -me deslicé en el taburete junto al suyo y le hice señas al barman-. Vaya, de verdad necesito una copa. Ha sido un día de aúpa.

-Dímelo a mí -repuso él-. ¿A qué te dedicas?

-Soy encargada de compras de lencería. -de todos modos solía serlo antes de meterme en la caza de recompensas.

Su mirada bajó hasta posarse en mi escote.

-¡No jodas!

Confiaba en que cargaran rápido el coche. Ese tío ya llevaba unas copitas de más y yo contaba con tantas oportunidades de que no se me echara encima como un caramelo a la puerta de un colegio.

-Me llamo Ryan Perin -se presentó tendiéndome una mano .

-Stephanie.

Continuó aferrándome la mano.

-Stephanie la encargada de compras de lencería. Suena muy sexy.

Puaj. Odio que un hombre extraño me coja la mano. Malditos Ranger y sus horizontes.

-Bueno, ya sabes... es un trabajo como cualquier otro.

El barman me miró expectante.

-Tomaré lo mismo que él -dije señalando la bebida de Perin-. Y dése prisa, por favor.

-Bueno, háblame de tu lencería -diio Perin-. ¿Tienes ligueros?

-Oh si yo siempre llevo ligueros... rojos, negros, violetas...

-¿Qué me dices de las braguitas tanga?

-Sí, braguitas tanga también -y me siento como si me limpiara el culo con seda dental.

La alarma del reloj de Perin se disparó.

-¿Qué es eso? -quise saber.

-Es un recordatorio de que le eche un vistazo al coche.

¡Hostia! Tranquila, cálmate.

-¿Qué le pasa a tu coche?

-A estas horas este barrio no es ninguna maravílla. La semana pasada me mangaron una radio. Así que de vez en cuando le echo un vistazo para asegurarme de que nadie ande toqueteando nada.

-¿No tienes sistema de alarma?

-Bueno, sí.

-Entonces no tienes de qué preocuparte.

-Supongo que tienes razón. Aun así... -miró hacia la puerta-. Quizá debería echarle una ojeada sólo para estar seguro.

-No serás uno de esos tipos obsesivo-compulsivos, ¿verdad? -pregunté-. No me gusta esa clase de tíos. Están siempre tan tensos. Nunca quieren probar nada nuevo como... ejem... el sexo en grupo.

Con eso recuperé su atención.

Se le acumuló un poco de baba en la comisura de la boca.

-¿Te gusta el sexo en grupo?

-Bueno, no me gusta hacerlo con demasiados hombres, pero tengo un par de amigas... -llegó mi bebida. La apuré de un trago y fui presa de un ataque de tos. Cuando deié de toser sentí ardientes y acuosos los globos oculares-. ¿Qué es esto?

-Bombay Zafiro.

-No soy una gran bebedora.

Perin me deslizó una mano por la pierna hasta llegar al dobladillo de la falda.

-Cuéntame más sobre el sexo en grupo.

Pínchame en un tenedor, me dije, porque estoy frita; Si Ranger no aparecía pronto me iba a ver en un serio problema. Estaba recurriendo a todo lo que tenía y no sabía qué más hacer a partir de ahí. No tenía lo que se dice mucha experiencia en esa clase de cosas. Y no sabía absolutamente nada sobre el sexo en grupo. Lo cual ya era más de lo que deseaba saber.

-Nuestra noche para el sexo en grupo es la de los jueves -dije-. Lo hacemos cada jueves. A menos que no consigamos encontrar un hombre... entonces simplemente vemos la tele.

-¿Qué tal otra copa? -preguntó Perin.

No había acabado aún de pronunciar esas palabras cuando salió volando de su taburete a través del aire. Aterrizó con estrépito sobre una mesa, la mesa se derrumbó y Perin quedó inmóvil como la piedra, espatarrado en el suelo con los ojos desorbitados y la boca abierta, como un gran pez muerto embarrancado.

Emití un grito ahogado y me volví. Me encontré cara a cara con Benito Ramírez.

-No deberías comportarte como una puta, Stephanie –me dijo con voz dulce y ojos de loco-. Al campeón no le gusta verte con otros hombres. Les ve toquetearte. Tienes que reservarte para el campeón -se las arregló para esbozar una sonrisilla morbosa-. El campeón va a hacerte cosas, Stephanie. Cosas que nunca te han hecho antes. ¿Le has preguntado a Lula qué clase de cosas puede hacer el campeón?

-¿Qué haces aquí? -chillé. Tenía un ojo puesto en Perin, temiendo que se pusiera en pie y saliera corriendo hacia su coche; y el otro puesto en Ramírez, temiendo que fuera a sacar un cuchillo y a trincharme como un pavo en Navidad.

-No puedes librarte del campeón -susurró Ramírez- El campeón lo ve todo. Te ve cuando vas en busca de barritas de chocolate por las noches. ¿Qué pasa, Stephanie, tienes problemas para dormir? El campeón podría solucionar eso. Sabe cómo hacer dormir a las mujeres.

Sentí un nudo en el estómago y me cubrí de un instantáneo sudor frío. Había estado esperándome, siguiendo cada uno de mis movimientos, observándome. Y yo no le había visto. Probablemente la única razón de que estuviera viva era que a Ramírez le encantaba jugar al gato y el ratón. Le encantaba oler el miedo de otra persona. Le encantaba torturar, prolongar el sufrimiento y el terror.

Había habido un aguiero negro en el tiempo cuando Perin había sido aerotransportado. Todos los que había en el bar, con la excepción de Ramírez y de mí misma, habían permanecido sentados, atónitos y sin habla. Ahora todos los que estaban en el bar se habían puesto en pie.

-¿Qué coño pasa? -exclamó el barman aproximándose a Ramírez.

Ramírez volvió la mirada hacia el barman, y éste retrocedió.

-Eh, tranquilo -dijo-. Resuelve tus problemas fuera de aquí.

Perin se había puesto en pie sobre piemas temblorosas y miraba fijamente a Ramírez.

-¿Estás loco o qué? Joder, ¿te has vuelto loco?

-Al campeón no le gusta esa clase de comentarios -contestó Ramírez entrecerrando los ojos.

Un tipo grandote y sin cuello acudió al rescate de Perin.

-Eh, deja en paz a ese tío -le dijo a Ramírez.

Ramírez la emprendió contra él.

-Nadie le dice al campeón lo que tiene que hacer.

¡Bum! Ramírez le propinó un puñetazo a traición a su cuello, y sin cuello se derrumbó como un castillo de naipes.

Perin sacó la pistola y abrió fuego. El disparo pasó muy lejos de Ramírez, e hizo que todos los del bar salieran corriendo hacia la puerta. Todos menos Perin, Ramírez y yo. El barman le gritaba por teléfono a la polícia que moviera el culo y acudiera de inmediato. Y a través de la puerta abierta vislumbré el camión de plataforma alejándose calle abajo con el Jaguar verde a bordo.

-No me gusta la policía -le dijo Ramírez al barman-. No deberías haber llamado a la policía -me miró por última vez con sus ojos de tonto del bote y salió por la puerta trasera.

Bajé de un salto del taburete.

-Encantada de conocerte -le dije a Perin-. Ahora tengo que irme.

Ranger entró tan tranquilo, miró alrededor, sacudió la cabeza, y me sonrió.

-Nunca me decepcionas -dijo.

CAPÍTULO ONCE

RANGER TENÍA EL MERCEDES aparcado en doble fila a la salida de Mike's Place. Entré en el coche y despegamos antes de que Perin hubiese traspuesto la puerta y salido a la acera.

Ranger me miró.

-¿Estás bien?

-Nunca he estado mejor.

Eso me valió otra mirada apreciativa de Ranger.

-Bueno, quizá esté un poco tocada -admití-. Creo que no debería haberme bebido toda esa copa -me acerqué un poco más a Ranger, pues tenía muy buen aspecto y me pareció superior que esa rata de Morelli.

Ranger se detuvo en un semáforo.

-¿Quieres contarme lo del disparo?

-Perin disparó un tiro, aunque no le dio a nadie -le sonreí. Ranger no me parecía ni mucho menos tan terrorífico cuando iba de Bombay hasta las orejas.

-¿Perin te disparaba a ti?

-Bueno, no. Estaba ese otro tío al que por lo visto no le gustaba que Perin hablase conmigo. Y ha habido un altercado -le toqué a Ranger el pendiente de brillante que llevaba y dije- Qué bonito.

Ranger esbozó una amplia sonrisa.

-¿Cuántas copas te has tomado?

-Una. Pero era grande. Y no soy una gran bebedora.

-Algo que vale la pena recordar -comentó Ranger.

No estuve muy segura de qué quería decir exactamente con eso, pero confiaba en que tuviera que ver con el sexo y con aprovecharse de mí.

Giró para entrar en mi aparcamiento y se detuvo ante la puerta del edificio. Gran decepción, porque eso suponía que me dejaba en casa, lo cual era contrapuesto a aparcar y entrar conmigo a tomar algo caliente antes de acostarse... o a lo que fuera

-Tienes un visitante -me dijo.

-¿Moi?

-Esa es la moto de Morelli.

Me volví para mirar. En efecto, la Ducati de Morelli estaba aparcada iunto al Cadillac del señor Feinstein. Jolín. Metí una mano en el bolso para hurgar en el interior.

-¿Qué buscas? -quiso saber Ranger.

-Mi pistola.

-Es probable que no sea buena idea dispararle a Morelli -dijo Ranger-. Los polis son muy sensibles a esa clase de cosas.

Me bajé enérgicamente del coche, me estiré la falda y entré enfurruñada al edificio.

Cuando llegué a mi piso Morelli estaba sentado en el pasillo. Iba vestido con tejanos negros, botas negras de motociclista, camiseta negra y cazadora de piel negra también de motociclista. Tenía barba de dos días y el pelo largo, incluso para los estándares de Morelli. De no haber estado furiosa con él me habría quitado la ropa antes de llegar a mi puerta. De pronto comprendí que había pensado lo mismo con respecto a Ranger, pero así estaban las cosas. ¿Qué puedo decir? Muy pronto empezarían a resultarme atractivos Bunchy y Briggs.

-Vaya caradura tienes al venir aquí -le dije a Morelli mientras buscaba la llave.

Se sacó su propio llavero del bolsillo y abrió la puerta de mi casa.

-¿Desde cuándo tienes llave de mi apartamento? -le pregunté.

-Desde que tú me la diste, cuando nuestra relación era más cordial -me miró y una expresión divertida suavizó la tensión de su boca-. ¿Has estado bebiendo?

-Gajes del oficio. Tenía que hacer un trabajo para Ranger y beber parecía lo más adecuado en ese preciso momento.

-¿Quieres un poco de café?

-Ni en broma; eso acabaría con la diversión. Además, no me bebería tu café. Y ya puedes irte, gracias.

-Me parece que no -Morelli abrió la nevera, rebuscó por ahí y encontró el paquete de café Mocha Java que había comprado en el Grand Union. Midió el agua y el café y accionó el interruptor de mi cafetera-. Déjame ver si lo entiendo. Estás furiosa conmigo, ¿no?

Puse los ojos en blanco hasta tal punto que me vi a mí misma pensar. Y mientras mis ojos emprendían el camino de vuelta, busqué a Briggs. ¿Dónde estaría ese pequeño demonio?

-¿Quieres darme alguna pista? -preguntó Morelli.

-No te mereces una pista.

-Eso seguramente es cierto, pero qué tal si me das una de todas formas.

-Terry Gilman.

-¿Sí?

-Eso es todo. Ahí tienes tu pista, so asqueroso.

Morelli sacó dos tazones del armario sobre la encimera y los llenó de café. Añadió leche y me tendió uno de los tazones.

-Necesito más para empezar que un simple nombre.

-No, no necesitas más. Sabes exactamente de qué estoy hablando.

Su busca empezó a sonar, y profirió algunos juramentos bastante creativos. Comprobó el visor e hizo una llamada desde mi telefono.

-Tengo que irme -dijo-. Me gustaría quedarme y arreglar esto, pero ha surgido algo.

Llegó hasta la puerta y se volvió para regresar.

-Casi me olvido. ¿Has visto a Ramírez?

-Sí. Y quiero una orden de detención y que se le revoque la condicional.

-Su libertad condicional ya ha sido revocada. Anoche recogió a una fulana en la calle Stark y estuvo a punto de matarla. Le dio una paliza y la deió en un contenedor, dándola por muerta. La mujer consiguió salir de alguna forma y esta mañana la han encontrado dos niños.

-¿Va a ponerse bien?

-Eso parece. Aún está en estado crítico, pero está poniendo de su parte. ¿Cuándo le has visto?

-Hará una media hora.

Le conté lo del asunto del coche y el incidente con Ramírez.

Vi burbujear las emociones en el interior de Morelli. Frustración, en su mayor parte. Y un poco de rabia.

-Supongo que no considerarás la idea de mudarte conmigo otra vez, ¿no? -quiso saber-. Sólo hasta que encontremos a Ramírez.

La casa va a estar un poco llena con Terry allí también.

-Supones bien.

-¿Y si me caso contigo?

-¿Ahora quieres casarte conmigo? ¿Qué pasa cuando atrapen a Ramírez? ¿Que nos divorciamos?

-En mi familia no hay divorcios. La abuela Bella no querría ni oír hablar de eso. Tienes que morir para librarte de un matrimonio en mi familia.

-Vaya, qué alegre suena eso -y era verdad. Comprendía hasta cierto punto la actitud de Joe ante el matrimonio. Los hombres Morelli tenían un historial bíen malo. Bebían demasiado. Engañaban a sus esposas. Pegaban a sus hijos. Y el sufrimiento continúa hasta que la muerte los separe. Afortunadamente para muchas de las esposas Morelli, la muerte visitaba temprano a los hombres Morelli. Les pegaban un tiro en disputas de bar, se mataban en accidentes por conducir bajo el efecto del alcohol o las drogas, o les explotaba el hígado-. Ya hablaremos en otro momento. Será mejor que te vayas. Y no te preocupes, tendré cuidado. Mis puertas y ventanas están bien cerradas, y llevo una pistola.

-¿Tienes permiso para llevar armas?

-Me lo saqué ayer.

-No me había enterado -repuso Morelli. Inclinó la cabeza para besarme levemente en los labios-. Asegúrate de que la pistola esté cargada.

En realidad era un tipo muy agradable. Algunos de los genes Morelli menos deseables le habían pasado de largo. Tenía el atractivo y el encanto de los Morelli y ninguna de las cualidades groseras. La parte de mujeriego aún estaba en cuestión.

Le sonreí y le di las gracias. Aunque no sé muy bien por qué se las daba. Por mostrarse decente con lo de la pistola, supongo. O quizá por preocuparse por mi seguridad. En cualquier caso, la sonrisa y las gracias bastaron para animar a Morelli. Me atrajo hacia sí y volvió a besarme, esta vez de manera ardiente y seria. No era un beso que olvidaría con facilidad, o al que quisiera poner fin.

Cuando dejó de besarme, aferrándome aún entre sus brazos, volvió a sonreír.

-Así está mejor -dijo-. Te llamaré cuando pueda.

Y se marchó.

¡Maldición! Cerré con llave tras él y me dí un buen mamporro en la frente con la palma de la mano. Estaba hecha una taruga. Acababa de besar a Morelli como si no existiera un mañana. No era precisamente el mensaje que había querido transmitirle. ¿Y qué pasaba con Terry? ¿Qué pasaba con Bunchy? ¿Qué pasaba con Ranger? Ranger no cuenta, me dije. Ranger no era parte de ese problema. Ranger suponía un problema distinto.

Briggs asomó la cabeza por la puerta del baño.

-¿Ya puedo salir?

-¿Qué haces ahí dentro?

-Os oí en el pasillo y no quería cagarla. Sonaba como si al fin tuvieras un ligue.

-Gracias, pero no parece que haya sido el caso.

-Ya veo.

A LA UNA EN PUNTO aún estaba despierta. Era por el beso. No podía dejar de pensar en el beso, y en lo que había sentido al cogerme Morelli en sus brazos. Y entonces empecé a pensar en lo que habría sentido de haberme él arrancado la ropa y besado en otros sitios. Y entonces ahí estaba Morelli desnudo. Y Morelli desnudo y excitado. Y Morelli poniéndole remedio a lo de estar desnudo y excitado. Y era por eso por lo que no podía dormir. Otra vez.

A las dos en punto no estaba más cerca de dormirme. Condenado Morelli. Me levanté de la cama y me fui descalza a la cocina.

Rebusqué en los armanos y en la nevera, pero no encontré lo adecuado para saciar mi hambre. Lo que quería era Morelli, por supuesto, pero si no podía tener a Morelli lo que quería entonces era una galleta Oreo. Montañas de galletas Oreo. Tendría que haber pensado en comprar Oreo cuando estuve en la tienda.

El Grand Union estaba abierto las veinticuatro horas. La idea era tentadora, pero no muy buena. Ramírez podía estar ahí fuera. Ya era bastante malo preocuparse por él a la luz del día cuando había gente alrededor y la visibilidad era buena. Salir por la noche parecía estúpidamente arriesgado.

Volví a la cama y en lugar de pensar en Joe Morelli me encontré pensando en Ramírez, preguntándome si estaría ahí fuera, en su coche, en el aparcamiento o en una de las calles laterales. Conocía todos los coches del aparcamiento. Si había un coche extraño en él, lo vería.

La curiosidad pudo conmigo. Y la excitación ante una posible captura. Si Ramírez estaba esperando en mi aparcamiento, podría hacer que le pescaran. Me deslicé de baio las sábanas y me dirigí con sigilo hacia la ventana. El aparcamiento estaba bien iluminado. No habia ningún sitio para que un coche pudiera ocultarse en las sombras. Así la cortina y la descorrí. Esperaba ver el aparcamiento. En lugar de eso lo que vi fueron los ojos de obsidiana de Benito Ramírez. Estaba en la escalera de incendios y me miraba con lascivia, con el rostro

Librodot

iluminado por la luz ambiental, su cuerpo gigantesco ensombrecido y amenazador contra el cielo nocturno, los brazos extendidos y las palmas apoyadas contra el marco de la ventana.

Retrocedí de un salto y solté un grito, y el terror invadió cada parte de mi cuerpo. No podía respirar. No podía moverme.

No podía pensar.

-Stephanie -canturreó con la voz amortiguada por el cristal oscuro. Rió con suavidad y volvió a entonar mi nombre-. Stephanie.

Me volví en redondo y salí disparada de la habitación en dirección a la cocina, donde hurgué en el bolso en busca de la pistola. La encontré y corrí de vuelta al dormitorio, pero Ramírez ya no estaba. La ventana aún estaba cerrada a cal y canto y las cortinas semidescorridas. La escalera de incendios estaba desierta. Tampoco había rastro de él en el aparcamiento.

Ningún coche extraño que pudiera ver. Por un instante creí haberlo imaginado todo. Y entonces vi el papel pegado por la parte de fuera del cristal. Había un mensaie manuscrito en él: «Dios te está esperando. Pronto te llegará la hora de verle.»

Corrí de vuelta a la cocina para llamar a la comisaría de policía. Me temblaba la mano y mis dedos no conseguían oprimir los números adecuados en el teléfono. Respiré profundamente para calmarme y lo intenté otra vez. Inspiré de nuevo y le conté lo de Ramírez al oficial que había respondido. Colgué y marqué el número de Morelli. A medio marcar corté la comunicación.

Supongamos que contesta Terry. Qué estupidez, me dije. Ella lo había dejado en casa. No hagas una montaña de un grano de arena. Podía haber una explicación. E incluso aunque Joe no fuera el mejor novio del mundo, seguía siendo un poli condenadamente bueno.

Volví a marcar y esperé mientras el teléfono sonaba siete veces. Finalmente se conectó el contestador automático, Morelli no estaba en casa. Morelli estaba trabajando. Noventa por ciento de certeza, diez por ciento de duda. Fue ese diez por ciento lo que me impidió llamarle al móvil o al busca.

Me percaté de pronto de que Briggs estaba de pie junto a mí.

El sarcasmo habitual había desaparecido de su voz cuando habló.

-No creo haber visto nunca a alguien tan asustado. Ni siquiera has oído lo que te estaba diciendo.

-Había un hombre en la escalera de incendios.

-Ramírez.

-Sí. ¿Sabes quién es?

-Un boxeador.

-Es más que eso. Es una persona espantosa.

-Vamos a preparar un poco de té -sugirió Briggs-. No tienes muy buen aspecto.

Me llevé la almohada y el edredón a la salita y me instalé en el sofá con Briggs. Todas las luces de la casa estaban encendidas y tenía la pistola al alcance sobre la mesa de centro. Permanecí allí sentada hasta que amaneció, dormitando ocasionalmente. Cuando salió el sol volví a la cama y dormí hasta que el teléfono me despertó a las once.

Era Margaret Burger.

-He encontrado un recibo -dijo-. Estaba mal archivado. Es de la época en que Sol discutía con la compañía de instalación del cable. Sé que el señor Bunchy estaba interesado en verlo, pero no sé cómo ponerme en contacto con él.

-Yo puedo hacérselo llegar -le dije-. Tengo unas cuantas cosas que hacer, y luego pasaré por su casa.

-Estaré aquí todo el día -repuso Margaret.

No sabía qué iba a sacar en limpio de aquel recibo, pero pensé que no estaría de más echarle un vistazo. Preparé café y me serví un vaso de zumo de naranja. Me di una ducha rápida, me vestí con mi uniforme habitual de Levi's y camiseta de manga larga, me tomé el café, me comí un pedazo de tarta y llamé a Morelli. Seguía sin haber respuesta, pero en esa

ocasión le dejé un mensaje. El mensaje era que Morelli debía avisarme de inmediato al busca si cogían a Ramírez.

Saqué el espray de autodefensa del bolso y me lo sujeté con el clip a la cintura de los Levi's.

Briggs estaba en la cocina cuando salí.

-Ten cuidado -me dijo.

Se me hizo un nudo en el estómago al entrar al ascensor, y de nuevo al salir del vestíbulo al aparcamiento. Lo crucé con rapidez hasta el coche, puse en marcha el Porsche y miré por el retrovisor mientras me alejaba.

Se me ocurrió que ya no andaba buscando al tío Fred en cada esquina. De algún modo la búsqueda de Fred había asumido la forma de un misterio en torno a una muier descuartizada y unos empleados de oficina muertos y de una compañla de basuras nada dispuesta a cooperar. Me dije que todo era lo mismo. Que de alguna manera todo estaba relacionado con la desaparición de Fred. Pero no estaba completamente convencida. Todavía era posible que Fred estuviera en Fort Lauderdale, y yo estaba dejándome la piel mientras Bunchy se partía de risa. Quizá Bunchy fuera de hecho uno de los de la cámara oculta y yo formara parte de un programa sobre meteduras de pata divertidas de cazarrecompensas.

Margaret abrió la puerta en cuanto llamé. Tenía el recibo a mano y me estaba esperando. Lo examiné, pero no vi nada fuera de lo corriente.

-Puedes llevártelo si quieres -me dijo Margaret-. A mí no me sirve para nada. Quizá el simpático del señor Bunchy también quiera verlo.

Me metí el recibo en el bolso y le di las gracías a Margaret.

Aún estaba asustada por haberme encontrado a Ramírez en la escalera de incendios, de modo que me dirigí a la oficina para ver si Lula quería hacerme de guardia armada durante el resto de la jornada.

-No sé -repuso Lula-. No estarás haciendo nada con ese tal Bunchy, ¿no? Tiene un sentido del humor de lo más macabro.

Le dije que iríamos en mi coche y que no tenía de qué preocuparse.

-Supongo que será mejor así -dijo-. Podría llevar un sombrero, para que nadie me reconozca.

-No será necesario. Tengo un coche nuevo.

Connie alzó la mirada de la pantalla del ordenador.

-¿Qué clase de coche?

-Uno negro.

-Eso está mejor que azul azafata -comentó Lula-. ¿Qué es? ¿Uno de esos Jeeps pequeños?

-No, no es un Jeep.

Tanto Connie como Lula me miraron con expresión expectante.

-¿Y bien? -quiso saber Lula.

-Es...un Porsche.

-¿Qué has dicho? -preguntó Lula.

-Un Porsche.

Ambas corrieron hacia la puerta.

-Que me aspen si no parece en efecto un Porsche –dijo Lula-. ¿Qué has hecho, robar un banco?

-Es un coche de empresa.

Lula y Connie volvieron a dirigirme aquellas miradas expectantes, con las cejas tan arqueadas que casi les llegaban a la coronilla.

-Bueno, ya sabéis que he estado trabajando para Ranger...

Lula le echó un vistazo al interior del coche.

-¿Te refieres a cuando hiciste que aquel tío volara por los aires? ¿O a cuando perdiste al jeque? -y añadió-. Espera un momento, ¿me estás diciendo que Ranger te ha dado este coche porque trabajas para él?

Carraspeé un poco y froté una huella digital en el panel trasero con el borde de mi camisa de franela.

Lula y Connie empezaron a sonreír.

-Vaya, vaya -comentó Lula pellizcándome en el brazo-. Caramba con la chica.

-No se trata de esa clase de trabajo -expliqué.

A Lula la sonrisa le llegaba ahora de oreja a oreja.

-Yo no he dicho nada sobre la clase de trabajo. Connie, ¿me has oído decir algo sobre esta o aquella clase de trabajo?

-Sé en qué estás pensando -dije.

Connie intervino.

-Veamos... por un lado está el sexo oral. Y luego está el sexo normal. Y por otro está el...

-Nos vamos acercando -interrumpió Lula.

-Todos los hombres que trabajan con Ranger conducen coches negros -me quejé.

-Pero les da un 4x4 -me recordó Lula-. No les da un Porsche.

Me mordí el labio inferior.

-Así pues, ¿creéis que quiere algo?

-Ranger nunca hace las cosas por nada -explicó Lula- Tarde o temprano se cobra su precio. ¿Me estás diciendo que no sabes cuál es el precio?

-Supongo que pensaba que era uno más de sus muchachos y que el coche era parte de mi trabajo.

-He visto la forma en que te mira -dijo Lula-. Y sé que no mira así a ninguno de sus muchachos. Creo que lo que necesitas es una descripción exacta de tu empleo. Aunque si yo estuviera en tu caso no me importaría. Si pudiera ponerle las manos encima al cuerpo de ese hombre, sería yo quien le comprara a él un Porsche.

Fuimos hasta el centro comercial del Grand Union y aparqué delante del banco First Trenton.

-¿Qué hacemos aquí? -quiso saber Lula.

Buena pregunta. Yo misma no tenía muy clara la respuesta.

-Tengo un par de recibos que quiero enseñarle a mi prima. Es una de las cajeras.

-¿Tienen algo de especial esos recibos?

-Sí. Sólo que no sé qué es -se los tendí a Lula-. ¿Qué opinas tú?

-A mí no me parecen más que dos recibos vulgares y corrientes.

El banco estaba lleno a la hora de comer, así que nos pusimos en la cola para ver a Leona. Miré hacia el despacho de Shempsky mientras esperaba turno. La puerta estaba abierta y Shempsky estaba sentado a su escritorio, hablando por teléfono.

-Eh -me dijo Leona cuando llegué ante su ventanilla-. ¿Qué tal?

-Quería pedirte que vieras un recibo -le pasé el recibo de Margaret-. ¿Ves algo raro en él?

Lo miró por delante y por detrás.

-No.

Le di el recibo de Fred de RGC.

-¿Y en éste?

-Tampoco.

-¿Hay algo extraño en esas cuentas?

-No por lo que veo -tecleó cierta información en el ordenador y examinó la pantalla-. El dinero entra y sale con bastante rapidez de esta cuenta de RGC. Mi opinión es que se trata de una pequeña cuenta de líquido que RGC mantiene a nivel local.

-¿Por qué dices eso?

-RGC es la mayor transportista de residuos de la zona, aquí no veo las suficientes transacciones. Además, yo soy clienta de RGC y mis recibos se gestionan a través de Citibank. Cuando una trabaja en un banco advierte cosas como ésa.

-¿Qué me dices del recibo de la compañía instaladora de cable?

Leona volvió a examinarlo.

-Ajá. Es lo mismo. Los recibos los gestiona otra entidad.

-¿No es inusual lo de asignar clientes a dos bancos distintos?

Se encogió de hombros.

-No lo sé. Supongo que no, ya que ambas compañías lo hacen.

Le di las gracias a Leona y volví a meterme los recibos en el bolso. Casi choqué con Shempsky cuando me volvía para marcharme.

-Uuups -exclamó dando un salto hacia atrás-. No pretendía colisionar contigo. Sólo venía a ver qué tal te van las cosas.

-Las cosas me van bien -le presenté a Lula y pensé que hablaba en favor de Shempsky que no hubiera dado señales de advertir el pelo naranja neón de Lula o el hecho de que hubiera embutido noventa y tantos kilos de mujer en unas mallas talla pequeña, rematadas con una camiseta de Cherry Garcia y una chaqueta de pieles falsas bordeada por lo que parecía melena de león de color rosa.

-¿Qué pasó al final con aquel recibo? -me preguntó Shempsky-. ¿Resolviste el misterio?

-Aún no, pero estoy haciendo progresos. He encontrado un recibo similar de otra compañía. Y lo curioso es que ambos recibos se emitieron desde aquí.

-¿Por qué es curioso eso?

Decidí contarle una bola; no quería involucrar a Leona o Margaret Burger.

-Los recibos que yo tengo de esas compañías fueron emitidos en cambio por otras entidades. ¿No te parece raro?

Shempsky esbozó una sonrisa.

-No. En absoluto. Las empresas a menudo mantienen pequeñas cuentas locales de Iíquido, pero depositan el grueso de su dinero en otras entidades.

-He oído que lo hacen -intervino Lula.

-¿Llevas contigo el otro recibo! --preguntó Shempsky-. ¿Quieres que le eche un vistazo?

-No, pero gracias por el ofrecimiento.

-Vaya -repuso Shempsky-. Eres de lo más tenaz. Estoy impresionado. Supongo que crees que todo esto tiene que ver con la desaparición de Fred.

-Creo que es posible.

-¿Adónde vas al salir de aquí?

-A RGC. Todavía tengo que liquidar esa cuenta. Iba a hacerlo el viernes pasado, pero llegué allí después de que Lipinski se suicidara.

-No era un buen momento para hablar de negocios -comentó Shempsky.

-No.

Me ofreció su sonrisa de banquero amistoso.

-Bueno, pues buena suerte.

-No necesita suerte -intervino Lula-. Es excelente. Siempre atrapa a su hombre, ya sabes a qué me refiero. Es tan buena que conduce un Porsche. ¿Cuántas cazarrecompensas conoces que conduzcan un Porsche?

-En realidad es un coche de empresa -le expliqué a Shempsky.

Por fin tenía la sensación de haber dado con algo. Tenía cierta idea de cómo podían enlazar un montón de cosas. Aún faltaban cabos por atar pero era algo que requería consideración.

Cogí la calle Klockner hasta Hamilton y crucé South Broad. Me interné en la zona industrial y me sentí aliviada ante la ausencia de luces parpadeantes y coches patrulla. Ese día no había desastres humanos. En el aparcamiento de RGC no había camiones y no apestaba.

Estaba claro que el mediodía era el mejor momento para visitar una compañía de recogida de basuras.

-Quizá se muestren un poco sensibles ahí dentro -le dije a Lula.

-Puedo ser sensible hasta hacerte caer de culo -respondió ella-. Sólo espero que hayan pintado la pared.

Las oficinas no parecían recién pintadas, pero tampoco estaban ensangrentadas. Había un hombre detrás del mostrador, trabajando en uno de los escritorios. Tenía unos cuarenta y tantos, cabello castaño y era de complexión delgada. Alzó la mirada cuando nos acercamos.

-Me gustaría liquidar una cuenta -dije-. Hablé con Larry al respecto, pero nunca llegamos a resolverlo. ¿Es usted nuevo?

Tendió la mano.

-Mark Stemper. Soy de las oficinas de Camden. Estoy de suplente de forma temporal.

-¿Es ésa la pared que quedó salpicada de sesos? -preguntó Lula-. No parece recién pintada. ¿Cómo la han dejado tan limpia? Nunca tengo suerte cuando se trata de quitar sangre de las paredes.

-Vino una empresa de limpieza -respondió Stemper-. No sé qué utilizaron exactamente.

-Vaya, qué pena, porque podría haberlo usado yo.

Stemper la miró con cierta cautela.

-¿Se le manchan con frecuencia las paredes de sangre?

-Bueno, no suele tratarse de mis paredes. Con respecto a esa cuenta... -intervine.

-¿A qué nombre?

-Fred Shutz.

Tecleó en el ordenador y negó con la cabeza.

-No aparece nadie con ese nombre.

-Exactamente -le expliqué el problema y le enseñé el recibo sellado.

-Nosotros no trabajamos con ese banco -dijo.

-Quizá tengan ustedes una segunda cuenta allí.

-Ajá -intervino Lula-; una cuenta local de líquido.

-No. Todas las oficinas funcionan igual. Lo hacemos todo a través de Citibank.

-Entonces, ¿cómo explica ese recibo?

-No sé cómo explicarlo.

-¿Eran Martha Deeter y Larry Lipinski los dos únicos empleados aquí?

-En estas oficinas, sí.

-Cuando alguien envía por correo su pago trimestral, ¿adónde va a parar?

-Pasa a través de aquí. Se introduce en el sistema y se deposita en una cuenta del Citibank.

-Nos ha sido usted de gran ayuda -dije-. Gracias.

Lula me siguió al exterior.

-Personalmente, no me parece que haya sido de mucha ayuda. No sabía nada.

-Sabía que era el banco equivocado -dije.

-Cualquiera diría que eso te excita.

-Tuve una especie de inspiración mientras hablaba con Allen Shempsky.

-¿Quieres compartirla conmigo?

-Supongamos que Larry Lipinski no introducía todas las cuentas. Supongamos que retenía el diez por ciento para él y las depositaba en alguna otra parte.

-Fraude -dijo Lula-. Crees que se trataba de un fraude para chorizarle el dinero a RGC. Y entonces apareció Fred y empezó a armar follón. Y Lipinski tuvo que librarse del tío Fred.

-Tal vez.

-Eres la hostia -exclamó Lula-.Chica, pero que lista eres

Lula y yo chocamos los cinco, primero por arriba y luego por abajo, y entonces ella trató de hacer conmigo algo muy elaborado con las manos, pero me perdí a medio camino.

En realidad yo pensaba que era más complicado que deshacerse simplemente de Fred porque hubiera armado follón acerca de su cuenta. Parecía más probable que la desapanción de Fred estuviera relacionada con la mujer desmembrada. Y todavía creía que aquella mujer podía ser Laura Lipinski. Así pues, las piezas parecían encajar de algún modo. Podía construir un posible escenario hasta el punto en que Fred veía a Lipinski dejar la bolsa de basura ante la inmobiliaria. Después de eso me perdía.

Estábamos a punto de entrar en el coche cuando se abrió la puerta lateral del edificio y Stemper asomó la cabeza y nos hizo un ademán.

-Eh -exclamó-. Esperen un segundo. Ese recibo me tiene preocupado. ¿Me permitirían hacer una copia?

No me pareció que eso pudiera hacer daño alguno, así que Lula y yo volvimos a la oficina con él y esperamos mientras toqueteaba la fotocopiadora.

-Este maldito trasto nunca funciona, esperen, voy a cambiar el papel.

Media hora más tarde me devolvió el recibo con una disculpa.

-Siento que llevara tanto tiempo -dijo-. Pero quizá valga la pena. Lo enviaré a Camden y veré qué sacan en limpio. Opino que es bastante extraño. Nunca me había encontrado con nada parecido.

Volvimos al Porsche y nos arrellanamos en los asientos de piel.

-Me encanta este coche -diio Lula-. Me siento la hostia en este coche.

Sabía exactamente qué quería decir. Era un coche de ensueño. Cuando una lo conducía se sentía más guapa, más sexy, más valiente y más lista, no importaba si era cierto o no. Ranger sabía de qué hablaba con eso de ampliar horizontes. Cuando conducía el Porsche podía verme a mí misma con horizontes más amplios.

Metí la marcha y me dirigí hacia la vía de salida del aparcamiento. Éste estaba rodeado por una alta valla de tela metálica.

Los camiones que no se utilizaban aparcaban al fondo, y los empleados de oficina y visitantes en la parte de delante. Una doble puerta daba a la calle. Por la noche probablemente permanecía cerrada. Durante el día estaba abierta y era lo bastante amplia como para que pasaran por ella dos camiones.

Me detuve en la puerta abierta y al mirar a la izquierda vi el primer camión de basura del día volver traqueteante. Su envergadura era colosal. Una bestia bíblica en verde y blanco que estremecía la tierra a medida que se acercaba con estruendo, con su mole precedida por el hedor de todo lo podrido de este mundo y su llegada anunciada por gaviotas en descenso.

El camión describió un amplio círculo para entrar en el aparcamiento y Lula dio un respingo en el asiento.

-Me cago en la leche, ese tío no nos ha visto. Está girando como si la carretera fuera suya.

Metí la marcha atrás, pero era demasiado tarde. El camión pasó pegado al costado del Porsche, arrancando fibra de vidrio de medio coche. Me apoyé sobre la bocina y el conductor del camión se detuvo y bajó una atónita mirada hacia nosotras.

Lula saltó del coche echando pestes y yo la seguí, pasando por encima de su asiento porque mi lado estaba incrustado en el monstruoso camión de basura.

-Caray, señoras -dijo el conductor-. No sé qué ha pasado. No las he visto hasta que han empezado a tocar la bocina.

-Eso no lo hace menos grave -gritó Lula-. Esto que ves aquí es un Porsche. ¿Sabes qué ha tenido que hacer para conseguir este Porsche? Bueno, de hecho todavía no ha hecho nada, pero con suerte va a tener que hacer un montón de cosas. Más te vale que esta empresa esté asegurada -se volvió hacia mí- Tienes que intercambiar los datos de la compañía de seguros. Eso es siempre lo primero que hay que hacer. ¿Tienes la póliza?

-No lo sé. Supongo que todos los papeles estarán en la guantera.

-Ya los busco yo -me dijo Lula-. No puedo creer que esto le haya pasado a un Porsche. La gente debería tener más cuidado al ver un Porsche en la carretera -metió medio cuerpo en

el coche, rebuscó en la guantera y volvió en un santiamén-. Me parece que es esto dijo tendiéndome la póliza-. Y aquí tienes tu bolso. Es posible que necesites el permiso de conducir

-Quizá deberíamos avisar al tío de la oficina -diio el conductor-. Rellena los formularios para esta clase de cosas.

Me pareció buena idea. Y ya que estábamos qué tal si simplemente escurría el bulto y me conseguía un billete de ida a Río. Nq quería tener que explicarle aquello a Ranger.

-Sí, vayamos a buscar a ese tipo de la oficina –convino Lula-. Porque podría tener un traumatismo cervical o algo así.

-Creo que ya lo estoy notando. Quizá debería entrar y sentarme

Habría puesto los ojos en blanco, pero pensé que debía conservar las energías en caso de que Lula quedara paralizada de pronto a causa del impacto a menos de un kilómetro por hora que acababa de sufrir.

Nos dirigimos todos hacia el edificio y acabábamos de traspasar la puerta cuando se oyó una fuerte explosión. Nos detuvimos en seco y nos miramos. Hubo un instante de perpleja inmovilidad y luego todos corrimos a ver qué había pasado.

Salimos en tropel por la puerta y nos tambaleamos cuando tuvo lugar una segunda explosión y el Porsche ardió en llamas que lamieron la parte inferior del camión de basura.

-Oh, mierda -exclamó el conductor-. ¡Todo el mundo a cubierto! Tengo el depósito lleno de gasolina.

-¿Que tienes que? -preguntó Lula.

Y entonces hizo explosión. ¡Brrruuuum! Despegue. El camión de basura se levantó del asfalto. Puertas y neumáticos salieron disparados como discos voladores, el camión volvió a caer con una sacudida, escoró sobre un costado y cayó sobre el Porsche que ardía ferozmente para convertirlo en crepe de Porsche.

Nos pegamos contra la pared del edificio mientras llovían en torno a nosotros pedazos de chatarra y tiras de caucho.

-Uyuyuy -se lamentó Lula-, me parece que ese Porsche no lo arregla ni McGyver.

-No lo entiendo -dijo el conductor-. No ha sido más que un arañazo. Apenas si he llegado a abollar el coche. ¿Por qué iba a explotar así?

-Eso es lo que les pasa a los coches de esta chica –explicó Lula-. Que explotan. Pero tengo que decirte que ésta ha sido la mejor. Ésta ha sido la primera vez que ha hecho explotar un camión de basura. En cierta ocasión a su vehículo le dio de lleno un misil antitanque. Aquello tampoco estuvo mal, pero no puede compararse con lo de hoy.

Saqué el teléfono móvil del bolso y marqué el número de Morelli.

CAPÍTULO DOCE

SOLO QUEDABA EN ESCENA un Camión de bomberos y sus hombres dirigían la tarea de limpieza. Se había traído una grúa, para mover el camión de RGC. Cuando lo levantaran de encima del Porsche podría meterme el coche en el bolsillo. Connie había recogido a Lula para llevársela de vuelta al trabaio y la mayoría de conductores de RGC que habían ido apareciendo para entonces habían perdido el interés y se habían dispersado.

Morelli había llegado unos segundos bespués que el primer camión de bomberos y estaba ahora amenazadoramente cerca de mí, con los brazos en jarras, aguzando la mirada y sometiéndome a un interrogatorio inquisitorial.

-Cuéntame otra vez por qué Ranger te dio un Porsche.

-Era un coche de empresa. Todo el mundo que trabaja con Ranger conduce un coche negro, y como el mío era azul...

-Te dio un Porsche.

Ahora fui yo quien aguzó la mirada.

-A ver, ¿cuál es exactamente el problema?

-El problema es que quiero saber qué hay entre tú y Ranger.

-Ya te lo he dicho. Trabajo para él -y suponía que estaba flirteando con él, pero no creí necesario informarle al respecto. Además, para Morelli aquello era ver la paja en el ojo ajeno.

Morelli no parecía satisfecho, y desde luego no parecía feliz.

-Supongo que no te molestaste en comprobar el número de matricula de tu Porsche.

-Supones bien -y no parecía probable que nadie lo fuera a comprobar ahora, teniendo en cuenta que el Porsche había volado por los aires y lo que quedaba de él tenía diez centímetros de grosor.

-¿No te preocupaba la posibilidad de que condujeras un coche robado?

-Ranger no me daría un coche robado.

-Ranger le daría un coche robado a su propia madre -repuso Morelli-. ¿De dónde crees que saca todos esos coches que va regalando? ¿Crees que se los da el hada de los coches?

-Estoy segura de que hay una explicación.

-¿Como cuál?

-No sé cuál. Y de todas formias en este momento tengo otras preocupaciones. Como por ejemplo por qué ha explotado mi coche.

-Buena psegunta. Me parece improbable que la rayada del camión de basura causase la explosión. Si fueras una persona normal me vería en apuros para encontrar una explicación. Dado que se trata de ti... sospecho que alguien te ha puesto una bomba.

-¿Por qué ha tardado tanto? ¿Por qué no ha explotado al poner en marcha el coche?

-Se lo he preguntado a Murphy. Es el experto en estas cosas. Cree que puede haberse tratado de un artefacto con temporizador, para que estallara cuando estuvieras en la calle, no en el aparcamiento.

-Entonces quizá la haya puesto alguien de la compañía de basuras, y no quería una explosión tan cerca de las oficinas.

-Hemos buscado a Stemper, pero no aparece por ninguna parte.

-¿Habéis comprobado si está su coche?

-El coche sigue aquí.

-¿Me estás tomando el pelo? ¿Ha desaparecido así, por las buenas?

Morelli se encogió de hombros.

-No significa gran cosa. Puede haberse ido a tomar una copa con un amigo. O quizá haya acabado hasta el gorro de esperar a que el aparcamiento se despejara lo bastante como para sacar los coches y ha encontrado otra forma de irse a casa.

-Pero vais a buscarle, ¿no?

-Sí.

-¿Y aún no ha llegado a casa?

-Todavía no.

-Tengo una teoría -le dije.

Morelli sonrió.

-Ésta es la parte que más me gusta.

-Creo que Lipinski estaba cometiendo un fraude. Y que tal vez Martha Deeter estaba conchabada con él, o que lo descubrió o que no paraba de darle la murga. Sea como fuere, creo que Lipinski pudo haberse quedado para sí el dinero de algunas cuentas -le mostré a Morelli los recibos y le conté lo de los bancos.

-¿Y crees que ese otro tío de la instaladora de cable, John Curly, también estaba en el ajo?

-Hay varias similitudes.

-Y Fred podría haber desaparecido porque estaba armando demasiado barullo, ¿no?

-Por más que eso -le conté lo del folleto del Mega Monster en la bolsa de basura, y lo de Laura Lipinski, y por fin lo de Fred y las hojas.

-No me gusta cómo pinta todo esto -repuso Morelli-. Me gustaría haberlo sabido antes.

-Acabo de atar cabos.

-Vas dos pasos por delante de mí. Esta vez he sido un verdadero tontaina. Háblame del falso corredor de apuestas.

-Bunchy.

-Ajá, como sea que se llame.

Enarqué una ceja.

-Suponía que vosotros dos trabajabais juntos.

-¿Qué aspecto tiene ese Bunchy?

-Parece una boca de riego con cejas. Más o menos de mi altura. Cabello castaño que necesita un corte y que empieza a escasear. Tiene pinta de vagabundo, pero camina y habla como un poli. Bebe Corona.

-Le conozco, pero me sería difícil decir que trabajo con él. Ese tío no trabaja con nadie.

-Supongo que no querrás compartir conmigo lo que sabes, ¿no?

-No puedo.

Respuesta errónea.

-Vale, déjame ver si lo entiendo -dije-. Un tío del FBI me ha estado siguiendo durante días, acampando ante mi puerta y entrando a la fuerza en mi casa, ¿y te parece que eso está bien?

-No, no creo que esté bien. Creo que es motivo para molerle a palos. No sabía que estuviera haciéndolo y voy a asegurarme de que lo deje. Es sólo que en este momento no puedo decirte de qué va todo esto. Lo que sí puedo decirte es que deberías quitarte de en medio y dejar que a partir de ahora nos ocupemos nosotros. Es obvio que los dos estamos siguiendo la misma senda.

-¿Por qué tengo que ser yo la que se quite de en medio?

-Porque es a ti a la que están poniendo bombas. ¿Has notado acaso que explotara mi coche?

-El día aun no ha terminado.

El busca de Morelli se disparó. Contempló el visor y exhaló un suspiro.

-Tengo que irme. ¿Quieres que te lleve a casa?

-Gracias, pero tengo que quedarme. He llamado a Ranger para que viniera. No estoy segura de qué quiere hacer con el Porsche.

-Vamos a tener que hablar sobre Ranger, y pronto –dijo Morelli.

-Oh, vaya. Estoy ansiosa por tener esa conversación.

Morelli bordeó la grúa y se metió en el polvoriento Fairlane granate que era su coche de empresa. El motor arrancó con un quejido y Morelli salió del aparcamiento.

Mi atención se centró de nuevo en el tipo que manejaba la grúa.Maniobraba con la pluma sobre el camión de basuras. Se sujetó un cable y el camión fue izado lentamente hasta ponerlo en pie, exponiendo lo que quedaba del Porsche.

Vi un destello de negro más allá de la grúa. Era el Mercedes de Ranger.

-Justo a tiempo -le dije cuando se aproximó.

Contempló el pedazo de chatarra, chafado y chamuscado, que estaba incrustado en el pavimento.

-Es el Porsche -expliqué-. Ha explotado, se ha incendiado y luego le ha caído encima el camión de basura.

-Me gusta sobre todo la parte del camión de basura.

-Temía que te cabrearas.

-Es fácil hacerse con un coche, nena. Las personas son más difíciles de reemplazar. ¿Estás bien?

-Sí. He tenido suerte. Te esperaba para ver qué querías hacer con el coche.

-No hay mucho que hacer con ese amasijo de chatarra -respondió Ranger-. Creo que vamos a desentendernos de él.

-Era un coche estupendo.

Ranger le dirigió una última mirada.

-Quizá vaya más con tu estilo una tanqueta último modelo -comentó guiándome hacia el Mercedes.

Las farolas ya estaban encendidas cuando cruzamos Broad y la penumbra se acentuaba. Ranger cogió la calle Roebling y se detuvo delante de Rossini's.

-He quedado aquí con un tío dentro de unos minutos. Entra y tómate una copa, y podemos cenar cuando haya acabado. No me llevará mucho tiempo.

-¿Se trata de un asunto de caza de recompensas?

-De negocios inmobiliarios -respondió Ranger-. He quedado con mi abogado. Tiene varios papeles para que firme.

-¿Vas a comprarte una casa?

Ranger sostuvo la puerta abierta para que pasara.

-Un edificio de oficinas en Boston.

Rossini's es un excelente restaurante del Burg. Una agradable mezcla de comodidad y elegancia, con manteles y servilletas de lino y comida de gourmet. Varios hombres trajeados se hallaban en pie ante la barra de roble del fondo. Unas cuantas mesas ya estaban ocupadas y en media hora el restaurante estaría a tope.

Ranger me guió hacia el bar y me presentó a su abogado.

-Stephanie Plum -repitió el abogado-. Tu cara me suena.

-No pretendía incendiar la funeraria -dije-. Fue un accidente.

El abogado sacudió la cabeza.

-No, no es de eso -sonrió-. Ya lo tengo. Estabas casada con Dickie Orr. Estuvo en nuestro bufete durante un breve período.

-Todo lo que Dickie hacía era breve -expliqué. En especial nuestro matrimonio. El muy cerdo.

Veinte minutos más tarde Ranger había concluido sus asuntos; el abogado apuró su copa y se marchó, y nos trasladamos a una mesa. Ese día Ranger iba de negro. Camiseta negra, pantalones de faena negros, botas negras y chaqueta impermeable negra. Se dejó la chaqueta puesta, y todo el mundo en el restaurante sabía por qué. Ranger no era de los que dejan la pistola en la guantera

Pedimos la cena y Ranger se arrellanó en la silla.

-Nunca cuentas muchas cosas de tu matrimonio.

-Tú nunca las cuentas sobre nada.

Sonrió.

-No hay mucho que contar.

-¿Has estado casado alguna vez?

-Hace mucho tiempo.

No esperaba esa respuesta.

-¿Tienes niños?

Se me quedó mirando largo rato antes de responder.

-Tengo una hija. Tiene nueve años. Vive con su madre en Florida .

-¿La ves alguna vez?

-Cuando estoy por esa zona.

¿Quién era en realidad ese hombre? Tenía en propiedad edificios de oficinas en Boston, y era padre de una niña de nueve años. Se me hacía difícil combinar ese nuevo descubrimiento con mi archivo mental del Ranger traficante de armas y cazarrecompensas.

-Cuéntame lo de la bomba -pidió-. Tengo la sensación de que tu vida es tan vertiginosa que me llevas la delantera.

Le expliqué mi teoría.

Todavía estaba arrellanado en el asiento, pero la línea de su boca había adquirido un rictus tenso.

-Las bombas no son nada bueno, nena; son de lo más desastroso. No le dejan a uno lo que se dice como nuevo.

-¿Se te ocurre algo que hacer al respecto?

-Sí, ¿nunca has pensado en tomarte unas vacaciones?

Arrugué la nariz.

-No puedo permitirme unas vacacíones.

-Te daré un adelanto sobre los servicios prestados.

Noté que me sonrojaba.

-En cuanto a esos servicios...

Ranger bajó la voz.

-Yo no pago por la clase de servicios que te preocupa.

-Uy, vaya.

Ataqué mi plato de pasta.

-De todas formas no me iría. No pienso abandonar la búsqueda del tío Fred. ¿Y dónde iba a dejar a Rex? Además, pronto será Halloween, y me encanta Halloween; no quiero perdérmelo.

Halloween es una de mis celebraciones favoritas. Me encanta el aire frío y vivificante, las calabazas y las decoraciones espeluznantes. De niña nunca me preocupó la recolecta de caramelos. En lo que ponía verdadero empeño era en lo de disfrazarme. Quizá revele ciertas cosas acerca de mi personalidad, pero pónganme detrás de una máscara, y soy una persona feliz. Pero no tras una de esas de goma, feas y sudorosas, que cubren la cabeza entera. A mí me gustan esos antifaces que sólo tapan alrededor de los ojos y que le dan a una aspecto de Lone Ranger.

Y pintarse la cara también es divertido.

-Por supuesto que ya no voy por ahí pidiendo golosinas -expliqué al tiempo que pinchaba un pedazo de salchicha-. Ahora voy a casa de mis padres y les doy caramelos a los niños. La abuela Mazur y yo siempre nos disfrazamos para cuando llegan. El año pasado yo iba de Zorro y la abuela de Lily Munster. Me parece que este año ella va a ser una Spice Girl.

-No me cuesta imaginarte de Zorro -comentó Ranger.

De hecho, el Zorro es uno de mis personajes favoritos. El Zorro es la hostia.

Tomé tiramisú de postre porque pagaba Ranger, y porque en Rossini's hacían un tiramisú de orgasmo. Ranger pasó del postre, por supuesto, pues no quería contaminar su cuerpo con azúcar ni deseaba un michelín extra en su estómago liso como una tabla. Engullí con voracidad los últimos trozos de bizcocho y crema y metí una mano bajo el mantel para desabrocharme con discreción el botón superior de los tejanos.

No soy una fanática del peso. La verdad es que ni siquiera tengo báscula. Juzgo mi peso por la forma en que se me adaptan los tejanos. Y por mucho que me costara admitirlo, esos tejanos no me quedaban precisamente bien. Necesitaba seguir una dieta mejor. Y necesitaba un programa de ejercicio. Mañana.

A partir de mañana mismo no volvería a coger el ascensor hasta la segunda planta, ni comería más donuts para desayunar.

Estudié a Ranger mientras me llevaba a casa, captando los detalles a la luz de los faros que se aproximaban o de las farolas de la calle. No llevaba anillos. Un reloj en la muñeca izquierda, con ancha correa de nylon. Ese día no llevaba pendientes en las orejas. Tenía una red de finas arrugas en torno a los ojos; arrugas producidas por el sol, no por la edad. Calculaba que tendría entre veinticinco y treinta y cinco años. Nadie lo sabía con seguridad. Y nadie conocía gran cosa de su pasado. Se movía con facilidad por las zonas bajas de Trenton, hablando la lengua de los barrios pobres y minoritarios y caminando con sus andares. Pero esta noche no había ni rastro de ese Ranger. Esta noche más parecía salido de Wall Street que de la calle Stark.

La vuelta hasta mi casa transcurrió en silencio. Ranger entró en el aparcamiento y yo eché un rápido vistazo en busca de tipos repulsivos. Como no encontré ninguno, abrí la puerta del coche antes de que éste se detuviera del todo. No tenía sentido quedarse ahí a oscuras, a solas con Ranger, tentando al destino. Ya había quedado como una gilipollas la última vez, cuando iba medio pedo.

-¿Tienes prisa? -preguntó Ranger; parecía divertido.

-Tengo cosas que hacer.

Me disponía a salir del coche cuando él me cogió por el pescuezo.

-Vas a tener cuidado -dijo.

-Ssss,.. sí.

-Y vas a llevar encima la pistola.

-Sí.

-Cargada.

-Vale, cargada.

Me soltó el pescuezo.

-Dulces sueños.

Salí corriendo hacia el edificio y subí por las escaleras, entré a toda prisa en casa y marqué el número de Mary Lou.

-Necesito ayuda esta noche con una operación de vigilancia -le diie-. ¿Puede quedarse Lenny con los niños?

Lenny es el marido de Mary Lou. Es buen tío, pero no tiene gran cosa en la azotea. Aunque eso le está bien a Mary Lou, pues de todas formas está más interesada en lo que hay más para abajo.

-¿A quién vamos a vigilar?

-A Morelli.

-Oh, querida, ¿entonces te has enterado?

-¿De qué me he enterado?

-Oh, oh. ¿No te has enterado?

-¿De qué? ¿De qué, maldita sea?

-De lo de Terry Gilman.

Ay. Aquello sí que era un tiro en el corazón.

-¿Qué pasa con Terry?

-Corre el rumor de que ha estado viendo a Joe a altas horas de la noche.

Jolín, uno no podía ocultar nada en el Burg.

-Ya sabía eso de las noches. ¿Algo más?

-Eso es todo.

-Ademas de ver a Terry, también está involucrado en un proyecto relacionado con la desaparición del tío Fred, y no quiere contarme una palabra.

-El muy gilipollas.

-Ajá. Y eso despues de haberle dado las mejores semanas de mi vida. Bueno, por lo visto trabaja por las noches, así que he pensado que podria averiguar qué está tramando.

-¿Vas a recogerme con el Porsche?

-El Porsche está fuera de servicio. Esperaba que condujeras tú. Me da miedo que Morelli reconozca el Buick.

-No hay problema.

-Y ponte bambas y ropa oscura.

La última vez que habíamos andado husmeando por ahí Mary Lou llevaba botines con tacón de aguja y pendientes de oro grandes como platos. No era lo que se dice la perfecta sabuesa invisible.

Briggs estaba de pie junto a mí.

-¿Vas a espiar a Morelli? Ésta sí que es buena.

-No me ha dejado otra opción.

-Te apuesto cinco dólares a que te pesca.

-Hecho.

-PODRíA HABER una explicación perfectamente buena para lo de Terry -le dije a Mary Lou.

-Ajá, ¿como que él es un gilipollas?

Ésa es una de las cosas que me gustan de Mary Lou, que siempre está dispuesta a pensar lo peor de cualquiera. Por supuesto que es fácil pensar lo peor de Morelli. Nunca le ha importado lo más mínimo la opinión pública y nunca ha intentado precisamente mejorar su reputación de granuja. Y en el pasado se ganó a pulso esa reputación.

Estábamos en el monovolumen Dodge de Mary Lou. Olía a ositos de goma y piruletas de fresa, y a hamburguesas con queso del McDonald's. Y cuando me volví para mirar por el parabrisas trasero me vi enfrentada a dos sillitas de niño que me hicieron sentir algo así como fuera de lugar. Estábamos matando el tiempo ante la casa de Morelli, mirando sus ventanas frontales y sin ver nada. Las luces estaban encendidas, pero había corrido las cortinas. Su furgoneta estaba aparcada junto al bordillo, o sea que probablemente estaba en casa, pero no había garantía de que así fuera. Vivía en una casa adosada y eso hacía difícil la vigilancia porque no podíamos rodear la casa con sigilo y hacer de mironas.

-Así no vamos a ver nada -dije-. Aparquemos en el cruce y vayamos a pie.

Mary Lou había seguido mis instnicciones e iba vestida de negro. Chaqueta de piel negra con flecos en las mangas, mallas negras apretadas y, como solución intermedia entre las sugeridas bambas y sus preferidos tacones de diez centímetros, se había calzado botas negras de cowboy.

La casa de Morelli estaba a media manzana. El estrecho patio trasero daba a una calle de servicio de un solo carril y los límites laterales estaban delineados por descuidados setos. Morelli no había descubierto aún la jardinería.

El cielo estaba cubierto. No había luna, No había farolas flanqueando el callejón. A mí ya me estaba bien así; cuanto más oscuro, mejor. Llevaba un cinturón con spray antiatacantes, una linterna, una Smith & Wesson calibre 38, una pistola de descargas eléctricas y un teléfono móvil. Había estado constantemente alerta por si aparecía Ramírez y no había visto nada. Lo cual no era ninguna garantía puesto que estaba claro que ver a Ramírez no era uno de mis talentos.

Recorrimos el callejón y nos detuvimos al llegar al patio de Morelli. Las luces de la cocina estaban encendidas. Las persianas estaban levantadas en la única ventana de la cocina

y en la de la puerta trasera. Morelli pasó ante la ventana y Mary Lou y yo retrocedimos para ocultarnos más en las sombras. Volvió y se detuvo ante la encimera, probablemente para prepararse algo de comer.

El sonido del timbre del teléfono llegó hasta nosotras. Morelli respondió y caminó de un lado a otro de la cocina mientras hablaba.

-No es alguien que le alegre oír -comentó Mary Lou-. No ha sonreído ni una vez.

Morelli colgó y se comió un bocadillo todavía de pie ante la encimera, Lo acompañó con una Coca-Cola. Me pareció que era buena señal que bebiera Coca-Cola; si pretendiera pasar la noche en casa probablemente se habría tomado una cerveza.

Apagó la luz y salió de la cocina.

Ahora me enfrentaba a un problema. Si me decidía por vigilar la mitad equivocada de la casa Morelli podía escapárseme.

Y para cuando corriera hasta el coche y saliera en su persecución podía ser demasiado tarde. Mary Lou y yo podíamos separarnos, pero eso invalidaría la razón de haberla invitado a venir: quería otro par de ojos vigilando por si aparecía Ramírez.

-Ven -le diie dirigiéndome con sigilo hacia la casa-. Tenemos que acercarnos más.

Apreté la nariz contra el cristal de la puerta trasera de Morelli. Veía con claridad la parte delantera de la casa, a través de la cocina y el comedor. Oía la televisión, pero no podía verla.

Y no había ni rastro de Morelli.

-¿Le ves? -quiso saber Mary Lou.

-No.

Atisbó conmigo a través de la puerta trasera.

-Lástima que no podamos ver la puerta delantera desde aquí. ¿Cómo sabremos si sale?

-Cuando sale apaga las luces.

Clic. Las luces se apagaron y el sonido de la puerta delantera al abrirse y cerrarse llegó hasta nosotras.

-¡Mierda! -me aparté de la puerta y salí disparada hacia el coche.

Mary Lou corrió detrás de mí, con sorprendente celeridad considerando los pantalones apretados y las botas de cowboy y el hecho de que tuviera unas piernas bastante más cortas que las mías.

Nos metimos en el coche. Mary Lou accionó la llave en el contacto y el coche de madre de familia emprendió de un salto la persecución. Doblamos la esquina a toda prisa y vimos los pilotos traseros de Morelli desaparecer al girar a la derecha dos manzanas más allá.

-Perfecto -dijo. Tampoco queremos seguirle tan de cerca como para que nos vea.

-¿Crees que va a ver a Terry?

-Es posible. O quizá releve a alguien en una operación de vigilancia.

Ahora que la primera oleada de emoción había quedado atrás, se me hacía difícil creer que Joe estuviera romántica o sexualmente involucrado con Terry. No tenía nada que ver con Joe el hombre. Tenía que ver con Joe el policía. Joe nunca se enredaría con los Grizolli.

Me había dicho que tenía algo en común con Terry: que ambos estaban en antivicio. Y sospechaba que ahí residía la conexión. Creía posible que Joe y Terry estuvieran trabaiando juntos, aunque no lograba imaginar en calidad de qué. Y puesto que los federales estaban en la ciudad, sospechaba que Vito Grizolli estaba involucrado. Quizá Joe y Terry actuaran de intermediarios entre Vito y el FBI. Y el interés de Bunchy en los recibos podía corroborar mi teoría del fraude. Aunque no sabía por qué el gobierno iba a estar interesado en un fraude.

Joe giró en Hamilton, condujo unos quinientos metros y entró en el aparcamiento del 7-Eleven. Mary Lou pasó de largo, rodeó una manzana y esperó al otro lado de la calle con las luces apagadas. Joe salió de la tienda llevando una bolsa y volvió a subir al coche.

-Oh, chica, me muero por saber qué hay en la bolsa –dijo Mary Lou-. ¿Venden condones en el 7-Eleven? Nunca me he fijado.

-Lleva un postre en esa bolsa -opiné yo-. Apuesto a que se trata de helado, de chocolate.

-¡Y seguro que le lleva el helado a Terry!

Morelli puso en marcha el motor y volvió por donde había venido.

-No va a ver a Terry -dije-. Vuelve a su casa.

-Vaya chasco. Pensaba que iba a ver un poco de acción.

De hecho, yo no quería ver lo que se dice mucha acción. Tan sólo quería encontrar al tío Fred y que mi vida siguiera su curso.

Por desgracia, no me iba a enterar de nada nuevo si Morelli se pasaba toda la noche ante el televisor comiendo helado.

Mary Lou se mantuvo una manzana por detrás de Morelli, sin perderle de vista. Joe aparcó ante su casa y Mary Lou y yo volvimos a hacerlo en el cruce. Salimos del coche, regresamos a hurtadillas al callejón y nos paramos en seco en el límite del patio de Morelli. La luz de la cocina estaba encendida y Morelli se movía ante la ventana.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Mary Lou.

-Buscar una cuchara. Tenía razón: ha salido a comprar helado.

La luz se apagó y Morelli desapareció. Mary Lou y yo cruzamos con sigilo el patio y atisbamos a través de la ventana.

-¿Le ves? -preguntó Mary Lou.

-No. Ha desaparecido.

-No he oído abrirse la puerta delantera.

-No, y la televisión está encendida. Simplemente está fuera de la vista en alguna parte.

Mary Lou se acercá un poco más.

-Lástima que tenga las persianas bajadas en las ventanas de delante.

-Trataré de ser más considerado la próxima vez -dijo Morelli, que estaba de pie detrás de nosotras.

Mary Lou y yo gritamos e instintivamente echamos a correr, pero Morelli nos tenía a ambas suietas por las espaldas de las chaquetas

-Mirad a quiénes tenemos aquí -ironizó MoreUi-. Pili y Mili. ¿Qué? ¿Hoy les toca salir solas a las chicas?

-Estamos buscando a mi gato -dijo Mary Lou-. Se ha perdido y nos pareció verle cruzar corriendo tu patio.

Morelli le sonrió a Mary Lou.

-Cuánto tiempo sin verte, Mary Lou.

-Los niños me tienen muy ocupada -respondió ella-. Con el fútbol y el parvulario, y Kenny que no para de tener esas otitis...

-¿Qué tal le va a Lenny?

-De maravilla. Está pensando en contratar a alguien más. Ya sabes, su padre va a jubilarse.

Lenny se había graduado en el instituto y se había metido de cabeza en el negocio familiar, Stankovik e Hijos, Fontanería y Calefacción. Se ganaba bien la vida con ello, pero con frecuencia olía a agua estancada y tuberías metálicas.

-Necesito hablar con Stephanie -dijo Morelli.

Mary Lou empezó a retroceder.

-Eh, por mí no os preocupéis, que ya me iba; tengo el coche aparcado en la esquina.

Morelli abrió la puerta trasera de la casa.

-Tú -me dijo soltándome la chaqueta-. Entra en la casa. Ahora vuelvo. Voy a acompañar a Mary Lou al coche.

-No es necesario -repuso Mary Lou; parecía nerviosa, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento-. Puedo ir solita.

-Ahí fuera está muy oscuro -insistió Morelli-. Y estás bajo la influencia de Calamity Jane; no pienso perderte de vista hasta que estés a salvo dentro de tu coche.

Hice lo que me había dicho. Me escabullí dentro de la casa mientras Morelli acompañaba a Mary Lou al coche. En cuanto hubieron salido del patio revisé su registro de identificación de llamadas. Garabateé los números en un bloc que había junto al teléfono,

arranqué la página y me la metí en el bolsillo. La última llamada que había entrado era de alguien que contaba con un sistema de bloqueo de identificación; el número no estaba disponible. De haber sabido que el número no había quedado registrado quizá no habría obedecido con aquella rapidez la orden de Morelli.

El helado todavía estaba sobre la encimera. Y se estaba fundiendo. Probablemente debía comérmelo antes de que se fundiera del todo y hubiera que tirarlo.

Saboreaba la última cucharada cuando Morelli volvió. Cerró con llave la puerta detrás de sí y bajó las persianas.

Enarqué las cejas.

-No es nada personal -explicó Morelli-, pero hay gente desagradable que te sigue por ahí. No quiero que nadie te pegue un tiro a través de la ventana de mi cocina.

-¿Tan grave te parece la cosa?

-Cariño, te pusieron una bomba en el coche.

Empezaba a acostumbrarme a eso.

-¿Cómo nos has descubierto a Mary Lou y a mí?

-Regla número uno: cuando tengas la nariz pegada a la ventana de alguien... no hables. Regla número dos: cuando estés vigilando a alguien no utilices un coche en cuyas matrículas aparezca el nombre de tu mejor amiga. Regla número tres: nunca subestimes a los vecinos fisgones. Me ha llamado la senora Rupp; quería saber por qué estabais en el callejón mirando hacia sus ventanas y se preguntaba si debía llamar a la policía. Le he explicado que lo más probable era que fueran mis ventanas las que mirabais y le he recordado que yo era la policía, así que no tenía que molestarse en hacer otra llamada.

-Bueno, pues todo es culpa tuya por no querer contarme nada -repuse.

-Si te dijera lo que pasa, se lo contarías a Mary Lou, y ella se lo contaría a Lenny, y Lenny se lo contaría a los chicos de la fontanería, y al día siguiente estaría en los periódicos.

-Mary Lou no le cuenta nada a Lenny -dije.

-¿De qué coño iba vestida? Parecía una versión amistosa de dominatriz de barrio. Sólo le faltaban el látigo y el chulo.

-Sólo se trataba de una proclamación de estilo.

Morelli bajó la mirada hacia mi cargado cinturón.

-¿Qué proclamas tú con eso?

-Miedo.

Sacudió la cabeza con expresión de incredulidad.

-¿Sabes cuál es mi mayor míedo? Me preocupa que algún día llegues a ser la madre de mis hijos.

No tuve claro si aquello debía complacerme o molestarme, de forma que cambié de tema.

-Merezco estar al corriente de esta investigación -dije-. Estoy justo en medio del follón - como siguió mirándome implacable, decidí entrar a saco-. Y sé lo de tus encuentros a media noche con Terry. Y no sólo eso, sino que no pienso echarme atrás. Y continuaré acosándote y siguiéndote hasta enterarme de qué va todo esto -chúpate ésa.

-Podría atarte y envolverte en una alfombra y llevarte al vertedero -repuso él-, pero Mary Lou probablemente me delataría.

-Vale, ¿Y si recurrimos al sexo? Quizá podamos hacer un trato, ¿eh?

Morelli esbozó una amplia sonrisa.

-Tienes toda mi atención.

-Pues desembucha,

-No tan rápido. Quiero saber qué voy a obtener a cambio de esa información.

-¿Qué quieres?

-Lo quiero todo.

-¿No trabajas esta noche?

Consultó el reloj.

-Mierda. Sí, sí que trabajo. De hecho llego tarde. Tengo que relevar a Bunchy en una operación de vigilancia.

-¿A quién vigiláis?

Me miró fijamente unos instantes.

-Vale, voy a decírtelo, porque no quiero que recorras todo Trenton buscándome. Pero como descubra que se lo has filtrado a alguien, te iuro que te vas a enterar.

Levanté la mano.

-Palabra de scout. Mis labios están sellados.

CAPÍTULO TRECE

MORELLI SE APOYÓ contra la encimera y cruzó los brazos.

-De alguna forma salió a la luz que había una discrepancia entre la cantidad de dinero que las lavanderías de la cadena de Vito Grizolli estaban ingresando y la cantidad que se declaraba a efectos del impuesto sobre la renta.

-Vaya, qué sorpresa.

-Sí. Bueno, el caso es que los federales decidieron que querían echarle el guante, de forma que empezaron a revolver el asunto y pronto les fue bastante obvio que Vito, de hecho, está perdiendo un dinero del que no tiene constancia.

-¿Que alguien está estafando a Vito?

Morelli se echó a reír.

-Increible, ¿verdad?

-Bueno, la verdad es que están pasando muchas cosas increíbles.

-Las suficientes como para que el Tesoro haya considerado que valía la pena negociar con Vito y así pescar quizá a un pez más gordo.

-¿Como qué clase de pez más gordo?

Morelli se encogió de hombros.

-No lo sé. Los dos cerebros con los que trabajo creen que puede tratarse de una nueva organización del crimen.

-¿Qué opinas tú?

-Hasta que me enseñaste esos recibos, pensaba que no era más que algún tío medio suicida que trataba de pagar su hipoteca. Ahora ya no estoy tan seguro, pero una nueva organización del crimen me parece llevar las cosas un poco lejos. No he visto otras señales de una organización semejante.

-Quizá tan sólo sea coincidencia.

-No lo creo. Hay demasiadas cosas que cuadran. Hasta ahora están involucradas tres compañías. Tres empleados encargados de los cobros han muerto. Otro ha desaparecido. Fred ha desaparecido. Alguien te puso una bomba en el coche.

-¿Qué me dices del banco? ¿Se gestionaron esas cuentas perdidas de Vito a través del First Trenton?

-Sí. Nos sería de ayuda obtener más datos al respecto, pero correríamos el riesgo de alertar a quienquiera que esté involucrado de que se está llevando a cabo una investigación.

-Resulta que también se había señalado a RGC como posible evasora de impuestos. Las siglas RGC significan Ruben, Grizolli y Cotell. Yo sabía que Grizolli era copropietario, pero no que hubiese habido irregularidades. Mis contactos del Tesoro no me contaron esa parte.

-¿Trabajáis en equipo y no te contaron lo de RGC?

-No conoces a estos tíos. Son verdaderos fanfarrones. Y no les gusta que se les ponga al nivel de los vulgares agentes del orden.

Le sonreí.

-Sí, ya lo sé; suena como si me describiera a mí mismo.

-Sea como fuere, Bronfman, el tipo al que tú conoces por Bunchy, se dedicaba a vigilar RGC, para ver quien entraba y salía. Estaba sentado en el café del otro lado de la calle el viernes en que Fred desapareció. Sospecho que Fred había querido empezar temprano la jornada, pero llegó a RGC antes de que abrieran las oficinas, así que cruzó la calle para tomarse un café. Bronfman y Fred se pusieron a charlar y Bronfman se percató de que Fred era uno de los clientes cuyas cuentas no aparecían. El martes siguiente Bronfman empezó a pensar que le sería de ayuda conseguir, de una forma u otra, un recibo sellado de Fred; fue a hablar con él y descubrió que Fred había desaparecido. Cuando Mabel le dijo que tú te ocupabas del caso, Bronfman decidió que podía utilizarte para dar la cara por él. Podías andar por ahí husmeando y haciendo preguntas, y a nadie le parecería motivo para salir corriendo.

Las cosas no salieron exactamente como planeaba, porque no contaba con tus malas pulgas y tu naturaleza suspicaz.

-No le dije gran cosa.

-No. Sus esfuerzos no le valieron de nada. Ésa es la mejor parte -Morelli clavó su mirada en la mía-. Ahora que ya sabes qué está pasando, vas a decirme todo lo que averigües tú, ¿verdad?

-Claro, tal vez.

-Jesús -musitó Morelli.

-Eh, es posible que te cuente algo.

-Lo siento, hasta ahora no disponía de suficientes piezas para armar el rompecabezas.

-En parte es culpa mía -dije.

-Sí, en parte es culpa tuya. No hablas conmigo lo suficiente. Y en parte también es culpa mía.

-¿Qué papel tienes tú en el Tesoro?

-Vito se negaba a hablar con ellos directamente. Decía que sólo trataría con alguien que conociera. Y sospecho que se siente protegido cuando la información pasa a través de un par de fuentes. Le hace más fácil negarlo todo. Así que Vito habla con Terry, y Terry habla conmigo, y yo hablo con fulanito y menganito.

-¿A quién estáis vigilando?

Morelli apagó las luces de la cocina.

-Al contable de Vito, Harvey Tipp.

-Pues más os vale vigilarle de cerca. La esperanza de vida de Harvey puede no ser muy larga.

MORELLI ME DEJÓ en casa de camino a relevar a Bronfman.

-Gracias por traerme -le dije.

Me cogió del cuello de la chaqueta cuando me volví para marcharme.

-Tenemos un acuerdo -me recordó-. Y tienes una deuda que pagarme.

-¿Ahora?

-Más tarde.

-¿Cómo de tarde?

-Eso está por detemiinar -respondió Morelli-. Sólo quería que no lo olvidaras.

No había grandes posibilidades de que fuera a olvidarlo.

Briggs estaba trabajando cuando entré en casa.

-Trabajas hasta muy tarde -le dije.

-Tengo que acabar este proyecto. Perdí un montón de terreno cuando robaron en mi apartamento. Suerte que tenía el pórtatil en el armario del dormitorio y no lo vieron. Tenía copia de la mayor parte de mi trabajo en el portátil, de forma que no fue un desastre total.

ME DESPERTÉ A LAS CUATRO Y no logré volver a dormirme. Me quedé ahí tendida durante una hora, escuchando por si había algún sonido en la escalera de incendios y planeando la huida si alguien arrojaba una bomba incendiaria a través de la ventana. Finalmente abandoné y me dirigí de puntillas a la cocina a tomar un tentempié. Tenía tantas cosas de qué preocuparme que apenas era capaz de ponerlas en orden. Fred estaba el último en la lista. Morelli cobrándose su deuda estaba bastante más arriba.

Briggs entró arrastrando los pies detrás de mí.

-¿Asustada otra vez?

-Ajá. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. No puedo dormir -bajé la mirada hacia él. Llevaba un pijama del osito Winnie Pooh-. Qué bonito.

-Me cuesta bastante encontrar cosas de mi medida. Cuando de verdad quiero impresionar a las damas me pongo el de Spiderman.

-¿Es duro ser un hombrecito?

-Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Consigo un montón de ventajas extra porque la gente cree que soy mono. Y trato de sacarle partido a mi estatus minoritario.

-Ya me he dado cuenta.

-Eh -repuso Briggs-, uno tiene que usar lo que Dios le ha dado.

-Eso es verdad.

-Bueno, ¿quieres hacer algo? ¿Jugamos al Monopoly?

-Vale, pero quiero ser la banca.

Todavía estábamos jugando cuando el teléfono sonó a las siete.

-Estoy en tu aparcamiento -dijo Ranger-. ¿Quieres bajar o que suba yo?

-¿Por qué me llamas? Siempre entras por las buenas.

-No quería arriesgarme a pegarte un susto de muerte y que me dispararas.

-Eso es pensar con sensatez. ¿Qué celebramos?

-Coche nuevo, nena.

Me acerqué a la ventana, aparté la cortina y miré hacia abajo. Ranger estaba de pie junto a un BMW negro.

-Ahora mismo bajo -le dije-. Déjame un minuto para vestirme.

Me puse unos tejanos, me calcé unas bambas raídas y tapé la camisa de dormir con un enorme jersey de chándal gris. Cogí las llaves y salí corriendo escaleras abajo.

-Tienes un aspecto un poco terrorífico, nena -me dijo Ranger al verme.

-Un amigo me sugirió que este atuendo podría suponer un concepto nuevo en el control de la natalidad.

-Bueno, no es terrorífico hasta ese punto.

Me alisé una arruga imaginaria del jersey y examiné de cerca una pelusilla en la manga. Al levantar la vista me encontré a Ranger sonriendo.

-La decisión está en tu mano -dijo-. Cuando estés lista házmelo saber.

-¿Para el coche?

Ranger sonrió.

-¿Estás seguro de que quieres darme otro coche?

-Éste va equipado con sensores en el chasis -sostenía un pequeño mando a distancia-. Oprime el botón verde para activar los sensores. Si hay movimiento debajo del coche la alarma se dispara y la luz roja del salpicadero permanece encendida. Por desgracia, el coche no diferencia entre un gato, una pelota de béisbol y una bomba, de forma que si la luz parpadea tendrás que investigar un poco. No es perfecto, pero es mejor que apretar el acelerador y convertirse en confeti. Es probable que no sea necesario. No creo que alguien trate de hacerte saltar por los aires dos veces -me tendió el mando y me explicó el resto del sistema de seguridad.

-Igual que James Bond -comenté.

-¿Qué planes tienes para hoy?

-Tengo que llamar a Morelli para ver si el tío que me retuvo en RGC, Mark Stemper, ha aparecido. Entonces supongo que haré mi ronda habitual. Visitar a Mabel. Aparecer por la oficina. Darles la lata a los de las basuras -mantener los ojos abiertos por si aparece Ramírez. Hacerme examinar el cerebro.

-Hay alguien por ahí a quien le empreña de verdad que no estés muerta. Quizá deberías llevar el chaleco antibalas.

Le observé alejarse y, antes de volver a entrar en el edificio, activé el sistema de alarma del coche. Acabé la partida con Briggs, me di una ducha, meneé la cabeza con la esperanza de que el pelo me quedara bien, y me apliqué rímel para que la gente se fijara en mis ojos y no prestara excesiva atención al resto de mi persona.

Me preparé un huevo revuelto y me lo tomé con un zumo de naranja y un complejo vitamínico. Un desayuno saludable para empezar bien el día... sólo en caso de que sobreviviera toda la mañana.

Decidí que Ranger había tenido una buena idea con lo del chaleco. Me hacía un poco plana, pero bueno, ¿es que había algo que no me hiciera plana? Llevaba tejanos y botas y una camiseta bajo el chaleco que había ceñido con las tiras de velcro.

Me puse una camisa de franela azul marino sobre el chaleco y me dije que no quedaba del todo mal.

No parpadeaba ninguna luz de alerta de bomba cuando llegué al coche, de forma que me deslicé tras el volante sintiéndome segura. La casa de mis padres estaba en el primer lugar de mi lista de visitas. Pensé que no me haría ningún daño una taza de café y ponerme al día de los últimos rumores.

La abuela apareció en la puerta en cuanto aparqué junto al bordillo.

-Vaya, qué coche tan guay -dijo, observándome apearme y activar el sistema de seguridad-. ¿Qué marca es?

-Es un BMW.

-Acabamos de leer en el periódico que tenías un Porsche y que voló por los aires. Tu madre está en el baño tomándose una aspirina.

Subí las escaleras del porche de dos en dos.

-¿Viene en el periódico?

-Sí, sólo que no trae una foto tuya, como siempre. Sólo sale una foto del coche. Chica, se le ve más plano que una crepe.

-Genial.

-¿Dice algo más?

-Te llaman la «cazarrecompensas del infierno».

Quizá yo también necesitara una aspirina. Dejé el bolso sobre una silla de la cocina y cogí el periódico que había sobre la mesa. Oh, Dios, venía en primera plana.

-El periódico dice que la policía está bastante segura de que fue una bomba -prosiguió la abuela-. Sólo que después de que el camión de basura cayera sobre el coche supongo que les costó bastante figurarse cualquier cosa.

Mi madre entró en la cocina.

-¿De quién es ese coche que hay aparcado delante de casa?

-Es el coche nuevo de Stephanie -respondió la abuela-. ¿A que es guay?

Mi madre enarcó una ceja.

-¿Dos coches nuevos? ¿De dónde salen esos coches?

-Son coches de empresa -contesté.

-¡Oh!

-No hay sexo anal de por medio -dije.

Tanto mi madre como mi abuela se quedaron boquiabiertas.

-Lo siento. Se me ha escapado.

-Pensaba que sólo los homosexuales practicaban el sexo anal -comentó la abuela.

-Todo el que tenga un ano puede hacerlo -expliqué.

-Hmmm -murmuró-. Yo tengo uno.

Me serví una taza de café y me senté a la mesa.

-Bueno, ¿qué hay de nuevo?

La abuela se sentó frente a mí con su café.

-Harriet Mullen ha tenido un niño. Tuvieron que hacerle una cesárea en el último momento, pero todo salió bien. Y Mickey Szaiak ha muerto. Supongo que ya le tocaba.

-¿Has oído algo últimamente sobre Vito Grizolli?

-Le vi en el mercado la semana pasada, y pensé que había engordado un poco.

-¿Qué tal le van las finanzas?

-He oído que está haciendo mucho dinero con esa cadena de lavanderías. Y he visto a Vivien conducir un Buick nuevo.

Vivien era la esposa de Vito. Tenía sesenta y cinco años, llevaba pestañas postizas y se teñía el pelo de un rojo vivo porque era así como a Vito le gustaba. Cualquiera que expresara una opinión crítica se encontraba calzado con botines de cemento y sumergiéndose accidentalmente en el río Delaware.

-Supongo que no correrán rumores sobre el First Trenton.

Tanto mi madre como mi abuela alzaron la mirada de sus cafés.

-¿El banco? -preguntó mi madre-. ¿Por qué quieres saber algo acerca del banco?

-No lo sé. Fred tenía una cuenta en él. Sólo preguntaba por si acaso.

La abuela me miraba fijamente el pecho.

-Se te ve distinta. ¿Llevas uno de esos sujetadores de deporte? -me miró más de cerca-. Caramba, ya sé qué es. Llevas un chaleco antibalas. Ellen, mira esto -le dijo a mi madre-. Stephanie lleva un chaleco antibalas, ¿no te parece increible?

El rostro de mi madre había palidecido.

-¿Por qué yo? -preguntó.

LA SIGUIENTE PARADA fue la casa de Mabel.

Mabel me abrió la puerta y sonrió.

-Stephanie, qué alegría verte, querida. ¿Te apetece un té?

-No puedo quedarme -le dije-. Sólo pasaba a ver qué tal te va.

-Qué detalle de tu parte. Me va de perlas. Creo que he decidido hacer un viaje a las Bermudas.

Cogí un folleto de la mesa de centro.

-¿Cruceros para miembros de la tercera edad en solitario?

-Tienen unas tarifas muy buenas.

-¿Ha pasado algo que deba saber? Como por ejemplo, ¿has sabido algo de Fred?

-No he oído una sola palabra sobre él. Supongo que está muerto.

Vaya, no te muestres tan desesperada por ello.

-Sólo han pasado dos semanas -dije-. Aún podría aparecer.

Mabel posó una mirada anhelante en los folletos.

-Supongo que así es.

Diez minutos más tarde estaba en la oficina.

-Eh, amiga mía -dijo Lula-. ¿Has leído el periódico esta mañana? Vienes en primera plana. Y no es que esté mosqueada o algo así, pero a mí ni siquiera me mencionan. Y nadie me ha llamado algo tan chulo como cazarrecompensas del infierno.

-Coño, y eso que puedo ser tan infernal que te caerías de culo.

-Ya lo sé -dije-, Y por eso me preguntaba si hoy querrías volver a acompañarme.

-No sé. ¿Qué clase de coche llevas? ¿Vuelves a conducir el Buick?

-En realidad tengo un BMW.

Lula se precipitó hacia la ventana.

-Oh, qué chulada. Bien hecho.

Vinnie asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

-¿Qué pasa aquí?

-Stephanie tiene un coche nuevo -contestó Lula. -Es ése de ahí.

-¿Alguien ha oído algo raro sobre el First Trenton? -pregunté-. ¿Sobre que haya pasado algo turbio?

-Deberías preguntárselo a ese tío bajito con el que hablamos ayer -dijo Lula-. No me acuerdo de su nombre, pero parecía un tío simpático. No pensarás que está metido en algo turbio, ¿no?

-Es difícil saber quién lo está -le diie a Lula. De hecho, pensaba que estar metido en algo turbio significaría una mejora para Shempsky.

-¿De dónde has sacado el coche? -quiso saber Vinnie.

-Es un coche de empresa. Trabajo para Ranger.

La cara de Vinnie esbozó una enorme y grasienta sonrisa.

-¿Que Ranger te ha dado un coche? ¡Ja! ¿Qué clase de trabajo haces? Tiene que ser bueno para conseguir un coche como ése.

-Quizá deberías preguntárselo a Ranger -sugerí.

-Sí, claro, cuando ya no quiera seguir viviendo.

-¿Tienes algún nuevo NCT? -le pregunté a Connie.

-Ayer entraron dos, pero son pura calderilla. No estaba segura de que quisieras molestarte con ellos. Por lo que parece ahora ya tienes un montón de cosas entre manos.

-¿Qué perfil tienen?

-Un ladrón de tiendas y uno que maltrata a su mujer.

-Nos quedamos con el que maltrata a su mujer -dijo Lula-. No dejamos que los que maltratan a su mujer se vayan por las buenas. Nos gusta prestarles especial atención.

Cogí el informe de manos de Connie y le eché un vistazo.

Kenyon Lally. Veintiocho años. En paro. Largo historial de abusos conyugales. Dos condenas por conducir bajo el efecto del alcohol y las drogas. Vivienda de protección oficial. No mencionaba que Kenyon hubiera disparado a algún cazarrecompensas anterior.

-De acuerdo -diie-, nos quedamos con éste.

-Oh, sí -repuso Lula-. Voy a espachurrar a ese tío como a una cucaracha.

-No. No, no y no, nada de espachurrar a nadie. No hay que utilizar la fuerza innecesariamente.

-Claro -dijo Lula-. Ya lo sé. Pero podemos usarla necesariamente, ¿verdad?

-No será necesario utilizar la fuerza necesariamente.

-Es suficiente con no darle de hostias como hiciste con ese tontaina del ordenador -intervino Vinnie-. No paro de decíroslo, dadle en los riñones, donde no se nota.

-Debe de ser horroroso ser pariente suya -comentó Lula mirando a Vinnie.

Connie rellenó mi autorización de captura y me devolvió el informe. Me lo metí en el bolso y me subí éste más arriba del hombro.

-Hasta luego.

-Hasta luego -respondió Connie-. Y cuidado con los camiones de basura.

Desconecté la alarma con el mando y Lula y yo nos metimos en el BMW.

-Qué coche tan cómodo -comentó Lula-. Una mujer grandota como yo necesita un coche como éste. Desde luego me gustaría saber dónde consigue Ranger todos estos coches. Mira esa tirita plateada con números; es el número de registro. O sea que teóricamente este coche ni siquiera es robado.

-Teóricamente -era probable que Ranger se hiciera fabricar esas tiritas por docenas. Marqué el número de Morelli en el teléfono del coche y después de que sonara seis veces se puso el contestador. Le dejé un mensaje y probé entonces en el busca.

-No es que sea de mi incumbencia -dijo Lula-, pero ¿qué hay exactamente entre tú y Morlli? Pensaba que todo había acabado entre vosotros dos cuando te fuiste de su casa.

-Es algo complicado.

-Tu problema es que no paras de enrollarte con tíos con mucho potencial en la cama y ningún potencial en el altar.

-Estoy pensando en pasar del todo de los hombres -repuse-. El celibato no está tan mal. Una no tiene que preocuparse de depilarse las piemas.

El teléfono sonó y contesté por el manos libres.

-¿Qué número es éste? -quiso saber Morelli.

-Es mi nuevo teléfono de coche.

-¿En el Buick?

-No. Ranger me ha dado otro coche.

Silencio.

-¿De qué coche se trata esta vez? -preguntó al fin Morelli.

-De un BMW

-¿Lleva algún número de registro?

-Sí.

-¿Es falso?

Me encogí de hombros.

-A mí no me parece falso.

-Eso no servirá de mucho en un tribunal.

-¿Te has enterado de algo sobre Mark Stemper?

-No. Me parece probable que esté jugando a las cartas con tu tío Fred.

-¿Y sobre Laura Lipinski?

-Ha desaparecido de la faz de la Tierra. Se marchó de casa el jueves anterior a la desaparición de tu tío.

En el momento oportuno para que la embutieran en una bolsa de basura.

-Gracias. Eso es todo lo que quería. Cambio y corto.

Entré en el aparcamiento del Grand Union y conduje hasta el extremo del centro comercial en que estaba situado el banco. Aparqué a una distancia prudencial de los demás coches, salí del BMW y conecté la alarma.

-¿Quieres que me quede junto al coche por si alguien va por ahí con una bomba en el asiento trasero buscando dónde colocarla? -preguntó Lula.

-No será necesario. Ranger dice que el coche tiene sensores.

-¿Que Ranger te ha dado un coche con sensores antibomba? Ni siquiera el jefe de la CIA tiene un coche con sensores antibomba. He oído decir que le dan un palo con un espejo en la punta.

-No creo que sea ningún invento de la era espacial. A mí no me parecen más que detectores de movimiento instalados en el chasis.

-Vaya, pues me gustaría saber de dónde ha sacado esos detectores. La de hoy probablemente sería una buena noche para robar en la mansión del gobernador.

Empezaba a sentirme una clienta habitual del banco. Le dije hola al guarda en la puerta y saludé con un ademán a Leona. Busqué con la mirada a Shempsky, pero no estaba visible y su despacho estaba vacío.

-Ha salido a almorzar- explicó el guarda-. Hoy ha salido antes de lo habitual.

No suponía un problema. De todas formas Leona me estaba haciendo señas de que me acercara.

-He leído el artículo que habla de ti en el periódico. ¡Dicen que te pusieron una bomba en el coche!

-Sí. Y luego le cayó encima un camión de basura.

-Fue excelente -comentó Lula-. Fue la hostia.

-Jo, a mí nunca me pasa nada divertido -dijo Leona-. Jamás me han puesto una bomba en el coche o algo así.

-Pero tú trabajas en un banco -le diie-. Y eso es muy enrollado. Y tienes niños. Los niños son lo mejor -vale, quizá había mentído un poco con lo de los niños, pero no quería hacerle sentir mal. Me refiero a que no todos podemos ser tan afortunados como para tener un hámster.

-Hemos venido a ver si teníais algún personaje sospechoso trabajando aquí -intervino Lula.

Leona pareció sorprendida.

-¿En el banco?

-Bueno, quizá «sospechoso» no sea la palabra adecuada -le expliqué-. ¿Hay alguien aquí que pueda tener relación con gente que no respete del todo la ley?

Leona puso los ojos en blanco.

-Casi todo el mundo. Marion Beddle era una Grizolli antes de casarse. Sabes quien es Vito Grizolli, ¿no? Y Phil Zuck, que gestiona hipotecas, vive en la puerta de al lado de Sy Bernstein, el abogado al que acaban de inhabilitar por práctica ilegal. El guarda tiene un hermano en Rahway, cumpliendo condena por robo. ¿Quieres que continúe?

-Enfoquémoslo de otra manera. ¿Hay alguien aquí que parezca tener demasiado éxito para su empleo? Ya sabes, que tenga demasiado dinero. O ¿hay alguien que necesite dinero desesperadamente? ¿Alguien al que le guste jugar? ¿Alguien enganchado a drogas caras?

-Hmmm. Esa pregunta es más difícil de responder. Annie Shuman tiene un crío enfermo, con alguna clase de problema en los huesos, y tiene que pagar montañas de facturas médicas. Hay un par que juegan a la lotería, yo entre ellos. A Rose White le gusta ir de vez en cuando a Atlantic City a jugar a las tragaperras.

-No entiendo para qué quieres saber esas cosas -intervino Lula.

-Sabemos de tres empresas con cuentas paralelas en este banco. Creemos que existe la posibilidad de que tales cuentas se abrieran para ingresar dinero estafado. De manera que tal vez exista una buena razón para que las cuentas se abrieran aqui.

-Como que alguien del banco esté involucrado -reflexionó Lula.

-Ya veo adónde queréis llegar -repuso Leona-. Estás sugiriendo que blanqueamos dinero. El dinero se ingresa en esas cuentas que me hiciste comprobar para salir casi de inmediato.

-No sé si se trata exactamente de blanqueo de dinero -dije-. ¿Adónde va ese dinero?

-No dispongo de esa información -ontestó Leona-. Para eso tenéis que hablar con un directivo del banco. Y probablemente no os la facilitarán. Estoy segura de que será confidencial. Deberíais hablar con Shempsky.

Nos quedamos por ahí unos quince minutos más, pero Shempsky no se materializó.

-Quizá debenamos ir a por ese tío que le pega a su mujer -sugirió Lula-. Apuesto a que está sentado en su salita de estar bebiendo cerveza como un gilipollas.

Consulté el reloi. Las doce. Había muchas posibilidades de que Kenyon Lally acabara de levantarse. Los borrachos en paro no amanecían muy temprano. Podía ser un buen momento para pescarle.

-Vale -dije-, nos acercaremos a su casa.

-Vamos a encajar muy bien con el BMW -comentó Lula-. Todo el mundo en el barrio de viviendas subvencionadas va a pensar que eres una traficante de droga.

-Oh, genial.

-Ya sé lo de los sensores antibomba y todo eso -dijo Lula cuando hubimos recorrido poco menos de un kilómetro- pero aún me pone los pelos de punta ir sentada a tu lado.

Sabía exactamente a qué se refería, porque yo me sentía igual.

-Si no te sientes cómoda puedo volver a dejarte en la oficina.

-Hostia, no. Tampoco estoy tan asustada. Es sólo que le da que pensar a una. Además, también yo me sentía así cuando era fulana. Una nunca sabía cuándo iba a meterse en el coche de algún maníaco.

-Debe de haber sido un trabajo muy duro.

-La mayor parte de mis clientes eran repetidores, así que no era tan malo. La peor parte era lo de tener que estar de pie en las esquinas. No importaba que hiciera frío o calor o que lloviera, tenías que seguir allí de pie. La mayoría de gente cree que lo peor es cuando estás boca arriba. Pero a mí me salieron varices de tantas horas que pasé de pie. Supongo que de haber sido mejor putón habría pasado más tiempo boca arriba que de pie.

Cogí la calle Nottingham hasta Greenwood y desde allí giré a la derecha para cruzar la vía del tren. El barrio de viviendas subvencionadas de Trenton siempre me recordaba a un campo de prisioneros de guerra, y en muchos sentidos era eso exactamente. Aunque, para ser honestos, he de decir que no son las peores viviendas que he visto. Y eran preferibles a vivir en la calle Stark. Supongo que la visión original era la de unos apartamentos ajardinados, pero

la realidad es una serie de búnkers de cemento y ladrillo asentados sobre inmundicia apisonada.

Si tuviera que describir el barrio con un sólo adjetivo, tendría que escoger «lóbrego».

-Es el siguiente edificio -dijo Lula-. El apartamento 4B.

Aparqué a la vuelta de la esquina, a una manzana de distancia, para que Lally no nos viera venir. Salí del coche y estudié la foto de Lally.

-Has tenido un buen detalle con lo del chaleco -ironizó Lula-. Te vendrá bien cuando aparezca la comitiva de bienvenida.

El cielo estaba cubierto y el viento azotaba los patios de las casas. En la calle había aparcados unos cuantos coches, pero no se veía actividad ninguna. Ni perros, ni niños, ni gente sentada en las escalinatas de entrada. Parecía un pueblo fantasma que hubiera tenido a Hitler de arquitecto.

Lula y yo caminamos hasta el número 4B y llamamos al timbre.

Kenyon Lally respondió a nuestra llamada. Era de mi altura y larguirucho, y llevaba tejanos caídos y una camiseta térmica.

Iba despeinado y sin afeitar. Y tenía el aspecto de un hombre que fuera por ahí pegando a las mujeres.

-Eh -fue todo lo que Lula dijo al verle.

-No queremos galletitas de girl scout -dijo Lally. Y cerró de un portazo.

-Odio que la gente haga eso -dijo Lula.

Volví a llamar al timbre, pero no hubo respuesta.

-¡Eh! -gritó Lula-. Agentes de la libertad bajo fianza. ¡Abre la puerta!

-Que os jodan -gritó Lally desde el interior.

-A la mierda con tanta chorrada -espetó Lula. Le dio una patada a la puerta, y la puerta se abrió.

Ambas nos quedamos tan sorprendidas que simplemente permanecimos allí. No habíamos esperado que la puerta se abriera.

-Viviendas de protección oficial-comentó finalmente Lula negando con la cabeza-. Le hace a una cuestionarse ciertas cosas, ¿eh?

-Vais a pagar por esto -amenazó Lally.

Lula estaba de pie con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

-¿Y cómo vas a hacerme pagar? ¿Por qué no vienes a por mí, bocazas?

Lally cargó contra Lula. Lula sacó una mano, trabó contacto con el pecho de Lally, y éste cayó redondo al suelo como un saco de arena.

-Soy la más rápida disparando descargas eléctricas de la Costa Este -dijo Lula. -Oh, mira eso... hostia, sin querer le he dado una patada al muy cabrón.

Esposé a Lally y me aseguré de que aún respiraba.

-¡Mecachis! -ironizó Lula-. Qué descuidada soy. He vuelto a darle otra patada sin darme cuenta -se inclinó sobre Lally con la pistola de descargas aún en la mano--. ¿Quieres que le haga saltar?

-iNo! -exclamé-. ¡Nada de hacerle saltar!

CAPÍTULO CATORCE

AL CABO DE QUINCE MINUTOS, Lally tenía los ojos abiertos y le temblaban los dedos, pero me percaté de que podía pasar un buen rato antes de que fuera capaz de caminar.

-Deberías apuntarte a un gimnasio -le dijo Lula-. Y deberías dejar la cerveza. Estás en muy baja forma. Sólo te he dado una descarga y mira cómo estás. Nunca habia visto a nadie en un estado tan patético después de una mísera sacudida.

Le di a Lula las llaves del coche.

-Trae el coche aquí para que no tenga que caminar.

-A lo mejor no vuelves a verme -bromeó.

-Ranger te encontraría.

-Sí -admitió Lula-. Esa sería la mejor parte.

Cinco minutos más tarde Lula estaba de vuelta.

-No está -dijo.

-¿El qué no está?

-El coche. El coche no está.

-¿Qué quieres decir con que no está?

-¿Qué parte de «no está» es la que no entiendes? –quiso saber Lula.

-No querrás decir que lo han robado, ¿no?

-Ajá. Eso es exactamente lo que quiero decir. Han robado el coche.

Se me cayó el alma a los pies. No quería creer lo que estaba oyendo.

-¿Cómo ha podido alguien robar el coche? No hemos oído la alarma,

-Debe de haber saltado cuando estábamos ahí dentro.

Hay cierta distancia y el viento sopla en contra. Además, hay tíos que saben cómo ocuparse de esas cosas. Pero la verdad es que estoy sorprendida. Supuse que si uno veía un buen coche en este barrio pensaría que era de un traficante. Y meterse con el coche de un traficante no contribuye mucho a mejorar la calidad de vida de uno. Imagino que esos chicos iban un poco por debajo en su cupo diario. He llegado allí justo cuando el camión de plataforma volvía la esquina dos manzanas más abajo. Deben de haber estado por aquí cerca.

-¿Qué voy a decirle a Ranger?

-Dile que la buena noticia es que le han dejado las matrículas -Lula me tendió las dos placas-. Y supongo que tampoco querían para nada el número de registro; le han dejado eso también. Parece que lo hayan quitado con un soplete oxiacetilénico -dejó caer en la palma de mi mano un pedazo de salpicadero chamuscado con la etiqueta metálica todavía adherida a él.

-¿Eso es todo?

-Ajá. Eso es lo que han dejado para ti sobre la acera.

Lally estaba debatiéndose en el suelo, tratando de ponerse en pie, pero su coordinación dejaba que desear y tenía las manos esposadas a la espalda. Babeaba y despotricaba arrastrando las palabras.

-Marrrdita hija de puttta -me dijo-. Jodddido pedazzzo de mierrrda.

Hurgué en el bolso en busca del móvil y llamé con él a Vinnie. Le expliqué que tenía a Kenyon Lally bajo custodia, pero que había surgido un pequeño problema con mi coche y que por favor pasara a buscarnos a Lula y a mí.

-¿Qué problema es ése? -quiso saber Vinnie.

-No es nada; es de lo más trivial. No te preocupes por eso.

-No pienso ir hasta que me lo digas. Apuesto a que es algo gordo.

Exhalé un suspiro.

-Me han robado el coche.

-¿Eso es todo?

-Ajá.

-Vaya, me esperaba algo mejor... como que lo había arrollado un tren o se le había sentado encima un elefante.

-¿Vas a venir a buscarnos o no?

-Voy para allá. Aguantaos los pedos.

Nos sentamos a esperar a Vinnie, y mi móvil empezó a sonar. Lula y yo intercambiamos miradas.

-¿Esperas alguna llamada? -preguntó Lula.

Ambas pensábamos que podía tratarse de Ranger.

-Bueno, contesta de una vez -diio Lally-. Estúpida cabrona.

-Podría ser Vinnie -diio Lula-. A lo mejor se ha encontrado una cabra en medio de la calle y ha decidido pararse a echar un sueñecito.

Rebusqué en el bolso, encontré el móvil, crucé todos los dedos y los oios, y respondí.

Era Joe.

-Hemos encontrado a Mark Stemper.

-¿Y?

-Y tiene bastante mal aspecto.

Mierda.

-¿Hasta qué punto es malo?

-Tan malo como que está muerto. De un disparo en la cabeza. Alguien trató de hacerlo parecer un suicidio, pero entre otras cosas le puso la pistola en la mano equivocada. Stemper era zurdo.

-Vaya.

-Ajá. No es muy profesional que se diga.

-¿Dónde ocurrió?

-En un edificio abandonado a un par de manzanas de RGC. Le encontró un vigilante.

-¿Te has preguntado alguna vez por qué sigue vivo Harvey Tipp?

-Supongo que no debe de suponer una amenaza -respondió Morelli-. O quizá sea pariente de míster Pez Gordo. O quizá no esté involucrado. En realidad no tenemos nada, aparte del hecho de que sea lógico sospechar de él.

-Creo que va siendo hora de que habléis con él.

-Creo que tienes razón -hubo unos instantes de silencio-. Una cosa más. ¿Aún conduces el BMW?

-No. Ya no. Paso de ese bombón.

-¿Qué le ha pasado?

-Lo han robado.

Le oí reír a traves del teléfono.

-¡No tiene gracia! -exclamé,-. ¿Crees que debería dar parte a la policía?

-Creo que primero deberías hablar con Ranger. ¿Necesitas que te vaya a buscar?

-No. Vinnie viene para acá.

-Pues hasta luego, monada.

Colgué y le conté a Lula lo de Stemper.

-Hay alguien a quien no le gusta dejar cabos sueltos -dijo.

Inspiré profundamente y marqué el número de casa de Ranger. No hubo respuesta. El del teléfono del coche. No hubo respuesta. Podía llamarle al móvil, pero no quise tentar a la suerte, así que le dejé mi número en el busca. La condenada a muerte consigue unos minutos más.

Había estado mirando por la ventana y vi llegar a Vinnie en su Cadillac. Pensé que podía resultar satisfactorio retener a Vinnie una media hora para ver si su coche desaparecía, pero descarté la idea porque no era práctica. Sólo me obligaría a llamar a otra persona más para venir a recogernos. Y, peor todavía, tendría que pasar ese tiempo con Vinnie.

Lula y yo arrastramos a Lally hasta el bordillo y esperamos a que Vinnie abriera el cierre centralizado del coche.

-Los cerdos en el asiento trasero -dijo Vinnie.

-Vaya -repuso Lula con los brazos en jarras-, ¿a quién estás llamando cerdo?

-Si te sientes aludida... -bromeó Vinnie.

-Pues a mí me parece que eres tú quien tiene más posibilidades de acabar con su asqueroso trasero en el asiento de atrás.

-¿Por qué yo? -me lamenté. Me percaté de que recordaba a mi madre y experimenté un breve ataque de pánico.

Me gustaba mi madre, pero no quería ser como ella. No quería cocinar jamás un estofado. No quería vivir en una casa con tres adultos y un solo baño. Y no quería casarme con mi padre. Quería casarme con Indiana Jones. Supuse que Indiana Jones era el término medio entre mi padre y Ranger. Morelli también encajaba en la descripción. De hecho, Morelli no estaba muy lejos de la línea en que empezaba Indiana Jones.

No era que importara mucho puesto que Morelli no quería casarse.

Vinnie nos dejó a Lula y a mí en la oficina y se llevó a Lally a la comisaría de policía de North Clinton.

-Bueno, ha sido divertido - comentó Lula-. Lástima lo del coche. Casi no puedo esperar para ver el siguiente.

-No va a haber siguiente. No pienso aceptar más coches. A partir de ahora voy a conducir el Buick. Al Buick nunca le pasa nada.

-Claro -admitió Lula-, pero eso no es necesariamente algo bueno.

Marqué el número del First Trenton, pregunté por Shempsky y me dijeron que se había ido temprano a casa con el estómago revuelto. Busqué el número de su casa en el listín y traté de encontrarle allí. Nadie contestó. Sólo por pasar el rato hice una rápida comprobación de sus cuentas. Nada fuera de lo corriente: una hipoteca y tarjetas de crédito en plena vigencia.

-¿Por qué investigas a Shempsky? -quiso saber Lula-. ¿Crees que está involucrado?

-No paro de pensar en la bomba del Porsche. Shempsky sabía que yo conducía un Porsche.

-Sí, pero pudo habérselo contado a alguien. Quizá mencionara que ibas a la compañía de basuras en tu nuevo Porsche.

-Eso es verdad.

-¿Quieres que te lleve a algún sitio? -me ofreció Lula.

Negué con la cabeza.

-Me iría bien un poco de aire fresco y ejercicio -repuse-. Voy a irme andando a casa.

-Es una larga caminata.

-No tan larga.

Salí al exterior y me levanté el cuello de la chaqueta para protegerme del viento. La temperatura había bajado y el cielo estaba gris. Era media tarde, pero las casas tenían las luces encendidas para combatir la atmósfera sombría. Las calefacciones estaban encendidas. Los coches transitaban por Hamilton con sus conductores decididos a llegar a alguna parte. Había poca gente en las aceras. Era un buen día para quedarse en casa arreglando armarios, tomando chocolate caliente y preparándose para empezar bien el invierno. Y también era un buen día para estar fuera, caminando entre las hojas caídas que quedaban y con el rostro arrebolado por el aire frío. Aquella época del año era mi favorita. Y de no haber sido por el hecho de que la gente se moría a diestro y siniestro, y de que no lograba encontrar al tío Fred, y de que alguien quisiera matarme, y deque Ramírez deseara enviarme a ver a Jesús... habría sido un día excelente.

Al cabo de una hora estaba de vuelta en mi edificio, en el vestíbulo, y me sentía bien. Tenía la cabeza bien clara y la circulación a pleno rendimiento. El Buick estaba esperando en el aparcamiento y se le veía tan sólido como una roca e igual de sereno. Tenía las llaves en el bolsillo y aún me preguntaba si hablar con Shempsky. Quizá debería pasarme por su casa a verle, me dije. Seguro que para entonces ya habría llegado.

Las puertas del ascensor se abrieron y la señora Bestler se asomó.

-¿Sube?

-No -respondí-. He cambiado de opinión. Tengo más recados que hacer.

-Todos los accesorios de señora tienen el veinte por ciento de descuento en la segunda planta -me anunció. Volvió a meterse en el ascensor y las puertas se cerraron.

Volví a cruzar el aparcamiento y abrí con sumo cuidado la puerta del Buick. Nada hizo bum, de forma que me deslicé tras el volante. Puse en marcha el motor y salí de un salto. Esperé a considerable distancia y cronometré diez minutos. Siguió sin haber explosión alguna. Exhalé un silbido de alivio. Volví a meterme en el coche, metí la marcha y salí del aparcamiento.

Shempsky vivía en Hamilton Township, siguiendo Klockner más allá del instituto de secundaria. Era el típico barrio residencial de las afueras con casas unifamiliares. Dos coches, dos fuentes de ingresos, dos hiios por familia. Me fue fácil encontrar la calle y la casa. Todo estaba claramente indicado. La casa era pareada. Era blanca con postigos negros y se veía bien cuidada.

Aparqué junto al bordillo, anduve hasta la puerta y llamé al timbre. Estaba a punto de volver a llamar cuando me abrió una mujer. Iba bien vestida, con un jersey marrón, pantalones a coniunto y mocasines con suela de goma. Llevaba el pelo corto y ahuecado e iba impecablemente maquillada. Y su sonrisa era genuina. Era la pareja perfecta para Allen. Sospeché que olvidaría de inmediato cualquier cosa que me dijera y que al cabo de media hora no conseguiría recordar su aspecto.

-¿Maureen? -le pregunté.

-¿Sí?

-Soy Stephanie Plum... fuimos juntas al colegio.

Se dio una palmada en la frente.

-¡Por supuesto! Debería haberte recordado. Allen te mencionó la otra noche. Dijo que habías pasado por el banco –la sonrisa se desvaneció-. Me he enterado de lo de Fred. Lo siento muchísimo.

-No le habrás visto, ¿no? -sólo por si acaso le tenía en el sótano.

-¡No!

-Siempre lo pregunto -expliqué, pues pareció desconcertada.

-Y es una buena idea. Podría haberle visto por la calle.

-Exacto.

Hasta entonces no había visto ni rastro de Allen. Por supuesto, si de veras estaba enfermo, debía de estar arriba en la cama.

-¿Está Allen? -pregunté-. He intentado verle en el banco, pero había salido a comer y luego me he liado con otro asunto. Pensaba que a lo mejor ya había vuelto a casa.

-No. Siempre vuelve a las cinco -La sonrisa se materializó de nuevo-. ¿Te gustaría pasar y esperarle? Puedo prepararte una infusión.

A mi parte más entrometida le habría gustado fisgonear en casa de Shempsky. A la parte de mí que deseaba vivir para ver un día más le pareció sensato no dejar el Buick sin vigilancia.

-Gracias, quizá en otro momento -le diie a Maureen-. Tengo que echarle un ojo a mi Buick.

-Mami -exclamó un niño desde la cocina-, Timmy se ha metido un M&M por la nariz.

-Ahora vuelvo -dijo Maureen. -Ya sabes cómo son los niños.

-En realidad yo lo que tengo es un hámster -expliqué-. Y es difícil meterle un M&M por la nariz.

Entré en el vestíbulo y eché un vistazo mientras Maureen salía corriendo hacia la cocina. La sala de estar quedaba a la derecha. Era una habitación amplia y agradable decorada en tonos tostados. Un piano vertical se alzaba contra la pared más cercana. Fotos familiares cubrían la parte superior del piano.

Allen, Maureen y los niños en la playa, en Disney World, en Navidad.

Había montones de fotos. Probablemente nadie echaría en falta una si ésta cayera casualmente en mi bolso.

Librodot

Oí gemir a un niño y a Maureen decirle alegremente que todo iba sobre ruedas y que el M&M malo se había ido de paseo.

-Ahora vuelvo -les dijo. Oí el sonido del televisor al encenderse y en menos que canta un gallo cogí la foto que había más cerca, me la metí en el bolso y volví a salir al vestíbulo.

-Perdona -se disculpó Maureen-. No me dejan un segundo de aburrimiento.

Le tendí a Maureen una tarjeta de visita.

-Te agradecería que le dijeras a Allen que me llame cuando vuelva.

-Claro.

-Por cierto, ¿qué clase de coche conduce Allen?

-Un Taurus tostado. Y luego tiene el Lotus.

-¿Allen tiene un Lotus?

-Es su juguetito.

Un juguetito caro.

De camino a casa necesitaba pasar por el centro comercial, de forma que di un pequeño rodeo para adentrarme en el aparcamiento y echarle un vistazo al banco. La oficina en sí estaba cerrada, pero la ventanilla del autobanco estaba abierta. Eso no me servía para nada. Allen no iba a estar atendiendo en el autobanco. Recorrí el aparcamiento en busca de un Taurus tostado, pero no hubo suerte.

-Allen -dije-, ¿dónde estás?

Entonces, ya que estaba en el barrio, pensé que no me haría ningún daño pararme a saludar a Irene Tully. Y qué demonios, puestos a hacer, podía enseñarle la foto de Allen Shempsky.

Una nunca sabe qué puede refrescarle la memoria a una persona.

-Por el amor de Dios -exclamó Irene al abrirme la puerta-. ¿Aún estás buscando a Fred? -dirigió una mirada aprensiva al Buick-. ¿Ha venido tu abuela contigo?

-La abuela está en casa. Confiaba en que no le importara mirar una fotografía más.

-¿Es de ese muerto otra vez?

-No. Este hombre está vivo -le tendí la foto de la familia Shempsky.

-Qué bonita -comentó Irene-. Vaya familia tan encantadora.

-¿Reconoce a alguna de estas personas?

-Así de entrada, no. Quizá haya visto al hombre en alguna parte, pero no consigo ubicarlo.

-¿Podría tratarse del hombre con el que habló el tío Fred en el aparcamiento?

-Supongo que es posible. Si no fue este hombre, fue alguien que se le parecía mucho. No era más que un hombre corriente. Me figuro que por eso es que no le recuerdo muy bien.

No había nada especial que recordar. Por supuesto, no llevaba entonces una camiseta de Mickey Mouse y bermudas.

Recuperé la foto.

-Gracias. Me ha sido usted de gran ayuda.

-Cuando quieras -respondió-. Siempre tienes fotografías interesantes.

Pasé de largo la calle que llevaba a mi edificio y continué por Hamilton hasta el Burg. Había estado pensando en lo de las bombas, y tenía un plan. Como esa noche no tenía que ir a ningún sitio, encerraría el Buick en el garaje de mi familia y aprovecharía para que mi padre me llevara a casa. No sólo mantendría con ello el coche a salvo, sino que tenía la ventaja añadida de conseguirme algo de cenar.

No tenía que preocuparme por que el garaje estuviera ocupado, pues mi padre jamás metía el coche en el garaje. Se utilizaba para almacenar latas de aceite para motor y viejos neumáticos. Mi padre tenía allí un banco de carpintero a lo largo de una de las paredes. El banco disponía de torno y una serie de botes llenos de clavos y otras cosas se alineaban contra la pared.

Nunca le había visto trabajar en el banco, pero cuando acababa hasta el gorro de mi madre se escondía en el garaje y se fumaba un puro.

-Oh, oh -diio la abuela al verme ante la puerta-. Esto no pinta nada bien. ¿Dónde está el coche negro?

-Me lo han robado.

-¿Ya? Ni siquiera lo has tenido un día entero.

Entré en la cocina y cogí las llaves del garaje.

-Voy a dejar el Buick en el garaje por esta noche -le dije a mi madre-. ¿Te parece bien?

Mi madre se llevó una mano al corazón.

-Dios mío, vas a hacer que nuestro garaje vuele por los aires.

-Nadie va a volar nuestro garaje -no a menos que tuviera la seguridad de que yo me hallaba en él.

-Tengo una pierna de cerdo -dijo mi madre-. ¿Te quedas a cenar?

-Claro.

Metí el Buick en el garaie, lo cerré todo a cal y canto y volví a la casa a comer pierna de cerdo.

-Mañana hará dos semánas de la desaparición de Fred -comentó la abuela en la cena-. Daba por seguro que para entonces habría aparecido... de una forma u otra. Ni siquiera los alienígenas se quedan a la gente tanto tiempo. Normalmente tan sólo le hurgan a uno en las entrañas y luego lo dejan marchar.

Mi padre se encorvó sobre su plato.

-POR SUPUESTO a lo mejor empezaron a hurgar en Fred y la palmó. ¿Qué crees que habrán hecho entonces? ¿Crees que simplemente le arrojaron al exterior? Quizá su nave espacial pasara sobre Afganistán cuando tiraron a Fred, y nunca le encontraremos. Menos mal que no es una mujer, con eso de aterrizar en Afganistán. He oído que allí no tratan lo que se dice muy bien a las mujeres.

Mi madre se detuvo con el tenedor a medio camino de la boca y volvió la mirada hacia la ventana. Permaneció escuchando unos instantes y luego continuó comiendo.

-Nadie va a volar nuestro garaje -la tranquilicé-. Estoy casi segura.

-Vaya, pues desde luego sería increible que alguien volara el garaje -comentó la abuela-. Sería una buena historia que contar en la peluquería.

Empezaba a preguntarme por qué no me habría llamado Ranger. No era propio de él no devolverme una llamada de inmediato. Me puse el bolso sobre el regazo y hurgué en el revoltijo que contenía en busca del móvil.

-¿Qué estás buscando? -quiso saber la abuela.

-Mi teléfono móvil. Llevo tanta basura en el bolso que nunca encuentro nada -empecé a sacar cosas y a ponerlas sobre la mesa. Un bote de laca, un cepillo de pelo, un estuche de maquillaje con cremallera, una linterna, unos prismáticos en miniatura, las placas de matrícula de Ranger, un frasquito de pintura de uñas, la pistola de descargas eléctricas...

La abuela se inclinó sobre la mesa para echar un vistazo.

-¿Qué es eso?

-Una pistola de descargas -expliqué.

-¿Y qué hace?

-Emite una descarga eléctrica.

Mi padre se sirvió más cerdo y se concentró en el plato.

La abuela se levantó de la silla y se acercó para examinar la pistola.

-¿Para qué sirve? -quiso saber; la cogió y la estudió-. ¿Cómo funciona?

Yo todavía rebuscaba en el bolso.

-Oprimes esos dientes metálicos contra una persona y aprietas el botón.

-Stephanie -me advirtió mi madre-, quítale eso a tu abuela antes de que se electrocute.

-¡Ajá! -exclamé al encontrar el móvil. Lo saqué y le eché un vistazo. Estaba sin batería. No era de sorprender que Ranger no hubiera llamado.

-Mira, Frank -le dijo la abuela a mi padre-, ¿habías visto algo parecido? Stephanie dice que uno no tiene más que oprimirla contra alguien y apretar el botón...

Tanto mi madre como yo saltamos de nuestras sillas.

-¡No!

Demasiado tarde. La abuela había apoyado los dientes de la pistola contra el brazo de mi padre. Psssst.

A mi padre se le vidriaron los ojos, un trozo de cerdo se le salió de la boca, y cayó espatarrado al suelo.

-Débe de haberle dado un infarto -opinó la abuela mirándole-. Ya se lo he dicho muchas veces, se pone demasiada salsa.

-¡Ha sido la pistola! -exclamé-. ¡Eso es lo que pasa cuando le pegas una descarga a alguien!

La abuela se agachó para verle mejor.

-¿Le he matado?

Mi madre estaba de rodillas junto a la abuela.

-¿Frank? -llamó-. ¿Puedes oírme, Frank?

Le tomé el pulso.

-Está bien -dije-. La abuela sólo le ha revuelto un poco las neuronas. No es permanente. Estará como nuevo en un par de minutos.

Mi padre abrió un ojo y se tiró un pedo.

-Uy -exclamó la abuela-. Creo que alguien ha pisado un pato.

Todas retrocedimos y abanicamos el aire.

-Tengo pastel de chocolate de postre -anunció mi madre.

Utilicé el teléfono de la cocina de mis padres para dejarle otro mensaje a Ranger en el contestador. «Siento lo de mi móvil. La batería la ha palmado. Estaré en casa en una media hora. Necesito hablar contigo.»

Luego llamé a Mary Lou y le pedí que pasara a buscarme para llevarme a casa. No creí que fuera buena idea pedirle a mi padre que cogiera el coche cuando acababa de quedar fuera de combate. Y no quería que me llevara mi madre y dejara a mi abuela y a mi padre solos en la casa. Y, por encima de todo, no quería estar ahí cuando mi padre le cayera encima a la abuela Mazur.

-Me moría de ganas de hablar contigo -dijo Mary Lou cuando me recogió-. ¿Qué pasó anoche con Morelli?

-No gran cosa. Hablamos sobre el caso en que está trabajando y luego me llevó a casa.

-¿Eso es todo?

-Más o menos.

-¿No acabasteis en la cama?

-No.

-A ver si lo entiendo. Anoche estuviste con los dos hombres más sexys del planeta, ¿y no te marcaste un tanto con ninguno de los dos?

-En esta vída hay otras cosas además de tirarse a los tíos.

-¿Como qué?

-Podría marcarme un tanto conmigo misma.

-Puedes quedarte ciega haciendo eso.

-¡No! Quiero decir hacer algo por mi autoestima. Ya sabes, como cuando haces un trabajo y obtienes un resultado excelente. O cuando te fijas un listón moral y te ciñes a él.

Mary Lou me dirigió esa mirada con la boca abierta y la nariz arrugada que significa que una no está diciendo más que gilipolleces.

-¿Qué?

-Bueno, vale, nunca me ha pasado ninguna de esas cosas, pero ¡podrían ocurrir!

-Sí, claro, y los cerdos vuelan -ironizó Mary Lou-; personalmente, preferiría un orgasmo.

Mary Lou giró para entrar en el aparcamiento y frenó en seco, con lo que a ambas se nos clavó el cinturón en el hombro.

-Virgen santa -exclamó-. ¿Ves lo mismo que yo?

El Mercedes de Ranger estaba aparcado en la sombra justo al lado de la puerta.

-Coño -soltó Mary Lou-, si me estuviera esperando a mí, necesitaría una Tena Lady.

Ranger estaba apoyado contra el coche, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin moverse. En la oscuridad se le veía muy amenazador. Desde luego era como para necesitar Tena Lady.

-Gracias por traerme -le dije a Mary Lou sin apartar la mirada de Ranger; me preguntaba de qué humor estaría.

-¿Seguro que estarás bien? Se le ve tan... peligroso.

-Es por el pelo.

-Es por algo más que el pelo.

Era por el pelo, los ojos, la boca, el cuerpo, la pistola en la cadera...

-Te llamaré mañana -le dije a Mary Lou-. No te preocupes por Ranger. No es tan malo como parece -vale, pues sí, digo una mentirijilla de vez en cuando, pero siempre por una buena causa. No tenía sentido que Mary Lou se pasara la noche presa de un ataque de nervios.

Mary Lou le dirigió a Ranger una última mirada antes de salir zumbando del aparcamiento. Inspiré profundamente y anduve sin prisa hacia él.

-¿Dónde está el BMW? -preguntó.

Saqué del bolso las matrículas y el trozo de salpicadero y se los di.

-He tenido un pequeño problema...

Ranger arqueó las cejas y las comisuras de su boca empezaron a esbozar una sonrisa.

-¿Esto es todo lo que queda del coche?

Asentí con la cabeza y tragué saliva.

-Me lo robaron.

Su sonrisa se hizo más amplia.

-Y te dejaron las matrículas y la etiqueta del registro. Qué detalle.

A mí no me parecía un detalle. Más bien me parecía una cutrez. De hecho, estaba pensando que mi vida entera era cutre. La bomba, Ramírez, el tío Fred... y justo cuando me parecía tener éxito en algo y hacía una captura, alguien me robaba el coche. El mundo entero era cutre, y se estaba burlando de mí.

-Esta vida es una mierda -le dije a Ranger. Una lágrima me surcó la mejilla. Hostia.

Ranger me estudió durante un instante, se volvió y dejó caer las matrículas en el asiento trasero.

-No era más que un coche, nena. No era importante.

-No es sólo por el coche. Es por todo -se me escapó otra lágrima-. No tengo más que problemas.

Estaba muy cerca de mí. Sentía el calor que emanaba de su cuerpo. Y vi que tenía las pupilas muy dilatadas y negras en la penumbra del aparcamiento.

-Pues vas a tener algo más de lo que preocuparte -dijo, y me besó; me asió la nuca con una mano y posó sus labios sobre los míos, primero con suavidad y luego en un beso apasionado y exigente. Me atrajo más hacia sí y volvió a besarme y me recorrió una oleada de deseo, ardiente y terrorífico.

-Virgen santa -musité.

-Ajá -dijo él-. Piensa en ello.

-Lo que pienso es... que no es una buena idea.

-Por supuesto que no lo es -repuso-. Si fuera buena idea me habrías tenido en tu cama hace mucho tiempo –extrajo un sobre del bolsillo de la chaqueta-. Tengo un trabajo para ti. El joven jeque vuelve mañana a casa y necesita que le lleven al aeropuerto.

-¡No! No pienso volver a llevar a ese pequeño gilipollas.

-Míralo de esta forma, Steph: se merece que lo hagas tú.

Desde luego tenía razón.

-Vale -dije-. No tengo nada más que hacer.

-Las instrucciones están en el sobre. Tank vendrá a traerte el coche.

Y se marchó.

-Oh, Dios mío -gemí-. ¿Qué acabo de hacer?

Me precipité hacia el vestíbulo y oprimí el botón del ascensor, todavía hablando conmigo misrna.

-Me ha besado y yo le he besado a él. ¿En qué estaba pensando? -puse los ojos en blanco-. ¡Estaba pensando... sí!

La puerta del ascensor se abrió y Ramírez salió de él.

-Hola, Stephanie -dijo-. El campeón te ha estado esperando.

Proferí un chillido y retrocedí de un salto, pero tenía a Ranger en la cabeza, no a Ramírez, y no fui lo bastante rápida. Ramírez me agarró del pelo y tironeó de mí hacia la puerta.

-Ya ha llegado la hora -dijo-. La hora de que compruebes cómo es estar con un hombre de verdad. Y entonces, cuando el campeón haya acabado contigo, estarás lista para Dios.

Tropecé y caí sobre una rodilla, y Ramírez volvió a arrastrarme. Había metido una mano en el bolso, pero no conseguía encontrar ni el revólver ni la pistola de descargas. Llevaba demasiados trastos. Balanceé el bolso y le di con él en la cara tan fuerte como pude. Se detuvo, pero no cayó.

-Eso no ha estado bien, Stephanie -dijo-. Vas a tener que pagar por eso. Tendrás que recibir tu castigo antes de ver a Dios.

Hundí los talones en el suelo y chillé con todas mis fuerzas.

Dos puertas se abrieron en el primer piso.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó el señor Sanders.

La señora Keene asomó la cabeza.

-Sí, ¿qué es todo ese jaleo?

-Llamen a la policía -grité-. ¡Socorro! ¡Llamen a la policía!

-No te preocupes, querida -dijo la señora Keene-. Tengo mi pistola -disparó dos veces y reventó una de las luces del techo-. ¿Le he dado? ¿Quieres que vuelva a disparar?

La señora Keene tenía cataratas y llevaba unas gafas gruesas como culo de botella.

Ramírez había salido como un tiro hacia la puerta después del primer disparo.

-No, no le ha dado, señora Keene, pero está bien así. Le ha hecho salir corriendo.

-¿Aún quieres que llamemos a la policía?

-Ya me encargo yo -les diie-. Gracias.

Todo el mundo me creía una cazarrecompensas profesional, y no quería arruinar esa imagen, de forma que me dirigí con calma hacia las escaleras. Subí los peldaños de uno en uno y me obligué a no perder la calma. Entra en casa, me dije. Cierra la puerta, llama a la policía. Debería haber cogido la pistola y haber salido al aparcamiento en busca de Ramírez. Pero la verdad es que estaba demasiado asustada. Y, para ser del todo honesta, no era una gran tiradora. Mejor dejárselo a la policía.

Para cuando llegué ante mi puerta ya tenía la llave en la mano. Inspiré profundamente y la inserté en la cerradura al primer intento. El apartamento estaba a oscuras y en silencio. Era pronto para que Briggs estuviese durmiendo. Debía de haber salido. Rex correteaba sin hacer ruido en su rueda. La luz del contestador automático parpadeaba. Había dos mensajes. Sospechaba que uno sería de Ranger, de primera hora de la tarde.

Encendí la luz, dejé el bolso sobre la encimera de la cocina y escuché los mensaies.

El primero era en efecto de Ranger y me decía que le llamara al busca.

El segundo era de Morelli. «Es importante que hable contigo», decía.

Marqué el número de casa de Morelli.

-Vamos -dije-. Coge el teléfono -no hubo respuesta, así que empecé a pulsar las teclas de marcación rápida. El siguiente en la lista era el teléfono del coche de Morelli. Tampoco contestó. Probaría con el móvil. Me llevé el teléfono inalámbrico al dormitorio, pero no pasé de la puerta.

Allen Shempsky estaba sentado en mi cama. La ventana que había tras él estaba rota. No era ningún secreto cómo había entrado. Sostenía una pistola. Y tenía un aspecto terrible.

-Cuelga -dijo- o te mato.

Librodot

CAPÍTULO QUINCE

-¿QUÉ ESTAS HACIENDO? -le pregunté a Shempsky.

-Buena pregunta. Creía saberlo. Creía tenerlo todo calculado -negó con la cabeza-. Pero todo se ha ido a tomar por el saco.

-Tienes un aspecto horroroso -tenía la cara enrojecida, los ojos inyectados en sangre y vidriosos y el pelo despeinado. Iba trajeado, pero le colgaban los faldones de la camisa y llevaba la corbata torcida. Los pantalones y la chaqueta estaban surcados de arrugas-. ¿Has estado bebiendo?

-Estoy enfermo -respondió.

-Quizá deberías bajar esa pistola.

-No puedo. Tengo que matarte. Además, ¿qué pasa contigo? Cualquier otro habría sabido cuándo dejarlo; lo que quiero decir es que Fred ni siquiera le gustaba a nadie.

-¿Dónde está?

-¡Ja! Otra buena pregunta.

Oí un sonido amortiguado procedente del armario.

-Es el enano -explicó Shempsky-. Me ha dado un susto de muerte. Pensé que no habría nadie, y de pronto ha entrado corriendo esa especie de gnomo.

Llegué al armario con un par de zancadas. Abrí la puerta y miré hacia abajo. Briggs estaba amarrado como un ganso en Navidad, con las manos atadas a la espalda con mi cuerda de tender y cinta adhesiva de embalar en la boca. Parecía encontrarse bien, aunque muy asustado y como una moto.

-Cierra la puerta -ordenó Shempsky-. Está más tranquilo si cierras la puerta. Supongo que tendré que matarle a él también, pero lo he dejado para más tarde. Es como matar a Sabio, a Mocoso o a Gruñón. Y tengo que decirte que me siento fatal con lo de tener que matar a Mocoso. Mocoso me gusta de verdad.

Si nunca les han apuntado con una pistola, no pueden imaginar el terror que se siente. Y una lamenta que su vida haya sido demasiado corta y que no la haya apreciado lo suficiente.

-En realidad no quieres matarnos ni a Mocoso ni a mí -dije, haciendo un esfuerzo por que no me temblara la voz.

-Claro que quiero. ¿Por qué no iba a hacerlo? He matado a todos los demás -se sorbió la nariz y se la limpió con la manga-. Vaya gripazo tengo; desde luego, cuando las cosas empiezan a salir mal no hay quien las pare -se mesó el cabello-. Era una idea tan buena. Coger a unos cuantos clientes y quedármelos para mí. Perfectamente limpio. Sólo que no contaba con que gente como Fred empezara a meter baza. Todos estábamos ganando dinero y no le hacíamos daño a nadie.

Y entonces las cosas empezaron a salir mal y la gente empezó a asustarse. Primero Lipinski y luego John Curly.

-¿Así que les mataste?

-¿Qué otra cosa podía hacer? Es la única forma de hacer callar a alguien que funciona, ¿sabes?

-¿Y Martha Deeter?

-Martha Deeter -repitió exhalando un suspiro-. Una de las muchas cosas que lamento es que esté muerta y no pueda volver a matarla. De no ser por Martha Deeter...-sacudió la cabeza-. Disculpa mi lenguaje, pero estaba verdaderamente encoñada con esas cuentas. Todo tenía que hacerse estrictamente según las reglas. No quería ceder en el asunto de Shutz. Incluso aunque no fuera de su incumbencia. Era una estúpida recepcionista, pero no dejaba de meter las narices en todas partes. Después de que tú salieras de la oficina decidió que iba a poneros de ejemplo a ti y a tu tía. Envió un fax a las oficinas centrales sugiriendo que investigaran el asunto y te demandaran por hacer reclamaciones fraudulentas. ¿Te imaginas adónde podía conducir eso? Incluso aunque sólo se pusieran en contacto contigo para tranquilizarte, podía causar que iniciaran una investigación.

-¿De modo que la mataste?

-Me pareció lo más prudente. Viéndolo en retrospectiva puede parecer una solución algo extrema, pero como ya te he dicho es la única forma de conseguir que alguien cierre el pico. La naturaleza humana, como tal, no es digna de confianza. Y ¿sabes qué?, descubrí algo asombroso: que matar a alguien no es tan difícil.

-¿Dónde aprendiste a construir bombas?

-En la biblioteca. En realidad esa bomba la había hecho para Curly, pero por casualidad le vi cruzar la calle para llegar a su coche. Era tarde por la noche y salía de un bar. No había nadie a la vista. No pude creer que tuviera tanta suerte. Así que le atropellé un montón de veces. Tenía que asegurarme de que estuviera muerto, ya sabes. Y no quería que sufriera. No era mal tío; era tan sólo un cabo suelto.

Me estremecí involuntariamente.

-Sí -admitió-, la primera vez que le atropellé fue un poco angustioso. Traté de fingir que era un bulto en la calle.

Bueno, sea como fuere tenía esa bomba lista para usar, y entonces descubrí que ibas a volver a RGC. Llamé a Stemper y le conté esa bola de que tenía que retenerte una media hora para que el banco pudiera introducir ese recibo en el sistema para examinarlo.

-Entonces tuviste que matar a Stemper.

-Lo de Stemper fue culpa tuya. Aún estaría vivo si no te hubieras puesto tan cabezota con lo del recibo –Shempsky se sorbió la nariz y añadió: Dos dólares. Toda esa gente ha muerto y mi vida se ha hecho pedazos por dos jodidos dólares.

-A mí me parece que todo empezó con Laura Lipinski.

-¿Así que lo has deducido? -se encorvó un poco-. Estaba haciéndole la vida imposible a Larry. Éste había cometido el error de contarle lo del dinero, y ella lo quería para sí. Iba a dejarle y quería el dinero. Dijo que si no se lo dábamos, acudiría a la policía.

-¿De forma que la mataste?

-En lo que nos equivocamos fue en la forma de librarnos del cuerpo. Yo nunca había hecho antes nada parecido, así que pensé: córtala en trozos, mételos en un par de bolsas de basura y distribúyelas por la ciudad la noche de recogida. Lo primero de todo, déjame que te diga, es que no es nada fácil descuartizar un cuerpo. Y, en segundo lugar, el tacaño de Fred andaba por ahí tratando de ahorrarse unos dólares en sus hojas secas, y nos vio a Larry y a mí con una de las bolsas. Lo que quiero decir es que cuántas probabilidades había de que nos viera, ¿eh?

-No entiendo qué pinta Fred en todo esto.

-Nos vio dejar una de las bolsas y no se le ocurrió pensar nada al respecto. Me refiero a que él estaba haciendo lo mismo. A la mañana siguiente Fred va a RGC y Martha le cabrea y le manda al carajo. Fred se marcha y, cuando ha recorrido una manzana, se dice que le suena el compañero de oficina de Martha. Al cabo de otra manzana se da cuenta de que es el tipo que dejó la bolsa. Así que Fred vuelve a la inmobiliaria con una cámara y empieza a hacer fotos. Supongo que sólo quería restregárselas por las narices a Larry, avergonzarle lo suficiente como para que le devolviera su dinero. Sólo que al cabo de un par de fotos Fred piensa que la bolsa parece demasiado abultada y además apesta. Y abre la bolsa.

-¿Por qué no informó Fred a la policía?

-¿Por qué crees tú? Por dinero.

-Iba a hacerte chantaje -por eso Fred había dejado el recibo en su escritorio. No lo necesitaba. Tenía las fotografías.

-Fred dijo que no tenía ningún plan de pensiones. Había trabajado durante treinta años en la fábrica de botones y apenas si tenía jubilación. Dijo que había leído que se necesitaban noventa mil para ir a una residencia de ancianos decente. Eso era lo que quería. Noventa mil dólares.

-¿Y qué hay de Mabel? ¿No quería dinero para que ella también fuera a una residencia?

Shempsky se encogió de hombros.

-No dijo nada acerca de Mabel.

Tacaño y cabrón.

-¿Por qué mataste a Larry? -en realidad a esas alturas ya no me preocupaba saberlo. Lo que me preocupaba era ganar tiempo, a toda costa. No quería que apretara el gatillo. Si eso significaba que tenía que seguir hablándole, eso era lo que iba a hacer.

-A Lipinski le entró miedo. Quiso echarse atrás. Quiso coger su dinero y salir corriendo. Traté de hablar con él, pero estaba asustado de verdad. Así que fui en persona a ver si podía calmarle.

-Lo conseguiste. Uno no llega a estar mucho más calmado que cuando está muerto.

-No quería escucharme, así pues, ¿qué iba a hacer? Pensé que había hecho un buen trabajo con lo de hacerlo parecer un suicidio.

-Tu vida está bien, tienes una bonita casa, una esposa y unos hijos estupendos, un buen trabajo. ¿Por qué estafabas?

-Al principio el dinero era sólo para gastarlo en diversiones. Tipp y yo solíamos jugar al póquer con un gnipo de amigos las noches de los lunes. Y la esposa de Tipp siempre se negaba a darle dinero. Así que Tipp empezó con las estafas; sólo fueron un par de cuentas para conseguir dinero con que jugar. Pero era sorprendentemente fácil; me refiero a que nadie se percataba siquiera de que el dinero desaparecía. Así que fuimos ampliando la cosa hasta sacar un buen pellizco de las cuentas de Vito. Tipp conocía a Lipinski y a Curly, y los metió en el ajo- Shempsky volvió a enjugarse la nariz-. Lo cierto es que en el banco nunca iba a hacer dinero de verdad. El mío es un empleo sin porvenir. Ya sabes, la culpa es de esta cara que tengo. No soy estúpido. Podría haber sido alguien, pero nadie me presta atención. Dios le da a todo el mundo un talento especial. ¿Sabes cúal me ha dado a mí? El de que nadie me recuerde. Tengo una cara nada memorable. Me llevó un montón de años, pero al fin averigüé cómo utilizar ese don -emitió una risilla de loco que hizo que se me pusieran firmes los pelillos del brazo-. Mi talento consiste en que puedo robar descaradamente a la gente, matarles en plena calle, y nadie se acuerda.

Allen Shempsky estaba borracho o chinado o ambas cosas.

Y al paso que vamos ni siquiera iba a tener que dispararme, porque me estaba dando un susto de muerte. El corazón me latía desbocado en el pecho y me reverberaba en los oídos.

-¿Qué vas a hacer ahora? -le pregunté.

-¿Quieres decir después de matarte? Supongo que me iré a casa. O quizá simplemente me suba al coche y me largue a alguna parte. Tengo montones de dinero. No necesito volver al banco si no quiero hacerlo.

Shempsky estaba sudando y bajo el rubor de las meiillas su rostro estaba pálido.

-Jesús -se lamentó-, me encuentro fatal -se puso en pie y me señaló con la pistola-. ¿Tienes algún medicamento?

-Sólo aspirina.

-Necesito algo más que aspirinas. Me gustaría sentarme y seguir charlando, pero tengo que conseguir algún medicamento fuerte. Apuesto a que tengo fiebre.

-No tienes buen aspecto.

-Seguro que tengo toda la cara colorada.

-Sí, y los ojos vidriosos.

Se oyó el sonido de algo que rascaba en la escalera de incendios y ambos nos volvimos en redondo. Sólo vimos oscuridad más allá del cristal roto.

Shempsky se volvió de nuevo hacia mí y amartilló la pistola.

-Ahora quédate quieta para que te mate con la primera bala. Así es mejor. Se arma mucho menos desastre. Y si te disparo al corazón te podrán velar con el ataúd abierto. Sé que a todo el mundo le gusta eso.

Ambos inspiramos profundamente, yo para morir y Shempsky para apuntar. Y en ese instante rasgo el aire un rugido de rabia y locura que helaba la sangre. Y Ramírez llenó el marco de la ventana con el rostro contorsionado y una expresión malévola en los oios.

Instintivamente, Shempsky se volvió en redondo y vació el cargador de la pistola en Ramírez.

No perdí el tiempo en correr: salí volando literalmente de la habitación, crucé la salita y abrí la puerta de entrada. Corrí como una loca por el pasillo, baje como una exhalación dos tramos de escaleras y casi eché abajo la puerta de la señora Keene.

-Virgen santa -exclamó la anciana-, desde luego estás teniendo una noche movidita. ¿Que pasa ahora?

-¡Su pistola! ¡Déme su pistola!

Llamé a la policía y volví al piso de arriba con la pistola en la mano. La puerta de mi casa estaba abierta de par en par.

Shempsky había desaparecido. Y Briggs aún estaba vivo dentro de mi armario.

Le arranqué la cinta adhesiva.

-¿Estás bien?

-Mierda -soltó-. Me he cagado encima.

LOS POLIS DE UNIFORME llegaron primero, luego los enfermeros y finalmente los detectives de homicidios y el forense. Les resultó fácil encontrar mi apartamento. La mayoría de ellos había estado antes en él. Morelli había llegado con los otros policías.

Era tres horas más tarde y la fiesta empezaba a decaer. Había hecho ya mi declaración, y lo único que quedaba por hacer era meter a Ramírez en una bolsa para cadáveres y sacarle de mi escalera de incendios. Rex y yo habíamos acampado en la cocina mientras los profesionales hacían su trabajo. Randy Briggs hizo su declaración y se marchó, decidiendo que su apartamento sin puerta era más seguro que vivir conmigo.

A Rex todavía se le veía animado, pero yo estaba agotada.

Me había quedado sin una gota de adrenalina y me sentía como si mi volumen sanguíneo hubiera bajado medio litro.

Morelli entró en la cocina y por primera vez en toda la noche disfrutamos de unos instantes a solas.

-Deberías sentirte aliviada -dijo-. Ya no tendrás que preocuparte más por Ramírez.

Asentí con la cabeza.

-Es terrible decir algo así, pero me alegro de que esté muerto. ¿Habéis tenido noticias de Shempsky?

-Nadie le ha visto, ni a él ni a su coche. No ha ido a su casa.

-Creo que ha perdido la chaveta. Y tiene la gripe. Tenía un aspecto horrible.

-Tú también tendrías mal aspecto si te buscaran por asesinato múltiple. Vamos a dejar a un agente aquí esta noche para asegurarnos de que no entre nadie por tu ventana, pero en tu habitación va a hacer frío. Probablemente preferirás quedarte en otro sitio. Yo voto por mi casa.

-Me sentiría más segura en tu casa -respondí-. Gracias.

La camilla con el cuerpo pasó traqueteante por el pasíllo y salió rodando por la puerta de mi casa. El estómago me dio un vuelco y tendí las manos hacia Morelli. Éste me atrajo hacia sí y me estrechó entre sus brazos.

-Mañana te sentirás mejor -dijo-. Sólo necesitas dormir un poco.

-Antes de que lo olvide. Me dejaste un mensaie en el contestador diciendo que necesitabas hablar conmigo.

-Detuvimos a Harvey Tipp para interrogarle, y cantó como un canario. Quería advertirte acerca de Shempsky.

CUANDO DESPERTÉ el sol entraba a raudales por la ventana de la habitación de Morelli, pero no había ningún Morelli junto a mí. Tenía el vago recuerdo de haberme quedado dormida en el trayecto hasta su casa. Y de haber vuelto a dormirme a su lado.

No tenía recuerdo alguno de un encuentro sexual. Llevaba una camiseta y bragas. Que las bragas las tuviera puestas y no estuvieran en el suelo probablemente revelaba algo.

Me levanté de la cama y me fui descalza al baño. Había una toalla húmeda en el colgador de la puerta, y un juego de toallas limpias para mí pulcramente dobladas sobre la bañera. En el espejo del lavamanos había pegada una nota: «He tenido que irme temprano a trabajar -decía-. Estás en tu casa». También confirmaba lo que sospechaba: que me había quedado zombi en el instante en que mi cabeza había tocado la almohada.

Y puesto que Morelli apreciaba que le respondieran cuando hacía el amor, había pasado por alto la oportunidad de la noche anterior de cobrarse su deuda.

Me di una ducha, me vestí y me dirigí a la cocina en busca de desayuno. Como Morelli no almacenaba precisamente cereales, me conformé con un sándwich de mantequilla de cacahuete. Estaba a medio comérmelo cuando me acordé del trabajo de chófer. No había llegado a leer el contenido del sobre, y no tenía ni idea de cuándo se suponía que tenía que llevar al jeque. Hurgué en el desorden de mi bolso y encontré el sobre.

En él decía que Tank me traería la limusina a las nueve. Tenía que recoger al jeque a las diez y llevarle al aeropuerto de Newark. Eran casi las ocho, de forma que me acabé el emparedado, metí la ropa de la noche anterior en el bolsón y llamé a Mary Lou para que me viniera a buscar.

-Chica, desde luego vas dando vueltas por ahí –comentó Mary Lou-. Cuando te dejé estabas con Ranger. Debes de haber tenido una noche movidita.

-No sabes hasta qué punto -le conté lo del beso, lo de Ramírez y Shempsky, y finalmente lo de Morelli.

-No puedo imaginarme estar demasiado cansada para hacerlo con Morelli -dijo-. Por supuesto, a mí nunca me ha atacado un violador homicida, ni me ha tenido a punta de pistola un banquero chiflado, ni me he encontrado un tío muerto al otro lado de la ventana de mi dormitorio.

La señora Bestler esperaba junto al ascensor cuando entré en el vestíbulo de mi edificio.

-¿Sube? -me preguntó-. Segunda planta... cinturones, bolsos, bolsas para cadáveres.

-Subiré por las escaleras -le dije-. Necesito hacer ejercicio.

Abrí la puerta de mi apartamento y sorprendí a un joven poli dándole cereales a Rex.

-Parecía hambriento -explicó-. Espero que no le importe.

-En absoluto. Y si quiere desayune con él. Eche un vistazo en la nevera a ver si encuentra algo que le guste.

El poli sonrió.

-Gracias. Hay un tipo arreglándole la ventana. Morelli se encargó de que se hiciera. Se supone que debo marcharme en cuanto termine.

-Me parece bien.

Fui a mi habitación y cogí mi uniforme de chófer: el traje negro, las medias y los zapatos de tacón. Me cambié en el baño, me apliqué pintalabios y un toque de rímel y me puse laca en el pelo. Cuando salí, el hombre de la ventana se babía ido y el cristal aparecía limpio y reluciente. El poli también se había marchado.

Cogí el bolso, me despedí de Rex y bajé a toda prisa al aparcamiento.

Tank me estaba esperando cuando salí por la puerta trasera a las nueve en punto. Tenía un mapa y el itinerario.

-No debería llevarte más de media hora desde aquí -dijo.

-¿Sabe que soy yo quien va a conducir?

El rostro de Tank esbozó una amplia sonrisa.

-Nos pareció que sería una agradable sorpresa.

Cogí las llaves de la berlina y me senté al volante.

-Vas armada, ¿verdad?

-Verdad.

-¿Y estás bien después de lo de anoche?

-¿Cómo sabes lo de anoche?

-Viene en el periódico.

-Genial.

Le hice a Tank un pequeño ademán de saludo y me alejé.

Llegué hasta Hamilton y giré a la derecha. Continué a lo largo de varias manzanas ,me interné en el Burg. No tenía intención de destrozar otro coche negro. Aparqué frente a la casa de mis padres y entré a coger las llaves del garaje.

-Has vuelto a salir en el periódico -dijo la abuela-. Y el teléfono no ha parado de sonar. Tu madre está en la cocina, planchando.

Mi madre siempre plancha en épocas de desastre. Hay quien bebe, hay quien consume drogas. Mi madre plancha.

-¿Cómo está papá? -le pregunté a la abuela.

-Ha salido a comprar.

-¿Tiene alguna secuela de la descarga eléctrica?

-Bueno, no es la persona más feliz que haya visto, pero aparte de eso está bien. Por lo visto has conseguido otro coche.

-Es un préstamo. Tengo un trabajo de chófer. Voy a dejar el coche negro aquí y a llevarme el Buick. Me siento más segura en el Buick.

Mi madre salió de la cocina.

-¿Qué es eso de que ahora eres chófer?

-Nada; sólo voy a llevar a una persona al aeropuerto.

-Muy bien -dijo mi madre-, pues llévate a la abuela.

-¡No puedo hacer eso!

Mi madre me llevó a la cocina y bajó la voz.

-No me importa si al que llevas es el papa, tu abuela va contigo y se acabó. Si le dice alguna tontería a tu padre cuando vuelva, va a ir a por ella con un cuchillo de cocina. Así que, a menos que quieras tener más sangre en las manos, cumplirás con tus obligaciones de nieta y sacarás a tu abuela de esta casa durante unas horas, hasta que los ánimos se calmen un poco. De todas formas, lo que ha pasado es culpa tuya -mi madre puso una camisa sobre la tabla de planchar con gesto enérgico y aferró la plancha-. ¿Y qué clase de hiia hay que ser para andar con tiroteos en la escalera de incendios? El teléfono ha estado sonando toda la mañana. ¿Cómo voy a explicar una cosa así?

-No tienes más que decirle a la gente que estaba buscando al tío Fred y las cosas se complicaron.

Mi madre blandió la plancha hacia mí.

-Si ese hombre no está muerto voy a matarle con mis propias manos.

Hmmm. Por lo visto mamá estaba un poco estresada.

-Vale -dije-. Supongo que puedo llevarme a la abuela.

-Quizá no fuera tan mala idea después de todo. No me parecía que ese jeque pervertido estuviera tan dispuesto a sacarse el pito con la abuela a bordo.

-Qué pena que no podamos llevarnos ese coche negro tan bonito -se lamentó la abuela-. Tiene más aspecto de coche de chófer.

-No pienso correr ningún riesgo -le expliqué. No quiero que le pase nada a ese coche. Va a quedarse encerrado a cal y canto en el garaje.

Cargué a la abuela en el Buick, recorrí marcha atrás el sendero de la casa y aparqué en la calle. Luego metí con cautela el Lincoln en el garaje y cerré las puertas.

Al cabo de treinta y cinco minutos exactos estaba en la dirección que Tank me había dado. Era un barrio de las casas caras con una hectárea o más de terreno. La mayoría de casas

tenían senderos privados protegidos por vallas y se alzaban en jardines de árboles adultos y setos cuidados por profesionales.

Pulsé el botón en la entrada de la verja en cuestión y di mi nombre. Las puertas se abrieron y conduje hasta llegar a la casa.

-Supongo que todo esto es bonito -comentó la abuela-, pero no deben de llegar muchos niños a pedir caramelos en Halloween; apuesto a que los de aquí lo consideran un descalabro.

Le dije a la abuela que no se moviera de donde estaba y me dirigí a la puerta.

La puerta se abrió y Ahmed frunció el entrecejo al verme.

-¡Tú! -exclamó-. ¿Qué haces aquí?

-¡Sorpresa! -le dije-. Soy tu chófer.

Echó una ojeada al coche.

-¿Y qué se supone que es eso?

-Eso es un Buick.

-Hay una anciana dentro.

-Ésa es mi abuela.

-Olvídalo. No pienso ir contigo. Eres una incompetente.

Le rodeé con un brazo y le atraje hacia mí.

-Hace un par de dias que estoy teniendo una serie de dificultades -le revelé en tono confidencial-, y se me está acabando la paciencia. De modo que apreciaría de verdad que entraras en el coche sin armar mucho jaleo. Porque si no lo haces voy a pegarte un tiro.

-Tú no me pegarías un tiro -repuso.

-Ponme a prueba.

Había un hombre de pie junto a Ahmed. Sostenía dos maletas y parecía incómodo.

-Métalas en el maletero -le indiqué.

En la puerta había aparecido una mujer.

-¿Quién es ésa? -le pregunté al jeque.

-Mi tía.

-Pues salúdale con la mano, sonríe y métete en el coche.

Exhaló un suspiro e hizo un ademán de saludo. Yo también saludé. Todo el mundo saludó. Y entonces me largué de allí.

-Habríamos traído el coche negro -le explicó la abuela a Ahmed-, sólo que Stephanie ha estado teniendo verdadera mala suerte con los coches.

El jeque se hundió en el asiento con expresión huraña.

-No me diga.

-Pero con éste no tienes que preocuparte -continuó la abuela-. Lo hemos tenido encerrado en el garaje para que nadie pudiera ponerle una bomba. Y, toco madera, pero todavía no ha explotado.

Cogí la Nacional I y la seguí hasta New Brunswick, donde entré en la autopista. Me dirigí entonces al norte, como un bólido con el Buick, agradecida de que mi pasajero siguiera completamente vestido y de que la abuela se hubiera dormido, con la boca abierta, colgando del cinturón de seguridad.

-Me sorprende que aún trabajes para esta compañía -dijo Ahmed-. De ser yo tu jefe te habría despedido.

Le ignoré y encendí la radio.

Se inclinó hacia adelante.

-Quizá sea difícil encontrar gente competente para hacer un trabajo de baja categoría como éste.

Le miré a través del espeio retrovisor.

-Te doy cinco dólares si me enseñas las tetas -dijo.

Puse los ojos en blanco y subí el volumen de la radio.

-Qué aburrimiento -gritó para hacerse oír-. Y detesto esa música.

-¿Tienes sed?

-Sí.

-¿Te gustaría parar a tomar un refresco?

-¡Si!

-Pues mala suerte.

Tenía el móvil enchufado al mechero del coche y me sorprendió oírlo sonar.

Era Briggs.

-¿Dónde estás? -quiso saber-. Este número es de tu móvil, ¿no?

-Ajá. Estoy en la autopista de Jersey, salida diez.

-¿Me tomas el pelo? ¡Eso es genial! Espera a oír esto. He estado trabajando toda la noche, pirateando los archivos de Shempsky, y he dado con algo. A última hora de anoche hizo una reserva para un vuelo. Se supone que su avión sale de Newark dentro de una hora y media. Va a volar en Delta con destino a Miami.

-Eres todo un hombre.

-Eh, nunca mosquees a un hombrecito.

-Llama a la policía. Llama a Morelli primero -le di los números de Joe-. Si no consigues encontrarle, llama a la comisaría. Se pondrán en contacto con la gente precisa en Newark. Yo me mantendré alerta por si veo a Shempsky en la carretera.

-¡No puedo decirle a la policía que he pirateado los archivos del banco!

-Entonces diles que yo conseguí la información y te he pedido que la transmitieras.

Quince minutos más tarde, aminoré la marcha para entrar en el peaje y salir de la autopista. La abuela estaba despierta buscando un Taurus color tostado, y Ahmed permanecía en silencio en el asiento de atrás, con los brazos cruzados y expresión hosca.

-¡Es él! -exclamó la abuela-. Le he visto delante de nosotros. Mira, es ese coche tostado que acaba de salir del peaje y desviarse a la izquierda.

Pagué el peaje y eché un vistazo al coche. En efecto podía tratarse de Shempsky, pero era la cuarta vez que la abuela estaba segura de haberle visto en los últimos cinco minutos. Había un montón de coches tostados en la autopista de Jersey.

Pisé el acelerador y me precipité en persecución del coche para comprobarlo. El coche era un Taurus, y el color del cabello del conductor parecía encajar, pero el cogote no me revelaba gran cosa.

-Tienes que ponerte a su lado -dijo la abuela.

-Si me pongo a su lado, me verá.

La abuela extrajo del bolso una Magnum del 44.

-Agachaos todos, que le dispararé a los neumáticos.

-¡No! -grité-. Nada de disparar. Haz un solo disparo y se lo digo a mamá. Ni siquiera estamos seguros de que sea Allen Shempsky.

-¿Quién es Allen Shempsky? -quiso saber Ahmed-. ¿Qué está pasando?

Estaba conduciendo justo detrás del Taurus. Habría sido más seguro dejar un par de coches en medio, pero temía perderlo en el tráfico.

-Mi padre te ha contratado para protegerme -se quejó Ahmed-, no para ir por ahí persiguiendo a la gente.

La abuela se inclinó sin apartar la mirada del Taurus.

-Creemos que ese tío mató a Fred.

-¿Quién es Fred?

-Mi tío -le dije-. Es el marido de Mabel.

-Ah, entonces estáis vengando un asesinato en la familia. Eso está bien.

Nada como una pequeña venganza para salvar el abismo cultural.

El Taurus cogió el desvío del aeropuerto, y el conductor miró por el retrovisor al internarse en el tráfico; se volvió entonces en el asiento y dirigió una rápida e incrédula mirada hacia atrás. Era Shempsky. Y me había pescado. No hay mucha gente en Jersey que conduzca un Buick del 53 azul azafata y blanco. Probablemente se preguntara cómo demonios le había encontrado.

-Nos ha visto -dije.

-Choca contra él -sugirió Ahmed-. Inutilízale el coche. Entonces salimos todos corriendo y sometemos a ese perro asesino.

-Sí -dijo la abuela-, dale por detrás, métele el coche por el trasero.

En teoría, semejante idea sonaba razonable. En la práctica, me temía que resultara en una montaña de veintitrés coches y en unos titulares que rezaran CAZARRECOMPENSAS DEL INFIERNO CAUSA CATASTROFE.

Shempsky viró bruscamente delante de mí y se salió del carril. Adelantó a dos coches y volvió a meterse. Se estaba acercando a la terminal y, presa del pánico, estaba decidido a perderme. Volvió a cambiar de carril y rozó a una furgoneta azul. Viró para esquivarla, pero se pasó y chocó contra la parte trasera de un 4x4. Todo el mundo se detuvo detrás del accidente. Yo estaba cuatro coches más atrás, y no podía acercarme más. Nadie se movía.

Shempsky estaba encajonado con la parte derecha del guardabarros delantero chafada contra la nieda. Le vi abrir la puerta.

Iba a salir disparado. Me precipité fuera del coche y eché a correr por el asfalto. Ahmed me seguía. Y detrás de él iba la abuela.

Shempsky corrió por la acera ante la facturación de equipajes, esquivando a gente con niños y maletas. Le perdí por unos instantes en la abarrotada terminal, pero volví a verle justo delante de mí. Corrí tan rápido como pude, sin preocuparme de a quién derribaba. Me lancé sobre él cuando casi le pisaba los talones y le agarré de la chaqueta. Ahmed le aferró medio segundo después que yo, y los tres caímos al suelo. Rodamos un poco, pero Shempsky no opuso mucha resistencia.

Ahmed y yo teníamos a Shempsky inmovilizado en el suelo cuando llegó la abuela taconeando con sus zapatos de charol.

Tenía la pistola en la mano y su bolso y el mío metidos bajo el brazo.

-Nunca hay que dejar el bolso en el coche -me dijo-. Necesitas una pistola

-No -respondí-. Guarda esa pistola y dame mis esposas.

Rebuscó en mi bolso, encontró las esposas y me las tendió, y yo se las puse a Shempsky.

Ahmed y yo nos pusimos de pie y los tres chocamos los cinco unos con otros. Primero por arriba y luego por abajo. Y entonces Ahmed y la abuela hicieron algo bien complicado con las manos a lo que no conseguí pillarle el tranquillo.

CONSTANTINE STIVA se hallaba en pie a la entrada de la capilla ardiente, vigilando estrechamente el ataúd que había al fondo.

La abuela Mazur y Mabel estaban ante el ataúd aceptando condolencias y expresando disculpas.

-Lo sentimos muchísimo -le dijo la abuela a la señora Patucci-. Hemos tenido que conformarnos con un ataúd cerrado teniendo en cuenta que Fred llevaba dos semanas bajo tierra cuando le encontramos y los gusanos se le habían comido casi toda la cara.

-Es una verdadera lástima -omentó la señora Patucci -No poder ver al fallecido le quita no sé qué.

-Sí, a mí también me da esa sensación convino la abuela-. Pero Stiva no podía hacer nada con él y no nos permitiría levantar la tapa.

La señora Patucci se volvió para mirar a Stiva. Éste asintió levemente con la cabeza y sonrió.

-Vaya con Stiva -dijo la señora Patucci.

-Sí, y nos vigila como un halcón -añadió la abuela.

Allen Shempsky había enterrado a Fred en una fosa poco profunda en un bosquecillo frente al cementerio de animales de Klockner Road. Afirmaba haber disparado a Fred por accidente, pero resultaba difícil de creer porque la bala fatal le había entrado justo entre los ojos.

Fred había sido exhumado el viernes por la mañana, la autopsia se había realizado el lunes, y ahora era miércoles y Fred disfrutaba de un velatorio nocturno. Mabel parecía disfrutar con el evento y Fred habría quedado complacido con la multitud que había congregado, así que supongo que todo había acabado por salir bien.

Yo estaba al fondo de la estancia, a un lado de la puerta, contando los minutos que faltaban para poder marcharme. Trataba de pasar tan inadvertida como fuera posible y miraba fijamente la moqueta, pues no me sentía especialmente ansiosa por embarcarme en una conversación sobre Fred o Shempsky.

Un par de botas de motociclista entraron en mi campo de visión. Iban unidas a unas piernas revestidas de Levi`s que conocía muy bien.

-Eh, monada -me dijo Morelli-. ¿Te diviertes?

-Sí, me encantan los velatorios. Los Rangers juegan en Pittsburgh, pero eso no puede compararse con un velatorio. Cuánto tiempo sin verte.

-Desde que entraste en coma totalmente vestida en mi dormitorio.

-No me desperté totalmente vestida.

-Te diste cuenta.

Sentí que me sonrojaba.

-Supongo que has estado ocupado.

-Tenía que cerrar el caso con el Tesoro. Querían a Vito en Washington, y Vito quería que fuese con él. He vuelto esta misma tarde.

-Atrapé a Shempsky.

Eso le hizo sonreír.

-Me he enterado. Felicidades.

-Todavía no comprendo por qué creyó necesario matar a la gente. ¡No se limitaba a hacer su trabajo de banquero con lo de abrirle cuentas a sus clientes!

-Se suponía que debía derivar el dinero a un banco en las islas Caiman y establecer allí cuentas libres de impuestos. El problema fue que Shempsky estaba estafando a los estafadores. Cuando Lipinski y Curly fueron presas del pánico y quisieron su dinero, el dinero ya no estaba ahí.

Shempsky no me había contado esa parte.

-¿Por qué Shempsky no lo reemplazó simplemente?

-Se lo había gastado en inversiones que no obtuvieron beneficios. Creo que la cosa sencillamente se le fue de las manos, y fue haciéndose cada vez peor, hasta que quedó por completo fuera de su control. Hubo un par de irregularidades bancarias, además. Shempsky sabía que era dinero sucio.

Sentí un aliento cálido en la nuca. Morelli miró a la persona que lo exhalaba y profirió un gruñido de disgusto.

Era Bunchy.

-Bonito cuello, bomboncito -me dijo.

Se había cortado el pelo y lavado la cara e iba recién afeitado. Llevaba camisa, jersey de pico y pantalones color habano.

De no ser por las cejas tal vez no le hubiera reconocido.

-¿Qué haces aquí? -le pregunté-. Pensaba que el caso estaba cerrado. ¿No tenías que haber vuelto a Washington?

-No todos los del Tesoro trabajamos en Washington. Resulta que soy un tío del Tesoro en Jersey. -Paseó la mirada por la habitación-. Pensaba que a lo mejor Lula estaba aquí, como sois tan buenas amigas.

Enarqué una ceja.

-¿Lula?

-Ajá. Bueno, ya sabes, me pareció una tía divertida.

-Oye, sólo porque antes fuera fulana no...

Levantó las manos.

-Eh, no se trata de eso. Simplemente me gusta, eso es todo. Creo que no está mal.

-Pues llámala.

-¿Crees que podría? Quiero decir, ¿no me colgaría por el rollo ese de los neumáticos?

Saqué un bolígrafo del bolso y escribí el número de Lula en el dorso de la mano de Bunchy.

-Corre el riesgo.

-¿Qué pasa conmigo? -preguntó Morelli cuando Bunchy se hubo marchado-. ¿A mí no me pones un número en el dorso de la mano?

-Tienes números suficientes para durarte toda la vida.

-Estás en deuda conmigo -me recordó.

Sentí un estremecimiento en el estómago.

-Sí, pero no dije cuándo te pagaría.

-La decisión está en tu mano -dijo Morelli.

¡Yo había oido eso antes!

La abuela me estaba haciendo señas desde la otra punta.

-iYujuuu! -llamaba-, ven aquí un segundo.

-Tengo que irme le dije a Morelli.

Me cogió el bolígrafo del bolso y me escribió su número en el dorso de la mano.

-Ciao -dijo, y se marchó.

-El velatorio casi ha terminado -me dijo la abuela-. Vamos todos a casa de Mabel a ver su nuevo dormitorio y tomar un café y un poco de pastel. ¿Vienes con nosotros?

-Gracias, pero creo que paso. Os veré mañana.

-Gracias por todo -me dijo Mabel-. Me gusta mucho más la nueva compañía de basuras que me conseguiste.

Aparqué el Buick y me tomé unos instantes para disfrutar de la noche. El aire era frío y el cielo estaba oscuro y no había estrellas. Las luces estaban encendidas en mi edificio. Los ancianos veían la tele. Ya no había bomberos ni violadores y esa pequeña parte de Trenton volvía a ser segura. Entré en el edificio y me dirigí a los buzones a recoger el correo. Una factura de la tarjeta de crédito, un recordatorio del dentista y un sobre de RangeMan. Este último contenía un cheque por el trabajo de chófer. Además del cheque había una nota escrita a mano por Ranger: «Me alegro de que el Lincoln sobreviviera, pero guardarlo en un garaje es hacer trampa». Me acordé del beso y experimenté otro de esos estremecimientos.

Subí corriendo las escaleras, entré en casa, cerré la puerta e inspeccioné el apartamento. Estaba impecable. Me había pasado el fin de semana limpiando. No había platos en la encimera ni calcetines en el suelo. Rex tenía la jaula limpia y las virutas olían a bosque. Todo resultaba acogedor. Y seguro. Y privado.

E íntimo.

-Debería invitar a alguien -le dije a Rex-. Después de todo, la casa está limpia... quiero decir, ¿con cuánta frecuencia ocurre eso? Y llevo las piernas depiladas. Y tengo ese vestidotan increible que nunca me he puesto.

Rex me dirigió una mirada que me reveló muy claramente que sabía qué andaba buscando.

-Vale, ¿Qué pasa? Soy una adulta. Y tengo necesidades de adulta.

Volví a pensar en Ranger, y traté de imaginar cómo se comportaría en la cama. Y entonces pensé en Joe. Sabía exactamente cómo se comportaba Joe.

Estaba ante un dilema.

Cogí dos pedazos de papel y escribí el nombre de Joe en uno y el de Ranger en el otro. Metí las dos bolitas en un cuenco, cerré los ojos, las barajé, y extraje una. Que Dios decida, me dije.

Leí el nombre e hice crujir los nudillos. Esperaba que Dios supiera lo que se hacía. Le enseñé el papelito a Rex y pareció desaprobarlo, de forma que cubrí su jaula con un trapo.

Utilicé la tecla de marcación rápida antes de quedarme sin agallas.

-Tengo un vestido del que me gustaría saber tu opinión –le dije cuando contestó.

Transcurrió un instante.

-¿Y cuándo te gustaría saber mi opinión?

-Ahora.

SUPONGO QUE HAY un momento y un lugar para todo, y ése era el momento para el vestido negro ceñido. Me lo puse por la cabeza y lo alisé. Me quedaba perfecto. Moví enérgicamente la cabeza para ahuecarme el cabello, y me apliqué un poco de Dolce Vita en las muñecas. Me calcé los sexys zapatos de tacón atados en el tobillo y me retoqué el lápiz de labios. Rojo brillante. ¡Guau!

Encendi una vela sobre la mesa de centro y otra en el dormitorio. Bajé la intensidad de las luces. Oí abrirse las puertas del ascensor al fondo del pasillo y el corazón me dio un vuelco en el pecho. Contrólate, me dije. No hay razón para estar nerviosa. Es la voluntad de Dios.

Chorradas, susurró una voz dentro de mi cabeza. Has hecho trampa. Has mirado al escoger el papelito.

Vale, pues había hecho trampa. ¿Y qué? Lo importante era que había escogido al hombre adecuado. Quizá no lo fuera para siempre jamás, pero era el adecuado para esa noche.

Abrí la puerta a la segunda llamada. ¡No quería parecer demasiado ansiosa! Me hice a un lado y nuestras miradas se encontraron, y él no dio señales de sentir el nerviosismo que sentía yo.

Curiosidad tal vez.Y deseo.Y algo más...quizá la necesidad de saber que esto era lo que yo quería.

-Hola.

Pareció divertirle que dijera eso, aunque no tanto para sonreir.

Entró en el vestíbulo, cerró la puerta y echó la llave. Su respiración era lenta y profunda; sus ojos se veían muy oscuros y su expresión fue seria cuando me estudió.

-Bonito vestido -dijo- ***Quítatelo.***

FIN